

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2018-2020

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Ciencias Sociales con mención en
Género y Desarrollo

Sin fecha de caducidad. Relaciones sexo-afectivas y modos de socialización de lesbianas
adultas mayores de Bogotá

Ana Margarita Fernández de Castro Peñaranda

Asesora: Cristina Vega Solís

Lectoras: Norma Mogrovejo Aquisé y Margarita Camacho Zambrano

Quito, noviembre de 2021

Dedicatoria

A Dios por guiar cada uno de mis pasos.

A mi madre, a mi hermano y a mi abuela, los motores de mi vida.

A mi prima-hermana Karina porque siempre me ha motivado a seguir en movimiento aun cuando el camino se ha tornado enrevesado. Gracias por amar a este corazoncito multicolor.

A mis ahijadas Isabella y Fidelina; y a Santiago, para que aprendan que existen infinitas formas de amar. Espero que la sociedad y este mundo lleno de prejuicios jamás les corten las alas y puedan volar muy alto. Que vivan sin culpas, sin miedos y que jamás se cohíban de ser
ustedes mismos.

A Carla Renata y a la “Vida” (mi perrhijx) por ser mis compañerxs en el intrincado camino de la elaboración de la tesis, por haber lidiado con mis angustias y por amarme profundamente.

En mi corazón siempre habrá un lugar para ustedes.

A las lesbianas del ayer, de hoy y de siempre... a aquellas que han abierto un camino para que podamos empezar a amar y a vivir libremente. Hasta el final de mi existencia terrenal mi compromiso y mi pasión siempre estará destinada a luchar por nuestra visibilización. ¡Nunca más nos callarán!

Tabla de contenidos

Resumen	II
Agradecimientos.....	X
Introducción	11
Capítulo 1	18
Relaciones sexo-afectivas y modos de socialización de lesbianas adultas mayores: Un.....	8
acercamiento desde la teoría	18
1. Caminos recorridos. Estado actual de la discusión teórica sobre lesbianas adultas mayores	19
2. Marco teórico	21
2.1. La vejez como proceso: Gerontología feminista y paradigma del curso de la vida	21
2.2. Ocultas a simple vista: Mapeando los modos de socialización lésbica en la vejez.....	27
2.2.1. Vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores	28
2.2.2. Espacios de lesbo-socialización en la vejez: Cambios y continuidades	31
2.2.3. Discreción y derecho a la indiferencia.....	34
2.3. Sexualidad, afectividad y vejez lésbica	38
2.3.1. ¿Sexualidad en la vejez lésbica?: Apuntes para su abordaje	39
Capítulo 2	45
Investigar sobre lesbianas adultas mayores de Bogotá: Aspectos metodológicos y.....	35
contextuales.....	45
1. Discusión metodológica y estrategia de intervención durante el trabajo de campo.....	46
1.1. ¿Qué entendemos por lesbianas adultas mayores?	47
1.2. Estrategias preliminares: ¿Cómo ubicar a las lesbianas adultas mayores de Bogotá? ..	48
1.3. ¿Y ahora qué?: Los primeros contactos y el establecimiento de las citas	50
1.4. Conversando con las lesbianas adultas mayores: Historias de vida y.....	41
observación participante	51
1.4.1. Historias de vida	51
1.4.2. Observación participante	54
1.5. Otros datos del campo: Archivos de hemeroteca, álbumes personales y poemas	56
2. Aspectos contextuales de una generación discreta.....	57
2.1. Entre ires y venires: Avances y retrocesos en la lucha por los derechos de.....	48
la población LGBT en Colombia.....	58
2.2. ¿Quiénes son las lesbianas adultas mayores entrevistadas?	60

Lilia (72 años).....	60
Leonor (71 años).....	61
Eugenia (70 años).....	62
Patricia (69 años).....	63
Pilar (64 años).....	64
Cristina (63 años).....	65
Matáfora (62 años).....	66
Liliana (61 años).....	67
Capítulo 3.....	70
Modos de socialización de las lesbianas adultas mayores de Bogotá.....	70
1. Entre palabra y evidencia: Gestión de los vínculos relacionales de las lesbianas adultas...62	
mayores.....	72
1.1. Familias consanguíneas y familias elegidas.....	72
1.2. Vínculos laborales.....	80
1.3. Amistades y relaciones sexo-afectivas.....	86
2. Espacios de socialización de las lesbianas adultas mayores.....	90
2.1. Bares lésbicos.....	90
2.1.1. Entre el estigma, el tabú y la discreción: Relatos de las primeras.....81	
experiencias en bares lésbicos 1980-1999.....	91
2.1.2. Dinámicas, significados e importancia de los bares en la juventud y la adultez	98
2.1.3. Dinámicas, significados e importancia de los bares lésbicos en la vejez.....	99
2.1. Espacios propios: Apartamentos, casas y fincas.....	104
2.2.1 Importancia de los espacios propios en la socialización lésbica en la vejez.....	106
2.2. Espacios de politización feministas y/o lésbicos.....	108
2.3. Entender la (In)visibilidad de las lesbianas adultas mayores: Agencia y.....103	
derecho a la indiferencia.....	113
Capítulo 4.....	121
“A estas alturas del partido”: Sexualidad y afectividad en la vejez lésbica.....	121
1. Vivencias de la sexualidad en la vejez lésbica.....	122
1.1. Cristina: La continuidad del deseo sexual y de la masturbación en la vejez.....	123
1.2. Patricia: Sexo como equivalente al amor.....	131
1.3. Eugenia: La sexualidad es un cruce entre lo político, los afectos y el cuerpo.....	133
1.4. Matáfora: La sexualidad como un “encuentro” en lo cotidiano.....	138
1.5. Pilar y Lilia: No gestionar el deseo sexual, una forma activa de sexualidad.....	147

2. ¿A esta edad qué?: Expectativas de entablar relaciones sexo-afectivas.....	152
2.1. Leonor: “¿Yo tan vieja ya qué? (...) No creo que haya una mujer que se vaya.....	143
a enamorar de mí”.....	153
2.2. Matáfora: “Yo pienso en hoy (...) hoy amo, mañana yo no sé. Mañana no existe” ...	154
2.3. Pilar: “Yo ya no estoy para nada de esas pendejadas”	159
2.4. Patricia: “Necesito una persona que me acompañe (...) el mundo es para dos”	160
2.5. Cristina: “No basta solo con desear tener una pareja (...)”	163
Conclusiones	170
Anexos.....	183
Lista de referencias.....	187

Ilustraciones

Fotografías

Fotografía 1. Izquierda: Lilia celebrando sus cincuenta años (1999). Centro y derecha:.....	48
Lilia en la actualidad.	60
Fotografía 2. Eugenia en la actualidad..	62
Fotografía 3. Izquierda: Patricia en el Bar Bella Noche (1985- 33 años). Centro:.....	51
Patricia en su finca (1998- 46 años). Derecha: Patricia en la actualidad..	63
Fotografía 4. Izquierda: Pilar en compañía de Esperanza (1984- 27 años). Centro: Pilar.....	52
y Shaday (1992- 35 años). Derecha: Pilar junto a Shaday (1999- 42 años).....	64
Fotografía 5. Izquierda: Cristina a los cuatro años (1962). Centro: Cristina en una.....	53
reunión con compañeros de trabajo (1996- 38 años). Derecha: Cristina en la actualidad..	65
Fotografía 6. Izquierda: Liliana a los cinco años (1965). Centro: Liliana en un viaje.....	55
a Italia (2015- 55 años). Derecha: Liliana en la actualidad.....	67
Fotografía 7. Bar Bella Noche.....	91
Fotografía 8. Clientes del bar Bella Noche..	94
Fotografía 9. Izquierda: Bar Noche de Luz. Centro: Martha y Liliana, dueñas del bar.....	87
Derecha: Clientas del bar..	101
Fotografía 10. Reuniones caseras con amigas(os)..	105
Fotografía 11. Cristina participando en la marcha LGBT 2019 de Bogotá y en una....	97
presentación de la Colectiva Útero Goloso, ese mismo año..	112
Fotografía 12. Salidas de Pilar con su pareja y amigos.....	114
Fotografía 13. Cristina, “Mechas” y sus familias compartiendo en un paseo en la.....	99
Tebaida-Quindío.....	115

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Ana Margarita Fernández de Castro Peñaranda, autora de la tesis titulada “Sin fecha de caducidad. Relaciones sexo-afectivas y modos de socialización de lesbianas adultas mayores de Bogotá” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría en Investigación en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, noviembre de 2021

Ana M. Fdez de Castro P.

Ana Margarita Fernández de Castro Peñaranda

Resumen

Esta tesis analiza la construcción de las relaciones sexo-afectivas de lesbianas adultas mayores de Bogotá en el marco de sus modos de socialización como una apuesta por reivindicar su derecho al amor y a la sexualidad en la vejez. Siguiendo los planteamientos de la gerontología feminista y el curso de vida recopilé ocho historias de vida de lesbianas mayores de sesenta años para comprender cómo sus trayectorias vitales inciden en su gestión sexo-afectiva en la vejez. Si bien las historias de vida constituyen el eje central de esta investigación también empleo otras técnicas complementarias de tipo cualitativo como la observación participante y la revisión de archivos de hemeroteca.

Evidencio que la experiencia del estigma continúa moldeando su socialización y su vinculación sexo-afectiva limitando sus opciones relacionales en la actualidad. Asimismo, sus discontinuas trayectorias laborales y el distanciamiento familiar han acentuado su vulnerabilidad repercutiendo en la importancia atribuida a las relaciones de pareja en esta etapa de sus vidas, debido a que, siguiendo la línea de Jules Falquet, los arreglos amorosos que hacen estas mujeres dependen, entre otras razones, de sus situaciones materiales. Entre dicha importancia destaco: la posibilidad de disponer de compañía, de procurarse recursos económicos y cuidados, de suplir necesidades de afecto y de dar continuidad a su sexualidad. En ese sentido, sostengo que volcar la mirada sobre los vínculos sexo-afectivos en la vejez lésbica resulta pertinente en la medida en que estos, además de brindarles la posibilidad de seguir gestionando su sexualidad y sus afectos, constituyen la principal fuente de apoyo en la vejez. No obstante, pese a la importancia que tienen las relaciones sexo-afectivas en la vejez lésbica algunas de las entrevistadas señalan que no basta con querer tener o no una pareja. Entonces, abordar las expectativas sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores implica también reconocer que existen factores que limitan que estas mujeres, aun deseando iniciar una relación, vean frustrado dicho deseo. Uno de estos factores tiene que ver con la censura que circunda la sexualidad en mujeres adultas mayores.

De igual manera, la falta de recursos económicos constituye otro limitante puesto que, por un lado, les imposibilita participar en espacios de socialización lésbica en los que pueden encontrar parejas potenciales, y por el otro, las obliga a priorizar la consecución del sustento diario en detrimento de su gestión sexo-afectiva. Otro de los factores identificados en esta

investigación tiene que ver con la ausencia de espacios de socialización para lesbianas adultas mayores, aunado con la invisibilidad y la discriminación que experimenta este segmento poblacional incluso dentro de la misma comunidad LGBT.

Agradecimientos

A mi asesora Cristina Vega por haberme acompañado durante todo el proceso de elaboración de esta investigación.

A mi profesora Carolina Borda quien una vez me dijo: “que tu camino sea de flores y planito”. A ella, mil gracias por sus valiosos consejos, por su disposición a escucharme, por apoyarme, por animarme siempre a seguir investigando y a participar en ponencias. Gracias profe por creer en mí.

A Lilia, Matáfora, LuzPi, Cristina, Eugenia, Liliana, Leonor, Patricia y Pilar por haberme abierto un espacio en su día a día, por haberme confiado sus dolores, sus alegrías, sus amores y desamores, y con ello, hacer posible la materialización de esta tesis.

A Blanquita y a Adelita por haberme puesto en contacto con mujeres maravillosas que contribuyeron en esta investigación.

A mis lectoras Norma Mogrovejo y Margarita Camacho por sus valiosos comentarios.

A Manu, a Lina, a Jose, a la ame, a Letty, a Néstor (Q.E.P.D), a Day, a Janeth, a Katy, a Isaac, a Migue, a Lau, a Dani y a Tati por haberme acogido tan cálidamente en Quito y por su apoyo incondicional. Siempre serán mi familia de elección.

A la Mona por su inmenso apoyo durante toda la carrera.

Introducción

“El hecho es que estamos aquí y que pronunciamos estas palabras en un intento de romper el silencio y de reducir nuestras diferencias, pues no son las diferencias las que nos inmovilizan sino el silencio. Y hay multitud de silencios que deben romperse”
(Lorde 2003, 24)

Existen discursos regulatorios y normativos que desvalorizan e invisibilizan las relaciones sexo-afectivas en mujeres adultas mayores. Por una parte, la estrecha relación que se ha establecido entre sexualidad y reproducción ha hecho que la menopausia sea vista como la culminación de la vida sexual de las mujeres (Winterich 2003; Freixas, Luque y Reina 2010; Da Silva, Sousa, Furtado y Paiva 2017). Por otra parte, se ha asumido la pasividad como una característica de la sexualidad femenina (Paine, Umberson y Reczek 2019). En tal sentido, aquellas que se apropian de su sexualidad o que gestionan activamente su “emparejamiento” en cualquier etapa de su vida, pero particularmente en la vejez, tienden a soportar señalamientos y estigmatizaciones (Freixas, Luque y Reina 2010). A diferencia de los hombres quienes aún en la vejez pueden seguir teniendo una vida sexo-afectiva activa sin que sobre ellos recaigan calificaciones negativas (González y González 2005).

En esta misma línea, desde la medicina y la psiquiatría se han producido saberes que patologizan la sexualidad en mujeres adultas mayores (Lacub 2009) clasificándolas como locas, histéricas o ninfómanas (Gannon 1999 en Güercio 2018). En efecto, “la mayor parte de los estudios [surgidos desde estas disciplinas] acerca de la sexualidad de las mujeres mayores están plagados de consideraciones negativas sobre la vivencia de la sexualidad en la etapa pos-reproductiva” (Malatesta 2007 citado por Freixas, Luque y Reina 2010, 41).

Adicionalmente, “la creencia popular no sólo dice que el deseo sexual [de las mujeres] desaparece con la edad, sino que debería desaparecer y que en la vejez seguir teniendo una vida sexual activa es reprobable” (Freixas, Luque y Reina 2010, 35).

Esta aparente asexualidad atribuida a estos cuerpos envejecidos ha ocasionado que “el deseo y la manifestación de su sexualidad les sea negada, así como las posibilidades de iniciar o mantener relaciones sexo-afectivas, tanto de naturaleza heterosexual como homosexual” (De Almeida y Lourenço 2009, 236, Traducción propia). De tal manera que las relaciones sexo-

afectivas en y entre mujeres después de los sesenta años se convierten en aquello que no se imagina ¡Y menos se habla! A su vez, bajo la heterosexualidad obligatoria (Rich 1999) se considera que una relación sexo-afectiva solo se produce entre hombres y mujeres anulando otras experiencias, por ejemplo, la de las lesbianas. En consecuencia, ser mujer, ser lesbiana y ser adulta mayor son tres dimensiones de desigualdad que influyen en la gestión sexo-afectiva lésbica en la vejez (Rada Schultze 2018).

Pese a estas verdades del sexo que se anclan en los discursos normativos y en las creencias populares ejerciendo poder sobre las mujeres adultas mayores y regulando su sexualidad, algunos autores indican que en el caso de las lesbianas adultas mayores las relaciones sexo-afectivas no solo siguen teniendo gran relevancia, sino que constituyen uno de los ejes principales dentro de sus modos de socialización (Heaphy 2009; Raphael y Cruikshank 2015). Dichas relaciones se manifiestan mediante una multiplicidad de estatutos simbólicos los cuales “no solo comprenden los deseos sexuales, sino que abarcan un espectro más amplio de sentimientos (amor, comprensión, ternura, comunicación, compañía)” (Vespucchi 2015, 434). Los debates sobre socialización y sexualidad en lesbianas adultas mayores se han gestado dentro de las discusiones académicas sobre el envejecimiento de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans (de ahora en adelante LGBT) (Henning y Debert 2015). Sin embargo, en esta incipiente literatura las lesbianas adultas mayores han sido sub-representadas (Westwood 2013; Wilkens 2015; Traies 2015; Raphael y Cruikshank 2015). Esta situación no ha sido fortuita, sino que responde, en gran medida, a la mayor invisibilidad en la que viven las lesbianas mayores de sesenta años respecto a los gays de avanzada edad (Westwood 2013; García 2015).

Volcar la mirada hacia las lesbianas adultas mayores y comprender sus realidades resulta importante por las “historias ocultas que poseen, que abarcan décadas de dramático cambio socio-legal [...], [porque] las sexualidades lésbicas llevan al discurso sobre mujeres y envejecimiento. [Porque] estas mujeres aportan una perspectiva única para comprender las subculturas ocultas producto de la marginación social” (Westwood 2013, 380, *Traducción propia*). Al igual que Westwood (2013) otros autores exhortan sobre la importancia de generar mayor investigación sobre lesbianas adultas mayores (Heaphy, Yip y Thompson 2003; Traies 2015), en particular, sobre su sexualidad (Raphael y Cruikshank 2015).

Procurando atender a este llamado e intentando dar respuesta a algunos de los interrogantes que me suscitó el haber compartido diversos espacios con una lesbiana mayor de sesenta años en Bogotá es que surge la presente investigación.

En Bogotá, según la Secretaría Distrital de Planeación (2019) residen 2.141 mujeres mayores de 59 años que se auto-identifican como lesbianas. De estas, el 74% se encuentra entre los 59 y 64 años y el 26% restante tiene 65 años y más. Pese a que al menos recientemente se está empezando a generar este tipo de estadísticas, poco o nada se sabe sobre esta generación de lesbianas nacidas antes de 1960. Si bien durante las últimas décadas hemos sido testigos de algunos avances significativos en materia de derechos de las lesbianas en Bogotá (Castillo 2018), se aprecia que la visibilidad que han conseguido las lesbianas de menor edad contrasta con el olvido de las lesbianas adultas mayores y con su ausencia en diferentes espacios de lesbo-socialización (Gracia 2011). Más aún, no hay estudios que den cuenta de sus realidades, de sus modos de socialización ni de sus relaciones sexo-afectivas. Entonces, ¿Dónde están? ¿En qué espacios socializan? ¿Bajo qué realidades viven? ¿Sufren discriminación a razón de su lesbianismo? ¿Cómo gestionan su vida sexo-afectiva en esta etapa de sus vidas?

Teniendo en cuenta que las relaciones sexo-afectivas en lesbianas adultas mayores son invisibilizadas; que hay discursos y creencias populares que anulan el deseo en estos cuerpos envejecidos; que hay evidencia empírica que indica que las lesbianas en la vejez siguen gestionando su vida amoroso-sexual; que para el caso de Bogotá hay un número significativo de lesbianas adultas mayores de las cuales poco se conoce; y que hay una aparente ausencia de estas mujeres en los espacios de lesbo-socialización, la pregunta que guía esta investigación es ¿Cómo se construyen las relaciones sexo-afectivas en lesbianas adultas mayores en la ciudad de Bogotá en el marco de sus modos de socialización?

Para dar respuesta a la pregunta de investigación me planteé como objetivo general analizar la construcción de las relaciones sexo-afectivas de lesbianas adultas mayores en Bogotá en el marco de sus modos de socialización. Dicho objetivo estuvo guiado por tres objetivos específicos. En primer lugar, ofrecer una mirada retrospectiva de la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores de Bogotá a lo largo de sus trayectorias de vida partiendo de la generación que hoy se encuentra entre los 60 años y más. En segundo lugar, comprender los modos de socialización pasados y actuales de las lesbianas adultas mayores en Bogotá. En tercer lugar, indagar sobre los significados que las lesbianas

adultas mayores de Bogotá dan a sus relaciones sexo-afectivas y sobre sus expectativas de entablar relaciones en esta etapa de sus vidas.

En cuanto al engranaje analítico-teórico, el paradigma del curso de la vida y la gerontología feminista son dos perspectivas teóricas que orientan esta investigación. A razón de ello en esta investigación la vejez es entendida como aquella etapa que se va construyendo a lo largo de la vida (Freixas 2008; Rada Schultze 2016; Rada Schultze 2018). Por tal motivo, para llevar a cabo un análisis sobre la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores en la actualidad también se debe ofrecer una mirada retrospectiva de la forma en la que estas han construido dichas relaciones a lo largo de sus trayectorias de vida; es decir, comprender cómo estas mujeres gestionaron sus vínculos sexuales y afectivos en su juventud y en su adultez y de esta forma identificar aquellos elementos que condicionan sus experiencias sexo-afectivas en la vejez (Alves 2010; Lacombe 2016).

Para dicha discusión teórica he acudido a dos grandes ejes analíticos. En primer lugar, la discreción como un elemento configurador de los modos de socialización de las lesbianas adultas mayores a lo largo de sus trayectorias vitales. De tal manera que, sus espacios de socialización y sus vínculos relacionales se constituyen (y se constituyeron) a partir de una multiplicidad de negociaciones “entre palabra y evidencia (entre lo que se dice y lo que se ve)” (Paiva 2007, 29, Traducción propia).

Con base a lo anterior desarrollo dos argumentos principales. Por un lado, que los vínculos relacionales que sostienen las lesbianas adultas mayores hoy en día y los espacios en los que socializan guardan relación con sus experiencias relacionales pasadas y con el contexto en el que se desarrollaron. En efecto, sus testimonios dan cuenta de la internacionalización de una actitud de discreción respecto a su lesbianismo como resultado de vivir una vida “puertas adentro” dado que durante su juventud y adultez se enfrentaron a diversos controles sociales informales que recaían sobre aquellas mujeres que amaban a otras mujeres. De ahí que muchas hayan optado por socializar de manera discreta para lo cual ha sido imperativo el despliegue de estrategias tales como: “disfrazar” sus relaciones sexo-afectivas como otro tipo de vínculo relacional (hermanas, primas, tías, amigas), ir a espacios lésbicos sin ser vistas o compartir con otras lesbianas en espacios considerados privados: apartamentos, casas o fincas, entre otras.

Asimismo, sostengo que, aunque la discreción ha sido una constante a lo largo de sus vidas, al llegar a la vejez esta ha tendido a acentuarse por lo que en la actualidad muchas de las entrevistadas interactúan en diversos espacios y con diferentes personas procurando que su “gusto” por las mujeres no sea puesto en un primer plano.

Como segundo eje analítico propongo que en el análisis de la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores no solo se deben tener en cuenta sus experiencias pasadas, sino que, además, se deben tener en cuenta tanto sus expectativas del tiempo que esperan vivir como sus expectativas de entablar una relación (Lacombe 2016). Lo anterior, en la medida en que argumento que una percepción positiva respecto a su propia vejez (y a su cuerpo), acompañado de un sentimiento de adhesión a la vida contribuyen a la supervivencia de la gestión de los vínculos sexo-afectivos en la vejez lésbica (De Almeida y Lourenço 2007; De Beauvoir 2013).

A nivel metodológico, recurro a las historias de vida como una técnica cualitativa de recolección de datos en la medida en que me permiten explorar las trayectorias de vida de las lesbianas adultas mayores seleccionadas para esta investigación (Pujadas 1992; Puyana y Barreto 1994; Bertaux 1999; Ferraroti 2007). A través de la evocación de sus recuerdos, experiencias y anécdotas procuro comprender cómo estas mujeres han construido sus relaciones sexo-afectivas en el marco de sus modos de socialización. Si bien la información recopilada mediante las historias de vida representa el eje vertebral de esta investigación, siguiendo la línea de Pujadas (1992), Puyana y Barreto (1994) y Albarracín (2012), también empleo otras técnicas de tipo cualitativo como la observación participante y la revisión de archivos de hemeroteca.

Asimismo, empleo algunos poemas y fotografías de los álbumes personales y/o de las páginas de Facebook proporcionados por las entrevistadas durante el trabajo de campo. Lo anterior, en la medida en que estos me permiten ilustrar quiénes son estas mujeres, de dónde vienen, y, además, ayudan a dar cuenta de cómo y en qué espacios han socializado. Por otro lado, para lograr un acercamiento con las participantes de esta investigación la técnica de Bola de nieve fue de gran utilidad porque me permitió adentrarme en sus redes relacionales e ir estableciendo contactos paulatinos (Albarracín 2008; Albarracín 2012; Baker 2016).

Estructura de la tesis

Esta investigación está organizada en cuatro capítulos. En el primer capítulo expongo el estado actual de la discusión teórica sobre lesbianas adultas mayores. Asimismo, hilvano una propuesta analítica para responder a la pregunta de investigación que guía este trabajo. Esto con el objetivo de sentar las bases teórico analíticas que me permitan comprender en la práctica cómo las lesbianas que hoy se encuentran entre los sesenta años y más gestionan sus relaciones sexo-afectivas en su etapa actual de vida y cómo la gestionaron en el pasado.

En el segundo capítulo describo el camino investigativo y la estrategia metodológica empleada para recopilar la información durante el trabajo de campo. Asimismo, presento una contextualización del momento socio-histórico en el que las lesbianas que hoy son adultas mayores en Bogotá vivieron su infancia, adolescencia, adultez y en el que viven hoy día su vejez. De igual modo, comparto algunos aspectos de sus biografías para conocer quiénes son las mujeres que le dan vida a esta investigación.

En el tercer capítulo tomo como referencia las historias de vida de ocho lesbianas mayores de sesenta años y presento un análisis de sus modos de socialización. Para ello en un primer momento abordo sus vínculos relacionales (amicales, familiares, laborales). En un segundo momento presento una caracterización de sus espacios de socialización pasados y actuales, incluyendo los significados y la importancia que han tenido para estas mujeres. De igual modo, esbozo los cambios en sus espacios de socialización actuales respecto a los que frecuentaron en el pasado y algunos factores que han incidido en dichos cambios.

En el cuarto capítulo ofrezco una mirada retrospectiva de la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores. Asimismo, indago sobre los significados que estas les dan a sus relaciones sexo-afectivas y sobre sus expectativas de entablar vínculos afectivos y sexuales en esta etapa de sus vidas.

Para finalizar esta introducción quiero mencionar que en el tiempo de escritura de esta tesis leí en Facebook la muerte de una lesbiana adulta mayor en Buenos Aires¹. Se trataba de Alicia Caf, una activista lesbiana que luchó durante los últimos años de su vida para que las

¹ La información fue obtenida a través de la página de Facebook de Sueños de Mariposas. Para mayor información visitar: <https://www.facebook.com/aliju67>. También pueden revisar algunas publicaciones sobre la muerte de Alicia Caf compartidas en la página Sueño de Mariposas: <https://www.facebook.com/citricarevista/photos/a.230582266984858/3275739385802449/> y https://www.pagina12.com.ar/283619-adios-a-alicia-caf-vejez-lesbica-en-resistencia?fbclid=IwAR1iijcYE50vpSJPkiJGTWRdMq5cOEI7U26dS1_BEeo4asDrIBVa3LrOtiQ

lesbianas adultas mayores de Argentina tuvieran un espacio propio para su vejez: el lesbiático Sueño de Mariposas. Alicia murió el primero de agosto del 2020 en situación de pobreza y marginalidad. Su familia estaba conformada por sus compañeras de lucha, aliadas feministas y lesbianas. Mismas que a un mes de su muerte no habían podido darle un último adiós ni ofrecerle un sepelio digno porque la policía no les había querido brindar información sobre Alicia ni entregarles su cuerpo, aludiendo a la inexistencia de un vínculo sanguíneo-filial entre estas y Alicia.

La situación de Alicia me conmovió enormemente. Incluso, me llevó a cuestionarme sobre la pertinencia de mi investigación cuando probablemente alrededor del mundo había tantas lesbianas adultas mayores muriendo solas y empobrecidas. Pensé si realmente era necesario hablar de las relaciones sexo-afectivas cuando claramente había otras necesidades materiales que prevalecían y que merecían ser abordadas. Pero, luego entendí que no es menor hacer este esfuerzo. En esta investigación no hablo solo del amor y de la sexualidad. Hablo de los lazos, de la compañía, de los cuidados, de la soledad, de la atención ante la vejez y la enfermedad. Hablo de cuestionar la noción de familia heterosexual y de pensar que hay otras maneras de ser familia, incluidas las parejas lésbicas, las amistades y las familias elegidas. Hablo sobre la carencia de ingresos y la falta de protección social. Entonces, reflexioné que si es pertinente poner sobre la mesa los vínculos sexo-afectivos de las lesbianas adultas mayores, en especial, cuando estos además de brindarles amor y sexo, constituyen la principal fuente de apoyo en la vejez (Heaphy 2009).

En términos generales, esta investigación busca contribuir a “quebrar la conspiración del silencio” (De Beauvoir 2013, 7) que circunda la vejez lésbica. Ese silencio que enmudece sus existencias cargadas de anécdotas de luchas y de historias que cuentan cómo las lesbianas que hoy son adultas mayores se fueron procurando su propio lugar en el mundo. En ese sentido, esta tesis constituye una apuesta por comprender la relación entre sexualidad, vejez y lesbianismo y por reivindicar su derecho al amor y a la sexualidad. A su vez, busca entender, de forma situada, una realidad que ha sido poco estudiada y de esta manera sentar las bases para el reconocimiento social y la investigación de la sexualidad en la vejez lésbica.

Capítulo 1

Relaciones sexo-afectivas y modos de socialización de lesbianas adultas mayores: Un acercamiento desde la teoría

En este capítulo expongo el estado actual de la discusión teórica sobre lesbianas adultas mayores. Asimismo, hilvano una propuesta analítica para responder a la pregunta de investigación que guía este trabajo. Esto, con el objetivo de sentar las bases teórico analíticas que permitan comprender en la práctica cómo las lesbianas que hoy se encuentran entre los sesenta años y más gestionan sus relaciones sexo-afectivas en su etapa actual de vida y cómo la gestionaron en el pasado.

Para dar cumplimiento al objetivo arriba descrito me remito a un análisis teórico sobre la sexualidad lésbica, los modos de socialización y la gestión sexo-afectiva. A lo anterior le adiciono algunas entradas teóricas que permitan comprender la vejez como una etapa que se va construyendo a lo largo de la vida (Rada Schultze 2018). De ahí se desprende el hecho de que en esta investigación constantemente dialogo con la trayectoria de vida de las lesbianas adultas mayores entrevistadas para dar algunas luces sobre aquellos elementos de dicha trayectoria que moldean la forma en la que estas construyen sus relaciones sexo-afectivas en la actualidad.

A nivel metodológico, este capítulo fue elaborado a partir de una revisión de la literatura a nivel nacional e internacional sobre lesbianas adultas mayores la cual fue sistematizada y clasificada para encontrar algunas líneas temáticas comunes en esta producción teórica. En esta revisión bibliográfica incluí tesis de doctorado, libros y artículos científicos publicados en revistas indexadas tales como: *Journal of gay & lesbian social services*, *Journal of lesbian studies*, *journal of gerontological social work*, *Journal of homosexuality*, *Journal of marriage and family*, *Journal of GLBT family studies* y *Journal of women & aging*, todas estas disponibles en la base de datos de Taylor and Francis.

El presente capítulo está organizado en dos partes. En la primera exhibo la discusión teórica actual alrededor de las lesbianas adultas mayores. En la segunda, presento el marco teórico para analizar la construcción de las relaciones sexo-afectivas de lesbianas adultas mayores de Bogotá en el marco de sus modos de socialización.

1. Caminos recorridos. Estado actual de la discusión teórica sobre lesbianas adultas mayores

Las investigaciones sobre envejecimiento LGBT han tendido a representar menos a las lesbianas mayores y a privilegiar las narrativas de los hombres gays mayores (Westwood 2013; Wilkens 2015; Traies 2015; Raphael y Cruikshank 2015). Según Averett y Jenkins (2012) citados en Westwood (2013) existe un número bastante limitado de investigaciones sobre lesbianas adultas mayores. La escasa literatura existente ha sido más densa en Reino Unido y Estados Unidos y se ha concentrado en algunos temas específicos como se abordará a continuación.

Algunos de los estudios consultados se centran en explorar las formas en las que las lesbianas y los gays adultos mayores estructuran sus relaciones íntimas, familiares y comunitarias en Gran Bretaña (Heaphy 2009) y España (García 2015). Otros, abordan esta misma temática, pero exclusivamente enfocados en lesbianas adultas mayores de Estados Unidos (Raphael y Cruikshank 2015). Estos autores sugieren que la creatividad y la agencia son elementos claves en la vida relacional de este segmento poblacional. Asimismo, apuntan que la edad, las exiguas oportunidades de participar en espacios lésbico-gays (porque se encuentran orientados hacia un público joven), el acceso limitado a recursos económicos y las dinámicas sutiles de exclusión social son algunos de los factores que restringen sus opciones relacionales.

Por su parte, el tema de la soledad y el aislamiento que experimentan las lesbianas adultas mayores ha recibido cada vez más atención. En efecto, hay investigaciones que se enfocan en las maneras cómo estas viven la soledad y el papel de los grupos de apoyo como espacios para forjar amistades en Nueva York (Drumm 2005), en Yorkshire-Inglaterra (Wilkens 2015) y en el Reino Unido (Traies 2015). Entre los aspectos centrales de estos trabajos destaco que: como consecuencia de la clandestinidad, de la menor propensión al matrimonio y a la maternidad, y a raíz del distanciamiento con sus familias biológicas, estas mujeres son más propensas a la soledad. En gran parte de los casos estudiados estas pérdidas significativas son asumidas como “el precio que se paga” por ser lesbiana. Esta permanente sensación de soledad y aislamiento es sorteada gracias a los lazos de amistad y a las familias elegidas. También se encuentran trabajos como el de Baker (2016) que analizan “el tsunami” de cambios que han tenido que experimentar las lesbianas adultas mayores a lo largo de su vida (pasar de ser clasificadas como delincuentes o enfermas mentales a ser consideradas

ciudadanas de derechos, por ejemplo) procurando entender cómo tales cambios han interferido en el envejecimiento positivo de este grupo de mujeres.

Igualmente, hay investigaciones en las que se analiza la discriminación social y la invisibilidad de lesbianas mayores en Estados Unidos (Woody 2014; Woody 2015; Averett, Pylant, Craft y Ricks 2018) y España (Gimeno 2004). Estos autores sugieren que, aunque la discriminación por el hecho de ser mujer y por ser lesbiana ha sido una constante en sus trayectorias vitales, en la etapa actual de sus vidas se acentúan a razón del edadismo. Por tal motivo, viven situaciones muy marcadas de desconexión social y de soledad.

Otros por su parte, se enfocan en comprender cómo las lesbianas adultas mayores de Estados Unidos gestionan su sexualidad (Kehoe 1989; Winterich 2003; Garnets y Peplau 2006; Traies 2016; Paine, Umberson y Reczek 2019). En esta producción teórica se ha buscado principalmente analizar las prácticas sexuales. Asimismo, se han centrado en realizar comparaciones ya sea entre lesbianas y gays, o entre lesbianas y mujeres heterosexuales.

A nivel latinoamericano, se destacan las investigaciones de Rada Schultze (2018), de Figari y Gemetro (2009) y de Alves (2010). El primero aborda los modos de envejecer de las lesbianas mayores en Buenos Aires. Los segundos, analizan las rutinas, trayectorias, relaciones y formas de sociabilidad y afectividad en mujeres lesbianas en Argentina durante la primera mitad del siglo XX. La tercera, reflexiona sobre las percepciones de las lesbianas adultas mayores de Brasil respecto a su propio lesbianismo y analiza sus trayectorias sexo-afectivas. Asimismo, realiza una comparación entre las experiencias de devenir lesbiana de mujeres de cuarenta años respecto a las lesbianas mayores de sesenta años. Concluye que la vejez no adquiere marcas distintivas por el hecho de ser lesbianas, sino que, son los acontecimientos y vivencias comunes que experimentan determinadas cohortes de edad a lo largo de sus trayectorias de vida las que dan lugar a vejeces con características similares.

Para el caso de Bogotá, he identificado tres estudios que incluyen tangencialmente a las lesbianas adultas mayores. Los dos primeros se enfocan en comprender la situación de derechos de las personas LGBT en envejecimiento y vejez con el fin de generar recomendaciones para la Política Pública LGBT de esta ciudad (SDIS, 2019; SDP, 2019). El tercero es un estudio sobre derechos sexuales y reproductivos de lesbianas residentes en Bogotá (SDP, 2019). Aunque en el total de mujeres que participaron en esta investigación, el

2% correspondía a mujeres entre 55 y 64 años, no se ofrecen mayores detalles al momento del análisis de los resultados.

Conuerdo con Raphael y Cruikshank (2015) quienes apuntan que se requieren mayores trabajos que aborden la sexualidad en lesbianas adultas mayores. En particular, considero que se necesitan estudios que no se enfoquen en determinar si con la edad aumenta o disminuye la frecuencia sexual, sino que busquen comprender cómo ellas viven, de distintas formas, la sexualidad en esta etapa de sus vidas.

También resalto la ausencia de investigaciones que se centren en comprender cómo se articula lo sexo-afectivo en las relaciones que establecen estas mujeres. A su vez, he observado una escasez de trabajos que se enfoquen en las realidades de las lesbianas adultas mayores en América Latina y en Bogotá, por lo que resulta pertinente empezar a volcar la mirada sobre este tema y generar investigaciones que recuperen las voces de estas mujeres y con ello, llenar estos vacíos en la literatura.

2. Marco teórico

2.1. La vejez como proceso: Gerontología feminista y paradigma del curso de la vida

El envejecimiento y la vejez han sido temas de interés sociológico reciente. Antes ambos conceptos eran estudiados mayormente desde otras disciplinas como la demografía y la gerontología. En gran parte de las investigaciones sobre vejez se han ofrecido tipologías homogéneas y habitualmente negativas respecto a esta etapa de la vida (Freixas 1997; Rada Schultze 2016). En ese sentido, la vejez se ha entendido como una etapa de dependencia, de pérdidas, de deterioro mental y físico, de inactividad económica, entre otros.

Más aún, en la gerontología social tradicional ha predominado una visión androcéntrica y heterosexista exhibiendo cierta ceguera respecto a las diferencias sexuales y de género en el abordaje de la vejez (Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002; Freixas 2008; Henning 2017; Ramos 2018). En efecto, se ha tendido a representar vejez desde una perspectiva masculina, ignorando las particularidades de las experiencias de envejecimiento entre hombres y mujeres (Freixas 1997). Asimismo, se ha asumido que las personas adultas mayores son todas heterosexuales (Gracia 2011). Estas presunciones han contribuido, en cierta medida, a la invisibilización de las existencias lésbicas en la vejez.

Retomando a Henning (2017) se puede afirmar que la gerontología social dispone de un cuerpo teórico que resulta insuficiente para reflexionar sobre las experiencias de envejecimiento y la vejez lésbica. Esto, debido a que dichas teorías ignoran el impacto de las dimensiones de género y sexualidad en el curso de vida de las personas y la manera en que dan lugar a tipos de vejez diferenciales. Durante las últimas décadas han surgido teorías críticas que buscan poner en la agenda dichas dimensiones, cuestionando los “conceptos más preciados” (Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002) del quehacer gerontológico tales como: la seguridad social, el trabajo, la jubilación y los cuidados planteándose nuevas preguntas en torno a la vejez de las mujeres.

Entre estas teorías críticas se encuentran la gerontología feminista y el paradigma del curso de la vida. Desde estas perspectivas se ha procurado romper las representaciones descalificativas sobre la vejez y se ha propuesto abordarla como una construcción social relacionada con diversos factores (socio-económicos, históricos, culturales, sexuales, genéricos, entre otros) que repercuten en los modos de envejecer. Por tal motivo, en esta investigación me distancio de la visión peyorativa de la vejez puesto que mi postura política como lesbiana y las motivaciones que me han llevado a indagar sobre este tema se ciernen en una apuesta por la visibilización y una revaloración de la vejez lésbica.

Tanto la gerontología feminista como el paradigma del curso de vida entienden la vejez como un proceso que se va construyendo a lo largo de la vida de las personas (Freixas 1997; Freixas 2008; Rada Schultze 2016). Así pues, consideran que dependiendo del proceso dinámico de envejecimiento se gestará un tipo de vejez diferencial. Por tal motivo, proponen que la principal característica de la vejez es la diversidad (Rada Schultze 2018). Estas perspectivas abogan por el análisis de las trayectorias de vida individuales y la forma en la que dichas trayectorias se interrelacionan generando un determinado proceso de envejecimiento y vejez. A su vez, este enfoque permite entrecruzar las trayectorias individuales con los cambios sociales acontecidos en el momento histórico en el que estas tuvieron lugar.

De acuerdo con Blanco (2011) partir de un marco teórico que tenga como cimiento el paradigma del curso de la vida implica que en las historias de vida se deben identificar algunos aspectos relacionados con las trayectorias, las transiciones y los puntos de inflexión. El primero hace referencia a aquellos ámbitos de la vida de los individuos, que son interdependientes, por ejemplo, el ámbito laboral, escolar y familiar. Para Blanco (2011: 12)

“el análisis del entrelazamiento de las trayectorias vitales tanto en un mismo individuo como en su relación con otros individuos es central para el enfoque del curso de vida”.

El segundo concepto, “alude a los cambios de estado, posición o situación, no necesariamente predeterminados o absolutamente previsibles” (Blanco 2011, 12). Al respecto, podrían considerarse como transiciones la decisión de contraer matrimonio o de divorciarse, el inicio de la vida laboral, la migración. Según esta autora, las transiciones hacen parte de las trayectorias de vida de los sujetos y son las que les dan forma y sentido a dichas trayectorias. En cuanto al tercer concepto, “se trata de eventos que provocan fuertes modificaciones que, a su vez, se traducen en virajes en la dirección del curso de vida” (Blanco 2011, 13). Aquí podría pensarse, por ejemplo, en la muerte de la pareja. Estos puntos de inflexión generan transformaciones significativas en el largo plazo y configuran no solo el proceso de envejecimiento, sino la vejez de los individuos.

Por su parte, la gerontología feminista ofrece una entrada importante para analizar las relaciones de poder y las múltiples opresiones que se entrecruzan en el curso de vida de las mujeres (Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002). Lo anterior, en la medida en que “los análisis que incorporan una perspectiva feminista amplían nuestra comprensión del envejecimiento, yendo más allá de un enfoque singular de género a un enfoque más amplio en múltiples aspectos de la diversidad, incluidos los privilegios, la desigualdad y la interdependencia” (Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002, 3, Traducción propia). Así pues, se puede entender que a lo largo de la vida las mujeres acumulan desventajas que redundan en una posición inferior en el orden social al llegar a la vejez. Para Freixas (2008) algunos de los factores limitantes que generan desventajas acumulativas son:

El hecho de que históricamente han dispuesto de pocos recursos económicos y educativos, por lo que en la vejez se encuentran limitadas en este aspecto y en consecuencia carecen de poder político, social, cultural y económico. Otros elementos importantes tienen que ver con su salud, la atención médica poco dedicada y su circunscripción al mundo familiar y de los afectos, de los que, sin embargo, se encuentran excluidas por el doble estándar del envejecimiento que ve con malos ojos que las mujeres mayores tengan relaciones afectivas y sexuales, sufriendo importantes privaciones en el terreno del amor y la sexualidad (Freixas 2008, 16).

Estos múltiples aspectos que son incorporados en los análisis gerontológicos desde una perspectiva feminista buscan no solo exhibir cómo cada uno de ellos ha configurado la vida de las mujeres a medida que van envejeciendo, sino que propenden por comprender la forma en cómo estos se han interrelacionado ocasionando una vejez diferencial. Este es uno de los puntos de coincidencia entre el paradigma del curso de vida y la gerontología feminista. Si bien ambos enfoques buscan revertir las concepciones negativas de la vejez, la gerontología feminista da un paso más hacia el empoderamiento de las mujeres adultas mayores y hace hincapié en la necesidad de justicia social, sobre todo, en aquellas mujeres que han hecho parte de comunidades marginadas a razón de su raza, clase u orientación sexual (Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002).

La vida sexo-afectiva es uno de los muchos ámbitos en el que se evidencian las desventajas acumuladas a lo largo de las trayectorias de vida de las mujeres (Freixas 1997; Freixas 2008; Ramos, 2018). La sexualidad y el amor en mujeres han sido objeto de censura y de control. A las mujeres se les ha impuesto con quiénes deben relacionarse y de qué forma, se les ha inculcado la pasividad como una característica de su “feminidad” haciendo que aquellas que se apropian de su sexualidad y gestionan activamente su “emparejamiento” en cualquier etapa de su vida, pero particularmente en la vejez, tengan que soportar señalamientos y descalificaciones (Freixas, Luque y Reina 2010).

Para Simone de Beauvoir esta desvalorización de la sexualidad de las mujeres responde a su condición de objeto erótico: “dada la diferencia de su estatuto social, (...) la condición de objeto erótico desfavorece a las mujeres mayores” (De Beauvoir 2013, 397). En este orden de ideas, un hombre al llegar a la vejez puede esperar ser atractivo y seguir gestionando su sexualidad activamente (González y González 2005; Da Silva, Sousa, Furtado y Paiva 2017), mientras que la sexualidad en las mujeres adultas mayores tiende a generar escándalo y repulsión (De Beauvoir 2013).

Al igual que el paradigma del curso de vida, la gerontología feminista apunta que “la posición de cada mujer en la vida no está determinada solo por su biografía personal sino por las fuerzas y estructuras sociales, culturales y políticas y los tiempos históricos” (Stoller y Gibson 1993 citado por Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002, 7, Traducción propia). Es por esto que la gerontología feminista exhorta sobre “el tremendo costo del racismo y del heterosexismo en la vida de las mujeres, y también permiten una mejor comprensión de las

intersecciones de otras opresiones y sus relaciones entre sí” (Collins 1999 citada por Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002, 8, Traducción propia).

En el caso particular de las lesbianas, su sexualidad ha sido objeto de censura. A razón de ello, se han visto obligadas a “ocultar” y/o “disfrazar” la naturaleza real de sus relacionamientos sexo-afectivos Rich (1999). Como procuro mostrar en esta investigación, para las lesbianas que hoy en día son adultas mayores esta situación ha sido más acentuada dado el contexto hostil en el que transcurrió gran parte de sus vidas. Esto ha moldeado significativamente sus modos de socialización y la forma en la que se han relacionado sexo-afectivamente en el curso de sus vidas. En la actualidad, el impacto de la discriminación y la censura experimentada a lo largo de sus vidas se refleja en la forma, principalmente discreta, en la que gestionan el amor y la sexualidad en la vejez.

En esta investigación entretejo los planteamientos de la gerontología feminista y del paradigma del curso de vida para comprender cómo el género y la sexualidad han configurado las trayectorias de vida de las lesbianas de Bogotá que hoy son adultas mayores y cómo han dado lugar a vejezes diferenciales. De acuerdo con Fernando Rada Schultze:

El género y la sexualidad son dimensiones importantes en las formas en las que se construye diferencialmente la vejez en el curso de la vida. El pertenecer a una minoría sexual históricamente estigmatizada impacta en las formas de envejecer y por consiguiente en el tipo, calidad y esperanza de vida [...] gran parte de estos “viejos y viejas” entrevistados, señalan que el haberse socializado bajo coyunturas disímiles a la actual, caracterizadas aquellas por regímenes opresivos que estigmatizaron las prácticas sexuales disidentes, los llevó a desarrollar sus vidas de maneras clandestinas, dejando su vida homosocial puertas adentro (Rada Schultze 2018, 17).

Retomar las dimensiones de género y sexualidad me permiten comprender no solo cómo esto ha impactado en las trayectorias de vida de las lesbianas adultas mayores; sino cómo influyen en la manera en que hoy en día construyen sus relacionamientos sexo-afectivos. Si bien en este trabajo enfatizo en estas dimensiones, no desconozco el impacto que tiene, por ejemplo, la dimensión socio-económica en las trayectorias sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores de Bogotá. ¿En qué sentido? De acuerdo con Hooyman, Browne, Ray y Richardson (2002) a lo largo de la vida las mujeres se enfrentan a oportunidades educativas limitadas y a

mayores barreras para acceder a empleos estables y bien remunerados. Así pues, las mujeres exhiben mayores niveles de pobreza que los hombres. Más aún, “la situación financiera de las mujeres es más sorprendente cuando se examinan los niveles de pobreza de madres solteras, mujeres negras, lesbianas y mujeres de edad, muchas de las cuales enfrentan una vida de bajos salarios y prácticas laborales discriminatorias” (Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002, 7, Traducción propia).

Estas experiencias de discriminación inherentes a las trayectorias de vida de las lesbianas adultas mayores se tornan más problemáticas a medida que envejecen. Por ejemplo, como consecuencia de toda una vida de discriminación a razón de ser mujeres y del temor de poner en evidencia su lesbianismo, algunas se han enfrentado a exiguas oportunidades laborales que ha redundado en la falta de acceso a seguridad social y a una pensión en la vejez. Esta situación se acentúa si se toma en cuenta la discriminación por edad, por lo que muchas mujeres se ven forzadas a obtener empleos informales, en la mayoría de casos, relacionados con la comercialización de bienes y/o servicios en los que no logran hacer aportes a salud y pensión. Así, llegan a la vejez con situaciones económicas precarias que las colocan en un mayor estado de vulnerabilidad.

Pero, si adicionalmente en el análisis de las trayectorias de vida de las lesbianas adultas mayores se toman en cuenta sus vínculos relacionales se logra apreciar que muchas, a razón de su lesbianismo, mantienen lazos fracturados con sus familias que intensifican su situación de vulnerabilidad en la vejez. Sobre este punto retorno en el apartado siguiente. Ahora solo lo anuncio para decir que, por ejemplo, las políticas enfocadas en la vejez “reflejan típicamente el modelo de bienestar de “carga pública”, en el que la familia es el lugar de atención preferido” (Allen y Pifer 1993, citados por Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002, 12, Traducción propia). Entonces, ¿Cómo experimentan su vejez las lesbianas adultas mayores que no disponen de una pensión, que enfrentan situaciones económicas precarias y que, además, no cuentan con el apoyo de sus familias? ¿qué relación guardan estos aspectos con sus gestiones sexo-afectivas en esta etapa de sus vidas? A partir de las historias de vida de las ocho lesbianas adultas mayores con las que tuve el privilegio de trabajar, en esta investigación ofrezco algunas luces para dar respuesta a estos interrogantes.

Por todo lo hasta aquí expuesto, “la gerontología feminista proporciona una base conceptual desde la cual criticar la respuesta de la sociedad al envejecimiento de las mujeres, documentar

la diversidad de sus voces y visualizar una agenda social donde se valore la diversidad” (Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002, 6, Traducción propia). Al cuestionar las opresiones y las desigualdades que experimentan las mujeres en el curso de sus vidas y las consecuencias que traen consigo en la vejez, la gerontología feminista contribuye, entre otras cosas, a develar las dinámicas y significados intrínsecos a los relacionamientos sexo-afectivos en lesbianas adultas mayores y a revalorizar el ejercicio de la sexualidad y el amor en la vejez lésbica. Asimismo, “nos obliga a dar cuenta de las complejidades que rodean al envejecimiento” (Hooyman, Browne, Ray y Richardson 2002, 5, Traducción propia). Siguiendo esta línea, este enfoque es útil para poner sobre la mesa la multiplicidad de voces que reflejan la diversidad de maneras de vivir la sexualidad y el amor en la vejez lésbica. Por último, desde este enfoque es perentorio indagar sobre los significados tanto de ser mujer y de ser lesbiana como de envejecer (Freixas 2008). De igual manera, la gerontología feminista nos invita a entender que “la edad cuenta” (Freixas 2008, 51). Desde esta perspectiva, lo que resulta interesante no es hacer un análisis a partir de cuántos años se tiene (cronológicamente), sino de profundizar sobre esa “vivencia subjetiva del tiempo” (Freixas 2008; Faus-Bertomeu y Osborne 2019). Y dicha vivencia debe ser analizada tanto de manera retrospectiva (trayectorias de vida) como prospectiva (expectativas sobre el tiempo que se espera vivir). A su vez, la gerontología feminista propone comprender que “el cuerpo de las mujeres es el centro de envejecer” (Freixas 2008, 52). Por ello, es importante indagar sobre el significado del cuerpo en el marco de esa experiencia subjetiva de envejecer.

2.2. Ocultas a simple vista: Mapeando los modos de socialización lésbica en la vejez

Los cuestionamientos sobre dónde están las lesbianas adultas mayores y en qué espacios socializan me llevan a problematizar los modos de socialización lésbica en la vejez. En esta investigación dichos modos de socialización son entendidos a partir de dos aspectos. Por un lado, los vínculos relacionales definidos como las opciones relacionales de las lesbianas adultas mayores (Heaphy 2009). Por el otro, los espacios de lesbo-socialización en donde estas a lo largo de sus trayectorias vitales han forjado sus vínculos amicales y/o sexo-afectivos con otras lesbianas. Siguiendo la línea de Heaphy (2009) entender los modos de socialización de este segmento poblacional implica además un análisis situado que tenga en cuenta aquellos factores que limitan sus opciones relacionales, por ejemplo: el acceso a recursos económicos y sociales. En esta sección doy cuenta de los puntos en mención con el fin de sentar las bases teóricas para el análisis de los modos de socialización de las lesbianas adultas mayores de Bogotá.

2.2.1. Vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores

La literatura sobre envejecimiento le atribuye gran importancia a la familia como el principal vínculo relacional de las personas adultas mayores (Heaphy 2009). No obstante, en el caso particular de las lesbianas adultas mayores se evidencia la existencia de otro tipo de vínculos relacionales de mayor significación: las amistades (Heaphy 2009, Traies 2015), las comunidades o redes lésbico-gays (Drumm 2005; Westwood 2013; Wilkens 2015), las familias elegidas (Heaphy 2009; Traies 2015; Baker 2016) y las relaciones sexo-afectivas (Heaphy 2009; Traies 2015). Por tal motivo, “solo se obtiene una comprensión parcial de las vidas relacionales de las lesbianas mayores si se enfatiza en los apoyos familiares enmarcados en la noción de familia tradicional-consanguínea” (Heaphy 2009, 120, Traducción propia). En esta investigación procuro comprender el caleidoscopio de vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores de Bogotá a lo largo de sus trayectorias vitales.

En relación a la amistad y a las comunidades lésbico-gays y/o de mujeres (grupos, colectivos, organizaciones, etc.) se puede afirmar que “emergen como estructuras de apoyo de crucial importancia en la vida de muchas lesbianas mayores” (Traies 2015, 35, Traducción propia). Estas constituyen mecanismos de respuesta al aislamiento al que han estado sometidas a lo largo de su vida como consecuencia del estigma social, de la menor propensión al matrimonio y a la maternidad, y a raíz del distanciamiento con sus familias consanguíneas (Heaphy 2009; Traies 2015, Wilkens 2015; Baker 2016).

Las comunidades lésbico-gays les ofrecen a las lesbianas adultas mayores la oportunidad de conocer a otras lesbianas en su entorno (Traies 2015). De tal manera que se convierten en un espacio de gran significación para que estas mujeres puedan entablar relaciones sexo-afectivas. Sin embargo, en un gran número de países (incluyendo Colombia) la existencia de comunidades lésbico-gays orientadas exclusivamente a personas adultas mayores es nula o en el mejor de los casos es limitada (Traies 2015; Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018). Esto ocasiona que las lesbianas adultas mayores no tengan espacios específicos para compartir con otras lesbianas coetáneas, generando situaciones acentuadas de desconexión social.

Por otro lado, las familias elegidas también representan un tipo de vínculo relacional de las lesbianas adultas mayores (Heaphy 2009; Traies 2015; Baker 2016; Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018). Según estos autores, las familias elegidas son un tipo de configuración relacional novedosa que está compuesta por parejas (y exparejas), hijos (si fuera el caso), amigos y algunos miembros de la familia consanguínea. Estas familias elegidas “proporcionan el

contexto propicio para el apoyo emocional y práctico en la vida cotidiana” (Heaphy 2009, 123, Traducción propia) de estas mujeres.

Las familias elegidas “no son meras imitaciones de las relaciones culturalmente consideradas legítimas, sino que son configuraciones complejas de diferentes tipos de relaciones que proporcionan la base para formas distintivas de intimidad, apoyo y cuidado” (Heaphy 2009, 131, Traducción propia). Estas formas de intimidad, apoyo y cuidado que les brindan estas familias elegidas, si bien juegan un rol clave en la vejez también han representado una fuente de apoyo para estas mujeres en diferentes momentos de sus vidas. Por tal motivo, tienen un peso significativo en su historia personal.

Esta noción de familias elegidas posee gran relevancia en la comprensión de los contextos relacionales de las lesbianas adultas mayores “no solo porque describen la naturaleza duradera de algunas relaciones individuales, sino porque dan testimonio de la fuerza de los lazos formados dentro de una comunidad cerrada y estigmatizada” (Heaphy, Yip y Thompson 2004 citados en Traies 2015, 47, Traducción propia).

Por su parte, las relaciones sexo-afectivas también hacen parte de los vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores. Más aún, como indica Heaphy (2009) los vínculos sexo-afectivos son formas relacionales altamente valoradas por las lesbianas adultas mayores tanto para aquellas que se encuentran en una relación en la actualidad como para las que no. Pese a esto, disponer o no de una relación sexo-afectiva no es simplemente una cuestión de elección (Heaphy 2009), sino que se encuentra determinada por una serie de factores como: los recursos socio-económicos (Heaphy 2009; Wilkens 2015; Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018), el edadismo imperante en los diferentes espacios de lesbo-socialización (Heaphy 2009; Woody 2014; García 2015; Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018), el estado de salud (Woody 2014; Traies 2015), entre otros. Otro aspecto característico de las relaciones sexo-afectivas como vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores es que no son la fuente primaria de intimidad (Heaphy 2009) ni se circunscriben únicamente a una noción de pareja institucionalizada (Falquet, 2006), sino que involucran otra serie de elementos como la compañía y el cuidado (Vespucci 2015).

Por último, se encuentran los vínculos laborales y los familiares. Respecto a los primeros, en su ensayo sobre la heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana Rich (1999) plantea

que la “sexualización de la mujer” está presente en el ámbito laboral. En este sentido, el lugar de trabajo es un espacio en donde las mujeres nos hemos visto forzadas a responder a cánones estéticos y comportamentales que demuestren y ratifiquen nuestra feminidad.

Problematizando las realidades a las que nos enfrentamos las lesbianas en dichos espacios esta autora agrega que:

Una lesbiana, escondida en su trabajo por un prejuicio heterosexista, no está simplemente forzada a negar la verdad de sus relaciones de afuera o su vida privada; su trabajo depende de que pretenda no solo ser heterosexual sino una mujer heterosexual, en su vestido y en el desempeño del rol deferente y femenino exigido a las verdaderas mujeres (Rich 1999, 178).

Entonces, siguiendo la línea de Rich (1999) las lesbianas no solo hemos tenido que evitar exponer nuestros vínculos sexo-afectivos como consecuencia de los prejuicios heterosexistas, sino que además por el hecho de ser mujeres nos vemos obligadas a desempeñar el papel de mujeres heterosexuales en nuestros espacios laborales. Además, para Rada Schultze (2018) algunas de las principales motivaciones de las lesbianas para ocultar su orientación sexual en sus espacios de trabajo se relacionan con el temor a ser discriminadas, a perder sus trabajos y/o la confianza de sus clientes.

Por todo lo anterior, entender la construcción de los vínculos laborales de las lesbianas adultas mayores conlleva identificar cómo estas mujeres se han desenvuelto en sus espacios de trabajo y cómo ha sido el manejo que le han dado a su lesbianismo (si lo han explicitado o no, por ejemplo). Asimismo, prestar atención a cuáles han sido las estrategias desplegadas para sortear la visibilidad de sus relacionamientos sexo-afectivos (Rich 1999; Albarracín 2008; Figari y Gemetro 2009; Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018).

Respecto a los vínculos familiares consanguíneos Heaphy (2009) argumenta que para el caso de las lesbianas adultas mayores se exhibe un marcado distanciamiento familiar y la existencia de lazos fracturados entre estas y sus familias a razón de su lesbianismo. De acuerdo con Wilkens (2015) para muchas lesbianas adultas mayores este distanciamiento es sentido como el “costo que se paga por ser lesbiana”.

No existe una única configuración relacional entre las lesbianas adultas mayores y sus familias, sino que el análisis de los vínculos familiares da cuenta de una multiplicidad de

configuraciones (Heaphy 2009; Wilkens 2015; Baker 2016). En efecto, estos autores señalan que en algunos casos estas mujeres optaron por conciliar discretamente su vida sexo-afectiva y familiar. En otros, asumieron el costo de perder este vínculo con tal de poder vivir una vida abiertamente lésbica. Y solo unas cuantas lograron decir que eran lesbianas y aun así conservar su relación con sus familias, aunque no precisamente en completa armonía.

Un aspecto interesante del análisis de las relaciones familiares consanguíneas de las lesbianas adultas mayores es poder divisar las negociaciones que estas hicieron en relación a la visibilidad de sus relacionamientos sexo-afectivos antes sus familias y el despliegue de estrategias para este fin. Asimismo, comprender cómo los niveles de desconexión familiar a lo largo de sus vidas han repercutido en las condiciones de soledad y vulnerabilidad que tienden a acentuarse una vez llegada la vejez. Bajo este escenario surge un tercer punto que conecta con la pregunta de investigación aquí planteada en la medida en que permite comprender que la construcción de las relaciones sexo-afectivas en lesbianas adultas mayores también se asocia con el hecho de suplir los cuidados y la compañía que no se pueden obtener por la vía familiar dada la fractura de dichos lazos.

Pese a la existencia de diversos vínculos relacionales en la vejez lésbica la posibilidad de acceder a estos no es igual para todas las lesbianas adultas mayores. Más aún, dichos vínculos tienden a debilitarse con la edad dando lugar a situaciones de aislamiento y desconexión (Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018). Así pues, algunos autores hacen hincapié en el aislamiento y en la soledad que experimentan muchas lesbianas al llegar a la vejez (Heaphy 2009; Woody 2014; Wilkens 2015; Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018). En particular, señalan que aquellas lesbianas que a lo largo de su vida no forjaron vínculos con otras mujeres lesbianas, que no participaron en comunidades o grupos lésbico-gays, que “viven en el armario” o que han enfrentado la muerte de su pareja se encuentran en situaciones marcadas de desconexión (Westwood 2013; Traies 2015; Baker 2016). La idea en esta investigación es poder develar las diferentes realidades relacionales que viven estas mujeres en su cotidianidad y el impacto que tienen en su vejez.

2.2.2. Espacios de lesbo-socialización en la vejez: Cambios y continuidades

Al igual que los vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores, los espacios de lesbo-socialización son cruciales para comprender los modos de socialización de este segmento poblacional. Estos espacios de lesbo-socialización abarcan los sitios que las lesbianas adultas

mayores frecuentan en su cotidianidad y donde entretejen sus vínculos con otras mujeres lesbianas. Debo aclarar que me enfoco en ellos porque me ofrecen pautas importantes para entender la construcción de las relaciones sexo-afectivas de estas mujeres. No obstante, no desconozco la existencia de otros espacios en los que estas establecen otro tipo de interacciones o vínculos relacionales, solo que su análisis desborda los objetivos de esta investigación.

Como he venido mencionando, las “lesbianas adultas mayores han tenido que transitar en múltiples terrenos hostiles a lo largo de sus vidas. Estos entornos poco acogedores pueden crear y perpetuar el desarrollo de vidas semi-discretas o totalmente discretas” (Woody 2014, 159, Traducción propia). Así pues, “las lesbianas mayores pueden tener preocupaciones particulares sobre hacerse públicas, sobre su sexualidad y experimentar mayores presiones para ocultar su orientación sexual” (Traies 2015, 36, Traducción propia). Esto ha influido tanto en la forma en la que se han relacionado como en los espacios de lesbo-socialización que han frecuentado a lo largo de sus vidas.

Una parte significativa de la literatura sobre los espacios de homo-socialización durante el siglo XX se ha centrado en la experiencia de los gays (Figari y Gemetro 2009). Sin embargo, cualquier análisis sobre los espacios de socialización pasados y actuales de las lesbianas adultas mayores debe reconocer las particularidades inherentes a esta generación de lesbianas que nació durante la primera mitad del siglo XX:

Los teóricos han enfatizado sobre la importancia del género en la configuración de la experiencia del espacio de las lesbianas como claramente diferente a la de los gays, construyendo la interacción social de las lesbianas en términos de redes privadas de amistad en lugar de los espacios públicos como los bares y la calle (Jennings 2007 citada por Traies 2015, 40, Traducción propia).

Además de responder a un orden de género, las pautas diferenciadas de los espacios de socialización entre lesbianas y gays se relacionan con las particularidades de las historias vividas por cada uno de estos grupos durante el siglo pasado (Figari y Gemetro 2009; Vespucci 2015; Baker 2016). Para Vespucci (2015: 432) “la historia de la homosexualidad masculina durante el siglo XX es la de su persecución y clandestinidad, la historia del lesbianismo es la de su invisibilidad y su efecto de inexistencia”. Así pues “la

homosexualidad masculina logró desarrollar un “estilo de vida” a través de los intercambios sexuales en un circuito de enclaves urbanos, mientras que los encuentros entre mujeres que se deseaban eran aún más dificultosos y exigían mayor destreza creativa” (Vespucci 2015, 432). Esta destreza creativa producto del estigma social que enfrentaron estas mujeres les permitió no solo entablar vínculos relacionales, sino que definió los espacios en los que ellas podían construir sus relaciones sexo-afectivas:

Las intrincadas estrategias que debían urdir para mantener sus contactos o sus parejas cuando convivían con su familia de origen muestran la falta de aceptación de aquellas relaciones entre mujeres: mensajes cifrados, cartas ocultas, encuentros furtivos, a escondidas, en sus autos, en los zaguanes de sus casas, la excusa de ir a dormir a la casa de su amiga, las vacaciones juntas. (Figari y Gemetro 2009, 45).

Por otro lado, uno de los espacios en los que más se ha enfatizado en los trabajos sobre lesbianas adultas mayores son los grupos lésbicos donde se llevan a cabo reuniones, talleres, entre otros tipos de encuentros (Drumm 2005; Westwood 2013; Wilkens 2015; Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018). Estos espacios “brindan a las lesbianas mayores un sentido de comunidad y empatía, y son un lugar seguro, libre de discriminación heterosexual y microagresiones” (Waite 2015 citada en Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018, 5, Traducción propia). Pese a esto, las posibilidades de muchas lesbianas adultas mayores de acceder a dichos grupos son limitadas debido a la escasa y/o nula existencia de este tipo de espacios en muchas ciudades y/o países (Traies 2015; Wilkens 2015; Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018). Falquet (2006) señala que el movimiento feminista y/o de mujeres constituye un espacio significativo en el que las lesbianas perciben que pueden luchar y reunirse con mujeres que al igual que ellas buscan un cambio social. De igual manera, “también constituye un bienvenido lugar de encuentro con otras lesbianas, favorable a su salida del closet” (Falquet 2006 24). Para Averett, Pylan, Craft y Ricks (2018) este tipo de espacios “les proveen un sentido de comunidad y de conexión social” (Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018, 9, Traducción propia). En otro orden de ideas, la literatura revisada señala que los bares no fueron los principales espacios de socialización de las lesbianas que hoy son adultas mayores. Sin embargo, resulta necesario examinar qué relación establecieron estas mujeres con dichos espacios y las dinámicas que se entretejieron en torno a los mismos. Autoras como Matilde Albarracín afirman que para las lesbianas adultas mayores los bares fueron un “espacio de libertad (...)”

donde se permitían disfrutar sin demasiados tabúes, de sus relaciones y su sexualidad” (Albarracín 2008, 212).

Comprender la socialización lésbica en los bares nos obliga a problematizar cómo la censura y el estigma respecto al lesbianismo presente durante la segunda mitad del siglo XX y aún en el siglo XXI configuró la manera en que este segmento poblacional socializó en dichos espacios y cómo la discreción accionó como categoría moldeando las actitudes, estrategias y comportamientos de estas mujeres dentro y fuera de estos establecimientos. Y es que dicha censura llevó a muchas de las lesbianas adultas mayores, en particular a aquellas que disponían de recursos económicos, a tener como sitios de encuentro los apartamentos, las casas y las fincas ya fueran propias o de alguna amiga. Tales espacios les brindaban “mejores condiciones y oportunidades para vivir su lesbianismo en libertad” (Albarracín 2008, 211). ¿Por qué? Como apuntan Figari y Gemetro (2009) “disponer de mayores recursos económicos les permitían sortear los obstáculos sin tantas dificultades, alquilando algún cuarto, departamento, un estudio, o recurriendo a las quintas de sus amigas” (Figari y Gemetro, 2009, 45).

Las dinámicas, pasadas y actuales, que han acaecido dentro de espacios propios (apartamentos, casas, fincas) les han permitido a las lesbianas que hoy son adultas mayores procurarse un espacio donde poder vivir libremente su sexualidad, su identidad, sus relacionamientos afectivo-sexuales y amicales. No obstante, como sostiene Matilde Albarracín “al mismo tiempo estas prácticas han supuesto la invisibilidad histórica y la negación de una realidad social” (Albarracín 2008, 211).

En términos generales ofrecer una mirada retrospectiva de los espacios de lesbo-socialización permite entender cómo estos se han venido configurando a lo largo de la trayectoria de vida de las lesbianas adultas mayores y con ello identificar cambios y/o continuidades. Asimismo, indagar sobre los espacios de lesbo-socialización más allá de únicamente dar cuenta de dónde están o a dónde van las lesbianas en esta edad permite entender la forma en la que estas materializan y construyen sus relaciones sexo-afectivas en esta etapa de sus vidas.

2.2.3. Discreción y derecho a la indiferencia

Analizar los modos de socialización de las lesbianas adultas mayores en la actualidad implica volcar la mirada hacia su pasado para encontrar elementos que expliquen por qué ellas

socializan de determinada manera en su etapa actual de vida. En particular, mi interés se circunscribe a comprender cómo “la experiencia del estigma continúa moldeando las identidades y el comportamiento de las lesbianas mayores” (Rosenfeld 2005 citado por Traies 2015, 37, Traducción propia).

Para ello, a nivel teórico-analítico recorro al concepto de discreción entendiéndolo como “una estrategia consciente y optativa (...) un modo de agencia” (Lacombe 2016, 111) de las lesbianas adultas mayores para gestionar sus modos de socialización. Acudo a este término no solo porque dota de agencia a las lesbianas adultas mayores sino porque me permite entender sus modos de socialización como un resultado de una multiplicidad de negociaciones “entre palabra y evidencia (entre lo que se dice y lo que se ve)” (Paiva 2007, 29, Traducción propia) o lo que Facchini (2008) expresa como “un juego de enunciaciones y silenciamientos” (Facchini 2008, 244, Traducción propia).

Para Paiva (2007) la discreción no consiste en ocultar un secreto, más bien permite librar a los relacionamientos sexo-afectivos de una visibilidad que para algunas lesbianas adultas mayores es sentida como innecesaria. La discreción en últimas les permite tener una fluidez de movimiento en sus micro redes relacionales y en sus espacios de socialización. Pero esta fluidez de movimiento de la que habla Paiva (2007) no se da per se. En efecto, para ello se requiere del despliegue de estrategias creativas y de un silencio consentido por parte de los vínculos relacionales que entretejen.

Para Osborne (2008) en el caso de las lesbianas la socialización de género como mujeres incide en la mayor propensión a la discreción y al silenciamiento. Lo anterior, en la medida en que como mujeres están expuestas a una multiplicidad de controles sociales informales en los que se les inculca la pasividad, el recato, el no causar problemas, el estar orientadas a la casa y a la familia, y en los que se les generan ciertas dependencias afectivas que contribuyen a que algunas lesbianas no se atrevan a dar la cara.

Si bien la discreción ha sido un elemento presente en la trayectoria vital de estas mujeres sostengo que en la vejez esta actitud tiende a acentuarse puesto que para estas mujeres “la declaración explícita de su orientación no es considerada necesaria y, sobre todo, es entendida como limitadora de sus potencialidades” (Lacombe 2016, 111) de socialización.

Principalmente para aquellas que disponen de recursos económicos y sociales limitados para quienes es un imperativo conservar los pocos vínculos relacionales y los reducidos espacios de socialización que hoy en día disponen. Así pues, la discreción a lo largo de sus vidas y aún más en la vejez “adquiere ribetes diferenciados, sinónimos de cuidado y contención” (Lacombe 2016, 111) que expresan en sus modos de socialización.

Junto con la discreción también enfatizo otros factores que juegan un papel crucial en la configuración actual de los modos de socialización de las lesbianas adultas mayores de Bogotá. Entre estos destaco los siguientes: el acceso a recursos económicos (Heaphy 2009), el ser lesbiana y adulta mayor (Wilkens 2015; Traies 2015) y las exiguas oportunidades de participar en espacios lésbicos en la medida en que éstos se encuentran orientados hacia un público joven (Heaphy 2009; Woody 2014).

Para finalizar el análisis de los modos de socialización de las lesbianas adultas mayores propongo que la agencia y el derecho a la indiferencia son dos conceptos claves que contribuyen a entender la aparente (in)visibilidad de este segmento poblacional. De acuerdo con Osborne (2008) la menor presencia pública de las lesbianas es un tema que despierta muchos interrogantes. Para esta autora, “la visibilidad pasa, entre otras cuestiones, por la identidad” (Osborne 2008, 40). En tal sentido, explica la invisibilidad de las lesbianas en el espacio público como una consecuencia negativa de su débil identidad. En esta investigación se parte de la premisa de que los contextos en los que estas crecieron y socializaron, en los que el lesbianismo era mal visto y la visibilidad no era una opción altamente valorada por ellas, incidió en su renuencia a hacer públicos sus relacionamientos sexo-afectivos.

En ese sentido, aunque la aparente invisibilidad de las lesbianas adultas mayores pueda leerse desde el concepto de débil identidad de Osborne (2008) considero necesario que se “preste suficientemente atención a las motivaciones, deseos y objetivos” (Mahmood 2008, 178) que guían su accionar y que las lleva a querer mantener en “privado” su lesbianismo. Al respecto, retomo la pregunta de Andrea Lacombe sobre si “¿La visibilidad aparece en el horizonte como un mandato político y social o como una gestión de los sujetos frente a la necesidad de resguardarse a sí mismos y a sus parejas?” (Lacombe 2016,110).

Si tenemos en cuenta el contexto en el que socializó esta generación de lesbianas que hoy tiene sesenta años y más se puede apreciar que para algunas de estas mujeres “pasar

desapercibidas” era y es considerada como una estrategia consciente. Y es que como señala Mahmood (2008:23) “la capacidad de agencia social está implicada no sólo en aquellos actos que producen cambio (progresista) sino también en aquellos cuyo objetivo es la continuidad, la estasis y la estabilidad”. En estos casos la continuidad, la estasis y la estabilidad se manifiestan en la posibilidad de procurarse un lugar en un mundo que es percibido como hostil, a la vez que van construyendo sus relacionamientos sexo-afectivos sin exponerse a situaciones que atenten contra su integridad.

Comprender la aparente (in)visibilidad de estas mujeres lleva a tener en cuenta que mantener una actitud de discreción “nunca son cuestiones puramente herméticas. El juego de visibilidades e invisibilidades se esboza como una trama de capas superpuestas en las que siempre existe la opacidad y la transparencia, simultáneamente” (Lacombe 2016, 111), por lo que es necesario reconocer las lesbianas que hoy son adultas mayores se movieron entre múltiples regímenes de visibilidad en los que la visibilidad y la invisibilidad son únicamente los extremos de una escala más amplia.

Ahora bien, aunque en la actualidad se observan algunos cambios en materia de derechos y garantías de las lesbianas en Bogotá muchas de las lesbianas adultas mayores “siguen su vida sin que se sepa la naturaleza real de sus relaciones” (Monleón 2002 citado por Osborne 2008, 47). En algunos casos porque a estas alturas de sus vidas “la visibilidad es vista por ellas como antagónica a sus modos de vivir” (Paiva 2007, 40, Traducción propia). En estos casos, se aprecia otro aspecto fundamental para comprender los modos de socialización de esta generación de mujeres y es lo que Paiva (2007) denomina “derecho a la indiferencia”. Es decir, a tener la posibilidad de “participar en ambientes y redes de socialización donde la cuestión de la homosexualidad [lesbianismo] no sea puesta en escena, en fin, un derecho a cierta invisibilidad, a ser como los otros” (Paiva 2007, 40, Traducción propia).

Para Monleón (2002) citada por Osborne (2008) el “plus de la invisibilidad” se justifica en parte “por la paradoja que hace de la invisibilidad una suerte de aislamiento benigno al amparo del cual muchas lesbianas siguen su vida sin que se sepa la naturaleza real de sus relaciones” (Monleón 2002 citada por Osborne 2008, 47). Así pues, la discreción junto con “el derecho a la indiferencia” son expresiones de las estrategias de las lesbianas adultas mayores para construir su propio lugar en el mundo.

2.3. Sexualidad, afectividad y vejez lésbica

El amor y la sexualidad entre mujeres ha sido “obligado a ocultarse o a disfrazarse” (Rich 1999, 163), so pena de soportar prejuicios, discriminación, violencia física y hasta hace pocas décadas, encarcelamientos. Reconocer el recorrido histórico de las experiencias de las lesbianas adultas mayores en relación a su sexualidad permite develar las dinámicas sutiles y explícitas de estigmatización social que han incidido en su socialización y en su gestión sexo-afectiva. Para Baker (2016):

La orientación sexual es ahora una categoría protegida con respecto a la discriminación en el empleo, la vivienda y otras formas de alojamiento público. Ese ciertamente no fue el caso cuando las lesbianas que son adultas mayores en la actualidad ingresaron por primera vez al lugar de trabajo. Las opciones eran permanecer extremadamente encerradas o buscar alguno de los pocos espacios donde la discriminación a razón de la orientación sexual no fuera tan marcada. Las lesbianas mayores a menudo se enfrentaban con la opción de vivir una vida razonablemente abierta, aunque raramente reconocida públicamente [...] Incluso las lesbianas corrían el riesgo de perder a sus hijos, especialmente en lugares donde la desaprobación social de la homosexualidad era alta. Por lo tanto, la mayoría de las madres lesbianas soportaron no solo el miedo, si no la pérdida total de su conexión con sus hijos (Baker 2016, 338, Traducción propia).

Pese a los avances recientes en materia de derechos para las lesbianas, en la actualidad las lesbianas adultas mayores pasan desapercibidas en los discursos y en las agendas de los movimientos lésbicos y LGBT. Lo anterior, a razón de que gran parte de estos se han centrado –principalmente- en personas jóvenes, ocasionando que los “ancianos y ancianas pertenecientes a minorías sexuales sean un grupo olvidado, poco visibilizado y estigmatizado” (O’loughlin 2005 citado en Gracia 2011, 2).

Por su parte, también hay autoras que resaltan la importancia de este cambio social como algo favorable para las lesbianas que hoy son adultas mayores: “las lesbianas nacidas antes de 1950 han pasado de ser invisibles, pecaminosas, psicóticas, criminales a personas cuyas elecciones morales y sexuales están protegidas” (Baker 2016, 320, Traducción propia). En esta línea, otra autora menciona que “desde su adolescencia, han sido testigos de una revolución social y sexual, un movimiento que ha cambiado la vida de lesbianas jóvenes, pero que tal vez llegó demasiado tarde para liberar a algunas lesbianas mayores de su aislamiento fuertemente arraigado” (Wilkins 2015, 101, Traducción propia).

Baker (2016) sugiere que “a pesar de lo alentador que ha sido este proceso de cambio, existe un legado de esa discriminación pasada el cual debe considerarse” (Baker 2016, 330, Traducción propia). Al respecto, resulta interesante examinar cómo dicho legado ha moldeado la socialización de la cohorte de lesbianas que hoy son adultas mayores y cómo ha dado lugar a tipos de vejez diferenciales. Uno de los factores que ha generado esta discriminación e invisibilidad ha sido la heterosexualidad obligatoria (Rich 1999).

La heterosexualidad obligatoria como “institución política” (Rich 1999, 159) ha regulado y normado la vida social imponiendo la heterosexualidad como la única orientación sexual válida (Rich 1999, 164). Está tan instaurada en la vida de las personas que muchas veces ni siquiera llega a ser cuestionada. En tal sentido, pasa inadvertida, asumiéndola como ese “deber ser”, como la única forma de emparejamiento posible. La heterosexualidad obligatoria también ha incitado la “negación de la sensualidad postmenopáusica” (Rich 1999, 173) que está instituida como una característica del poder masculino de negar la sexualidad a las mujeres (Rich 1999).

Ahora bien, “la población de lesbianas adultas mayores se enfrenta a la opresión en nuestra sociedad en tres niveles como mínimo: discriminación basada en su edad, género y orientación sexual” (Gabbay y Wahler 2002 citados por Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018, 8). Entonces, ser mujer, ser lesbiana y ser adulta mayor son tres dimensiones de desigualdad que contribuyen a la invisibilización de estas mujeres, por ello, su aparente ausencia en espacios considerados públicos da la sensación de que son inexistentes. Aunque estas tres dimensiones se entrecruzan, algunos autores sugieren que “en esta etapa de la vida el envejecimiento es una fuente mayor de discriminación que el hecho de ser lesbiana” (Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018, 12, Traducción propia).

2.3.1. ¿Sexualidad en la vejez lésbica?: Apuntes para su abordaje

En esta investigación la sexualidad es entendida no como un aspecto biológico sino como una construcción social (De Lauretis 1995; Weeks 2000; Alcántara y Amuchástegui 2018) que está atravesada por discursos normativos, regulatorios y por creencias. En palabras de Jeffrey Weeks: “la sexualidad tiene tanto que ver con nuestras creencias, ideologías e imaginaciones como con nuestro cuerpo físico” (Weeks 2000, 36 Traducción propia). Y al no tener los cuerpos un significado intrínseco, “la mejor manera de comprender la sexualidad es como una construcción histórica” (Weeks 2000, 36 Traducción propia).

Otra entrada importante para pensar la articulación entre vejez, género y sexualidad, elementos fundamentales en esta investigación, la ofrece Anna Freixas Farré. Para esta autora, la “sexualidad es prácticamente todo, porque si nuestro órgano sexual más potente, más importante, es la piel, pues la sexualidad es todo” (Faus-Bertomeu y Osborne 2019, 4). A su juicio, la sexualidad en las mujeres es un aspecto en constante cambio y evolución. No es lo mismo estudiar la sexualidad en lesbianas adolescentes que en adultas mayores. Tampoco lo es estudiar la sexualidad en la época actual que en épocas anteriores.

Por eso comprender la sexualidad en la vejez lésbica nos obliga a entender sus particularidades, sus expresiones, manifestaciones y matices. Según Freixas “hay épocas en la vida en que la sexualidad es algo más genital, pero al pasar los años la sexualidad evoluciona hacia un concepto más sensual, más afectivo, más periférico y envolvente que la sexualidad entendida sólo como algo genital” (Faus-Bertomeu y Osborne 2019, 4).

En esta misma línea, Freixas y Luque (2009) afirman que la sexualidad y sus múltiples expresiones no son estáticas, sino que van cambiando con el paso del tiempo en función de múltiples factores personales, emocionales, físicos, entre otros. Asimismo, sugieren que con los años se aprende a disfrutar de otros elementos como la cercanía, las caricias, los abrazos, entre otros (Freixas y Luque 2009). Además, a razón de que el paradigma del curso de la vida es un eje transversal de este trabajo, al hablar de contexto también me remito al pasado entendiendo cómo estas mujeres han vivido su sexualidad a lo largo de sus trayectorias vitales y de esta forma apreciar aquellos factores de sus recorridos de vida que configuran los significados que estas tienen de su sexualidad y la forma cómo la experimentan (Freixas y Luque 2009).

Siguiendo la línea de los planteamientos de Freixas, la gerontología feminista ofrece una entrada bastante nutrida para abordar la sexualidad en adultas mayores. Para ella, la gerontología feminista y la sexualidad en adultas mayores se entrelaza:

Sobre todo, en la idea del valor contextual. Para mí ha sido muy importante el concepto de contexto para valorar la sexualidad y para comprender el significado que para las mujeres tiene la sexualidad. Para nosotras la sexualidad es algo que se produce en un contexto, en un momento en el que nuestra relación con una chica o con un chico tiene un valor y ese valor y

esa emoción del momento tiene un gran significado para nosotras (Faus-Bertomeu y Osborne 2019, 5).

Al estudiar la sexualidad en lesbianas adultas mayores de Bogotá también es necesario comprender el momento actual que atraviesa cada una de estas, si tienen o no pareja, si tienen algún problema de salud física y/o mental, incluso, entender sus situaciones materiales en la medida en que éstas también influyen en la forma en como estas experimentan su sexualidad en esta etapa de sus vidas (Freixas y Luque 2009). Lo que procuro en esta investigación no es hacer “una interpretación desde fuera, sino de recoger sus palabras y a través de sus palabras comprender este mundo” (Faus-Bertomeu y Osborne 2019, 6) en el que estas mujeres se desenvuelven y analizar cómo sus realidades moldean su sexualidad en la vejez.

Ahora bien, existen diversas posturas que abordan la vejez como una categoría homogénea, pensándola como una etapa de la vida la que todas las mujeres comparten las mismas características: son abuelas, relegaron su vida sexual, están al cuidado de sus nietos, tienen un estado de salud deteriorado, no salen de casa, entre otros (De Almeida y Lourenço 2007; Rada Schultze 2016). En vía contraria a este tipo de posturas, Freixas y Luque (2009) plantean que una de los distintivos principales de la vejez es la heterogeneidad puesto que las trayectorias de vida de cada persona van dando lugar a un tipo de vejez particular. A razón de lo anterior, estas autoras plantean que las mujeres “llegan a la vejez con un cúmulo de individualidades en cuanto al cuerpo, a la vivencia de la sexualidad, a la experiencia, a la construcción del deseo y también con un buen número de tabúes y prejuicios culturales” (Freixas y Luque 2009, 195).

Así pues, se puede afirmar que una de las características distintivas de la sexualidad en la vejez lésbica es la heterogeneidad (Freixas y Luque 2009; Freixas, Luque y Reina 2010; Faus-Bertomeu y Osborne 2019). Entonces, al indagar sobre la sexualidad de las lesbianas adultas mayores de Bogotá y al analizar sus experiencias es fundamental estar atenta a esa multiplicidad de formas en que estas mujeres viven su sexualidad y no centrarse en tipologías rígidas que homogeneicen la experiencia de la sexualidad en lesbianas mayores de sesenta años.

Al abordar la sexualidad en la vejez lésbica también procuro problematizar la importancia de la masturbación en la continuidad de la sexualidad. Para ello, considero necesario exhortar

sobre los beneficios de la masturbación a lo largo de la vida como una fuente de intimidad personal, como un medio para explorar y conocer nuestros cuerpos y como un mecanismo para liberar tensiones y estrés y para gestionar nuestro propio placer (Freixas y Luque 2009). Y es que la masturbación como una práctica instituida en la gestión diaria del placer representa un recurso interesante en cualquier etapa y especialmente en la vejez.

Otro aspecto que es necesario problematizar para comprender la multiplicidad de formas de vivir la sexualidad en la vejez tiene que ver con la noción de pareja institucionalizada (Falquet 2006) como única forma válida para gestionar nuestra sexualidad (Freixas y Luque 2009). Lo anterior, en la medida de que para algunas mujeres una relación sexo-afectiva no se reduce a la idea de pareja, sino que, puede emerger de una multiplicidad de formas de relacionamientos que incluso escapan a esa visión heteronormativa de pareja institucionalizada como “la única forma de vida para los seres humanos” (Falquet 2006, 78). En ese sentido, resulta importante reflexionar al respecto y determinar cómo la noción de pareja institucionalizada puede constituir un limitante al momento del ejercicio libre de la sexualidad en lesbianas adultas mayores.

2.3.2. Tener o no tener una relación sexo-afectiva, ¿Es realmente la cuestión?:

Expectativas sexo-afectivas en la vejez lésbica

Teniendo en cuenta la perspectiva analítico-teórica que orienta esta investigación resulta fundamental que en el análisis de la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores no solo se tengan en cuenta sus experiencias pasadas y presentes, sino que, además, se aborden tanto sus expectativas del tiempo que esperan vivir como sus expectativas de entablar una relación (Lacombe 2016). Lo anterior, en la medida en que se argumenta que una percepción positiva respecto a su propia vejez (y a su cuerpo), acompañado de un sentimiento de adhesión a la vida contribuyen a la supervivencia de la gestión de los vínculos sexo-afectivos en la vejez (De Almeida y Lourenço 2007; De Beauvoir 2013).

En ese sentido, entender las expectativas sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores no se reduce a exponer si desean o no tener una relación en esta etapa de sus vidas, sino que involucra comprender el porqué de una u otra decisión entendiendo que hay múltiples factores que inciden en que ellas opten por continuar gestionando sus vidas sexo-afectivas o por darlas por terminadas. Dichos factores se relacionan a su vez con sus trayectorias de vida

individuales, en particular, con la manera en que a lo largo de sus vidas experimentaron su sexualidad y el amor.

Para comprender cómo se interrelacionan las expectativas sexo-afectivas, las expectativas del tiempo que les queda por vivir y la percepción de sí mismas acudo a la propuesta de Rada Schultze (2016) sobre “el deber ser y hacer” adulta mayor. Es decir, el conjunto de ideas, creencias y/o pautas sociales de lo que se supone que “debe ser y hacer” (o no) una persona que ha llegado a esta etapa de la vida.

Acudo a esta propuesta analítico-teórica en la medida en que me ofrece una entrada importante para entender que la vejez está condicionada por una serie de creencias, prejuicios y pautas sociales que inciden en lo que las mujeres mayores de sesenta años hacen o consideran que pueden/deben hacer. Principalmente, la sexualidad y los afectos, son dos dimensiones altamente censuradas en el caso de las mujeres adultas mayores dado que como señalan De Almeida y Lourenço (2007) la sociedad normalmente clasifica la vejez como un periodo de asexualidad, como un periodo en que las mujeres se ven obligadas a asumir el papel de la “abuelita”.

Estas nociones sobre “el deber ser y hacer” condicionan no solo cómo la sociedad se piensa a las mujeres adultas mayores y como espera que estas sean y se comporten, sino que estas falsas creencias anulan y/o limitan la capacidad de las mujeres mayores de experimentar plenamente su sexualidad en la vejez e influyen negativamente en su autoconfianza y autoestima. Este “viejismo implícito” (Rada Schultze 2016), ocasiona que algunas sientan que no pueden llegar a ser atractivas para otras personas o que no pueden encontrar un posible vínculo sexo-afectivo en esta etapa de sus vidas (Heaphy 2009).

Además de los prejuicios que limitan la gestión sexo-afectiva en la vejez existen otros factores que desincentivan a aquellas lesbianas adultas mayores que desean iniciar una relación afectiva y sexual. Uno de estos factores se relaciona con los recursos económicos. Retomando a Falquet (2006) los arreglos amorosos y sexuales que se construyen están estrechamente relacionados con la situación material en la que cada una de las lesbianas adultas mayores se encuentra. Y se relacionan no solo porque disponer- o no- de recursos económicos (im)posibilita la participación en espacios de socialización lésbica en los que pueden encontrar parejas potenciales, sino que a su vez la carencia de recursos contribuye a

que estas mujeres prioricen la consecución del sustento diario en detrimento de su gestión sexo-afectiva. Recursos que, como sostiene Heaphy (2009), no son al azar, sino que tienen sus raíces en la forma en la que estas mujeres están ubicadas socio-económicamente.

Hay que añadir que además de estos escenarios, los recursos económicos configuran la importancia que tienen las relaciones sexo-afectivas para algunas lesbianas adultas mayores en la medida en que una relación, sea de pareja o de cualquier tipo, puede llegar a ser percibida como una fuente de apoyo diario en la consecución de los recursos económicos necesarios para la subsistencia.

Por lo hasta aquí expuesto, analizar las expectativas de entablar una relación sexo-afectiva en la vejez lésbica no implica solamente hablar de si desean o no tener un vínculo sexo-afectivo de cualquier tipo. Hablar de expectativas sexo-afectivas involucra reconocer que existen factores que limitan que estas mujeres, aun deseando iniciar una relación, vean frustrado dicho deseo.

Comentarios finales

En los modos de socialización pasados y actuales de las lesbianas adultas mayores se entretejen vínculos relacionales que van más allá de las relaciones sexo-afectivas, tales como: las amistades, las familias elegidas, las colectividades, entre otras. Sin embargo, la búsqueda y gestión de relaciones sexo-afectivas se iza como un elemento fundamental que posibilita el establecimiento de otro tipo de vínculos relacionales para estas mujeres.

La amplitud y/o densidad de los vínculos relacionales posibilita o no la gestión de relaciones sexo-afectivas. Por tal motivo, la propuesta analítica de esta investigación invita a entender que no se pueden abordar las relaciones sexo-afectivas en lesbianas adultas mayores sin comprender sus modos de socialización, incluyendo en estos sus vínculos relacionales y sus espacios de socialización. Para la pregunta planteada en esta investigación, dimensionar esta complejidad y analizar el trasfondo en el que se desarrollan dichas relaciones es vital puesto que permite comprender la forma en la que las lesbianas adultas mayores de Bogotá construyen sus relaciones sexo-afectivas en el marco de sus modos de socialización.

Capítulo 2

Investigar sobre lesbianas adultas mayores de Bogotá: Aspectos metodológicos y contextuales

“Aproximarme a este objeto de estudio me ha permitido constatar lo difícil que es estudiar algo que aparentemente no existe”
Albarracín (2008, 192).

Introducción

Con el deseo, un poco ambicioso, de desempolvar algunos vestigios de la “historia oculta” (Albarracín 2012) de aquellas lesbianas que nacieron a mediados del siglo pasado y pretendiendo visibilizar sus existencias, me sumergí en la tarea de recopilar las historias de vida de ocho lesbianas adultas mayores de Bogotá.

Recurro a las historias de vida como una técnica cualitativa de recolección de datos en la medida en que me permiten explorar las trayectorias de vida de las lesbianas adultas mayores seleccionadas para esta investigación (Pujadas 1992; Puyana y Barreto 1994; Bertaux 1999; Ferraroti 2007). A través de la evocación de sus recuerdos, experiencias, anécdotas y sentimientos procuro comprender cómo estas mujeres han construido sus relaciones sexo-afectivas en el marco de sus modos de socialización. A su vez, parafraseando a Puyana y Barreto (1994), las historias de vida me abren camino para identificar cómo el pasado configura la forma en la que estas construyen sus relaciones afectivo-sexuales en la vejez. Si bien la información recopilada mediante las historias de vida representa el eje vertebral de esta investigación, siguiendo la línea de Pujadas (1992), Puyana y Barreto (1994) y Albarracín (2012), también empleo otras técnicas de tipo cualitativo, a saber: la observación participante y la revisión de archivos de hemeroteca. En primer lugar, acudo a la observación participante para hacer un acompañamiento a la cotidianidad de estas mujeres, identificando sus rutinas, sus modos de socialización y la importancia que estos adquieren en su vida diaria. Estos “recorridos” contribuyeron a dilucidar las huellas invisibles de una generación discreta. En segundo lugar, dado que la noticia es “una representación social de la realidad cotidiana” (Alsina 2005 citado por Califano 2016, 66), la revisión de archivos de hemeroteca constituyó un insumo valioso para comprender cómo se pensaba y abordaba (o no) el lesbianismo durante la segunda mitad del siglo XX. A través de una búsqueda de las ediciones de la Revista Semana desde octubre 1982 hasta diciembre de 1999, procuré identificar aquellos

artículos en los que se hiciera referencia al lesbianismo o en su defecto, a la homosexualidad femenina.

Asimismo, empleo algunos poemas y fotografías de los álbumes personales y/o de las páginas de Facebook proporcionados por las entrevistadas durante el trabajo de campo. Lo anterior, en la medida en que estos me permiten ilustrar quiénes son estas mujeres, de dónde vienen, y, además, me ayudan a dar cuenta cómo y en qué espacios han socializado.

El objetivo de este capítulo es doble. Primero, describir el camino investigativo y la estrategia metodológica empleada para recopilar la información durante el trabajo de campo. Segundo, contextualizar el momento socio-histórico en el que las lesbianas que hoy son adultas mayores en Bogotá vivieron su infancia, adolescencia, adultez y en el que viven hoy día su vejez.

Para ello, he organizado este capítulo en dos grandes apartados. En el primero exhibo la discusión metodológica y la estrategia de intervención empleada durante el trabajo de campo. En el segundo presento algunos de los principales logros en materia de derechos de la población LGBT en Colombia para comprender, de manera general, el contexto en el que ha transcurrido parte de la vida de las entrevistadas. De igual modo, describo brevemente quiénes son las lesbianas adultas mayores entrevistadas. Finalmente, concluyo este capítulo exhortando sobre la necesidad de generar mayor investigación y de diseñar estrategias metodológicas que permitan el abordaje de esta generación de lesbianas “ocultas a simple vista” (Traies 2016).

1. Discusión metodológica y estrategia de intervención durante el trabajo de campo

En un primer momento de este apartado presento la discusión metodológica y la estrategia de intervención empleada durante el trabajo de campo tomando como referencia mi propia experiencia a lo largo del desarrollo del mismo. En ese sentido, hago unas aclaraciones preliminares respecto a la definición del criterio etario, cuento cómo ubiqué a las participantes y como fue el acercamiento con aquellas. Asimismo, expongo la manera en que empleé las técnicas de recolección de información: historias de vida, observación participante y revisión de archivos de hemeroteca, entre otras técnicas complementarias.

1.1. ¿Qué entendemos por lesbianas adultas mayores?

Llevar a cabo una investigación con y sobre lesbianas adultas mayores requiere en primer lugar definir quiénes son (Westwood 2013; Traies 2016). En el proceso de definir mi objeto de estudio he identificado al menos dos desafíos principales: uno se relaciona con el uso de la categoría lesbiana; y el otro, tiene que ver con delimitar aquello que se entenderá por “adultas mayores”. De acuerdo con Adrienne Rich, la palabra lesbiana “evoca a la mujer que se auto-elige, a esa prohibida "intensidad primaria" que se da entre mujeres y también a la mujer que se ha rehusado obedecer, a la que dice "no" a la heterosexualidad obligatoria (Rich 1983, 283). Aunque yo retomo esta definición teórica sobre el término lesbiana para el desarrollo de esta investigación es necesario acotar que, al trabajar con esta generación de mujeres ha sido frecuente observar que gran parte de ellas no se auto-identifican como lesbianas (Westwood 2013; Woody 2014; Woody 2015; Traies 2016; Secretaría Distrital de Integración Social 2019). Esto a razón de que muchas han llevado su vida amoroso-sexual de manera discreta dado el contexto en el que crecieron. Otro de los motivos se asocia con “la diferencia entre el momento histórico que caracteriza a los sujetos de estudio en cuestión, y el momento histórico en el que surgen los entramados epistemológicos LGBTI” (Secretaría Distrital de Integración Social 2019, 40).

En esta investigación opté por emplear el término lesbiana como una “categoría teórica, pero no necesariamente como una categoría que usen y se auto-asignen las personas de este grupo etario” (Secretaría Distrital de Integración Social 2019, 40). Pese a ello, en los testimonios compartidos y en los análisis que realizo, rescato y expongo las expresiones empleadas por estas mujeres para auto-definirse (ser de ambiente, gay, ser del asunto, entre otras).

En cuanto al segundo desafío, algunos teóricos sobre la vejez han hecho un llamado a reflexionar sobre qué se entiende por dicho término (Freixas 2008; Ramos 2014). Para Gullette (2011) citado en Westwood (2013: 382, Traducción propia) “la edad avanzada es una construcción social variable y cambiante que depende de contextos culturales, políticos, espaciales y temporales”. Asimismo, esta delimitación dependerá de los objetivos de cada estudio, de los intereses y las elecciones particulares de las(os) investigadoras(es); pero, sobre todo, obedecerá a la facilidad y/o dificultad que conlleve acceder a este segmento de población.

Los trabajos revisados para el estado del arte en su mayoría hacían énfasis en el punto de vista cronológico. No obstante, no hay un consenso entre ellos en cuanto a la edad en la que se considera que una persona es adulta mayor. Kehoe (1989) en su investigación llevada a cabo en San Francisco- Estados Unidos, trabajó con lesbianas de más de 60 años. Por su parte, Heaphy (2009) seleccionó lesbianas entre los 50 y 80 años residentes en Gran Bretaña y Wilkens (2015) se enfocó en lesbianas mayores de 55 años que participaban en un grupo para personas mayores de Inglaterra, por citar algunos ejemplos.

En esta tesis decidí trabajar con mujeres lesbianas entre sesenta y setenta y un años por las siguientes razones. Primero, tomando en cuenta el criterio cronológico, en el contexto colombiano según el Ministerio de Salud y Protección Social una persona es adulta mayor cuando tiene sesenta años y más. Segundo, y tal vez la razón más influyente, porque durante el trabajo de campo solo identifiqué a algunas lesbianas en ese rango etario.

1.2. Estrategias preliminares: ¿Cómo ubicar a las lesbianas adultas mayores de Bogotá?

Investigar sobre lesbianas adultas mayores no fue una tarea sencilla porque como bien señala Albarracín (2012) estas no son un sujeto de estudio fácil ni accesible. Por un lado, quienes trabajamos sobre este tema nos enfrentamos a la falta de datos sobre lesbianas adultas mayores (Albarracín 2012; Westwood 2013, Traies 2015; Raphael y Cruikshank 2015). Por el otro, debemos afrontar que encontrar a estas mujeres suscita grandes desafíos (Westwood 2013, Traies 2015, García 2015, Traies 2016; Rada Schultze 2018).

Al iniciar mi trabajo de campo pude apreciar de primera mano que lograr un acercamiento con lesbianas mayores de sesenta años representaba un problema en sí. Tantos años viviendo de manera discreta, procurando pasar desapercibidas coadyuvaron a su aparente invisibilidad y, por ende, ocasionaron que fuera complejo seguirles el rastro (Westwood 2013; Traies 2015, Traies 2016). Según Traies (2012) citada en Westwood (2013: 383, Traducción propia) “las lesbianas mayores no son solo una población invisibilizada sino también una población que se esconde. Muchas lesbianas mayores han vivido sus vidas por debajo del radar, sin identificarse con la palabra lesbiana, otras viven clandestinamente en sus comunidades”. Entonces, bajo estas premisas me preguntaba constantemente ¿Quiénes son las lesbianas adultas mayores de Bogotá?, y, sobre todo, ¿dónde están? ¿cómo puedo acercarme a esta población aparentemente inexistente?

Para Barker (2004) citada en Westwood (2013: 283, Traducción propia) “entender y relacionarse con el estilo de red de socialización de las lesbianas mayores es fundamental para poder acceder a ellas”. Siguiendo esta línea, a nivel metodológico, la técnica de bola de nieve fue de mucha utilidad en esta investigación porque me permitió acercarme a los vínculos relacionales de algunas de las lesbianas adultas mayores de Bogotá y me abrió la posibilidad de contactarlas.

En un primer momento acudí a Cristina, una gran amiga mía que es lesbiana y que tiene más de sesenta años. Años atrás tuve el privilegio de conocerla y durante este tiempo hemos compartido en diversos espacios tanto de politización como de esparcimiento. Ella me ayudó referenciándome con algunas de sus amigas para que estas más adelante me permitieran contactarlas. Este proceso fue lento y complejo ya que muchas de estas se habían mudado a otras ciudades o simplemente no estaban dispuestas a ser entrevistadas. Sin embargo, gracias a su apoyo pude contactar a Pilar.

Paralelamente, acudí a todos los contactos que había hecho durante los años que viví en Bogotá y les escribí vía WhatsApp y/o Facebook informándoles sobre mi tesis y preguntándoles si conocían a alguna lesbiana mayor de sesenta años. En su mayoría me respondieron que era difícil conseguir una lesbiana de esa edad. Otras conocidas se mostraron dispuestas a colaborar, pero sus edades oscilaban entre los cincuenta y los cincuenta y siete años.

Después de varias semanas de espera empecé a divisar un panorama favorable. Una compañera de la Colectiva Feminista Útero Goloso me puso en contacto con Lilia, a quien había conocido años atrás porque ambas eran vendedoras informales en la plaza del barrio 20 de julio. Por otro lado, Liliana, a quien tenía agregada en Facebook, pero que no conocía en persona, accedió a darme una entrevista. Ella, a su vez, me contactó con Patricia, con quien sostenía una amistad de más de veinte años.

Semanas después de haber iniciado mi trabajo de campo, Blanquita, una amiga de la Colectiva, me pasó el contacto de Adela, una lideresa de la Localidad Rafael Uribe Uribe y esta última me llevó a conocer a Leonor². A unas semanas de regresarme a Ecuador, Ligia,

² Pseudónimo.

una compañera activista por la paz a quien tenía agregada en Facebook, me puso en contacto con dos amigas suyas: Matáfora³ y su pareja LuzPi.

Este pequeño pero nutrido grupo de mujeres maravillosas me abrieron un espacio en su día a día, en sus vidas, me confiaron sus dolores, sus alegrías, sus amores y desamores, y con ello, me brindaron la posibilidad de materializar esta investigación.

1.3. ¿Y ahora qué?: Los primeros contactos y el establecimiento de las citas

Una vez identificadas las posibles colaboradoras de esta investigación procedí a contactarlas. Les conté sobre el objetivo de mi tesis y sobre mis motivaciones personales respecto a la investigación y así acordamos un primer encuentro. Estos primeros acercamientos de entrada me daban cuenta de la problemática sobre la que yo había estado cavilando: muchas de estas mujeres viven de manera discreta y procuran pasar desapercibidas. En efecto, fue sorprendente cómo en la mayoría de los casos evidencié cierto recelo por revelar sus identidades pese a que ya tenían conocimiento de que yo las llamaría.

En su mayoría, me propusieron sitios de encuentro lejanos a sus lugares de trabajo y/o viviendas arguyendo que ahí podríamos conversar con mayor fluidez y tranquilidad evitando que alguna persona conocida escuchara nuestra conversación. Para mí esta situación fue totalmente entendible puesto que muchas de estas nunca develaron, ante su familia, vecinas(os) y/o algunas amistades, su gusto por las mujeres. En ese sentido, las historias de vida se llevaron a cabo mayormente en cafeterías, y/o restaurantes. Solo en casos puntuales, se efectuaron en sus propios domicilios o en sus lugares de trabajo.

Debo señalar que no todas se mostraron recelosas de exponer su lesbianismo ante una persona desconocida. Por el contrario, otras manifestaron de entrada mucho interés y deseo de encontrarse conmigo y de contarme sus historias porque para estas últimas, como señala Alves (2010), este encuentro constituía una oportunidad valiosa para hablar, para desahogarse y conversar sobre aquello que nunca le habían contado a nadie.

³ Pseudónimo.

1.4. Conversando con las lesbianas adultas mayores: Historias de vida y observación participante

En cuanto a la metodología y a las técnicas de recolección de información, siguiendo la línea de Albarracín (2012: 72) “para poder indagar en un mundo del cual no se tiene ningún registro, la metodología cualitativa se demostró como la más prometedora para avanzar en esta materia: historias de vida”. Adicionalmente, esta autora al retomar los planteamientos de Erving Goffman exhorta sobre la “necesidad de una metodología con técnicas cualitativas como la observación participante para el acceso a la información sobre determinados grupos que se sitúan en los márgenes del sistema” (Goffman 1963 citado en Albarracín 2012, 72). En este apartado describo con detalle la forma en la que durante mi trabajo de campo empleé estas técnicas y cómo estas contribuyeron al cumplimiento de los objetivos propuestos en esta tesis.

1.4.1. Historias de vida

“Relatar la vida, no es vaciar una sucesión de acontecimientos vividos, sino hacer un esfuerzo para dar sentido al pasado, al presente y a lo que este contiene como proyecto”

(Valdés 1988 citada en Puyana y Barreto 2014, 189).

“A través de los ojos del narrador, no es a él a quien queremos mirar, sino al mundo; o con más precisión, a su mundo”

(Bertaux 1999, 15).

Las historias de vida hicieron “posible el acceso a las condiciones concretas en que se gestan deseos, sentimientos y pensamientos, mientras se van configurando los proyectos particulares de cada ser” (Puyana y Barreto 1994, 196). Así pues, al posibilitar que me adentrara en la urdimbre de sucesos que conforman la trayectoria de vida de las lesbianas adultas mayores de Bogotá, las historias de vida contribuyeron a comprender cómo dichos sucesos fueron moldeando determinados tipos de vejez (Rada Schultze 2016).

Para Puyana y Barreto (1994) en las historias de vida se “plasma el triple movimiento de inserción en la realidad objetiva, de identificación de la ley y la normatividad, de apropiación y moldeamiento del mundo, en función de las motivaciones e intereses” (Puyana y Barreto 1994, 196). Por tal razón, esta técnica también sirvió para entender el contexto en el que se

han desenvuelto las participantes de esta investigación y cómo este ha influido, de diferentes formas, en el devenir lesbiana de esta generación de mujeres que hoy tiene 60 años y más. Específicamente, coadyuvó a identificar cómo estas han construido sus relaciones sexo-afectivas en el marco de sus modos de socialización recurriendo a intrincadas “estrategias de libertad en un mundo de represión” (Albarracín 2012, 84) en el que el lesbianismo era (y sigue siendo) censurado.

Ahora bien, siguiendo los postulados del paradigma del curso de la vida como una entrada teórico-metodológica argumento que para entender el presente de las lesbianas adultas mayores de Bogotá debo indagar y comprender su pasado. En este sentido, recopilar historias de vida bajo esta premisa implicó tener en cuenta al menos dos conceptos claves: memoria y puntos de inflexión. Respecto al primero, Rada Schultze (2016) señala que “quienes trabajamos con vejez, entendemos que los grupos sociales tienen una memoria social e individual y que la misma, además de transmitirse inter-generacionalmente, se re-crea a lo largo de la vida a la luz de los acontecimientos pasados y presentes” (Rada Schultze 2016, 95).

Esta memoria se caracteriza por ser activa puesto que los sujetos “al tiempo que son actores de su propia vida, son narradores, lectores y correctores de la misma; resignificando o reapropiando aquella historia” (Rada Schultze 2016, 95). Para este autor, podemos acceder a la memoria a través de un ejercicio de reminiscencia, de evocación, para lo cual las historias de vida resultaron de gran utilidad (Arfuch 2002 citado por Rada Schultze 2016).

Por su parte, los puntos de inflexión son “hitos significativos en la vida de las personas que operan como bisagra en el desarrollo de la trayectoria vital, dando como resultado un envejecimiento y una vejez diferencial” (Rada Schultze 2018, 9). Como mencioné en el párrafo anterior, en los ejercicios de reminiscencia las lesbianas adultas mayores reinterpretaron, resignificaron y reapropiaron su propia historia. Más aún, en dicho ejercicio, tendieron a ponderar algunos hechos de la vida pasada “transformándolos en hitos significativos” (Rada Schultze 2016, 96). Estos puntos de inflexión son los que le aportan el carácter multidireccional a la trayectoria de vida de estas mujeres. Mismos que inciden en que estas mujeres vivan determinada forma de vejez y que construyan sus relaciones sexo-afectivas en un sentido u otro.

Ahora bien, pese a que “las diversas historias de vida de las personas presentan diferencias que las distinguen en su desarrollo, también incluyen similitudes que las asemejan, permitiéndonos compararlas o agruparlas en categorías o modelos de envejecimientos y vejezes” (Rada Schultze 2016, 85). En ese sentido, recabé en las historias de vida de las lesbianas adultas mayores de Bogotá para comprender cómo el género y la sexualidad incidieron en la construcción de sus relaciones sexo-afectivas en el marco de sus modos de socialización a lo largo de sus vidas. Entendiendo que sus experiencias personales contienen elementos que son similares entre sí por haber pertenecido a una “minoría sexual” históricamente estigmatizada (Rada Schultze 2018).

Específicamente, durante tres meses recopilé ocho historias de vida con las cuales busqué “reconstruir el mundo de sentido de los actores a partir de su infancia, pasando por su juventud y mediana edad hasta llegar a la vejez” (Rada Schultze 2016, 96); y con ello, identificar elementos claves para dar respuesta a los tres objetivos específicos planteados al inicio de esta investigación. Y digo los tres objetivos porque las historias de vida, al ser el eje vertebral de mi estrategia metodológica me permitieron no solo indagar sobre el pasado de las entrevistadas sino procurar establecer un diálogo entre su pasado, su presente y su futuro, y es básicamente, en esta línea analítica y argumental en la que fueron pensados los objetivos específicos de esta tesis y su estructura.

Como mi interés realmente era profundizar en aspectos específicos de su trayectoria de vida y no en el conjunto de su trayectoria, estas historias de vida también fueron de tipo focal o temáticas puesto que “enfataron sólo unos aspectos problemáticos de la vida de las narradoras, es decir, abordando solo algunos temas o cuestiones en el curso de la experiencia de vida de las entrevistadas” (Pujadas 1992, 61). Entre los núcleos temáticos abordados durante la recopilación de historias de vida se encuentran: los sitios de encuentro y las dinámicas que en ellos se producían, los códigos o el lenguaje propio, las estrategias desplegadas para gestionar sus vínculos sexo-afectivos (Figari y Gemetro 2009; Albarracín 2012). Asimismo, indagué sobre la participación política, sus relaciones sexo-afectivas a lo largo de su trayectoria vital, la gestión de las relaciones familiares, íntimas, laborales y amicales. También conversamos sobre sus vivencias de la sexualidad, sobre su infancia, adolescencia, adultez y vejez, sobre sus expectativas tanto vitales como de tener una relación sexo-afectiva en esta etapa de sus vidas.

Cada uno de nuestros encuentros fue grabado, previa autorización, para que posteriormente pudieran ser transcritos, sistematizados y analizados a la luz de los objetivos planteados. Quiero finalizar parafraseando la cita con la que inicié este apartado: a través de los ojos de las lesbianas que hoy son adultas mayores, no es a ellas a quién quise mirar, sino al mundo; o con más precisión, a su mundo.

1.4.2. Observación participante

Siguiendo los planteamientos de Pujadas (1992), durante el trabajo de campo recurrí a la observación participante como técnica cualitativa de recopilación de información puesto que dicha técnica junto con las historias de vida “ofrecen alternativas de complementación y contrastación de la información o arrojan nuevos elementos para su interpretación” (Puyana y Barreto 1994, 192).

Otra de las razones que me llevaron a considerar esta técnica como parte del desarrollo de mi trabajo de campo radica en que la observación participante me posibilita “determinar quién interactúa con quién, comprender cómo los participantes se comunican entre ellos” (Schmuck 1997 citado en Kawulich 2005, 5) De igual modo, con la observación participante se pueden “conocer los significados y sentidos que otorgan los sujetos a sus acciones y prácticas” (Sánchez 2013, 98). A la luz de estas consideraciones dicha técnica me fue de gran utilidad para comprender los modos de socialización de las lesbianas adultas mayores en Bogotá, es decir, pude conocer tanto sus espacios de socialización como sus vínculos relacionales.

En términos generales tuve la oportunidad de compartir gran parte de las jornadas de estas mujeres, con algunas más que con otras. Por ejemplo, Patricia me invitó a quedarme varios días en su casa a las afueras de Bogotá y a que la acompañara a hacer unas diligencias en Girardot y en Melgar, dos municipios de Cundinamarca cercanos a Bogotá. En ese tiempo pude aprender muchas cosas sobre lo que ella hace en su día a día. También pude conversar de forma más relajada saliéndome un poco del esquema preparado para las historias de vida. En el caso particular de Patricia fue interesante observar cómo el motivo de mi visita fue mostrado de diferentes maneras ante los demás: a unas vecinas le dijo que yo era una sobrina que la había ido a visitar (asimismo me presentó Lilia). En otras ocasiones, mencionó que yo le había ido a hacer una entrevista para un trabajo de la universidad por una labor misional que ella había realizado tiempo atrás en una organización. Todo esto procurando no develar el motivo real de mi visita y eso de entrada me permitió observar cuáles eran las posibles

estrategias accionadas por esta para guardar una actitud de discreción en relación a su lesbianismo.

Con Liliana los encuentros se realizaron en su lugar de trabajo porque ahí transcurre la mayor parte de su día. Sentadas en una silla Rimax la acompañé mientras ella atendía su negocio, incluso, en algunos momentos me dejó cuidando el lugar mientras ella salía a cambiar algún billete. Gracias a ese espacio pude conversar sobre muchos temas y conocer un poco más sobre ella.

Con Lilia también compartí mucho tiempo. Al principio nos vimos en una cafetería, pero en nuestro siguiente encuentro me pidió que la acompañara a cobrar la pensión y a hacer algunas diligencias al norte de Bogotá. También me solicitó que la acompañara al trabajo e inclusive me invitó a almorzar a su casa. Fue un proceso enriquecedor porque Lilia, quien al principio era muy callada y tímida, se fue abriendo y me permitió descubrir más aspectos de su trayectoria de vida. Con Cristina fue con quien más tuve la oportunidad de estar. Obviamente la amistad que tenemos y la cercanía facilitó ese compartir.

En el caso de Pilar, Eugenia y Leonor los encuentros fueron más cortos y no pude tener acceso a su cotidianidad. En el caso de Eugenia por sus ocupaciones. Particularmente con Pilar y Leonor por el temor que les ocasionaba develar públicamente su gusto por las mujeres, por eso con la primera siempre me encontré en cafeterías y con la segunda, en la casa de su amiga Adela, quien nos puso en contacto.

Ahora bien, de acuerdo con Hernández Sampieri (2006: 411) “la observación no es mera contemplación; implica adentrarnos en profundidad a situaciones sociales y mantener un papel activo, así como una reflexión permanente. Estar atento a los detalles, sucesos, eventos e interacciones”. En efecto, en todos los casos sentí que con la observación participante pude apreciar otros aspectos que no se hicieron tan evidentes en las historias de vida.

Siguiendo a Guasch (1997) pude apreciar que, al propiciar un ambiente de cercanía distanciado un poco de la postura entrevistadora y entrevistada, estas mujeres se abrieron un poco más e incluso me contaron más cosas de su vida personal de manera espontánea mientras almorzábamos, caminábamos por la calle, paseábamos e incluso compartíamos alguna bebida. Creo que este fue uno de los mayores aprendizajes y una de las maneras en que la observación

participante enriqueció mi investigación y además ayudó a forjar lazos más allá de los encuentros que tuvimos. En definitiva, gracias a esta técnica me fue posible analizar qué hacían las lesbianas adultas mayores, cómo lo hacían y con ello comprender por qué lo hacían (Piñeiro 2015).

1.5. Otros datos del campo: Archivos de hemeroteca, álbumes personales y poemas

Según Vasilachis de Gialdino (2006) citado por Rada Schultze (2016), las historias de vida no deben ser analizadas de forma aislada. Estas historias “son formas de acción con sentido construidas bajo circunstancias concretas cuya realización se da en contextos específicos” (Vasilachis de Gialdino 2006 citado por Rada Schultze 2016, 94). A razón de ello, procuré complementar estas historias de vida a la luz de algunos artículos de la Revista Semana en los que se hablara sobre lesbianismo u homosexualidad femenina. Acudí a la hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango y durante aproximadamente un mes revisé los fascículos de dicha Revista publicados entre el periodo comprendido entre mayo de 1982 y diciembre de 1999. Opté por hacer este corte debido a que en 1982 la Revista Semana retomó sus publicaciones después de haberlas interrumpido en 1961.

Quiero puntualizar que los artículos de la Revista Semana solo fueron empleados de manera referencial para entender cómo durante las últimas décadas del siglo pasado se abordaba (o no) el lesbianismo. Puesto que para autores como Martini (2000) citada por Califano (2015: 66) “la noticia es construcción de la realidad y puente entre individuos y espacios y al tiempo que informa y comunica, difunde una cultura, se constituye en discurso autorizado y consolida una visión del mundo”. De tal forma que al ser la noticia “una representación social de la realidad cotidiana” (Alsina 2005 citado por Califano 2016, 66) nos ofrece la posibilidad de entender determinados momentos socio-históricos.

Por su parte, en el trabajo de campo algunas de las lesbianas adultas mayores me compartieron fotos de sus álbumes o de sus páginas de Facebook de las cuales hice uso en esta investigación más como un registro visual en el que estas mujeres plasmaron momentos que dan cuenta de quiénes han sido y quiénes son. También, las fotografías me ayudaron a dar un rostro a las historias de vida y me permitieron ilustrar los espacios en los que estas mujeres socializaron y de esta forma, poder analizar algunas dinámicas subyacentes en sus modos de socialización.

De igual modo, Matáfora me compartió algunos de sus poemas los cuales presento y analizo en esta investigación. Para Lorde (2003) la poesía es entendida “como una reveladora destilación de la experiencia y no un estéril juego de palabras” (Lorde 2003, 14). Más aún, para esta autora la poesía constituye “el instrumento mediante el que nombramos lo que no tiene nombre para convertirlo en objeto del pensamiento. Los más amplios horizontes de nuestras esperanzas y miedos están empedrados con nuestros poemas, labrados en la roca de las experiencias cotidianas” (Lorde 2003,15). Es por ello que consideré pertinente acudir a estos poemas para efectos de complementar mis análisis porque en muchos de ellos Matáfora plasmó su historia de vida, su vivencia de la sexualidad, su descubrimiento y el reconocimiento de su lesbianismo, entre otros temas.

2. Aspectos contextuales de una generación discreta

Procurar entender las realidades que viven actualmente las lesbianas adultas mayores en Bogotá me conduce necesariamente a mirar hacia el pasado. A ese pasado en el cual ellas socializaron, a esos contextos que de una u otra manera dieron forma a sus trayectorias vitales. Con esta mirada al pasado, lejos de pretender encontrar elementos para trazar una genealogía rigurosa de la historia de la vivencia lésbica en esta ciudad lo que pretendo es situarme en un contexto espacial y temporal que me permita comprender el camino por el cual transitaban estas mujeres.

A su vez, identificar aquellos hitos principales en la lucha por el reconocimiento de los derechos de los homosexuales en este país, y en particular, los derechos de las lesbianas, sus procesos organizativos y demás aspectos que me sirvan de base para analizar las experiencias vitales de aquellas lesbianas que hoy en día tienen 60 años y más, entendiendo que dichas experiencias hacen parte de un proceso socio- histórico más amplio.

En tal sentido, he organizado esta sección en dos partes. La primera da cuenta de la despenalización de la homosexualidad en Colombia y a su vez, hace un recuento de los principales avances en el reconocimiento de los derechos de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transgénero en este país. En la segunda, relato, en términos generales, quiénes son las lesbianas adultas mayores entrevistadas y presento algunos aspectos importantes de sus trayectorias vitales para tener elementos de contexto más situados respecto a sus propias experiencias.

2.1. Entre ires y venires: Avances y retrocesos en la lucha por los derechos de la población LGBT en Colombia

La generación de lesbianas que nació en Colombia durante la primera mitad del siglo XX vivió su niñez, su adolescencia y parte de su adultez en un contexto que era hostil para las personas que no eran heterosexuales. Por un lado, se evidenciaba un profundo rechazo hacia los homosexuales: “si viviéramos en Colombia en la primera mitad del siglo XX y leyéramos los periódicos de aquella época, tendríamos total certeza de que los homosexuales son individuos peligrosos, maldecidos con una extraña enfermedad, cuya existencia atenta contra la buena moral” (Aparicio 2009, 31). Por otro lado, durante esta época la homosexualidad era penalizada (Castillo 2018) y se les negaba la ciudadanía formal a los homosexuales (Aparicio 2009). Todo esto incidió, de alguna manera, en que las lesbianas vivieran discretamente como una forma de respuesta “al ambiente social de rechazo vivido en casi todos los ámbitos de la vida” (Portillo 2015, 15).

Autores como Velandia (1999) citado por Cotrina (2018) apuntan que “la despenalización de los actos homosexuales en Colombia fue la antesala para la consolidación de un movimiento homosexual que se encontraba en la clandestinidad” (Velandia, 1999 citado por Cotrina 2018, 155). No obstante, este proceso no fue ni inmediato ni uniforme puesto que, aunque con la despenalización se hubiera dado un avance significativo en materia legal “la consolidación del imaginario católico mediante el modelo de Estado centralista y regeneracionista generó en Colombia una represión del goce de la sexualidad para las personas sexualmente diversas, siendo más específicos, para el caso de los homosexuales” (Altman, 1971 citado en Cotrina 2018, 155).

Pese a esto, es importante reconocer que, despenalizada la homosexualidad en Colombia, despatologizada a nivel internacional (1990) y llegada la Constitución de 1991, se empezaron a gestar diversas acciones por el reconocimiento y a visibilización de Lesbianas, Gays y Transgéneros en este país de la mano de activistas y colectivos quienes empezaron un proceso de politización de la lucha por sus derechos (Cotrina 2018).

En el marco de estos avances es importante reconocer el aporte significativo que han tenido las organizaciones localizadas en Bogotá. Bogotá, la ciudad “en la que se puede ser”⁴ ha sido

⁴ “En Bogotá se puede ser” es el nombre de una de las estrategias de la política LGBTI de Bogotá (SDP, s.f.).

uno de los principales epicentros de la lucha por los derechos de la comunidad LGBTI, sin desconocer el trabajo que se ha gestado de la mano de activistas a nivel nacional. Quizá porque allí se concentran las principales instituciones del Estado, como el Congreso; o también, porque al ser la capital tienden a converger en ella gran diversidad de personas de diferentes ciudades. Pero más allá de eso, es importante reconocer que es la primera ciudad de Latinoamérica en donde se creó un Centro Comunitario LGBTI (2006).

Asimismo, es la primera ciudad en Colombia que contó con una política pública enfocada específicamente en la garantía del pleno ejercicio de los derechos de este segmento poblacional⁵. Dicha política fue implementada en 2007 bajo la alcaldía de Luis Eduardo Garzón convirtiéndose en el primer referente a nivel nacional. También, ha sido la primera ciudad en tener como alcaldesa de una de sus localidades a una mujer lesbiana, durante el período 2008-2012, y a la primera alcaldesa lesbiana de la ciudad elegida por voto popular en 2019. De igual manera, en Bogotá se gestó con mayor fuerza la lucha por el matrimonio igualitario entre el 2007 y el 2016 (Castillo 2018).

Con ello no pretendo hacer ver que Bogotá sea el paraíso de la comunidad LGBTI, porque eso sería desconocer las diversas realidades, discriminaciones, violencias y demás aspectos que atraviesan la vida de lesbianas, gays, bisexuales y transgénero que allí habitan. Lo que realmente quiero poner en cuestión es que esta ciudad ha sido un escenario político importante para la lucha por el reconocimiento de los derechos de las sexualidades disidentes. Y ha sido justamente el escenario en el que han vivido las lesbianas que hoy son adultas mayores en torno a las cuales gira esta investigación.

Realizado este breve recorrido, podemos inferir que las lesbianas adultas mayores que hoy día tienen 60 años y más, vivieron en toda su juventud y gran parte de su edad adulta, el estigma y la censura de su lesbianismo. Si bien, en el contexto actual aún no se goza de una garantía plena de los derechos de las personas con orientaciones sexuales no heteronormativas, es necesario reconocer que al menos hay un marco normativo que les garantiza el libre desarrollo de su identidad (Castillo 2018).

⁵Secretaría Distrital de Participación Ciudadana (SDP). S.f. “Introducción”. http://www.sdp.gov.co/sites/default/files/manual_imagen_pplgbiti-p.pdf. (Consultado el 30 de mayo de 2019).

2.2. ¿Quiénes son las lesbianas adultas mayores entrevistadas?

En este apartado comparto algunos aspectos de las biografías de las lesbianas adultas mayores que participaron en esta investigación. Esto con el fin, no solo de aportar elementos de contexto que permitan comprender sus trayectorias vitales, sino de darle un rostro a las ocho valerosas mujeres que amablemente me abrieron las puertas de sus vidas y me permitieron contar sus experiencias. Con estas breves descripciones quiero dar a conocer una pequeña parte de sus existencias y sentar una base para los análisis que se despliegan en los capítulos siguientes.

Lilia (72 años)



Fotografía 1. Izquierda: Lilia celebrando sus cincuenta años (1999). Centro y derecha: Lilia en la actualidad. **Fuente:** Álbum fotográfico de Lilia.

Lilia nació en Guachetá-Cundinamarca el 27 de abril de 1949 en el marco de una familia campesina. Es la segunda de cuatro hermanos. Recuerda que en su infancia aprendió a trabajar la tierra, a moler cuchuco,⁶ a cortar leña, a sembrar papa y a ordeñar vacas. Desde los siete años vive en Bogotá. A los quince años su madre intentó casarla con un hombre doce años mayor que ella, pero Lilia descubrió que este tenía un romance con otra joven del barrio y logró hacer que se anulara el compromiso. Al año siguiente se fue de su casa y empezó a trabajar en restaurantes y en ventas ambulantes para costear sus gastos.

A sus veintitrés años consiguió un trabajo como encargada del aseo en el Ministerio de Hacienda en el cual permaneció hasta 1993. De 1993 para acá se ha dedicado a la venta

⁶ Es un alimento a base de maíz con el cual se elaboran sopas y coladas.

informal. Tuvo un puesto de dulces a las afueras del Estadio El Campin, trabajó como encargada del aseo en Corferias, entre otros.

Relata que a lo largo de su vida ha salido con sinnúmero de mujeres con quienes ha tenido relaciones cortas. Desde hace aproximadamente dos años no tiene una relación sexo-afectiva, pero sus exparejas siguen teniendo gran importancia en su vida relacional y constituyen un apoyo significativo en el acompañamiento a sus citas médicas debido a que ella padece de diabetes y problemas renales desde hace varios años.

Lilia, se describe como una mujer sencilla, alegre y trabajadora. Hoy en día cuenta con una pensión de un salario mínimo y tiene un puesto informal en la plaza del barrio 20 de Julio en la localidad de San Cristóbal al suroriente de Bogotá. Pasa la mayor parte de sus días entre su trabajo, su casa y sus visitas al médico. Aunque habla esporádicamente con sus hermanos, no mantiene un vínculo cercano porque no quiere que estos se entrometan en su vida personal.

Leonor⁷ (71 años)

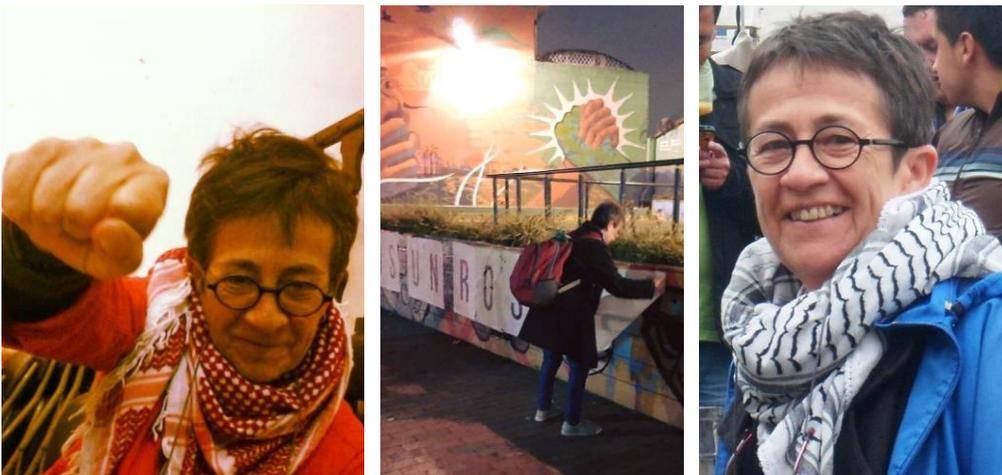
Leonor nació en la ciudad de Cali el 16 de noviembre de 1950. Desde niña fue criada por su abuela y su bisabuela. Nunca conoció a su madre ni a su padre. Cuando ella tenía trece años su abuela murió y ella quedó totalmente desamparada. Al año siguiente conoció a un muchacho con el que se casó. A la edad de quince años tuvo a su hijo. Relata que vivió una adolescencia muy dura. Fue víctima de violencia por parte de su pareja. Al poco tiempo se separó y empezó a trabajar cargando bultos en un puerto debido a que sus estudios eran escasos. Estando en ese trabajo conoció a quien más adelante fue su esposo.

Recuerda que como su esposo era transportista ella vivió en diferentes ciudades de Colombia. A los veinticinco años se radica en la ciudad de Bogotá. Después de veinte años de convivencia con su pareja, este la dejó por otra persona. A raíz de esto, Leonor decidió estar sin pareja durante casi treinta años y se dedicó exclusivamente a la crianza de sus dos nietos. A los sesenta y cinco años se enamoró de una mujer y decidió formalizar una relación con esta. Dicha relación duró aproximadamente dos años. Cuenta que desde ese entonces no ha vuelto a tener otra relación estable.

⁷ Pseudónimo

En la actualidad recibe un subsidio por parte del Estado y es beneficiaria del programa de apoyo alimenticio en el comedor comunitario de la Localidad Rafael Uribe Uribe, al sur de la ciudad. Relata que su rutina se centra exclusivamente en el cuidado de sus tres bisnietos. Al preguntarle cómo se describía señaló que era una mujer vanidosa, que le encanta arreglarse las uñas y el cabello. Asimismo, agregó que le gusta verse bella y por eso siempre está bien vestida, con sus aretes, sus collares y con su labial.

Eugenia (70 años)



Fotografía 2. Eugenia en la actualidad. **Fuente:** Página de Facebook de Eugenia.

Eugenia nació en Cali el 20 de septiembre de 1951. Es sietemesina, por eso afirma que desde el vientre de su madre fue transgresora. Cuenta que fue autónoma y rebelde desde la infancia y por eso siempre la echaban de los colegios. A los catorce años se fue de su casa porque no soportaba que su padre maltratara a su madre y porque su padre las hacía mudarse constantemente del campo a la ciudad y de la ciudad al campo.

Es egresada de la Universidad Pedagógica Nacional. Hizo parte del movimiento estudiantil. Ha estado vinculada con organizaciones de derechos humanos y con organizaciones de mujeres que luchan por el agua, contra la violencia, contra el racismo, entre otros. En estos espacios se encontró con el feminismo. Para Eugenia el activismo político corre por sus venas. Le apasiona hablar de lo subversivo, lo antisistema, la calle, lo conspirativo y las marchas. Comenta que nunca se planteó el tema del matrimonio ni de la maternidad porque para ella la libertad es una máxima. A finales de los ochenta tuvo que irse para España dada la compleja situación socio-política que atravesaba Colombia en ese entonces. A los dos años retorna al país.

Fue hasta sus casi cincuenta años que se enamoró de una mujer. Recuerda que a esa edad conoció el amor, las caricias, el sexo y la pasión. Para ella fue como vivir aquel amor adolescente estando en la adultez. No se muestra a favor de una relación de pareja, pero si cree en otras formas de relacionarse sexo-afectivamente que vayan más allá de un vínculo de pareja.

Hoy en día está a cargo de la dirección del Instituto Latinoamericano para una Sociedad y un derecho Alternativos (ILSA). Por sus férreas creencias antisistema nunca cotizó, por lo que hoy día no cuenta con una pensión y depende principalmente de los ingresos que reciba de su trabajo. Eugenia es una mujer de carácter firme pero muy risueña. Es una idealista y soñadora empedernida. Actualmente vive con Carmen, Amelí y Candelaria, sus tres gatas que además de ser su adoración, son su compañía.

Patricia (69 años)



Fotografía 3. Izquierda: Patricia en el Bar Bella Noche (1985- 33 años). Centro: Patricia en su finca (1998- 46 años). Derecha: Patricia en la actualidad. **Fuente:** Álbum fotográfico de Patricia.

Patricia nació en Pandi- Cundinamarca el 13 de julio de 1952. Su padre era el peluquero y el fotógrafo del pueblo y su madre era ama de casa. Recuerda que vivió una infancia muy bonita rodeada de caballos y fincas. Señala que creció en un ambiente masculino y las únicas mujeres de su familia eran su madre y ella. Siempre le ha gustado vestir con jeans y botas. A los diez años se fue a vivir a Bogotá con su familia. Cuenta que desde siempre le han gustado las mujeres aunque durante su adolescencia tuvo varios novios.

Es profesional en Lenguas Modernas de la Universidad de Cundinamarca. Asimismo, empezó a estudiar Psicología del aprendizaje en la Universidad de la Sabana, pero no culminó la carrera. Antes de abrir el bar Bella Noche en 1980, trabajó en el magisterio durante varios años. A lo largo de su vida ha sido dueña de varios bares lésbicos tanto en Bogotá como en Girardot. Desde hace varios años no reside en Bogotá porque le gusta vivir en zonas rurales. Patricia se describe como una mujer alegre, noviera, extrovertida, rumbera, activa y amante del campo y de los animales. Hoy en día está dedicada a su casa, al cuidado de sus dos chivitas, de sus gallinas y de sus perros. Uno de sus mayores anhelos es encontrar una pareja que la acompañe y con quien pueda vivir su vejez.

Pilar (64 años)



Fotografía 4. Izquierda: Pilar en compañía de Esperanza (1984- 27 años). Centro: Pilar y Shaday (1992- 35 años). Derecha: Pilar junto a Shaday (1999- 42 años). **Fuente:** Álbum fotográfico de Pilar.

Pilar nació en Santa Isabel- Tolima el 27 de septiembre de 1957 pero creció en Ibagué- Tolima. Su padre era escultor y su madre era docente. Es la segunda de cuatro hermanos. Estudió administración educativa e hizo un postgrado en educación de adultos. Durante la mayor parte de su vida trabajó en la Secretaría de Educación de Bogotá.

A lo largo de su vida tuvo dos relaciones duraderas. La primera fue con Esperanza. Este noviazgo inició en 1975, cuando Pilar tenía diecisiete años y duró aproximadamente catorce años. La segunda fue con Shaday con quien vivió durante doce años. Desde 2002 no ha vuelto a establecer ningún tipo de vínculo sexo-afectivo y afirma no tener ningún interés al respecto. Hoy en día es pensionada y sigue trabajando medio tiempo como tesorera en una empresa pequeña. Señala que su interés en seguir trabajando no radica en el dinero sino en tener la

posibilidad de ocupar parte de su tiempo en alguna actividad. Relata que en la actualidad es una mujer familiar, le encanta compartir tiempo con su madre, su sobrino y la hija de este último. De vez en cuando le gusta ir de paseo a las afueras de Bogotá, principalmente a tierra caliente. También disfruta ir a comer a restaurantes ya sea con su sobrino o con sus amigas de toda la vida. Pilar es muy amiga de Cristina, y como señalé en apartados anteriores, gracias a esta última pude ponerme en contacto con Pilar.

Cristina (63 años)



Fotografía 5. Izquierda: Cristina a los cuatro años (1962). Centro: Cristina en una reunión con compañeros de trabajo (1996- 38 años). Derecha: Cristina en la actualidad. **Fuente:** Álbum fotográfico de Cristina.

Cristina nació en Bogotá el 6 de mayo de 1958. Es la segunda de siete hijos de un matrimonio entre un campesino boyacense y una enfermera bogotana. Creció en un hogar religioso y conservador. Toda su educación primaria y secundaria la realizó en colegios de monjas. Recuerda que su niñez no fue como la de las demás niñas, sino que desde muy pequeña tuvo que hacerse cargo de las responsabilidades de la casa y del cuidado de sus hermanos porque su madre trabajaba y su padre estaba ausente. Estudió publicidad y mercadeo. Más adelante, en 1979 a la edad de veintiún años se casa y en ese matrimonio tuvo dos hijos y dos nietos. Entre los quince y los cuarenta y cinco años hizo parte de la congregación de los testigos de jehová.

Señala que pese a que fuera contradictorio con su filiación religiosa, militó durante varios años en el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (MOIR) y en la Juventud Comunista Colombiana (JUCO). A lo largo de muchos años se desempeñó como gerente

nacional de ventas de una reconocida farmacéutica. Asimismo, trabajó en el área de mercadeo en compañías de cosméticos y seguros. Actualmente es gerente general de su propia empresa dedicada a la importación y comercialización de productos industriales.

Desde 2015, a raíz de que la familia de su pareja no le permitió asistir al funeral de esta última, Cristina empezó a dedicarse al activismo. En 2018, junto a un grupo de mujeres lesbianas y bisexuales, inició la Colectiva Feminista Útero Goloso. Cristina se describe como una mujer activa, inquieta, alegre, curiosa y una asidua lectora. Le gusta participar en seminarios y cursos sobre diversos temas y desde hace un par de años ha venido dictando talleres sobre libido en mujeres adultas mayores y sobre violencia hacia la mujer.

Matáfora⁸ (62 años)

Matáfora nació en Bogotá el 17 de junio de 1959. Es la séptima de doce hermanos. Habla de su infancia con mucho dolor puesto que para ella esa etapa de su vida fue traumática. Creció como los niños de los chircales.⁹ Cuenta que jugó a trabajar y trabajó jugando. También recuerda que a medida que crecía su madre le fue inculcando el gusto por la lectura y mientras a sus hermanas le regalaban muñecas a ella le regalaban libros. Vivió situaciones de violencia y abuso en su hogar, aunado con carestías económicas. A los doce años empezó a trabajar lavando platos, como mesera y/o lavando ropa.

A los veinte años se fue a vivir con un hombre, en parte huyendo a un contexto de violencia, en parte procurando evitar su gusto por las mujeres. A los veintiún años tuvo a su primera hija, a los treinta a la segunda y a los treinta y uno al tercero. A los dos años de haber nacido su primera hija, su compañero empieza beber constantemente y descuida sus responsabilidades en el hogar. Matáfora, al ver que su hija empezaba a pasar hambre, decidió buscar un trabajo vendiendo “chance”.¹⁰ Esto desata fuertes episodios de violencia dentro de su hogar, los cuales se volvieron una constante durante los treinta años que convivió con este hombre.

A sus cuarenta años decidió terminar su bachillerato. Posteriormente, empezó a estudiar un técnico en atención integral del menor en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

⁸ Pseudónimo.

⁹ Espacio donde se elaboran ladrillos de manera artesanal.

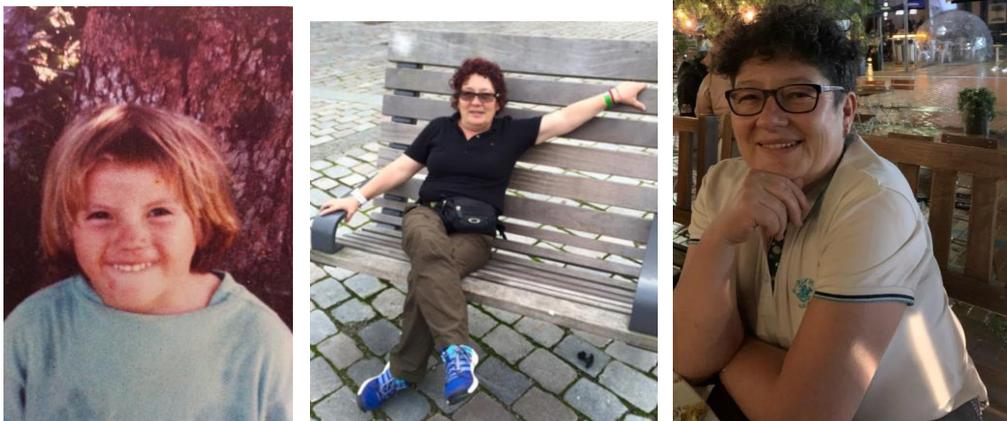
¹⁰ Expresión coloquial empleada para referirse a la lotería.

Se involucró en juntas comunales y en organizaciones de mujeres en la localidad de Ciudad Bolívar al sur de Bogotá. A los cuarenta y cinco años se graduó como técnica profesional en promoción social en la Corporación de Educación Superior- ISES. Al poco tiempo comenzó a trabajar en el Instituto Distrital de la Participación y Acción Comunal (IDPAC) en proyectos orientados a la población LGBT de su localidad. Estando en este trabajo conoció a quien hoy en día es su pareja: LuzPi.

Al cumplir sus cincuenta años decidió dejar atrás ese ciclo de violencia en el que estaba inmersa y se fue a vivir con LuzPi. En el 2014 publicó su primer libro en el que compiló todos los poemas que escribió durante muchos años, en ellos relata la violencia que vivió, habla de su sexualidad, de las mujeres, de su nuevo amor, de sus hijos, entre muchos otros temas. Más adelante, en 2016 publicó su segundo libro y en 2019, el tercero.

Matáfora es una luchadora incansable, una mujer que ha dedicado su vida a trabajar por las mujeres y a defender aquellas causas que considera justas. Participa en organizaciones de mujeres por la paz y en varios grupos feministas. En estos espacios conoció a Eugenia. Hoy en día se dedica a vender sus poemas en diferentes espacios desde ferias hasta recitales de poesía. Dice que a todos lados va con su maleta donde lleva aretes, bufandas, atrapa sueños, sus libros y otros artículos para vender. También tienen una venta de garaje en la casa donde viven. Gracias a estos pueden cubrir la mayor parte de sus gastos.

Liliana (61 años)



Fotografía 6. Izquierda: Liliana a los cinco años (1965). Centro: Liliana en un viaje a Italia (2015- 55 años). Derecha: Liliana en la actualidad. **Fuente:** Página de Facebook de Liliana.

Liliana nació en Calarcá-Quindío el 2 de octubre de 1960. Está radicada en Bogotá desde 1976. Cursó todas las asignaturas de la carrera de Psicología en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia, pero no se graduó porque no aprobó la prueba de suficiencia de inglés. En 1980 incursionó en el activismo sexo-disidente gracias a la influencia de Manuel, un reconocido activista marica¹¹ de Bogotá. Hizo parte de los grupos Equiláteros y Apoyémonos¹² junto a los cuales durante muchos años promovió campañas de prevención de enfermedades de transmisión sexual tanto en bares como en diferentes colegios de la ciudad. Paralelamente, trabajó como mesera y como administradora en reconocidos bares gays y lésbicos de Bogotá, incluido el bar lésbico Bella Noche. Ahí conoció a Patricia, quien en ese momento era la dueña de dicho bar, y forjaron una amistad de más de treinta y cinco años. Fue gracias a la ayuda de Liliana que pude ponerme en contacto con Patricia.

Liliana tuvo varias apariciones públicas en periódicos y revistas de circulación nacional en las que se enunciaría abiertamente como lesbiana. Dicho gesto no fue del agrado de su familia y desde finales de los ochenta decide tomar distancia de la misma. Ya en 1999, debido a algunos roces con algunas lesbianas feministas decide alejarse del activismo e iniciar su propio negocio.

Hoy en día tiene un local de artesanías cerca al Centro Comercial Andino en la Localidad de Chapinero al norte de Bogotá en el que trabaja de diez de la mañana a ocho de la noche, de lunes a domingo. Cuenta que le encanta viajar, leer un buen libro, ir a un buen restaurante, compartir con sus amigas, ver una buena película y estar en pijama en su casa.

Conclusiones. “Aquí faltan voces...”: La urgencia de una historia escrita desde la experiencia lésbica en Bogotá

En las décadas recientes se ha observado un paulatino surgimiento de investigaciones que han procurado abordar el envejecimiento LGBT (Henning y Debert 2015). En esta incipiente literatura y en el discurso académico, las lesbianas adultas mayores han sido subrepresentados. Diversos autores exhortan sobre la importancia de generar mayor investigación sobre la experiencia de las lesbianas adultas mayores (Heaphy, Yip y Thompson 2003; Traies 2015), y en particular, sobre su sexualidad (Raphael y Cruikshank 2015).

¹¹ Este activista reivindica la palabra marica y se reconoce públicamente como un activista marica.

¹² Equiláteros y Apoyémonos fueron organizaciones surgidas en Bogotá en las cuales se trabajaba por los derechos sexuales de las poblaciones de disidencias sexo-genéricas.

En el contexto colombiano se evidencia una situación similar. En efecto, la historia de la lucha por el reconocimiento de los derechos de la comunidad LGBTI en este país ha invisibilizado la participación de las lesbianas. Esguerra (2002) al referirse a esta historia de lucha a nivel nacional señala que: “aquí faltan voces, entre ellas, de mujeres [...] porque la perspectiva de estas narraciones es gay: una construcción masculina, ligada al estatus del hombre, blanco, clase media. Estos silencios dicen mucho acerca de la construcción homosexual y lésbica en Colombia” (Esguerra 2002, 49). Resulta entonces necesario reconstruir una historia donde se reconozca el papel que las lesbianas han jugado en ella, donde no se les aborde con un rol marginal o secundario ni se le mantenga a la sombra de los colectivos gays.

Coincido con Heaphy, Yip y Thompson (2003), Raphael y Cruikshank (2015) y con Traies (2015) sobre la urgencia de generar mayor investigación sobre las experiencias de las lesbianas adultas mayores y con la necesidad de desarrollar estrategias de investigación para acceder a estas mujeres. A su vez, retomo el llamado de Esguerra (2002) respecto a la necesidad de reescribir la historia del movimiento LGBT en el país, donde se visibilicen las voces de las lesbianas. En particular, de aquellas que hoy tienen 60 años y más, porque como expuse en el contexto, llevan consigo una amplia historia que involucra varias décadas tanto de represiones como de cambios en materia de derechos para las personas con orientaciones sexuales diversas del país.

Asimismo, considero que este segmento poblacional debería ser una prioridad para quienes trabajen sobre temas relacionados con población LGBT, puesto que gran parte de ellos se ha centrado –principalmente– en personas jóvenes. Justamente, esta tesis constituye una respuesta a todos estos silencios. Si continuamos omitiendo sus realidades estaremos no solamente ignorando que hay “diferentes experiencias que contar, sino porque fundamentalmente [...] se nos oculta también que las estrategias para superar la situación de desigualdad en la que nos encontramos tienen por fuerza que ser distintas” (Gimeno 2003, 3).

Capítulo 3

Modos de socialización de las lesbianas adultas mayores de Bogotá

¿Dónde están las lesbianas adultas mayores de Bogotá? ¿con quiénes y en qué espacios socializan? Estos han sido algunos de los interrogantes que han guiado esta tesis. En este capítulo tomo como referencia las historias de vida de ocho lesbianas mayores de sesenta años y presento un análisis de sus modos de socialización. En el marco teórico expuse que los modos de socialización serían entendidos a partir de dos aspectos. Por un lado, los vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores. Por el otro, los espacios de lesbo-socialización en donde estas entretejen (y entretejieron) sus vínculos amicales y/o sexo-afectivos con otras lesbianas. Dado que desde el paradigma del curso de vida la vejez constituye una etapa que se va construyendo a lo largo de la trayectoria vital (Rada Schultze 2016), al analizar los modos de socialización actuales indago sobre cómo estas mujeres socializaron en su juventud y adultez para encontrar algunos elementos que puedan explicar su socialización actual.

Entre los múltiples elementos que pueden contribuir a dar luces sobre sus realidades actuales he optado por enfocarme en cómo el género y la sexualidad configura vejez diferenciales (Rada Schultze 2018). Por ello, resulta necesario enfatizar de qué maneras “la experiencia del estigma continúa moldeando las identidades y el comportamiento de las lesbianas mayores” (Rosenfeld 2005 citado por Traies 2015, 37, Traducción propia). Y es que “cada generación vive avatares históricos que influyen en su identidad y visión del mundo, dando forma a las relaciones sociales que establecen a lo largo de la vida” (García 2018, 128).

Asimismo, a nivel teórico-analítico recorro al concepto de discreción entendiéndolo como “una estrategia consciente y optativa (...) un modo de agencia” (Lacombe 2016, 111) de las lesbianas adultas mayores para gestionar sus modos de socialización. De tal manera que sus espacios de socialización y sus vínculos relacionales se constituyen (y se constituyeron) a partir de una multiplicidad de negociaciones “entre palabra y evidencia (entre lo que se dice y lo que se ve)” (Paiva 2007, 29, Traducción propia) o lo que Facchini (2008) expresa como “un juego de enunciaciones y silenciamientos” (Facchini 2008, 244, Traducción propia).

Con base a lo anterior en este capítulo desarrollo dos argumentos principales. Por un lado, que los vínculos relacionales que sostienen las lesbianas adultas mayores hoy en día y los espacios en los que socializan guardan relación con sus experiencias relacionales pasadas y con el

contexto en el que se desarrollaron. En efecto, sus testimonios dan cuenta de la internacionalización de una actitud de discreción respecto a su lesbianismo como resultado de vivir una vida “puertas adentro” dado que durante su juventud y adultez se enfrentaron a diversos controles sociales informales que recaían sobre aquellas mujeres que amaban a otras mujeres. De ahí que muchas hayan optado por socializar de manera discreta para lo cual ha sido imperativo el despliegue de estrategias tales como: tomar distancia de sus familias y compañeros de trabajo, “disfrazar” sus relaciones sexo-afectivas como otro tipo de vínculo relacional (hermanas, primas, tías, amigas), ir a espacios lésbicos sin ser vistas o compartir con otras lesbianas en espacios considerados privados: apartamentos, casas o fincas.

Por otro lado, sostengo que, aunque la discreción ha sido una constante a lo largo de sus vidas, al llegar a la vejez esta ha tendido a acentuarse por lo que en la actualidad muchas de las entrevistadas interactúan en diversos espacios y con diferentes personas procurando que su “gusto” por las mujeres no sea puesto en un primer plano. Lo anterior ocurre en la medida en que para ellas “la declaración explícita de su orientación no es considerada necesaria y, sobre todo, es entendida como limitadora de sus potencialidades” (Lacombe 2016, 111) de socialización. Por ejemplo, para Patricia exponer su lesbianismo ante las vecinas con las que comparte hoy en día implica poner en riesgo su relación con estas. Entonces, al ser estas vecinas la principal compañía con la que cuenta hoy en día manifiesta que no está dispuesta a asumir dicho costo y prefiere que su “gusto” siga siendo algo “privado”.

Junto con la discreción también enfatizo otros factores que juegan un papel crucial en la configuración actual de los modos de socialización de las lesbianas adultas mayores de Bogotá. Entre estos destaco: el acceso a recursos económicos (Heaphy 2009), el ser lesbiana y adulta mayor (Wilkens 2015; Traies 2015) y las exiguas oportunidades de participar en espacios lésbicos en la medida en que éstos se encuentran orientados hacia un público joven (Woody 2014).

Este capítulo sentará las bases para comprender cómo se construyen las relaciones sexo-afectivas de lesbianas adultas mayores de Bogotá en el marco de sus modos de socialización. Abordar sus espacios de socialización y sus vínculos relacionales no solo permite evidenciar los factores que (im)posibilitan que estas gestionen sus relacionamientos afectivos y sexuales, sino que, además ayuda a entender tanto aquellas dinámicas que dan forma a sus procesos actuales como sus expectativas de entablar relaciones en esta etapa de sus vidas.

Este capítulo se divide en dos grandes apartados. En el primero abordo los vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores de Bogotá. En el segundo presento una caracterización de sus espacios de socialización pasados y actuales, incluyendo los significados y la importancia que han tenido para estas mujeres. De igual modo, esbozo algunos cambios en sus espacios de socialización actuales respecto a los que frecuentaron en el pasado y los factores que han incidido en dichos cambios. Espero que este capítulo invite a la reflexión sobre cómo las lesbianas que hoy son adultas mayores han construido su propio lugar en el mundo.

1. Entre palabra y evidencia: Gestión de los vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores

En esta sección analizo los vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores de Bogotá. Las familias consanguíneas, las familias elegidas y las parejas ocupan un lugar nodal en los relatos de estas mujeres. La primera, como el principal escenario de disputas y negociaciones respecto a su lesbianismo. La segunda y la tercera, como fuentes de apoyo a lo largo de sus vidas, en especial, en la vejez. En este apartado también analizo la importancia que tienen los vínculos amicales y laborales en la vida relacional de estas mujeres.

1.1. Familias consanguíneas y familias elegidas

Heaphy (2009) plantea que al explorar los vínculos familiares de las lesbianas adultas mayores es común observar que debido a su sexualidad no normativa muchas de estas mujeres mantienen relaciones tensas con sus familias consanguíneas e incluso manifiestan un marcado distanciamiento de las mismas. Aunque la propuesta de Heaphy (2009) me aportó un punto de partida valioso para abordar los vínculos familiares de las lesbianas adultas mayores, en los casos analizados en esta investigación además del distanciamiento con las familias consanguíneas pude constatar diferentes grados de (des)conexión entre las entrevistadas y sus familias.

Específicamente, los relatos de las entrevistadas sugieren que dichos grados de (des)conexión dependen, entre otros factores, de sus niveles de apertura o discreción respecto a su lesbianismo (Baker 2016). Y digo entre otros factores porque al revisar sus historias de vida también pude identificar otros aspectos que inciden en que estas tengan una relación cercana (o no) con sus familias consanguíneas. Por ejemplo, el testimonio de Eugenia da cuenta de un distanciamiento de su familia desde que tenía catorce años tanto por un tema de autonomía y

libertad como por un deseo de alejarse de un ambiente de violencia ejercida por parte de su padre hacia su madre. Para efectos de esta investigación opto por abordar únicamente la relación entre la (des)conexión familiar y la apertura/discreción de las entrevistadas sobre su lesbianismo como un aspecto clave para comprender sus vínculos familiares.

A priori se podría pensar que aquellas que tuvieron mayor nivel de apertura frente a sus familias han sostenido relaciones distantes con estas, mientras que aquellas que optaron por una actitud de discreción mantuvieron un lazo cercano con sus familiares. No obstante, al analizar sus relatos evidencié que también había relaciones distantes aun cuando estas mantuvieron una actitud de discreción y vínculos cercanos aun cuando hubo una declaración explícita de su lesbianismo. En las siguientes líneas desarrollo con más detalle estos hallazgos.

En primer lugar, para Matáfora y Leonor la manifestación de su lesbianismo ante sus familias no implicó una ruptura total de su vínculo familiar. Sin embargo, como ambas tuvieron hijos(as) en el marco de un matrimonio heterosexual previo, aseguran que dicha decisión trajo consigo ciertas fracturas en sus relaciones con sus hijos(as) y/o nietos(as).

Matáfora a sus cincuenta años tomó la decisión de contarle a sus dos hijas y a su hijo que estaba enamorada de una mujer y que se iría a vivir con ella. Afirma que al principio la relación con su hijo menor se tornó complicada porque este no estaba de acuerdo con que ella saliera con una mujer y evitaba a toda costa tener algún tipo de contacto con la pareja de su madre. No obstante, asegura que con el tiempo la relación fue mejorando, aunque su relato da cuenta de que sigue habiendo cierto recelo por parte de su hijo: “la relación con mis hijos es buena. El único que tuvo un rompimiento con Luz Pi, fue mi hijo. Pero ahora él ya la saluda” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

En el caso de Matáfora el vínculo con Luz Pi es explícito ante sus hijos y paulatinamente se ha ido extendiendo a otros familiares cercanos: primos(as), tíos(as), hermanos(as). Incluso comenta que la presencia de LuzPi en las reuniones organizadas por su familia cada vez se ha hecho más frecuente y se ha reconocido de manera manifiesta el vínculo de pareja que existe entre ambas.

Por su parte, Leonor señala que a sus sesenta y cinco años “descubrió” que le gustaban las mujeres. Comenta que un día cualquiera ella estaba conversando por teléfono con Marcela,¹³ quien en aquel momento era su pareja, y su hijo se acerca y escucha la conversación y le pregunta que a quién le decía amor. Ante esta situación ella se sintió en la obligación de contarle sobre su relación tanto a él como a sus nietas con quienes vivía en la misma casa. A diferencia de Matáfora, Leonor percibió que esta apertura fracturó en gran medida sus vínculos familiares y aunque no implicó una distancia de su hijo, nietos(as) y bisnietos(as), relata que si se ha visto expuesta a malos tratos por parte de algunos de los miembros de su hogar:

Los que viven conmigo saben, pero el resto de mi familia no. Aquí vivo con seis nietos y bisnietos y con mi hijo, él tiene cincuenta y tres años. Al principio a él le dolió mucho. Me dijo: Madre ¿Sumercé? (...) Ahora estamos mejor. Yo crie a todos mis nietos y mis bisnietos con todo y eso esos chinos nunca me han valorado. Mi nieta me trata de perra, me dice: yo prefiero tener una madre bien perra pero no una lesbiana hijue no sé qué, hijue no sé cuántas y yo criándole los hijos. Ella me ha tratado terrible y por eso he cambiado con ella (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020).

Leonor no justifica los malos tratos que recibe por parte de su nieta, pero comenta que “salió bien librada” porque reconoce que en ocasiones las familias tienden a “dar la espalda” al enterarse de que una de sus parientes es lesbiana. Señala que este escenario hubiera sido más desfavorable no solo por su edad sino porque no cuenta con la autonomía económica para cubrir sus gastos por sí misma. Para Wilkens (2015) estas situaciones llegan a ser asumidas por algunas mujeres como “el costo que se paga” por ser lesbiana. Sin embargo, tomando en cuenta la experiencia de Leonor agrego que no es solo por ser lesbiana, sino que, además, ser adulta mayor y ser una mujer empobrecida son agravantes al momento de sopesar estos “costos”. Dada esta situación, para Leonor mantener un vínculo con su familia es casi un imperativo dada su etapa actual de vida y su vulnerabilidad económica.

En segundo lugar, a diferencia de Matáfora y Leonor, para Liliana haber hecho público su gusto por las mujeres le ocasionó una ruptura total y definitiva de las relaciones con sus familiares a tal punto de llevar años sin tener algún tipo de contacto con estos:

¹³ Pseudónimo.

Como a finales de los ochenta, principios de los noventa, mi papá y mi abuelo vivían en Estados Unidos. Ellos me daban el arriendo de la casa de mi abuela en Calarcá. Cuando se enteraron que era lesbiana y que había salido en una revista diciéndolo me quitaron la ayuda. Hoy en día mi relación con mi familia es cero. Yo sé que no cuento con ninguno de ellos y si se me acercan es porque van a ver si les voy a dejar algo. Es más, esperan que me muera para venir a pedir las cosas, pero yo les hice pistola y ya tengo mi testamento (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 13 de febrero 2020).

Liliana comenta que en un principio el rechazo por parte de su familia le afectó en la medida en que agudizó sus problemas económicos ya que la privaron de un ingreso mensual proveniente del arriendo de la casa de su abuela. Sin embargo, al empezar a tener autonomía económica la importancia de dicho vínculo fue disminuyendo al punto de no sentir la necesidad ni el deseo de recuperar este lazo. Al final de cuentas para Liliana este distanciamiento fue como una “liberación” de las exigencias de vivir una vida que no se ajustaba a sus preceptos brindándole la posibilidad de vivir su lesbianismo abiertamente. Dado que desde la percepción de otras de las entrevistadas el costo de tomar la decisión de asumir abiertamente su lesbianismo era y sigue siendo bastante alto: insultos, discriminación, desconexión familiar, entre otros (Wilkens 2015) estas optaron por no manifestar ante sus familias sus relacionamientos sexo-afectivos. Un elemento clave observado en los vínculos de este grupo de mujeres con sus familias tiene que ver con lo que Paiva (2007) denomina como un juego entre palabra y evidencia. En efecto, estas mujeres aseguraron que no hablaron con sus familias al respecto, pero asumían que ellos podían saberlo:

Mi mamá sospechaba de mi gusto, pero con ella nunca hablé ni hablo del tema. Mi sobrino no sé si se lo imagina, pero tampoco lo he hablado con él. Mi hermana Yolanda si llegó a saber, mis otros hermanos creo que sospechan (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Yo creo que la condición es para uno, es algo mío, de mi forma de ser. De pronto en mi familia si están enterados, pero han sido muy prudentes conmigo porque nunca me han visto en nada. Si a otras personas les gusta mostrarse lo respeto, pero para mí no, ese es mi pensamiento. Inclusive, mis hermanos supieron del bar que tenía, sabían de qué era y cómo era, pero ellos nunca han tenido por preguntarme (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 6 de febrero 2020).

Con mi familia no lo socialicé, de mi boca no lo saben. Con mis hijos no he hablado del tema y si no lo hice joven ¿Ya pa qué? Ellos no dependen de mí. Además, no necesito que me

acepten ¿Acepten qué? ¿por qué voy a crear un bollo en mi vida? Es mi vida y la he manejado así (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

En mi familia nunca supieron que salía con mujeres. Prácticamente de mi vida privada nunca le dije nada a nadie. Mi mamá se murió sin saber nada. En mi familia pueda que sospechen, pero a ciencia cierta no lo han comprobado (Lilia, 72 años, en conversación con la autora, 3 de febrero 2020).

Como se evidencia en las narraciones, para estas mujeres “no se trata de salvaguardar un secreto, de ocultar la relación, de negarla, sino de liberarla de una exposición innecesaria” (Paiva 2007, 32, Traducción propia). Innecesaria en la medida en que para ellas su lesbianismo ha sido y sigue siendo “parte de su vida privada” como señala Lilia. Por ello, mantener una actitud de discreción ha sido la “salida” que han considerado más adecuada puesto que les ha permitido “una fluidez de movimiento en estas micro redes relacionales” (Paiva 2007, 32, Traducción propia). Para lograr esa fluidez de movimiento requirieron del repliegue de una multiplicidad de estrategias.

Pero ¿Cómo se da esta fluidez de movimientos en estas micro redes relacionales, en particular, en la familia? ¿de qué estrategias han tenido que valerse para lograr dicha fluidez? ¿cómo se ha gestionado la discreción cuando se tiene una pareja o algún tipo de vínculo sexo-afectivo estable y/o duradero? ¿el no disponer de una pareja implica el mismo repliegue de estrategias de discreción o aminora la necesidad de dicho repliegue?

Antes de proporcionar algunas luces sobre los interrogantes arriba planteados debo recalcar el carácter dinámico y situado de las estrategias desplegadas por estas mujeres. En otras palabras, ese “juego entre palabra y evidencia” no ha sido siempre el mismo ni en todo momento, ni en todo lugar, ni con todos los familiares y menos con todas las parejas. Incluso, sus relatos también hacen eco en que no eran las mismas estrategias desplegadas cuando estas tenían veinte años o cuando tenían cincuenta, no solo porque con el tiempo ellas fueron cambiando sino porque sus condiciones socio-económicas también se fueron transformando. Patricia y Pilar comentaron que ellas involucraron a algunas de sus parejas en sus reuniones familiares, pero nunca nombraron ese vínculo sexo-afectivo de forma explícita, por el contrario, lo enmarcaron en la noción de amistad. Entonces, muchas veces ellas asistieron a una cena familiar, a un cumpleaños o a algún otro tipo de reunión familiar acompañadas de una “amiga”:

Yo pensé que mi relación con Celia iba a durar toda la vida. Con ella íbamos a algún festejo de mi familia y la presentaba como una amiga, incluso mis sobrinos le decían tía Celia. Ellos nunca me han preguntado tía usted es... pero siempre me han visto con “amigas” (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 5 de febrero 2020).

Este tipo de estrategia requirió no solo del ingenio de Patricia y de Pilar, sino que además dependió de la complicidad y de la voluntad de sus parejas quienes también debieron participar en estos “juegos”. Asimismo, es importante apuntar que para que estas mujeres hayan podido desarrollar su vida sexo-afectiva a la “vista de todos”, que pudieran presentar a sus “amigas” en las reuniones y/o paseos familiares sin que se hubiera hablado del tema también fue imprescindible “un silencio mantenido por miembros de su familia sobre la relación, es decir, un silencio consentido” (Paiva 2007, 29, Traducción propia). Lo anterior no implica, necesariamente, una aprobación tácita por parte de sus familiares más bien dicho silencio puede verse como una manera de “hacerse la vista gorda” frente a un tema que, como las mismas entrevistadas aseguran, para sus familiares podía resultar incómodo e impensable de abordar. Como se puede evidenciar en el testimonio de Patricia este silencio es entendido como sinónimo de “prudencia”.

Ahora bien, dado que el vínculo que existía entre estas mujeres y sus parejas no era presentado como tal, algunas comentan que en determinadas ocasiones se enfrentaron a situaciones en las que tuvieron que elegir con quién compartirían algunas fechas especiales como navidad o año nuevo. Y al escoger, por ejemplo, pasar estas fechas con sus familias consanguíneas y no con sus parejas tuvieron que tomar medidas “compensatorias” con estas últimas. Así lo recuerda Pilar:

Nosotras no podíamos pasar ni navidad ni año nuevo juntas, a mí me tocaba escoger. Entonces, yo siempre las pasaba con mi madre y hermanos para no despertar sospechas. A Shaday no le agradaba mucho mi decisión. Veía y cuando nos volvíamos a ver en enero, un día que nos volvimos a encontrar, ese día ella llegó y yo tenía la casa arreglada como si fuera un año nuevo con comida hasta hicimos un brindis y todo (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Para Osborne (2008) la socialización de género de las lesbianas incide en la mayor propensión a la discreción y al silenciamiento. Los controles sociales informales impuestos por vía de la iglesia, de la educación y de la socialización dentro de sus hogares en los que se les inculca la

idea de pasividad, de recato, de no causar problemas, de estar orientadas a la familia como virtudes atribuidas a las mujeres contribuyen a dicho silenciamiento. Asimismo, según Empar Pineda: “el tremendo problema de las dependencias afectivas hacia padres y madres constituyen un factor determinante en no atreverse a dar la cara” (Pineda 2008 citado por Osborne 2008, 43). En esta línea se ubica el testimonio de Pilar:

Esa es una cosa que yo no aprendí a ser tan liberada como otras. A diferencia mía, en el caso de Esperanza o Shaday sus familias lo sabían, lo hablaban, todo el mundo participaba con sus amigas, con todo, pero en mi casa no. Yo eso si lo decidí que en la vida no les diría ni les causaría ese dolor. Por ejemplo, yo cuando voy a Ibagué me veo con Esperanza, la visito como amiga porque ella está con problemas renales y le hacen diálisis, pero en mi casa no saben. Pueda que se lo imaginen, yo digo: ya vengo y chao. En mi casa nunca dije que me iba a ver con mis amigas gays. O sea, en mi casa yo evito que sepan, a mi mamá nunca se lo dije en sí porque sabía que eso la haría sufrir y menos ahora que ya está viejita. Bueno y mi papá no lo supo porque murió joven. Solo mi hermana Yolanda que en paz descanse, ella si me apoyó mucho con eso. Entonces, creo que por todo eso por mi madre nunca me atreví a irme a vivir con Esperanza y eso ella siempre me lo recrimina (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Ahora bien, todos estos “juegos entre palabra y evidencia” (entre lo que se dice y lo que se ve) daban lugar a diferentes regímenes de visibilidad del relacionamiento sexo-afectivo y a una gradación de la cercanía/distancia requerida para sostener una actitud de discreción y garantizar cierta fluidez de movimiento. Así pues, otra de las estrategias desplegadas por estas mujeres se relaciona con mantener cierta distancia que les facilitara moverse, es decir, poder tener una pareja o varias parejas sin que sus familias se dieran por enteradas. Pero esta distancia es más de tipo espacial y no implica necesariamente un distanciamiento del vínculo familiar.

Por ejemplo, para Lilia y Patricia residir lejos de sus familias fue clave para poder vivir su lesbianismo sin tener que exponerlo ante estas y en el caso de la segunda, los encuentros esporádicos en los que involucraba a su familia y su pareja dicho vínculo eran presentado, como expuse arriba, bajo la noción de amistad. Se puede apreciar entonces que ostentar un nivel de discreción no conlleva, necesariamente, a un grado de conexión cercano con el vínculo familiar. Pueden darse casos como estos en los que para garantizar dicha discreción y conservar tal vínculo sea necesario tomar distancia.

Es importante problematizar los efectos de tomar distancia y mantener relaciones tensas con las familias para reconocer que optar por este camino probablemente pudo haber contribuido a que algunas de las entrevistadas a lo largo de sus vidas se enfrentaran a situaciones de soledad y de mayor vulnerabilidad, situación que según comentan ha tendido a acentuarse en la vejez. Según Baker (2016) la importancia de los vínculos familiares en el caso de “las lesbianas mayores, radica en que la familia es a menudo una fuente de apoyo para las personas mayores. En la medida en que estas se distancien, pueden carecer del apoyo que los sistemas médicos y sociales suponen que existe” (Baker 2016, 331, Traducción propia). Pero, no hay que romantizar la noción de familia ni dar por sentado su función como cuidadora porque no necesariamente tener un vínculo familiar cercano garantiza los cuidados en la vejez.

Algunas de las entrevistadas comentaron que frente al distanciamiento con sus familias han encontrado en las familias elegidas una fuente de apoyo en sus vidas (Heaphy 2009; Traies 2015; Baker 2016). Estas familias elegidas son un tipo de configuración relacional que puede estar compuesta por parejas, exparejas, familiares de exparejas y amigas(os). Este tipo de vínculo relacional les “proporciona el contexto propicio para el apoyo emocional y práctico en la vida cotidiana” (Heaphy 2009, 123, Traducción propia):

Quando tengo una cita médica me acompaña Miriam, esta señora que le digo que fue mi pareja. Antes me acompañaba Belén, pero no ve que ella murió en 2017. Nosotras vivíamos juntas, pero ya no éramos nada. Ella me acompañaba en mis diligencias, me inyectaba mi insulina (...). Yo en la cuadra tengo una sobrina, no es propiamente sobrina, sino que es nuera de una señora que yo tenía. Ella me dice tía, sus dos niñas y su marido me dicen tía. Ellos sabían que yo salía con la señora, obviamente son las únicas personas que saben por acá. (...) Hace poquito me ayudaron con la mudanza (...) a veces nos compartimos comida (Lilia, 72 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Vemos como para Lilia sus exparejas y algunos familiares de estas constituyen su familia elegida. Para Lilia, este tipo de vínculos le proveen no solo soporte en sus cuidados médicos, sino que le brindan compañía y apoyo en su día a día. Además de estos cuidados que las familias elegidas les brindan a las lesbianas adultas mayores en su cotidianidad, las narraciones de Eugenia dejan entrever que también les proveen un soporte al momento de pensar la muerte, por ejemplo: “con Sandra tenemos un pacto: si yo muero primero, que es lo más probable, ella se encargará de cerrarme los ojos, se encargará de mis gatas, de mis libros

y de las cosas que tengo en mi casa” (Eugenia, 69 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

En definitiva, el análisis de los vínculos familiares de las lesbianas adultas mayores da cuenta de una multiplicidad de configuraciones. Algunas optaron por conciliar discretamente su vida sexo-afectiva y familiar. Otras, asumieron el costo de perder este vínculo con tal de poder vivir una vida abiertamente lésbica. Y solo unas cuantas lograron decir que eran lesbianas y aun así conservar su relación con sus hijas(os), hermanas(os) y demás parientes, aunque no precisamente bajo condiciones de completa armonía y comprensión. Para Heaphy (2009, 128, Traducción propia) “esta diversidad de experiencias indica cómo existen opciones percibidas para algunas, pero limitadas para otras”.

De igual modo, considero importante puntualizar que abordar los vínculos familiares de las lesbianas adultas mayores implica identificar qué entienden estas mujeres por dicho concepto. Por ejemplo, aquellas que tenían hijos al referirse a la familia enfatizaron principalmente en un núcleo familiar formado por hijos(as) y/o nietos(as). En el caso de aquellas que no tuvieron hijos la asociación con el término familia estuvo vinculada con el padre, la madre, los hermanos(as) y otros familiares cercanos como tíos(as), primos(as).

Asimismo, resaltó que para comprender con mayor profundidad estos vínculos familiares debe tenerse en cuenta que estas relaciones no son estáticas, sino que se van modificando con el tiempo: en algunos momentos de la vida se puede tomar más distancia de la familia que en otros dependiendo de muchos factores y/o situaciones. Como mi objetivo no era desplegar un análisis detallado de los vínculos familiares de las lesbianas adultas mayores sino comprender grosso modo dicho vínculo y más que todo ver cómo estas mujeres han construido sus relaciones sexo-afectivas en el marco de sus modos de socialización, en este caso, en relación a su ámbito familiar, los análisis desplegados se limitan a los aspectos aquí presentados.

1.2. Vínculos laborales

En su ensayo sobre la heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana Rich (1999) plantea que la “sexualización de la mujer” está presente en el ámbito laboral. En este sentido, el lugar de trabajo es un espacio en donde las mujeres nos hemos visto forzadas a responder a cánones estéticos y comportamentales que demuestren y ratifiquen nuestra feminidad.

Problematizando las realidades a las que nos enfrentamos las lesbianas en dichos espacios esta autora agrega que:

Una lesbiana, escondida en su trabajo por un prejuicio heterosexista, no está simplemente forzada a negar la verdad de sus relaciones de afuera o su vida privada; su trabajo depende de que pretenda no solo ser heterosexual sino una mujer heterosexual, en su vestido y en el desempeño del rol deferente y femenino exigido a las verdaderas mujeres (Rich 1999, 178).

Entonces, siguiendo la línea de Rich (1999) las lesbianas no solo hemos tenido que evitar exponer nuestros vínculos sexo-afectivos como consecuencia de los prejuicios heterosexistas, sino que además por el hecho de ser mujeres nos vemos obligadas a desempeñar el papel de mujeres heterosexuales en nuestros espacios laborales. A partir de los relatos de las lesbianas adultas mayores entrevistadas pude apreciar algunos elementos que emergen de dichos relatos y que son esclarecedores para comprender cómo han sido sus experiencias en el ámbito laboral. Por un lado, los testimonios de algunas de estas dan cuenta de una necesidad sentida de no exponer sus relacionamientos sexo-afectivos en sus espacios de trabajo bajo el argumento de que sus “vidas privadas” no son de la incumbencia de sus compañeros(as), jefes(as) y/o clientes(as).

Para evitar esa exposición de sus “vidas privadas” o de sus “asuntos personales” algunas comentan haberse valido de algunas estrategias: hacer pasar a sus parejas o a cualquier tipo de relacionamiento sexo-afectivo como parte de su familia, moldear su vestimenta de tal manera que se ajustara a la idea de “feminidad esperada”, mantener una distancia entre sus compañeras(os) de trabajo y su vida personal fuera del trabajo, ser cautelosas al momento de estar en la calle junto a sus parejas para evitar que pudieran ser vistas por algún compañero o cliente que pudiera identificar la verdadera naturaleza de su relación.

Respecto a la primera estrategia desplegada para “guardar las apariencias” en su entorno laboral Lilia manifestó que por lo general ella ha hecho pasar a sus parejas por alguna sobrina, hermana o prima (Albarracín 2008). Así lo narra Lilia: “cuando trabajaba en el Ministerio nos llevaban de paseo y a la compañera que yo tenía allá la conocían como que era mi prima y la que organizaba decía: no vayan a dejar a Inés, a Inés me la anotan”.

Esta misma estrategia que Lilia empleó durante los casi veintiún años que trabajó como encargada del aseo en el Ministerio de Hacienda la aplica en la actualidad en su espacio de trabajo en la Plaza del 20 de Julio: “aquí a mi trabajo ha venido Miriam, y la señora del puesto de al lado, que es chismosa se queda mirando. Entonces siempre le digo que es mi hermana” (Lilia, 72 años, en conversación con la autora, 3 de febrero 2020). Sin embargo, Lilia comentó que no siempre ha sido así. Después de que salió del Ministerio empezó a trabajar junto a sus parejas, con Nelsy estuvo en algún momento vendiendo dulces a las afueras del Estadio el Campín, también trabajó con Josefina en el asadero de pollos que era de propiedad de esta última y así desde 1993 hasta 2017 estuvo desempeñándose en diferentes trabajos, por lo general siempre en compañía de alguna de sus parejas.

Cuenta que durante este tiempo la presión de “disfrazar” sus relacionamientos amorosos mermó porque trabajar a cuenta propia le otorgaba cierta independencia. Independencia que a medida que avanzaba en edad iba perdiendo, aun cuando ha seguido trabajando por cuenta propia, porque como señala “en esta sociedad el peso de ser una mujer mayor es bastante alto” (Lilia, 72 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020) y las vulneraciones a las que se enfrenta como mujer trabajando en un espacio hostil y pesado como la calle son considerables. Entonces, para Lilia el retorno a esa estrategia desplegada en el pasado está más relacionado con el hecho de la vulneración que le representa ser mujer, ser una trabajadora informal y ser adulta mayor. Si ya con eso su realidad se torna compleja ¿Qué podría esperarse si además la gente en su entorno de trabajo se enterara que es una “vieja lesbiana”?

La independencia que Lilia confesó sentir durante gran parte del tiempo en el que ha trabajado por cuenta propia también fue percibida por Cristina. En efecto, para esta última ser dueña de su propio negocio desde los cuarenta años le otorgó cierta independencia en la vivencia de sus relaciones con sus parejas:

Cuando trabajaba en la farmacéutica conocí a Mechás. Mechás era mi secretaria. Habían pasado algunos años y nosotras empezamos como a gustarnos y en la oficina empezaron a... ya como que se notaba más lógicamente porque la cercanía era más. Entonces ellos “tomaron cartas en el asunto” a ella me la quitaron de secretaria y la pusieron de secretaria de otra división. Yo me cambio de empresa pues porque me conseguí una de mejores condiciones y ella se queda allá en ese otro puesto. Y bueno eso ayudó a que manejáramos un poco mejor las

cosas. Después, yo salí de los trabajos de empresa e hice mi propia empresa. Entonces ella trabajaba conmigo, esa es la empresa que tengo ahora. Entonces eso nos dio mucha independencia y yo no tenía que rendirle cuentas a nadie (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Como se aprecia en el relato de Cristina esa sensación de independencia estaba asociada con el no “tener que rendirle cuentas a nadie”. Esta expresión sugiere no solo no tener que rendir cuentas sobre su trabajo a un(a) jefe(a), sino que además deja entrever que al ser dueña de su propia empresa ella ya no se sentía obligada a dar explicaciones sobre su vida sexo-afectiva ni corría el riesgo de que al develarse su amorío sus jefes(as) “tomaran cartas en el asunto” como expresó en su testimonio. No obstante, aunque ya ella no debía rendir cuentas a jefes o similares, si debía velar porque sus clientes no estuvieran al tanto de que ella tenía una relación amorosa con una mujer. Esta situación, como presentaré más adelante, incidió en su forma de socializar en público incluso la llevó a tomar ciertas precauciones al momento de querer departir en bares lésbicos o de ir a algún hotel con su pareja.

En la actualidad, Cristina comenta que si bien no está tan precavida como algunos años atrás sí siente que su vida privada no debe ser del conocimiento de su clientela, al respecto comenta que: “desafortunadamente pese a que esta sociedad ha avanzado en el tema, la gente sigue discriminando, algunos clientes son muy conservadores o religiosos y uno se da cuenta, entonces mejor no mezclar lo uno con lo otro” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Por su parte, Pilar comenta que a lo largo de su vida laboral siempre ha procurado mantener una apariencia femenina en sus espacios de trabajo. Una de las anécdotas que recuerda tuvo lugar cuando ella trabajaba en la Secretaría de Educación de Bogotá alrededor de 1991:

En ese tiempo eso era o sea muy restringido y yo tenía algo que a mí nunca por mi forma de ser y de vestirme a mí nunca me identificaron como gay, ni en los trabajos ni en nada. Yo siempre usaba mis faldas, mis vestidos, muy femenina me vestía. A mí me identificaban cuando me veían con Esperanza. Por ejemplo: Shaday e Iliana, dos compañeras de trabajo, un día me vieron en la calle con Esperanza. Ellas me vieron con ella, pero yo no las vi. Después con el tiempo me contaron que cuando nos vieron pensaron: ¡Ah! esta es de las mismas nuestras. Y eso pasó porque Esperanza era muy masculina (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Como expuse anteriormente, Rich (1999) sostiene que en el lugar de trabajo a las lesbianas les ha tocado mostrarse femeninas y jugar el papel de una mujer heterosexual. El relato de Pilar ilustra esta situación. Efectivamente, según cuenta a ella nunca la “identificaron como gay” por su forma de vestirse. Sin embargo, pese a que ella procuraba “pasar desapercibida” el “aspecto masculino” de su pareja ocasionó que se despertara alguna sospecha sobre la relación que sostenían. Y es que el estereotipo la “mujer masculina” ha sido común en el imaginario de cómo se supone que es una lesbiana. Más adelante, en la entrevista comentó que por fortuna sus compañeras también eran pareja y por eso no trascendió más allá este “descubrimiento”. También podría pensarse que esta sospecha se dio porque las otras compañeras que la vieron también eran lesbianas, pero, ¿hubiera sido igual de evidente para sus compañeras(as) de trabajo heterosexuales? Quizá en este caso se hubiera requerido de otros elementos adicionales para llegar a esa conjetura de que eran pareja, tal vez algún gesto amoroso más explícito o que Esperanza fuera a recoger constantemente a Pilar a su trabajo, o que Pilar a sus 34 años no estuviera casada, entre otros.

Ahora bien, analizando otro de los testimonios de Pilar se logra apreciar que al igual que en las familias el “silencio consentido” (Paiva 2007) resulta fundamental para la puesta en marcha de este juego entre palabra y evidencia, para lograr “guardar las apariencias” en el espacio de trabajo:

En el colegio en el que yo trabajaba cuando era joven había dos secretarias que eran pareja. Yo supe que eran pareja porque pues eso como siempre, todo el mundo lo sabe, nadie lo dice. Igual creo que pasa con mi vida. Mucha gente sabrá que yo tuve experiencias con mujeres, pero nunca nadie me lo dijo. Entonces yo conocí a las dos chicas y me volví muy amiga de ellas. Sin yo tener que ver nada en esa relación. Pero fui tan amiga que yo iba a la casa de la una, a la casa de la otra, Martha y Esperanza. Yo terminé de pareja de Esperanza. Yo creo que tenía como 21 o 22 años. Y esperanza dejó a Martha por mí. Eso fue, mejor dicho. Esa niña lloraba, de todo. Y yo, en ese momento era una joven loca, de todo. Yo me salí del colegio e hice un grupo de amigas en el nuevo trabajo y Esperanza empezó a hacer parte de ese grupo de amigas, pero o sea si ellas maliciaban sobre nosotras no lo sé, pero nunca lo dijimos (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Otra de las entrevistadas simplemente mantiene la postura de que hablar sobre su lesbianismo o estar desplegando estrategias de discreción son innecesarios. Así lo percibe Matáfora quien

hoy en día es poeta y vendedora independiente: “yo no voy diciendo lo que soy. Si me piden en mi hoja de vida ¿Eres lesbiana? Si soy lesbiana. Pero no voy a los cuatro vientos diciéndolo. A nadie lo obligan que tiene que decirlo, entonces, no lo digo” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020). Cuenta que previo al inicio de su vida amoroso-sexual con una mujer no tenía la necesidad de cuestionarse sobre su vida privada y su trabajo. Recordemos que fue hasta sus cincuenta años cuando Matáfora decidió empezar a salir con una mujer después de casi treinta años de haber sostenido un matrimonio heterosexual.

Ahora bien, para Rada Schultze (2018) algunas de las principales motivaciones de las lesbianas para ser discretas sobre su orientación sexual en sus espacios de trabajo se relacionan con el temor a ser discriminadas, a perder sus trabajos y/o la confianza de sus clientes. En las historias de vida de las lesbianas adultas mayores el miedo a perder sus trabajos no se hace tan latente como el temor a estar de “boca en boca” en los pasillos de sus lugares de trabajo. Los relatos de Pilar se sitúan en esta línea:

Yo, por ejemplo, en esa empresa pienso que nadie sabe mi vida sentimental. Sin embargo, yo sé que allá el jefe administrativo, él es gay. También igual, todo el mundo lo comenta, pero nadie dice nada. Pero yo si por ejemplo le he oído a él conversaciones, yo por eso me cuido tanto, yo por eso en la oficina ese tema no lo hablo porque las paredes tienen oídos y no quiero que todos estén hablando sobre mis cosas. Yo le oí a él una vez hablando de que yo no sé qué y de un hombre, derritiéndose por el hombre. Y allá también trabaja una niña, Ana María igual nadie sabe de frente, pero todo el mundo dice que Ana María es gay. Y ellos dos son súper amigos (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

A diferencia de los testimonios antes expuestos, Liliana comenta que ella no le presta mayor importancia al qué dirán. Ella sostiene que en su trabajo nunca ha ocultado que es lesbiana. Hace casi veinte años junto a su pareja de ese entonces arrendaron dos locales en una feria artesanal: “cuando llegamos a esta feria, con Soraya veníamos cogiditas de la mano, pero no nos dábamos besos. La gente al principio, por detrás nos decían: esas lesbianas hijuetantas, areperas, directamente nunca se atrevieron porque yo soy fuerte y Soraya también” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020).

En la actualidad, no tiene ningún inconveniente con el hecho de que todos sepan que es lesbiana y aunque no ha tenido mayores problemas, indica que “aquí hay uno con el que he tenido roces. Es de esos machistas y yo no me le escondo a nadie. Un día si no me cogen a mí o a él yo creo que nos hubiera pasado algo, de pronto hasta maluco” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020). En ambos relatos se observa que para mantener su visibilidad como lesbiana en el trabajo y evitar discriminaciones e insultos Liliana ha tenido que “pararse firme” y asumir una postura “fuerte” en este espacio.

En todo caso, sea que guarden una actitud discreta o que expliciten su lesbianismo un punto de coincidencia en gran parte de los relatos radica en que para las entrevistadas la relación que tienen con sus compañeros(as) de trabajo es meramente laboral y se circunscribe únicamente a ese espacio. Fuera de ahí, evitan mantener algún tipo de interacción. Por lo tanto, no asisten a reuniones ni a encuentros fuera de los horarios laborales (Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018). Liliana señala que: “todos son mis compañeros de trabajo, pero ninguno es mi amigo. Tú nunca me ves saliendo con ellos a tomar. Aquí llegan y me ofrecen un trago. Yo recibo uno por cortesía, ellos se quedan tomando y yo me voy” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020). En esta misma línea se sitúa el comentario de Pilar: “soy buena compañera. En el trabajo la gente me estima. No son mis amigos, yo soy consciente de que son solo mis compañeros y hasta ahí” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Para finalizar, si bien la mayoría de las entrevistadas a lo largo de sus vidas han procurado ser discretas respecto a su lesbianismo en sus espacios de trabajo hoy en día dicha discreción ha tendido a acentuarse en la manera en que estas se desenvuelven y socializan en estos entornos. Y es que como asegura Lilia más allá de que su “gusto” por las mujeres sea algo íntimo, su edad actual y las exiguas oportunidades de desenvolverse laboralmente contribuyen a reforzar los cuidados en relación al “asunto”.

1.3. Amistades y relaciones sexo-afectivas

Según Heaphy (2009) las amistades son significativas para las lesbianas adultas mayores puesto que son una fuente de apoyo para mitigar la soledad. En especial, aquellas con las que han hablado abiertamente sobre sus relacionamientos sexo-afectivos. Durante mi trabajo de campo pude observar que, aunque aquellas(os) amigas(os) con los que hablaron abiertamente de su lesbianismo pueden significar un soporte importante para aliviar la soledad, las

amistades formadas en la vejez en las que se incluyen personas que no saben del “asunto” también constituyen un apoyo significativo y son una fuente de compañía en el día a día. De ahí la necesidad de mantener su lesbianismo lejos del alcance de estos nuevos relacionamientos para evitar perderlos.

En primer lugar, respecto a las amigas que también son del “asunto” algunas de las entrevistadas expresaron que en la actualidad casi no se ven en especial con aquellas de su misma generación: “mis amigas del asunto que conocí hace veinte años o más no sé qué se hicieron. He intentado retomar el contacto con ellas, pero es que ya tú no las ves porque algunas ya ni salen de sus casas” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

En otros relatos se observa una mayor propensión a la exclusividad en sus amistades lésbicas y una preferencia por compartir con un número reducido de amigas en vez de grandes grupos. Al respecto, Patricia comenta que: “ya no me veo con amigas del combo. Me estoy volviendo como exclusiva para... Por ejemplo, me gustaría que viniera Lilianita. Yo tengo muchas conocidas del bar y eso, Pero no como para que vengan a la casa” (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 4 de febrero 2020). En esta misma línea, Liliana señala que:

Ahí me encuentro con mis amigas de la vieja guardia. De hecho, yo estaba en un grupo se llama “Las manuelitas”,¹⁴ todas mayores de cincuenta y ocho. Somos amigas desde que éramos sardinas y empezamos a andar en los bares. Entonces nos volvimos a reunir a partir de la muerte de Manuela¹⁵ y formamos el grupo. ¡Ay! pero el problema de esos grupos es que la una se enreda con la otra y aparte de eso empieza el chismerío. Yo por eso solo ando con un par de amigas. Ellas arrancan conmigo para todo lado (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020).

Liliana y Patricia mantienen una relación bastante cercana gracias a WhatsApp y a las llamadas telefónicas que se intercambian esporádicamente puesto que por la distancia que hay desde Bogotá hasta el lugar donde vive actualmente Patricia no pueden verse con tanta frecuencia. De igual modo, las dinámicas laborales de Liliana contribuyen a que no pueda

¹⁴ Las manuelitas, es un pseudónimo ya que Liliana solicitó que no se compartiera el nombre original del grupo por respeto a la memoria de su amiga quien nunca develó su lesbianismo. Este grupo adquiere ese nombre en honor a una amiga que murió cinco años atrás.

¹⁵ Pseudónimo.

visitar a Patricia, incluso, también le dificultan el encuentro con sus otras amigas. Por lo tanto, para que Liliana pueda reunirse con sus amigas debe cuadrar una salida durante la noche cuando haya finalizado su jornada laboral o dejarlo para un fin de semana en el que pueda contratar a otra persona para que le cuide el local.

De manera similar, a Lilia el trabajo le consume gran parte de su día (y de sus energías). Esto, aunado con el hecho de que al igual que Cristina ha perdido contacto con sus amigas de toda la vida ha ocasionado que la periodicidad de sus interacciones con alguna amiga lesbiana sea bastante reducida. Pérdida que en el caso de Lilia no es muy sentida porque afirma haberse acostumbrado a estar con otras personas que no son necesariamente del “asunto”.

En segundo lugar, algunas de las entrevistadas señalaron que comparten mayor tiempo en su día a día con vecinas(os) del barrio, conocidas(os) de la familia, e incluso, parejas potenciales. Sin embargo, con estas(os) no han tenido algún tipo de apertura frente a su “condición”: “yo normalmente salgo a comer con unas amigas que han sido conocidas de la familia de toda la vida. Pero no ellas no saben nada sobre mi condición” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Por ello, en este tipo de relacionamientos, al igual que con sus familias consanguíneas y con sus compañeros de trabajo también deben “guardar las apariencias”, es decir, no dar ningún indicio respecto a su lesbianismo. Y es que, en el caso de algunas de las entrevistadas estas amistades representan su principal lazo en la actualidad:

El domingo me levanté como a las seis, saqué a los perros, y dije: voy a pintar. Llamé a doña Caro¹⁶: ¿doña Caro a qué hora es que vamos a ir a misa? porque ahora me volví hasta rezandera (risas). Me dijo: vayamos a la misa de doce. Entonces yo dije: de aquí a las doce, yo pinto hartito. Yo siempre estoy con ella y con doña Sofía¹⁷, nos tomamos el tinto y vemos la novela (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 4 de febrero 2020).

Dada la importancia que este tipo de amistades tiene para estas mujeres en la actualidad muchas consideran innecesario e incluso problemático el hecho que se llegue a saber su gusto por las mujeres. Por otro lado, aunque las amistades y las familias elegidas puedan guardar

¹⁶ Pseudónimo.

¹⁷ Pseudónimo.

ciertas similitudes y que sus límites parezcan un tanto difusos, los relatos de las entrevistadas revelan que no llegan a equipararse las unas con las otras. Una de las explicaciones radica en la forma en que cada uno de estos vínculos es concebido (Heaphy 2009): las amistades, aunque puedan implicar complicidad (en algunos casos) y aunque puedan ser de gran relevancia en sus vidas cotidianas no llegan a estar por encima del sentido de familiaridad que les otorgan las familias elegidas. Para Heaphy (2009):

Las familias elegidas son familias muy reales que proporcionan el contexto para el apoyo emocional y práctico en la vida cotidiana. Pueden entenderse como formas radicales donde las relaciones familiares, las responsabilidades y las obligaciones están cada vez más abiertas a la negociación. Debido a que se basan en compromisos negociados, es probable que las familias elegidas enfatizan la reciprocidad (...). Este tipo de vínculos relacionales se extiende más allá de los patrones tradicionales asumidos (Heaphy 2009, 129, Traducción propia).

Ahora bien, por lo pronto no me detendré en los vínculos sexo-afectivos puesto que en el capítulo cuatro los abordaré con más detalle. Sin embargo, quiero adelantar que los lazos afectivos y sexuales son uno de los vínculos más valorados por gran parte de las lesbianas adultas mayores que participaron en esta investigación incluso para aquellas que no tienen una pareja en la actualidad. Pese a esta importancia muchas comentaron que tener (o no) una pareja o un lazo sexo-afectivo no era únicamente cuestión de preferencia o elección (Heaphy 2009). En efecto, en sus relatos se aprecia que a medida que avanzan en edad la dificultad de conseguir una pareja se acentúa. Adicionalmente, la escasez de recursos económicos, los cambios en sus dinámicas de interacción y la falta de espacios de lesbosocialización (diferentes a los bares), son otros de los factores que condicionan dicha elección. Sobre este punto retornaré en el siguiente apartado.

A modo de cierre, considero importante señalar que hoy en día la mayoría de las lesbianas adultas mayores entrevistadas atraviesan marcadas situaciones de soledad, como muchas de las mujeres mayores, pero dada las particularidades de sus modos de socialización como consecuencia de procurar vivir una vida discreta y en algunos casos con vínculos muy reducidos, esta situación de soledad tiende a acentuarse. Entre las razones que se pueden apreciar en sus narraciones se encuentran: i) que disponen de vínculos relacionales reducidos, ii) que tienen pocas amistades y sus interacciones sociales son escasas (Wilkens 2015); iii) que han perdido o reducido sus vínculos en el grupo de lesbianas que frecuentaron en su

juventud o edad adulta, iv) la relación con sus familias consanguíneas es lejana (Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018); v) no disponen de una pareja; vi) la vejez, como un elemento clave en la configuración de su socialización (mayor propensión por estar en casa o sensación de cansancio y/o dolencias); y vii) que no cuentan con espacios donde puedan compartir con otras lesbianas de su edad.

2. Espacios de socialización de las lesbianas adultas mayores

A través de los relatos de las entrevistadas se develan sus espacios de interacción y sus dinámicas de socialización. En este apartado desarrollo cada uno de estos aspectos. Inicio haciendo un análisis de los bares lésbicos y su importancia en la socialización de esta generación de lesbianas que hoy tiene sesenta años y más. Continúo exponiendo el papel de los espacios propios (casas, apartamentos y fincas) en el encuentro lésbico. Al respecto, problematizo la importancia de los recursos económicos en la configuración de este tipo de espacios de socialización.

Más adelante, abordo los espacios de politización feministas y lésbicos y el sentido de comunidad que estos le aportan a las lesbianas adultas mayores. Por último, problematizo la invisibilidad de estas mujeres en el espacio público. Argumento que un número significativo de las lesbianas entrevistadas reivindican dicha invisibilidad como su “derecho a la indiferencia” (Paiva 2007; García 2018) y como una expresión de sus estrategias para construir su propio lugar en el mundo. Los espacios virtuales de socialización lésbica no surgieron como parte de los relatos de las entrevistadas, razón por la cual en esta sección no son abordados. Quedaría como futura línea de investigación analizar la importancia de estos espacios en la socialización de las lesbianas adultas mayores.

2.1. Bares lésbicos

Las experiencias de socialización de las lesbianas adultas mayores en los bares lésbicos han sido diferenciadas. En el caso de Patricia, Liliana y Pilar sus primeros acercamientos a estos espacios tuvieron lugar en los ochenta. Por su parte, Cristina y Eugenia recuerdan que fue finalizando los noventa cuando “conocieron ese mundo”. Para Leonor, esta experiencia fue más tardía. Según cuenta, solo después de haber cumplido sus sesenta y cinco años empezó a acudir a estos establecimientos.

Por otro lado, Matáfora señala que nunca se ha interesado por este tipo de espacios. Apunta que hace más o menos dos años intentó ir a un bar lésbico; sin embargo, no se identificó con ese lugar. Lilia, al igual que Matáfora no ha sido cercana a estos espacios debido a que toda su vida ha girado en torno al trabajo. En los siguientes párrafos profundizo en dichas experiencias procurando comprender cómo ha sido la relación de estas mujeres con los bares lésbicos a lo largo de sus trayectorias vitales.

2.1.1. Entre el estigma, el tabú y la discreción: Relatos de las primeras experiencias en bares lésbicos 1980-1999

Los bares lésbicos de Bogotá tienen aproximadamente cuatro décadas de historia. Fue solo hasta los años ochenta cuando estos empezaron a aparecer en la escena de la rumba bogotana (Revista Arcadia 2017). Según relata Liliana “antes [de los años ochenta] solo había bares de maricas, pero no había bares de lesbianas. Y en los bares de maricas casi no dejaban entrar a las mujeres” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020). Uno de los primeros bares que recuerda es Bella Noche¹⁸ en el cual trabajó como mesera durante varios años.



Fotografía 7. Bar Bella Noche. **Fuente:** Álbum fotográfico de Patricia, 1985.

Bella Noche estaba ubicado en la calle 34 debajo de la Avenida Caracas en la localidad de Teusaquillo al centro-oriente de la ciudad. Era “un lugar chiquito. Tenía mesas a lado y lado, al fondo estaba la barra y el baño, y en el centro, la pista. Era un bar de diez o doce mesitas,

¹⁸ El bar “Bella Noche” tomó ese nombre por el coro de la famosa canción “La Noche” del cantautor cartagenero “Joe Arroyo”: “ese disco se colocaba cuando se abría y cuando se cerraba el bar. Se ponía por ahí una media hora antes, se prendían las luces un poquitico más y ya la gente sabía que era hora de irse” (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 4 de febrero 2020).

no era tan grande” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020) (Ver fotografía 7). Este bar abrió sus puertas en 1980 y funcionó hasta 1992. En ese tiempo “había muy poquitos bares de ambiente no era como ahora que hay por todas partes” (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 5 de febrero 2020).

“Bar de ambiente” era un código empleado en ese entonces para hacer alusión a los bares lésbicos. De acuerdo con Liliana “al referirnos a los bares de mujeres decíamos que era un bar de ambiente y a las que frecuentábamos esos lugares se nos decía que éramos de ambiente. La gente sabía cuál era de mujeres y cuál de hombres” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020).

Asimismo, “ambiente” era una palabra que empleaban para identificarse entre ellas: “uno no se arriesgaba fácilmente. Si veías a alguien que podía ser lesbiana se mencionaba la palabra ambiente entonces la que era lo captaba. Era una palabra muy usual” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020). De tal suerte que emplear códigos como “bar ambiente” o “ser de ambiente” les permitía “identificarse, reconocerse y relacionarse, mientras camuflan su identidad en el entorno” (Albarracín 2012, 78). Estos términos que utilizaban para auto-referenciarse representan una de las formas en que la categoría de discreción era accionada (Lacombe 2016).

Por otro lado, también era usual referirse a estos espacios como bares gays o bares de mujeres: “antes uno decía un bar gay, un bar de ambiente o un bar de mujeres, no un bar lésbico” (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 6 de febrero 2020). Y es que para esta generación de lesbianas “a la hora de pensar en las palabras con las que denominan su preferencia, lesbiana está (y ha estado) fuera de su universo de referencias por ser “muy fuerte” y tener relación con un discurso político” (Lacombe 2016, 112). Como menciona Liliana: “en esa época hablar de lesbianas era un poco duro, era una palabra muy despectiva, era como muy agresiva” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020).

La censura de la que era objeto el lesbianismo también incidía en la renuencia de muchas de estas mujeres a identificarse con dicho término. Y es que durante esa época “a pesar de los logros del movimiento gay, el lesbianismo seguía siendo un tema prohibido y repudiado. Mientras la homosexualidad masculina había conseguido cierta tolerancia social, la femenina seguía siendo duramente censurada e incluso considerada un tabú” (Revista Semana 1992,

84). Dicha censura no solo produjo que algunas mujeres no se identificaran con el término lesbiana, sino que, además, incidió en la forma en la que estas socializaron en los bares. A esto, se le suman las redadas policiales: “la policía llegaba, se llevaba a todo el mundo, se los llevaba para las comisarías. Eso llegaba la policía y tocaba coger a algún hombre que estuviera ahí para bailar con él” (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 6 de febrero 2020). En relación a la intervención de la policía en los bares lésbicos Liliana afirma que:

Era duro, en esa época los bares eran a puertas cerradas. Había una luz que se prendía cuando llegaba la policía, todo el mundo se soltaba. Pero igualmente ya después la policía empezó a saber que eso era un bar gay. Pero pues hubo unos que nunca nos molestaron, para qué porque uno no puede decir lo que no es. Hubo muchos que no nos molestaron. Llegaban, sabían, llegaban a tomarse sus traguitos allá y se quedaban ahí. Claro, pues obviamente cuando estaba la policía nadie se cogía, se bailaba, pero se bailaba suelto (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020).

Estos testimonios hablan por un lado de la vigilancia y el control policial hacia los bares lésbicos durante los ochenta, pero también dan cuenta de cierta “permisividad” por parte de algunos policías quienes se “hacían de la vista gorda” frente a la existencia del mismo incluso departían en dicho espacio. Pero para ello resultaba necesario procurar mantener un orden dentro del lugar y a las afueras del mismo, así lo relata Patricia: “mientras no hubiera pleitos ni nada de eso dentro del bar y siempre y cuando uno no estuviera haciendo espectáculos a las afueras de Bella Noche, la policía no molestaba. Bueno, como te conté, a veces si llegaban de repente y ya tocaba separarse y todo”.

Además de las incursiones policiales, la censura que recaía sobre el lesbianismo ocasionaba que aquellas mujeres que asistían a estos espacios fueran presa de señalamientos y se enfrentaran a las miradas curiosas y sancionatorias de vecinos y transeúntes. Para sortear estas situaciones y procurarse un “espacio de libertad (...) donde se permitían disfrutar sin demasiados tabúes, de sus relaciones y su sexualidad” (Albarracín 2008, 212), la apariencia, la ubicación y el funcionamiento de Bella Noche se dispusieron de manera que fuera posible que este lugar incursionara en la noche bogotana a “plena vista”, pero a la vez sin que se hiciera tan evidente que allí quedaba un bar lésbico.

Por ejemplo, en los relatos se observa que Bella Noche no tuvo letreros ostentosos ni colores llamativos en su fachada lo que le permitía “camuflarse” entre las demás casas de ese reconocido sector residencial. Asimismo, este bar se situaba “en una callecita así metida, como medio escondida” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020) que les posibilitaba, a las clientas, ingresar sin ser vistas por transeúntes de la zona.



Fotografía 8. Clientes del bar Bella Noche. **Fuente:** Álbum fotográfico de Patricia, 1985.

En cuanto al funcionamiento del bar, según narra Liliana, Bella Noche era “un lugar a puertas cerradas. Uno llegaba y timbraba, sino estaba el portero afuera, te miraban por un huequito de la puerta. Era restringido, solo gente conocida entraba al lugar. Incluso entraban pocos hombres, pero solo si eran conocidos” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020). Incluso, las lesbianas que iban frecuentemente al lugar tenían un carnet el cual les ofrecía algunos beneficios a sus portadoras: les otorgaban el carácter de “socias”, les daba libertad de ingreso y la posibilidad de llevar a otras amigas. Sin embargo, también las

obligaba a invitar al bar solamente a personas conocidas a fin de mantener el orden dentro del lugar y conservar un nivel de exclusividad. De acuerdo con Patricia, dueña del bar Bella Noche:

Esos eran unos carnets numerados. Se le daba a la buena clienta, a clientas exclusivas. Era como si fueran socias del bar. Traía el nombre Bella Noche, socia número tal y el nombre de la persona. ¿Qué funcionalidad tenían? Pues que ellas tenían entrada a la hora que fuera. También, era con el fin de que si una mujer era socia tenía el derecho de llevar a cinco amigas, pero si esas amigas formaban tropel en el bar entonces la socia perdía su carnet. Eso era para que cada una llevara personas exclusivas, de su entera confianza. No que llegara cualquiera a bailar, a tomar y a hacer escándalo (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 6 de febrero 2020).

Las restricciones para ingresar Bella Noche y el carácter de exclusividad que tenía este bar y sus clientas también dan cuenta de la importancia de la clase social en la configuración de la socialización lésbica en los bares de la época. Según Patricia, a Bella Noche “iba gente de bien: médicas, abogadas” (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 6 de febrero 2020). Fue, principalmente un sitio de confluencia de mujeres profesionales de estrato medio y medio-alto con cargos en empresas.

Estas “mujeres de clase media arriesgaban su profesión y su familia al exponerse a la visibilización en estos espacios” (Gelder 2006 citado por Miño 2012, 91). Así ocurrió en el caso de Pilar para quien “conservar las apariencias era imprescindible” (Albarracín 2012, 80) no solo para evitar romper sus lazos familiares sino para poder salvaguardar su trabajo en la Secretaría de Educación de Bogotá. Por ende, era un imperativo garantizar un ambiente de absoluta confianza y discreción dentro y fuera del establecimiento.

La conjunción de estos tres elementos: apariencia, ubicación y funcionamiento hacía que Bella Noche no fuera fácilmente identificable por personas ajenas a este tipo de escenarios e incluso para las mismas lesbianas. De tal suerte que, solo era posible ubicarlo e ingresar al mismo gracias a la referencia de alguna clienta frecuente o de alguna que hubiera asistido al bar previamente. Así fue como Pilar conoció este sitio: “yo lo supe porque Nubia mi amiga de Ibagué sabía que había ese bar aquí en Bogotá. Nubia un día vino a Bogotá y nos invitó a

Esperanza y a mí, nos dijo que fuéramos a conocer el lugar” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Entrados los noventa, ubicar los bareslésbicos empezó a ser una tarea menos compleja respecto a la década anterior. Y es que para esta década las lesbianas de Bogotá contaban con más espacios de rumba. Sin embargo, solo unos pocos eran exclusivamentelésbicos y un gran número de bares eran mixtos (para gays y lesbianas). Según recuerdan algunas de las entrevistadas las incursiones repentinas de los policías en los bareslésbicos eran cada vez menos recurrentes.

Teniendo en cuenta este contexto en algunas revistas de los noventa, a diferencia de la década anterior, se hablaba explícitamente de la palabra lesbiana y ya no de homosexuales femeninas. Revisando algunas de estas revistas aprecié que ya para esta época anunciaban que “verlas en la calle o en los bares que ahora proliferan ha dejado de ser un escándalo y hablar sobre ellas es cada vez menos tabú” (Revista Semana 1996, 50-51) (Ver anexo 1). No obstante, este no fue el caso de Cristina. Para ella, sus primeras experiencias en bareslésbicos estuvieron marcadas por el miedo y el prejuicio. Recuerda que “hasta los noventas, cuando tenía más o menos cuarenta años fue que conocí ese mundo y todo eso, eso fue en el año 98, si, más o menos. Y ahí empezó. Ya empezamos a visitar bares de mujeres” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 29 de enero 2020). Aunque para ese entonces ya llevaba casi seis años de relación con “Mechas”, su primera pareja mujer, nunca se habían atrevido a ir a algún barlésbico porque les daba temor exponerse públicamente en estos espacios:

Entonces un día esas amigas que eran pareja nos invitan a un bar. Nos dicen: “es que queremos ir a un bar, queremos bailar”. Ellas nos dijeron que era un bar gay de mujeres que ellas querían que conociéramos. Y nosotras con ese miedo, ese miedo de ir y que nos vieran y todo eso, eso era muy tenaz, que te vieran y pues, al fin y al cabo, yo, por ejemplo, era ejecutiva de una empresa, entonces tenía que guardar ¡Mmm!... mi matrimonio, mis hijos, mi mamá. Eran una cantidad de prejuicios muy verracos y para ella también. Entonces dijimos: ¡Pues vamos! Ese día dejamos el carro en otro lado, esperamos que no hubiera nadie para entrar, ¡Uy!, esos eran unos bollos para poder ir... El bar se llamaba Harem, el de Gloria, ese quedaba en la 59 con novena en Chapinero. Ahí había varios bares, había bares de hombres. En esa época eran bares de hombres, de mujeres o mixtos. Ahí se reunían mujeres de todas las clases sociales, de todas (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 29 de enero 2020).

En el relato de Cristina se evidencia que a pesar de que habían transcurrido casi veinte años desde la apertura los primeros bareslésbicos en Bogotá, el estigma y el tabú seguían configurando la socialización de las lesbianas en estos espacios. El miedo a ser vistas, los prejuicios a los que se enfrentaban, el temor a que eso afectara sus trabajos y sus relaciones familiares incidían no solo en la decisión de ir a un bar, sino en los cuidados que debían tener para ingresar a los mismos. Por ejemplo, “dejar el carro en otro lado”, “entrar sin ser vistas”. Gracias a estos “cuidados” Cristina afirma que pudo seguir incursionando en estos espacios y conocer otros bares, entre ellos: Blancas, Música y Buen trago, Noche de Luz y Magia y Encuentro. A diferencia de los ochenta, para esta época los bareslésbicos ya disponían de letreros llamativos y algunas banderas LGBT se ondeaban a las afueras de los mismos. Otro elemento importante que se evidencia en la narración de Cristina es la mayor apertura de estos bares respecto al ingreso de mujeres de diferentes estratos sociales “ahí se reunían mujeres de todas las clases sociales, de todas”. Recordemos que anteriormente Patricia, la dueña de Bella Noche relató que este bar estaba orientado principalmente a lesbianas de estratos medios y medios-altos por lo que se reservaba el derecho de admisión a fin de mantener la exclusividad del lugar y garantizar cierto nivel de discreción.

A la par de Cristina, Eugenia empezó a incursionar en los bareslésbicos. Relata que, “a los casi cincuenta años me enamoré de una mujer. Yo era una adolescente descubriendo el sexo, el amor y todas esas cosas” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 24 de enero 2020). Además, agrega que gracias a ella también se introdujo en el “mundolésbico”:

A través de ella empecé a conocer el mundolésbico porque a través de ella yo llegué a un lugar: el Cafetín de la deshonra que quedaba en La Macarena.¹⁹ El caso es que allí fue un espacio hermoso de verdad. Allí empecé a conocer ese mundo, pero también cierta sordidez porque seguro en ese momento era “la adolescente”. Esos cruces de que una se acuesta con la una y con la otra, esos dolores, en fin. Pero, por ahí fue mi entrada y mi refugio después de haber roto mi relación con esta mujer (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 24 de enero 2020).

El “Cafetín de la Deshonra” tenía un “ambiente pequeño burgués. La música era de Mercedes Sosa, Celia Cruz o podía ser jazz. Allí nos encontrábamos gente que éramos de izquierda o feministas, o que éramos les... yo en ese momento ni siquiera decía que era lesbiana”

¹⁹ Es un barrio de la localidad de Santa Fe, en el centro de Bogotá.

(Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020). En el caso de Eugenia, la discreción no acciona como consecuencia del estigma, sino que se deriva de su postura frente a sus relacionamientos amorosos y a su identidad (Lacombe 2016). Para ella, el hecho de que no se nombrara como lesbiana (y que no lo diga en la actualidad, aunque asume que la gente lo sabe) no tiene relación con que “me avergüence de ello, sino porque considero que no es necesario enunciar quien soy, para serlo” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Los relatos de Pilar, Liliana, Patricia y Cristina inicialmente expuestos evidencian cómo el tabú y el estigma configuraron, de diversas maneras, su socialización en los bares lésbicos durante los ochenta y los noventa. Sin embargo, en las narraciones de Eugenia estos elementos no están presentes. Según comenta, toda su vida “ha estado atravesada por las rebeldías, las luchas sociales, el mundo de la calle, de lo subversivo, de lo conspirativo, antisistema” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 24 de enero 2020). De tal manera que, su trayectoria, de una u otra forma, influyó en el hecho de que a sus casi cincuenta años ella acudiera a espacios lésbicos sin problematizarse respecto al qué dirán los demás ni poner mayor atención a los prejuicios que circundaban al lesbianismo aún en esa época.

2.1.2. Dinámicas, significados e importancia de los bares en la juventud y la adultez

En dos artículos de la Revista Semana publicados en los noventa se describen algunas dinámicas de socialización que se desplegaban al interior de los bares lésbicos y la importancia de los mismos. Entre los aspectos destacados en estos artículos se encuentra que: i) los “bares son el único lugar público donde abiertamente pueden expresar sus tendencias sin escandalizar a nadie ni ser juzgadas” (Revista Semana 1992, 86); ii) “fuera del bar solo unas pocas siguen viviendo abiertamente su homosexualidad” (Revista Semana 1992, 86) (Ver anexo 2) y, iii) “cuando las mujeres entran no tienen en mente la conquista inmediata que generalmente culminaría en relación sexual (...). Este no es el ambiente perfecto para encontrar una relación de amor, pero es el preámbulo que tienen” (Revista Semana 1996, 57) (Ver anexo 3).

De acuerdo con estas descripciones los bares lésbicos se izaban como los principales e incluso los únicos espacios de socialización lésbica de aquel entonces. Eran escenarios que les posibilitaban conocer y relacionarse con otras lesbianas, y en algunos casos, podían dar

apertura a futuros relacionamientos sexo-afectivos. Pero ¿Qué significados e importancia tenían estos espacios para estas lesbianas que hoy son adultas mayores?

En las primeras experiencias de las mujeres entrevistadas se entrevé una heterogeneidad en los significados y la importancia que estas le atribuían a los bares lésbicos. Por ejemplo, en el caso de Pilar y Cristina los bares constituyeron un espacio para compartir con sus parejas y para encontrarse con sus amigas. En aquel entonces ellas no acudían a estos espacios en plan de conquista debido, principalmente, a que en ese momento ambas tenían una relación sexo-afectiva. Por otro lado, aunque para Patricia y Liliana los bares también fueron espacios de socialización, en sus narraciones ponen mayor énfasis en la importancia de estos como sus lugares de trabajo. Para Patricia, dueña de Bella Noche y de otro bar lésbico llamado Pub 39, estos bares fueron su fuente principal de ingresos durante muchos años. En cuanto a Liliana:

Los bares eran los espacios en los que no solo socializaba sino en los que me desenvolvía laboralmente. Lo que pasa es que mire, mi economía estaba complicada porque yo me pagaba todo y mantenía a mi mamá. Entonces, si yo no estaba trabajando yo no salía a rumbeo porque yo no me podía dar el lujo de irme a gastar la plata en un bar. Entonces, ¿Que yo fuera a gastarme la plata que me ganaba tan difícilmente?, eso no. Porque yo sabía que tenía que pagar arriendo, llevar comida a la casa (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 13 de febrero 2020).

En otro orden de ideas, en relación a la importancia de los bares como espacios “donde abiertamente pueden expresar sus tendencias sin escandalizar a nadie ni ser juzgadas” (Revista Semana 1992, 86) Pilar menciona que “era uno de los momentos en que podía compartir libremente” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 1 de febrero 2020). Lo anterior, debido a que para ella “en los espacios familiares no podía estarme abrazando, besando y eso. En estos espacios, sí. También podía bailar. Era un divertirme rico” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 1 de febrero 2020).

2.1.3. Dinámicas, significados e importancia de los bares lésbicos en la vejez

Como se mencionó arriba pese a que gran parte de las lesbianas adultas mayores entrevistadas frecuentaron algunos bares lésbicos en su juventud y adultez estos no constituyeron sus principales espacios de interacción. Con el paso de los años, y sobre todo en la etapa actual de sus vidas para algunas de estas mujeres los bares han perdido, aún más, importancia en su

socialización. Entre las razones expuestas en sus testimonios se encuentran: que los bares están orientados a un público joven (Alves 2010; Woody 2014), que no son espacios atractivos para estas mujeres ya sea porque sus dinámicas de socialización cambiaron con el paso del tiempo (García 2015) o porque no se sienten identificadas con este tipo de espacios. Otro hallazgo importante revela que para aquellas que tienen expectativas de entablar una relación sexo-afectiva los bares adquieren mayor relevancia como un escenario que propicia el encuentro y el ligue. No obstante, algunas de estas se enfrentan a la falta de recursos económicos que les imposibilitan acudir a estos establecimientos limitando aún más su socialización y frustrando sus expectativas de entablar una relación (Heaphy 2009).

Respecto a los cambios en las dinámicas de socialización producto de haberse convertido en adultas mayores (Woody 2014) se observa que, en el caso de Pilar hoy en día tiene mayor preferencia por actividades diurnas lo que influye en su decisión de no visitar bares lésbicos: “ir a una discoteca, no es mi prioridad, mis actividades ya son diurnas. Cuando joven si fui rumbera, pero ahora, pienso que he madurado, o sea, voy acorde con mi edad” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 1 de febrero 2020). Para esta mujer, este tipo de espacios tienen más relación con un público joven quienes le conceden mayor importancia a la rumba y al trago: “de joven si fui rumbera, a mí me levantaban a las once de la noche para irme, me paraba, me vestía y me iba a tomar” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 1 de febrero 2020). Para ella, el hecho de “haber madurado” e ir “acorde a su edad” implica, entonces, que acudir a un bar de lesbianas o andar saliendo por las noches no son opciones que pueda o deba plantearse.

Contrario a la experiencia de Pilar, Leonor asegura que solo hasta sus sesenta y cinco años empezó a conocer algunos bares lésbicos entre estos: “Música y buen trago” y “Noche de Luz”. Este último se encuentra ubicado en el barrio El Restrepo al sur de Bogotá. Para indagar más al respecto, visité el bar en varias ocasiones. En una de estas, gracias al contacto de una amiga, pude conversar con sus dueñas Martha y Liliana quienes me comentaron que “Noche de luz” había abierto sus puertas en 1993. Estos veintisiete años de funcionamiento le habían otorgado cierto reconocimiento entre las lesbianas de mayor edad. Es por eso que hoy en día, en este sitio “predomina la gente mayor, aquí no es tanto la peladita, la de dieciocho, la adolescente, no, aquí predomina las mujeres de cincuenta y más años” (Martha, dueña del bar Noche de Luz, en conversación con la autora, 25 de febrero 2020). A razón de esto, según Leonor este bar es conocido como el “lesbiático”.



Fotografía 9. Izquierda: Bar Noche de Luz. Centro: Martha y Liliana, dueñas del bar. Derecha: Clientas del bar. **Fuentes:** Álbum fotográfico de Martha y Liliana, y página de Facebook Noche de Luz Ávila.

Debido a que los vínculos de Leonor con otras lesbianas son reducidos, para ella los bares constituyen el principal espacio para socializar e incluso para iniciar una relación sexo-afectiva. Ella relata que “a Noche de luz va mucha gente adulta. Mi amiga cuando va con su compañera me dice: “gorda, vamos a ir”. Yo este año iba a ir por allá porque uno allá si consigue viejas [mujeres]” (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020). Sin embargo, la falta de recursos económicos y la distancia que hay de su casa hasta Noche de luz limitan sus intenciones de visitar este lugar: “si he querido ir a bailar allá, pero, no ve que pa venirme a media noche por acá tan lejos es difícil, además, se necesita plata para eso” (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020). Así pues, “la falta de recursos económicos disminuye los recursos sociales, limitando de esta forma las posibilidades íntimas y relacionales” (Heaphy 2009, 133, Traducción propia) de Leonor.

Por otro lado, de acuerdo con Woody (2014) las lesbianas adultas mayores “ya no van a clubes, bares u otros lugares sociales debido a la cultura orientada a la juventud (...) o por encontrarse rodeadas de personas con quienes no tienen nada en común” (Woody 2014, 158, Traducción propia). En el caso de Leonor, si bien comenta que le gusta ir a los bares lésbicos con amigas lesbianas porque allá conoce “viejas”, también señala que en ocasiones las dinámicas que se despliegan dentro de estos espacios coartan su deseo de visitarlos: “las viejas se meten con mujeres como yo para sacar plata (...) Y es que uno no puede conseguir una vieja y que se vaya de una vez a hacer el amor, no se puede, o ese es mi pensamiento” (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020).

Leonor relata una experiencia afectivo-sexual con una mujer a quien conoció en el bar LGBT de su nieto en Girardot, un municipio de Cundinamarca que queda a aproximadamente tres horas de Bogotá:

¿Qué plata me iba a dar ella a mí? Antes esperaba que yo le diera. Que gástele que toallas, que gástele que no tengo tal cosa, que yo quiero cerveza, que yo quiero almorzar en tal parte, entonces me gasté la plata y dije: no, esta hijuepuerca parece que me cogió de marica. (...) Veo yo le di, yo le di de todo, le di ropa, le daba zapatos, le daba pantaletas, le daba botas, jeans, de todo le daba a ella porque sea como sea yo, yo tengo un bono del gobierno y tengo una piecita arrendada que me pagan cien mil pesitos y mi hijo Jonathan también me manda cien mil pesos mensuales para mis cosas (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020).

Cristina también contó una situación similar a la narrada por Leonor. Para ella, las dinámicas sexo-afectivas en las que se involucran mujeres jóvenes con mujeres mayores llevan intrínseco un interés económico. Específicamente Cristina expresó que algunas jóvenes se acercan a mujeres mayores con el fin de “sacarle provecho”:

O sáquele provecho que esa es la otra posición. Porque a esta edad ya una tiene sus ventajas económicas. Ya no pago arriendo, ya no estoy criando chinos [niños], entonces, esa parte económica ya uno la maneja un poquito distinto. Entonces le dicen: aproveche a la vieja. Es como si uno fuera un bien de uso, es un irrespeto terrible en eso. Entonces muchas mujeres mayores asumen una posición pasiva terrible, entonces no salen, no comparten, no hay sitios donde tú encuentres grupos de mujeres adultas mayores, ya no van a bares (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 4 de mayo 2019).

Así pues, los testimonios de Leonor y de Cristina dan cuenta de cómo estas dinámicas pueden desincentivar a algunas mujeres mayores en su búsqueda de vínculos sexo-afectivos. Es sugerente en sus relatos que aquellas dinámicas que por lo general se tienden a asociar con parejas heterosexuales en las que se involucra un hombre mayor y una joven, o una mujer mayor y un joven, también se reproducen en las relaciones lésbicas. Y en este orden de cosas, los bares lésbicos a los que usualmente acuden mujeres como Leonor y Cristina en busca de establecer nuevos vínculos con otras mujeres porque no cuentan con otros espacios para socializar con lesbianas, parecen ser los escenarios propicios para que se gesten este tipo de dinámicas.

Otra diferencia generacional en las dinámicas de socialización en los bares lésbicos se relaciona con la música que colocan en estos espacios. Como señala Alves (2010: 218, Traducción propia) “el tipo de música que se reproduce en los bares no les agrada, consideran que quienes asisten son demasiado jóvenes”. En esta línea se sitúan los relatos de Liliana. Para ella, la música que colocan en los bares actualmente hace que ella y sus amigas no opten por ir a estos espacios.

Cuenta que en Chapinero cerca al Parque de los Hippies hay un bar que se llama La Esquina ahí “van muchas mujeres mayores. La última vez que fui estaban algunas amigas de la época mía y ya todas se estaban aburriendo porque solo quieren colocar reguetón y nosotros no somos de reguetón, somos de salsa, merengue” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020). De igual modo, la afluencia de personas en estos espacios disminuye sus deseos de ir a rumbeo: “tanta gente, esos bochornos, después de que yo trabajé en bares tantos años y me tocó aguantarme tanto bochorno ya no quiero” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020).

Asimismo, otro de los factores que incide en la renuencia de algunas lesbianas adultas mayores a acudir a bares de lesbianas se relaciona con el hecho de que no se identifican con estos espacios. Al respecto, Matáfora relata que “no voy a bares lésbicos porque no me identifico mucho con estos espacios porque no veo a la mujer que soy” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020). Ella describe el ambiente de estos establecimientos como “muy agresivos”: “conozco a mujeres contemporáneas a mí, pero no nos reunimos en bares porque se tornan pesados. Fuimos a Chapinero y nos encontramos con un espacio muy agresivo” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Por su parte, Cristina relata que debido a que actualmente se desenvuelve en diferentes espacios de activismo lésbico es muy común que al finalizar un evento termine en un bar en Chapinero o en El Restrepo junto con sus compañeras. A diferencia de años atrás, para ella hoy en día estos espacios son fundamentales para socializar y tener oportunidades de iniciar una relación. Recordemos que Cristina en apartados anteriores comentó que en un principio asistía a los bares lésbicos para compartir con amigas o con sus parejas más no con la intención de ligar.

Después de la muerte de “Chela” (su pareja) en 2015, Cristina ha atravesado periodos de tristeza, de no querer salir, de no querer estar con nadie. Sin embargo, cuenta que cuando nuevamente toma fuerzas para continuar con su vida retoma su socialización en bares lésbicos y en otros espacios en los que ha podido conocer a algunas mujeres, por lo general entre veinte y veinticinco años, con las que ha tenido algún tipo de relacionamiento sexo-afectivo de corta duración. Del mismo modo, Patricia considera que los bares son el escenario propicio para conocer mujeres: “de vez en cuando me doy una escapadita, voy a tomarme unos aguardientes y a coquetear con alguna vieja” (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 4 de febrero 2020).

Para finalizar, algunas de las entrevistadas comentan que con el paso del tiempo el temor a ser vistas en los bares lésbicos se ha ido disipando: “yo ya dejo parqueado mi carro afuera del bar y entro sin problemas” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 29 de enero 2020). Para Cristina, el hecho de no mantener tan latente una actitud de discreción al ingresar a estos establecimientos se relaciona con su etapa actual de vida, con la disminución de sus cargas familiares y de sus presiones laborales: “mis hijos no dependen de mí, ni nada. Además, he aprendido que no necesito que me acepten (...) Si yo me acepto, así como soy, me lo disfruto. Entonces ya no me hago broncas” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

2.1. Espacios propios: Apartamentos, casas y fincas

Los espacios propios tuvieron gran importancia en la socialización de las lesbianas durante el siglo pasado (Albarracín 2012; Figari y Gemetro 2009). En efecto, dichos espacios les brindaban “mejores condiciones y oportunidades para vivir su lesbianismo en libertad” (Albarracín 2008, 211). En los relatos de Patricia, Liliana, Pilar y Cristina se observa esta situación. Para ellas, las casas, las fincas y los apartamentos fueron espacios claves para su interacción con sus círculos lésbicos: “en esos espacios podíamos ser libres, podíamos besarnos con nuestra pareja sin ningún problema, sin que nos dijeran nada” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020).

En el relato de Liliana se hace evidente que en estos espacios se relajaba un poco esa actitud de discreción que tenían que mantener en otros escenarios y con otras personas. Aquí podían ser ellas mismas sin tener que cuidar lo que decían o lo que hacían. Por tal motivo, a estos espacios solo podían acudir amigas cercanas:

Yo tenía una oficina en Normandía²⁰. Esta era el club social. Ahí llegaban mis amigas. Allí íbamos, hacíamos almuerzo, formábamos unas rumbas, tomábamos. Pero solo la conocían las amigas, las que eran del cuento. Es que ese era un sitio especial, era un sitio de relajación, era un sitio nuestro (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

En esa oficina Pilar tiene muchos recuerdos. Allí llegó gracias a Milena, una amiga en común que tenía con Cristina: “antes con Milena, Mechaz y con Cristina amanecíamos en su oficina jugando cartas, jugando uno, tomando trago, escuchando música” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020). En definitiva, tener la posibilidad de procurarse este tipo de espacios les ofrecía alternativas para el encuentro con amigas y amigos (Ver fotografía 10).



Fotografía 10. Reuniones caseras con amigas(os). **Fuente:** Álbum fotográfico de Pilar, 1988-1993.

Por otro lado, según relata Liliana en ese momento las opciones que tenían para compartir con otras mujeres eran limitadas: “no había muchas opciones. Estaba el bar, la casa o la finca de alguna. Para los hombres había saunas, pero para las mujeres solo esos. Y como no nos gustaba mucho ir a bares, nos reunimos en casas o fincas” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 13 de febrero 2020).

La elección entre el bar o la casa o la finca o el apartamento no estaba guiada solamente por los gustos de estas mujeres. De hecho, en dicha elección también influía el temor que les ocasionaba exponerse y ser vistas ingresando a un bar lésbico como se evidenció en el apartado anterior. Al respecto, Liliana afirma que “la gente se reunía en la casa porque le daba miedo ir a los bares. Sobre todo, las que tenían cierto nivel social” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 13 de febrero 2020). En este sentido, aquellas que pudieron

²⁰ Es un barrio de la localidad de Engativá, al noroccidente de Bogotá.

procurarse un apartamento, una casa o una finca propia o que contaban alguna amiga que tuviera dichos espacios, se les facilitó “crear, de una forma muy discreta, una amplia red de relaciones lésbicas” (Albarracín 2008, 209), sin correr los riesgos que traían consigo acudir a un bar.

2.2.1 Importancia de los espacios propios en la socialización lésbica en la vejez

Al igual que en el pasado las reuniones en las casas y en las fincas poseen gran importancia para estas mujeres en la actualidad. Estos espacios les facilitan reunirse con sus amigas y conservar aquellos vínculos que han forjado a lo largo de sus vidas. Pese a que esta relevancia se haya mantenido con el tiempo en sus relatos también se observan algunos ligeros cambios en las dinámicas que tienen lugar al interior de los mismos. Por ejemplo, mientras que anteriormente dichas reuniones se extendían hasta la madrugada hoy en día estos encuentros se llevan a cabo en horarios diurnos “ahora nos reunimos en casa para almorzar o hacemos cosas para picar. Nos reunimos un sábado tipo 2 o 3 de la tarde, para ya a las 9 estar cada una en su casa. Ya no salimos en la noche” (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 28 de enero 2020).

Liliana se reúne con “Las manuelitas” cada quince días. Ellas tienen un grupo de WhatsApp por medio del cual concretan el próximo sitio de encuentro. Al describir las razones por las que prefieren reunirse en la casa o la finca de alguna ella menciona lo siguiente:

Lo hacemos por seguridad. Los bares son inseguros, ahí roban mucho. También lo hacemos por la música. Yo me adapto, pero a mis amigas les gusta el mismo Chucuchu de hace treinta años. Entonces, al estar en la casa ellas ponen la música que les gusta. Hacemos un asado o cosas para picar y así pasamos el rato. Son más este tipo de cosas realmente (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 13 de febrero 2020).

Las reuniones en casa les siguen ofreciendo cierta comodidad en los encuentros. Les posibilitan escuchar música tranquilamente, ponerse al tanto con las amigas y jugar parqués, cartas o cualquier otro juego de mesa. Además, dichos encuentros “desempeñan un papel fundamental en la promoción del bienestar de las lesbianas de mayor edad, en la protección contra la soledad y el aislamiento en la vejez” (Wilkens 2015, 90, Traducción propia).

Caso contrario, quienes no cuentan con la posibilidad de acudir a esos encuentros, ni disponen de un círculo cercano de amigas lesbianas, exhiben marcadas situaciones de soledad las cuales en algunos casos son contrarrestadas con vínculos relacionales no lésbicos. Patricia menciona que el hecho de vivir a las afueras de Bogotá le imposibilita verse con sus amigas del “asunto”, razón por la cual ella ha tendido a forjar nuevos vínculos con vecinas cercanas a su residencia actual. Patricia comenta que:

Mis amigas que son lesbianas mayores ya están con sus reuniones de apartamento, ya están con sus reuniones entre ellas mismas. Yo tengo un grupo grande que estamos todas conectadas por WhatsApp. Pero por la distancia, ya se limita uno a estar como sola. Por ejemplo, yo me metí acá, ¿Acá quién me va a encontrar? ¿quién me va a visitar? Nadie, a no ser que yo me vaya pa un bar y me encuentre con más viejas, yo por lo general estoy muy sola (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 5 de febrero 2020).

Algunos autores han enfatizado en la importancia de estos espacios propios en la socialización de las lesbianas mayores con otras lesbianas. Sin embargo, en los relatos se observa que no todas las mujeres entrevistadas ven la casa como un espacio de encuentro con otras lesbianas. Para muchas, este tipo de espacios se relacionan más con la posibilidad de tener tiempo para ellas, para descansar e incluso para compartir con sus familias: “a mí ya no me gusta estar en la calle. Yo prefiero estar en mi casa con mi sobrino, con mi mamá, hacer pereza, ver noticias, oír música” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020). O como en el caso de Eugenia quien considera que su casa es un espacio más íntimo: “yo acá disfruto mi soledad. Yo creo que todas nos deberíamos dar ese lujo de tener un espacio donde podamos andar desnudas, donde podamos masturbarnos, ver Netflix, estar con nuestras gatas, hacer lo que queramos” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Recapitulando lo expuesto se observa que a lo largo de la trayectoria de vida de estas mujeres los espacios propios han sido centrales en su socialización. En especial, para aquellas que han tenido el privilegio de poseer “mayores recursos económicos que les permitían sortear los obstáculos sin tantas dificultades, alquilando algún cuarto, departamento, un estudio, o recurriendo a las quintas de sus amigas” (Figari y Gemetro 2009, 45).

Como señala Baker (2016: 327, Traducción propia) “aunque rara vez se habla de ella, la clase social y los recursos económicos crearon diferentes presiones y diferentes opciones en la vida en las lesbianas adultas mayores de hoy”. De tal suerte que, estos elementos han jugado un papel importante en la socialización lésbica no solo en aquel entonces, sino en la actualidad. Lo anterior, debido a que les han concedido a estas mujeres mayores posibilidades para el encuentro con otras lesbianas. Asimismo, les ha posibilitado disponer de un espacio propio para descansar, para estar con la familia y/o para explorar su sexualidad.

Todas estas prácticas y dinámicas, pasadas y actuales, que han acaecido dentro de estos espacios propios les han permitido a algunas de las lesbianas que hoy son adultas mayores procurarse un espacio donde poder vivir libremente su sexualidad, su identidad, sus relacionamientos afectivo-sexuales y amicales. No obstante, “al mismo tiempo estas prácticas han supuesto la invisibilidad histórica y la negación de una realidad social” (Albarracín 2008, 211). Por eso, es común preguntarse ¿Dónde están las lesbianas adultas mayores de Bogotá?

2.2. Espacios de politización feministas y/o lésbicos

Para Baker (2016) un número significativo de las lesbianas que hoy son adultas mayores a lo largo de sus vidas han participado activamente en los movimientos de mujeres. De tal modo que estos escenarios han constituido los principales espacios en los que estas se han desenvuelto. En relación a las mujeres que participaron en esta investigación solo cuatro de las ocho entrevistadas manifestaron algún vínculo con los movimientos feministas y/o lésbicos ya sea en el pasado o en la actualidad. Una de ellas es Eugenia.

Para Eugenia, su vida entera ha girado en torno a la lucha social: “mi vida ha estado asociada a la calle, a las luchas, es decir, esa es mi motivación y creo que fue mi motivación desde mi juventud hasta hoy” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020). Eugenia, desde muy joven participó en diferentes espacios de politización (movimiento obrero, movimiento estudiantil). Recuerda que entrados los ochenta empezó a incursionar en el feminismo: “empecé a tener acercamientos con madres comunitarias, con mujeres rurales y por ahí me encontré con el feminismo. Trabajé con mujeres de barrios populares que se juntaban alrededor de las luchas por el agua, los servicios públicos, las violencias” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Como señala Falquet (2006) el movimiento feminista y/o de mujeres constituye un espacio significativo en el que las lesbianas perciben que pueden luchar y reunirse con mujeres que al igual que ellas buscan un cambio social. De igual manera, “también constituye un bienvenido lugar de encuentro con otras lesbianas, favorable a su salida del closet” (Falquet 2006, 24). En estas líneas se sitúan los relatos de Eugenia: “primero me encontré con mujeres, pero no amorosamente sino políticamente: en la lucha por el agua, por la violencia. Después, gracias a esos espacios y compartires, fue que me vinculé afectivamente con una mujer. En ese orden acontecieron las cosas” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Adicionalmente, el movimiento feminista y/o movimiento de mujeres “les proveen un sentido de comunidad y de conexión social” (Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018, 9, Traducción propia). Este punto se hace evidente en los significados que Matáfora le atribuye a estos espacios y el puesto central que ocupa en su socialización actual: “yo solo me muevo en espacios de mujeres. Voy a reuniones, defendiendo los derechos de las mujeres. Estoy con las chicas de la pañoleta verde del aborto, las del paro. Siempre estoy con mujeres del partido comunista” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020). Al igual que Matáfora, la vida de Eugenia gira en torno a estos espacios: “yo siempre estoy en reuniones con las mujeres afro, de barrios populares. Viajo mucho para acudir a todos estos encuentros” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Para Eugenia y Matáfora su identidad lésbica y sus relacionamientos sexo-afectivos no ocupan un papel central en su interacción en los espacios de politización. En dichos espacios se entiende que la discreción opera como una actitud voluntariamente escogida por estas mujeres quienes comparten la idea de que enunciarse como lesbianas no es necesario (Lacombe 2016). Al respecto, Matáfora afirma “mi centro es el tema de mujeres, que cobija lo lésbico. Es mujeres diversas, en las diversas me incluyo yo, pero no lo hago explícitamente” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020). Al igual, Eugenia narra que: “no escondo que soy lesbiana, tampoco voy con un letrero en la frente anunciándolo, pero seguramente la gente lo sabe. Igual, yo defendiendo la causa” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Ahora bien, es importante reconocer que dentro de estos espacios de politización también se gestan disputas debido a que como apunta Falquet (2016:24) “mientras que las lesbianas

luchan por todas las causas de las mujeres, las demás mujeres se encuentran tibias a la hora de luchar por las causas lésbicas o cuestionar la heterosexualidad”. Más aún, algunas feministas consideran que involucrarse en las causas lésbicas puede amenazar su posición heterosexual e incluso, puede poner en evidencia su propio lesbianismo (Falquet 2016). Los testimonios de Eugenia se sitúan en esta línea:

Durante trece años hice parte de la mesa de trabajo “mujer y conflicto armado”. Nos articulamos organizaciones feministas y de derechos humanos. En ese tiempo documentamos lo que pasó con las mujeres en la guerra. Pero, asumo conscientemente que no tenemos ni un caso de lesbianas. Y eso que en esos espacios estábamos lesbianas. Es decir, dentro de los espacios de organizaciones feministas esa es una pelea. Yo me la peleo ahí: digo: ¿Cómo es posible que cuando vamos a tal sitio no miremos también qué pasa con las mujeres lesbianas y trans? Lo peor es que aquí hay mujeres muy importantes del mundo feminista que son lesbianas, pero públicamente ni se menciona (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Pese a las disputas que se dan al interior de los movimientos feministas y/o de mujeres estos espacios ocupan un lugar nodal en la socialización de Matáfora y Eugenia. Contrariamente, los espacios de politización lésbica no tienen un papel central en su cotidianidad. Señalan que si bien han apoyado la lucha lésbica no se han vinculado con alguna organización de lesbianas: “he ido tejiendo relaciones, solidaridades sin pertenecer, no pertenezco a ninguna organización en particular de lesbianas, voy y vengo. Yo estoy en los eventos, participo. Así no crea en el matrimonio igualitario, peleé en esa lucha” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020). En cuanto a Matáfora, los espacios LGBT fueron su apertura al “mundo lésbico” incluso recuerda haber trabajado arduamente en Ciudad Bolívar para “visibilizar a la población en una localidad en la que nadie quería saber de ellos y ayudar a construir una política pública” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Para Cristina la intersección entre feminismo y movimiento lésbico es parte crucial de su día a día, aunque algunos años atrás no se hubiera planteado la posibilidad de incursionar en estos espacios. Conforme cuenta fue solo hasta 2015, después del fallecimiento de “Chela”, su pareja de varios años, que ella decide participar en estos espacios:

Hace muchísimo tiempo, a raíz de la muerte de Chela y que su familia no me dejó despedirme de ella en la clínica ni estar en su funeral, yo decía: esto no puede pasarles a otras mujeres. No puede ser que personas que no entienden lo que es el amor entre dos mujeres, hagan semejantes atrocidades. Con la muerte de Chela yo manejaba una soledad y a mí todo se me rompió y yo decía: ¿ahora qué hago? ¿a qué me dedico? ¿pa dónde voy? Había dejado por ella muchísimas amistades, de ir a bares porque a ella no le gustaba. Me dediqué a ella, a su familia y a su mundo. Me salí del mío y me metí en el de ella. Entonces cuando ella muere, me quedo totalmente desvinculada. Y una amiga me empieza a vincular en actividades de la comunidad, desde el ámbito político y social (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

En el relato de Cristina se observa que el activismo lésbico-feminista no solo le ha brindado la posibilidad de luchar por una causa, sino que además ha contribuido a mitigar su soledad. Para ella, “el tema del activismo estará presente en mi hasta que el cuerpo aguante. Pienso que no será tan activo. Esa es otra cosa que me pienso. Quiero hacer activismo, pero también darme tiempo para hacer otras cosas” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020). En la actualidad, su día a día transcurre entre las prácticas de tambora, las presentaciones y las reuniones internas de la Colectiva a la que pertenece.

Asimismo, Cristina comenta está haciendo las gestiones para formar un grupo de lesbianas adultas mayores. Ella sueña con crear espacios de encuentro donde puedan jugar rana, bingo, parques y escuchar la música que les gusta. Y de esta forma, también contribuir a mitigar la soledad a la que muchas de estas se enfrentan hoy en día. Y es que como apuntan algunos autores “los grupos de apoyo para lesbianas mayores son una fuente principal de conexión para muchas de estas mujeres y ayudan a combatir la soledad y el aislamiento” (Wilkens, 2015 citado por Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018, 5, Traducción propia).

Desafortunadamente, en Bogotá hasta el momento no se cuenta este tipo de espacios exclusivos para esta generación de lesbianas que hoy en día tienen sesenta años y más. La presencia de Cristina en espacios propiamente lésbicos supone una visibilización de sus relacionamientos sexo-afectivos con mujeres. Su asistencia a las marchas del orgullo LGBT y su participación en diferentes eventos organizados por instituciones distritales hacen que sea difícil “mantener un bajo perfil”. Sin embargo, gracias a ese “juego de silenciamientos y enunciaciones” (Facchini 2008, 244, Traducción propia) es que Cristina ha podido moverse en los intersticios entre visibilidad e invisibilidad, en un régimen de visibilidad variable. Para

poder participar tranquilamente en estos espacios sin que sus hijos, su exesposo y el resto de su familia consideraran esto como una prueba fehaciente de su lesbianismo Cristina narra que recurrió a la siguiente estrategia:

Empiezo a militar en el tema lésbico-feminista y le informo a mi familia en una reunión. Les digo: aviso parroquial, les informo que voy a empezar a trabajar con la comunidad LGBTI y con el grupo feminista que se llama tal y tal. Ese día llevaba la camiseta. Les dije: voy a militar con ellos, voy a trabajar por ellos. Yo manifiesto, pero no pido permiso. Entonces, me van a ver en actividades de colores, yo les digo para que sepan, para que no se escandalicen. Es un trabajo social con ellos. Y hasta el sol de hoy eso es lo que saben. Entonces si me ven allá en el Útero, si me ven con la bandera en una marcha, ya saben que yo hago eso. Ya el resto, si lo quieren ver o no, es problema de ellos (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 29 de enero 2020).

Esta “negociación entre lo que se dice y lo que se ve” (Paiva 2007, 29, Traducción propia) le ha posibilitado a Cristina moverse en el mundo del activismo lésbico. Para ella, no se trata de ocultar quien es porque claramente su participación en los espacios de politización lésbica le otorga cierta visibilidad. Más bien, considera que esta discreción ante su familia le posibilita moverse tranquilamente por muchos espacios evitándose cualquier tipo de confrontaciones y explicaciones ante sus hijos que para ella en este punto de su vida son innecesarias.



Fotografía 11. Cristina participando en la marcha LGBT 2019 de Bogotá y en una presentación de la Colectiva Útero Goloso, ese mismo año. **Fuente:** Álbum fotográfico de Cristina, 2019.

Para cerrar este apartado quisiera recalcar que para Eugenia y Matáfora sus experiencias en el movimiento de mujeres al igual que las de Cristina en el activismo lésbico-feminista evidencian que estos espacios les “brindan a las lesbianas mayores un sentido de comunidad,

empatía y son un lugar seguro para ellas” (Waite 2015, citado por Averett, Pylan, Craft y Ricks 2018, 5, Traducción propia). En ellas, la soledad no se siente tan marcada porque la mayoría del tiempo comparten con otras mujeres y están en constante actividad.

De igual modo, como he procurado exponer, en estos espacios hay un juego de identificación-desidentificación. En el caso de Eugenia y Matáfora, prima su identificación como feminista o como mujer diversa. Mientras que en los espacios propiamente lésbicos en los que se desenvuelve Cristina su identificación como lesbiana adquiere una mayor visibilidad. Pese a esto, procura que dicha identificación no sea central en los otros espacios en los que ella interactúa cotidianamente ni con sus demás vínculos relacionales, por ejemplo, su familia.

2.3. Entender la (In)visibilidad de las lesbianas adultas mayores: Agencia y derecho a la indiferencia

Según Osborne (2008) la menor presencia pública de las lesbianas es un tema que despierta muchos interrogantes. Para esta autora, “la visibilidad pasa, entre otras cuestiones, por la identidad” (Osborne 2008, 40). En tal sentido, explica la invisibilidad de las lesbianas en el espacio público como una consecuencia negativa de su débil identidad. En el caso de las lesbianas adultas mayores entrevistadas resulta importante reconocer que en los contextos en los que estas crecieron y socializaron el lesbianismo era mal visto y la visibilidad no era una opción altamente valorada por ellas.

En ese sentido, aunque la aparente invisibilidad de las lesbianas adultas mayores pueda leerse desde el concepto de débil identidad de Osborne (2008) considero necesario que se “preste suficientemente atención a las motivaciones, deseos y objetivos” (Mahmood 2008, 178) de estas mujeres, para quienes la discreción ha sido un elemento clave en su socialización. Al respecto, valdría la pena cuestionarnos si “¿La visibilidad aparece en el horizonte como un mandato político y social o como una gestión de los sujetos frente a la necesidad de resguardarse a sí mismos y a sus parejas?” (Lacombe 2016,110).

En la mayoría de los relatos de las lesbianas adultas mayores entrevistadas se observan diversos regímenes de visibilidad, es decir, múltiples puntos intermedios en una escala cuyos extremos son la visibilidad y la invisibilidad. Para algunas “pasar desapercibidas” es considerada como una estrategia consciente empleada por estas mujeres. Y es que como señala Mahmood (2008:23) “la capacidad de agencia social está implicada no sólo en aquellos

actos que producen cambio (progresista) sino también en aquellos cuyo objetivo es la continuidad, la estasis y la estabilidad”. De tal suerte que, mantener una actitud de discreción en los diferentes espacios en que estas han socializado les ha permitido “existir sin existir, pues, nos ha permitido sobrevivir, seguir intactas y escapar de la manipulación que se ejerce sobre los grupos que son considerados minorías” (Revista Acento 1997, 29).

Es importante apuntar que visibilizarse (en mayor o menor medida) en ciertos espacios o mantener una actitud de discreción en otros “nunca son cuestiones puramente herméticas. El juego de visibilidades e invisibilidades se esboza como una trama de capas superpuestas en las que siempre existe la opacidad y la transparencia, simultáneamente” (Lacombe 2016, 111). Así pues, algunas de estas mujeres pueden mostrar abiertamente su lesbianismo en algunos espacios y con determinadas personas mientras que en otros no lo hacen tan explícito. Incluso, en un mismo espacio pueden optar por manifestaciones sutiles conservando cierta discreción dependiendo de con quién interactúen. Las fotos y los relatos de Pilar son muy ilustrativos al respecto.

Pilar recuerda que en algunas ocasiones viajó a México y a Venezuela con Shaday, su expareja. Asimismo, que algunos fines de semana solían caminar por la Carrera Séptima o irse para algún pueblo cercano a comer (Ver fotografía 12). En sus descripciones sobre algunas de estas salidas se entrevisté variados regímenes de visibilidad, dicho de otro modo, se aprecia ese juego de visibilidades e invisibilidades: “cuando íbamos por la calle éramos tiernas y nos lanzábamos miradas. Pero nunca nos dimos un beso ni nos agarramos de la mano, por ejemplo. Pero igual disfrutábamos nuestras salidas” (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 1 de febrero 2020).



Fotografía 12. Salidas de Pilar con su pareja y amigos. **Fuente:** Álbum fotográfico de Pilar, 1986-1996.

En las experiencias de Cristina también se develan diferentes grados de visibilidad/invisibilidad. Ella recuerda que frecuentemente iba a paseos con su familia y la familia de “Mechas”, su pareja en aquel entonces. No obstante, su relación con esta mujer no se hacía explícita en aquellas salidas. En la fotografía 13, se exhibe un paseo familiar al municipio de La Tebaida-Quindío. Cristina relató que “aprovechábamos esos espacios para compartir con nuestras familias. Nosotras compartíamos en esos paseos, nos reíamos y todo, pero no demostrábamos nada del asunto” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 29 de enero 2020).



Fotografía 13. Cristina, “Mechas” y sus familias compartiendo en un paseo en la Tebaida-Quindío.
Fuente: Álbum fotográfico de Cristina, 1990.

Sobre estos puntos, Lacombe (2016) señala que “la relación entre las diferentes categorías de auto-referencialidad movilizadas en el campo y el tipo de sociabilidad que esos sujetos desarrollan permiten observar una trama de sentidos que tiene al régimen de visibilidad/invisibilidad como punto nodal” (Lacombe 2016, 113). Para algunas de estas lesbianas adultas mayores sostener una actitud de discreción no implicó, necesariamente, ocultar su relación sino más bien librarla de una exposición excesiva (Paiva 2007) y así, procurarse un espacio en el que pudieran compartir tranquilamente con su pareja y con sus familias o amigos sin que su lesbianismo fuera confrontado.

En secciones anteriores expuse que estas relaciones eran presentadas como “amistades” ante las familias para propiciar un acercamiento sin develar la naturaleza real de sus relacionamientos. Algunas de estas mujeres reconocen que este tipo de estrategias desplegadas para garantizar un flujo de movimiento en sus redes relacionales no necesariamente descartaban cualquier tipo de sospechas sobre su lesbianismo. Más bien, este

juego entre palabra y evidencia junto con un “silencio consentido” por parte de la familia eran los que posibilitaban compartir en muchos espacios familiares sin que el tema de su lesbianismo fuera abordado.

Conforme a lo expuesto para las lesbianas adultas mayores haber “mantenido una actitud de discreción les ha posibilitado una fluidez de movimiento” (Paiva 2007, 32, Traducción propia) en aquellos espacios que, dado el contexto y el estigma que revestía al lesbianismo, sus presencias eran limitadas e incluso negadas. Según recuerda Liliana:

En los ochenta y noventa íbamos a parques, pero sabíamos que nos enfrentábamos a cualquier problema. Las que decíamos públicamente que éramos lesbianas sabíamos que nos enfrentábamos a que en la calle nos insultaran. En esa época estaban los “cabezas rapadas” y nos perseguían. Lo peor es que la sede de Apoyémonos y Equiláteros quedaban aquí y aquí a la vuelta quedaba la sede de “cabezas rapadas”. Más de una vez nos tocó correr debido a ellos, eso fue en los noventas más o menos (Liliana, 61 años, en conversación con la autora, 13 de febrero 2020).

Liliana desde muy joven manifestó abiertamente su lesbianismo ante su familia y dio la cara públicamente en algunas entrevistas para medios impresos (Ver anexo 4) algo que no era muy usual en ese entonces. Ella comenta que no tiene inconvenientes con que la gente sepa que le gustan las mujeres, aun siendo consciente de las consecuencias que trae consigo tal exposición. A diferencia de las demás entrevistadas para Liliana la visibilidad ha tenido una carga política.

Por otro lado, aunque en la actualidad se observan algunos cambios en materia de derechos y garantías de las lesbianas en Bogotá muchas de las lesbianas adultas mayores “siguen su vida sin que se sepa la naturaleza real de sus relaciones” (Monleón 2002 citado por Osborne 2008, 47). En algunos casos porque “la visibilidad es vista por ellas como antagónica a sus modos de vivir” (Paiva 2007, 40, Traducción propia). En otros, porque perciben que tal exposición podría limitar sus ya escasos espacios de socialización:

Todos los días voy al comedor comunitario. Allí no conozco a nadie, son casi niños y adultos mayores pero que yo sepa nadie del asunto. Entonces mejor no le cuento a nadie porque quizá ya no pueda volver y ese es mi espacio. También, acá en el barrio no puedo conseguir a nadie porque hay mucha rivalidad, no hay respeto por el gremio, son chismosas y hablan de uno. Yo

resulté metida en estas cosas después de mucho tiempo, cuando tenía como 65 años y por eso no ando metida en cosas del gremio. O sea, si soy de ahí pero no ando metida, no me involucro. En el espacio que me muevo no me gusta que sepan, ¿por qué tengo que andar diciendo que soy lesbiana? (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020).

Como se observa en el relato de Leonor este comedor comunitario de la localidad Rafael Uribe Uribe, al sur de Bogotá es uno de los principales espacios en los que ella interactúa en su cotidianidad. A su juicio, enunciarse como lesbiana le evoca una sensación de pérdida que es contrarrestada con un silencio respecto a su orientación sexual. Esta sensación de pérdida también es compartida por Patricia y por Lilia. Patricia actualmente vive en una finca a las afueras de Bogotá. En los pocos meses que tiene viviendo ahí ha logrado hacerse de varias amigas con las que va a la iglesia o a las que visita después del almuerzo. Ella no solo considera innecesario poner su orientación sexual en un primer plano, sino que además piensa que en dado caso de hacerlo podrían verse afectados sus espacios de socialización:

A esta edad que yo tengo, no creo que se imaginen que me gustan las mujeres. Me verán como la abuela o la mamá, yo que sé (...) Las vecinas de allí arriba me invitan el tinto al medio día, yo las convido a Fusa un fin de semana, o ellas me invitan un domingo a la iglesia. Pero yo no les digo de mis gustos porque ellas son muy católicas. ¿para qué voy a decirles? Igual, ellas y Martica, son las únicas personas que conozco acá en el pueblo. Entonces, no voy a dañar eso. De todas formas, no necesitan saberlo porque eso es asunto mío. A mí me gusta estar así sin que sepan, me da mayor tranquilidad (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 4 de febrero 2020).

En su relato, Patricia aboga a lo que Paiva (2007) denomina “derecho a la indiferencia”. Es decir, a tener la posibilidad de “participar en ambientes y redes de socialización donde la cuestión de la homosexualidad [lesbianismo] no sea puesta en escena, en fin, un derecho a cierta invisibilidad, a ser como los otros” (Paiva 2007, 40, Traducción propia).

Este “derecho a la indiferencia” también es sentido por Lilia: “pues para mí son cosas reservadas o cosas mías. Yo no veo por qué tengo que andar contándoles o mostrándoles a todas las personas” (Lilia, 72 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020). Lilia pasa gran parte de su día en su puesto de trabajo en la Plaza del 20 de Julio vendiendo almanaques, gafas, cigarrillos, entre otros: “estoy en el trabajo desde las 9 am hasta las 6 pm.

Vendo mis almanaques, cigarrillos, gafas y eso. Aquí veo a la gente pasar y me distraigo” (Lilia, 72 años, en conversación con la autora, 3 de febrero 2020). Para ella, acudir todas las mañanas al trabajo no solo le brinda una fuente de ingresos, sino que además le permite estar en movimiento y mitigar la soledad. Junto con su trabajo, ir a cobrar su pensión, acudir a sus citas médicas o ir a surtir su negocio son los principales espacios que hoy en día tiene para socializar.

Como expuse en el apartado de vínculos relacionales, en su trabajo incluso en el lugar donde vive Lilia procura “camuflar sus relaciones afectivo sexuales en otro tipo de parentesco (cuñadas, hermanas, primas) socialmente aceptable y que les permiten ser prácticamente invisibles” (Albarracín 2008, 210). Y no solo sus relaciones, sino cualquier otro vínculo que pueda dar cuenta de su lesbianismo. Tanto así que, durante nuestros encuentros para llevar a cabo las entrevistas ella me presentó como su sobrina.

La importancia que tienen estos espacios para Lilia incide en su temor a perderlos si explicitara sus “gustos”. Pero no solo es ese miedo el que mueve sus acciones también reconozco cierta convicción en su postura de no visibilizarse como lesbiana. Ya sea producto de tantos años llevando este modo de vida, ya sea que su lesbianismo sea “cosa suya”, considero que es sumamente importante respetar su “derecho a la indiferencia” y a vivir su vida bajo sus propios lineamientos. Al fin de cuentas, así fue como esta mujer y muchas de las lesbianas que hoy son adultas mayores se fueron abriendo un lugar en el mundo.

A modo de conclusión

Como cierre de este capítulo quiero compartir una pregunta que me quedó sonando después de analizar los relatos de estas mujeres sobre sus modos de socialización ¿Qué costos les ha acarreado procurarse una vida discreta? Al pensar en los costos asociados con el hecho de mantener durante toda una vida sus relacionamientos sexo-afectivos como algo que atañe a la vida privada y de estar constantemente desplegando intrincadas estrategias para este fin, se podría suponer que estas llegarían a ser tareas desgastantes. En las conversaciones sostenidas con estas mujeres y en sus historias de vida se logra apreciar que este tipo de acciones están tan internalizadas que incluso surgen de manera “espontánea”.

Para Osborne (2008) la internalización no implica determinismo, es decir, que el hecho de que estas mujeres ostenten una actitud de discreción significa que “sufrirán sentimientos de culpa

si fracasan en vivir con arreglo a ella, no que vivirán en conformidad con ella en su conducta” (Osborne 2008, 52).

Para muchas de las lesbianas entrevistadas este juego entre palabra y evidencia (Paiva 2007) hace parte de su cotidianidad, constituye un factor central en la manera en que se han socializado y, en últimas, representa un aspecto nodal de la forma en que han construido su mundo y sus vínculos relacionales, es lo que conocen, así la sociedad en la que viven hoy en día aparentemente brinda mayores posibilidades para la visibilidad de lesbianas que en el pasado. Estas posibilidades parecen estar más disponibles para las lesbianas jóvenes, pero, ¿Realmente lo están para las lesbianas adultas mayores, en especial para aquellas que viven en situaciones de mayor vulnerabilidad?

Para algunas de las lesbianas de esta generación la visibilidad no ha sido la opción más valorada dado el contexto hostil en el que se desarrollaron y no por la aplicación de controles sociales formales como la cárcel que principalmente estuvieron centrados en los gays, sino por la fuerza con la que los controles sociales informales han logrado el silenciamiento de estas mujeres (Osborne 2008). Para esta autora:

Un factor que subyace, apuntamos, sería la eficacia de los controles sociales informales como estrategia de silenciamiento, que ha funcionado especialmente bien en el caso de la opción lésbica, porque coincide, como ya hemos entrevistado, con el deseo de las mujeres de no hacerse notar y con la endoculturación orientada hacia lo privado, amén de con la responsabilidad de no causar problemas y sufrimiento a la familia. Así el silencio no ha sido sólo un recurso social, sino que ha confluído con una estrategia individual que lo reforzaba. Es más: es tal la internalización de los valores subordinados que se reciben a través de la socialización, que para con las mujeres no parece tan necesario emplear siempre los controles formales porque funcionan de manera muy eficaz los controles sociales informales (Osborne 2008, 48).

Entre estos controles sociales informales también se aprecia la ausencia de imágenes positivas sobre las lesbianas (Osborne 2008). En contraste, la abundancia de representaciones negativas: “mujeres masculinizadas, malvadas o infelices marcan los estereotipos al uso—, lo cual impide una identificación deseable. De este modo, las lesbianas huyen de la asociación con esas representaciones, con el resultado de una mayor invisibilización” (Osborne 2008, 46).

Entonces, por esto y muchos otros controles sociales informales muchas lesbianas adultas mayores optaron por vivir su lesbianismo de manera discreta, como algo de sus “vidas privadas” que solo les atañe a ellas. Para Monleón (2002) citada por Osborne (2008) el “plus de la invisibilidad” se justifica en parte “por la paradoja que hace de la invisibilidad una suerte de aislamiento benigno al amparo del cual muchas lesbianas siguen su vida sin que se sepa la naturaleza real de sus relaciones” (Monleón 2002 citada por Osborne 2008, 47). Los costos y los sufrimientos asociados con una exposición de su lesbianismo son percibidos por estas mujeres como mayores (y más perjudiciales) que los costos de vivir una vida discreta. Así pues, la discreción a lo largo de sus vidas y aún más en la vejez “adquiere ribetes diferenciados, sinónimos de cuidado y contención” (Lacombe 2016, 111) que se hacen evidentes en sus modos de socialización.

No quiero finalizar este capítulo sin enfatizar que las experiencias y narraciones de muchas de estas mujeres exhiben cierta desconexión social. Lo anterior, a razón de haber mantenido una relación distante con sus familias, por la falta de recursos que les impide incursionar en espacios lésbicos o porque sus dinámicas de socialización cambiaron con la edad. Sea cual sea la razón, esta situación plantea grandes retos no solo respecto a cómo contribuir para mitigar la soledad en lesbianas adultas mayores, sino, también, en materia de cuidados en la vejez. Y aunque este tema va más allá de los objetivos de esta investigación, considero que es importante plantearlo, no solo como futura línea de investigación, sino como un eje fundamental para incluir la política pública LGBT de Bogotá.

Capítulo 4

“A estas alturas del partido”: Sexualidad y afectividad en la vejez lésbica

“Interrogarse sobre la sexualidad en la vejez es preguntarse en qué se convierte la relación del hombre consigo mismo, con los demás, con el mundo, cuando ha desaparecido en la organización sexual el primado de la genitalidad”
(De Beauvoir 2013, 393).

Como he venido reiterando a lo largo de esta investigación desde las perspectivas teóricas del paradigma del curso de la vida y de la gerontología feminista la vejez es entendida como aquella etapa que se va construyendo a lo largo de la vida (Freixas 2008; Rada Schultze 2016; Rada Schultze 2018). Por tal motivo, llevar a cabo un análisis sobre la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores en la actualidad también implica ofrecer una mirada retrospectiva de la forma en la que estas han construido dichas relaciones a lo largo de sus trayectorias de vida; es decir, comprender cómo estas mujeres gestionaron sus vínculos sexuales y afectivos en su juventud y en su adultez y de esta forma identificar aquellos elementos que condicionan sus experiencias sexo-afectivas en la vejez (Alves 2010; Lacombe 2016).

A su vez en este capítulo discuto las formas de vivir las sexualidades en la vejez lésbica contribuyendo a “quebrar la conspiración del silencio” (De Beauvoir 2013, 7) que circunda la sexualidad en lesbianas adultas mayores. La gerontología feminista aboga por la importancia de los significados tanto en términos de experiencia como en relación al lugar que ocupa el cuerpo en la vejez (Freixas 2008), es por ello que al abordar la sexualidad me centro en comprender cómo aquellas entienden y viven su sexualidad en esta etapa de sus vidas y el papel que juega el cuerpo en dicha vivencia.

Al respecto, evidencié que la sexualidad en la vejez lésbica no es unívoca (Freixas y Luque 2009; Freixas, Luque y Reina 2010), sino que, por el contrario, hay una multiplicidad de formas de vivirla: algunas más centradas en la relación físico-genital, otras enfocadas más en el vínculo, en el compartir, en la cotidianidad (Faus-Bertomeu y Osborne 2019). Por lo tanto, mi análisis se orienta a rescatar esa diversidad de vivencias partiendo de los propios relatos de estas mujeres.

Teniendo en cuenta la perspectiva analítico-teórica que orienta esta investigación resulta fundamental que en el análisis de la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores no solo se tengan en cuenta sus experiencias pasadas, sino que, además, se aborden tanto sus expectativas del tiempo que esperan vivir como sus expectativas de entablar una relación (Lacombe 2016). Lo anterior, en la medida en que se argumenta que una percepción positiva respecto a su propia vejez (y a su cuerpo), acompañado de un sentimiento de adhesión a la vida contribuyen a la supervivencia de la gestión de los vínculos sexo-afectivos en la vejez (De Almeida y Lourenço 2007; De Beauvoir 2013).

Dicho esto, el objetivo de este capítulo es doble. Por un lado, busca ofrecer una mirada retrospectiva de la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas adultas mayores. Por el otro, indaga sobre los significados que estas les dan a sus relaciones sexo-afectivas y sobre sus expectativas de entablar vínculos afectivos y sexuales.

Para dar respuesta a dichos objetivos el presente capítulo está organizado en dos apartados. El primero presenta un análisis de las diversas formas de vivir la sexualidad en la vejez. El segundo analiza las expectativas que tienen las entrevistadas respecto a entablar una relación sexo-afectiva en su vejez. Concluyo señalando que este ejercicio investigativo y la relación que pude establecer con las entrevistadas me llevaron a comprender que pensar la construcción de las relaciones sexo-afectivas en la vejez lésbica implica a su vez poner sobre la mesa algunas problemáticas a las que se enfrenta este segmento poblacional. Por ejemplo, la desconexión social, la falta de acceso a seguridad social, las condiciones precarias de vida, la falta de provisión de cuidados y de apoyo ante una enfermedad, una discapacidad y ante la muerte.

1. Vivencias de la sexualidad en la vejez lésbica

“No hay una única sexualidad o un solo modelo: hay tantas sexualidades como mujeres”
(Freixas en entrevista con Faus-Bertomeu y Osborne 2019, 14).

Existen diversas posturas que abordan la vejez como una categoría homogénea, pensándola como una etapa de la vida la que todas las mujeres comparten las mismas características: son abuelas, relegaron su vida sexual, están al cuidado de sus nietos, tienen un estado de salud deteriorado, no salen de casa, entre otros (De Almeida y Lourenço 2007; Rada Schultze

2016). En vía contraria a este tipo de posturas, Freixas y Luque (2009) plantean que uno de los distintivos principales de la vejez es la heterogeneidad puesto que las trayectorias de vida de cada persona van dando lugar a un tipo de vejez particular. A razón de lo anterior, estas autoras plantean que las mujeres “llegan a la vejez con un cúmulo de individualidades en cuanto al cuerpo, a la vivencia de la sexualidad, a la experiencia, a la construcción del deseo y también con un buen número de tabúes y prejuicios culturales” (Freixas y Luque 2009, 195). Para comprender la relación entre sexualidad y vejez desde la experiencia de las lesbianas adultas mayores de Bogotá me resultó útil preguntarme ¿Cómo las lesbianas adultas mayores entienden su sexualidad en esta etapa de sus vidas? y ¿cómo viven su sexualidad en la vejez? Este apartado se divide en cinco subapartados en cada uno de los cuales analizo cómo Cristina, Eugenia, Patricia, Matáfora, Pilar y Lilia entienden y experimentan su sexualidad en esta etapa de sus vidas. Asimismo, en ellos retomo los relatos de estas mujeres sobre sus trayectorias sexuales para aportar elementos explicativos que contribuyan a comprender por qué viven su sexualidad en la vejez de una u otra forma, entendiendo que sus trayectorias vitales moldean las características y las formas particulares que adquiere la sexualidad en su vejez (Freixas y Luque 2009).

1.1. Cristina: La continuidad del deseo sexual y de la masturbación en la vejez

Las primeras experiencias sexuales de tipo lésbico de Cristina tuvieron lugar a principios de los noventa, exactamente en 1994. Para ese entonces tenía treinta y ocho años, dos hijos y seguía viviendo con su esposo, aunque ya no tenían una relación de pareja. Desde finales de 1993 inició una relación con “Mechas”, su exsecretaria, a quien conoció en la empresa farmacéutica en la que ambas trabajaron. Sin embargo, comenta que solo varios meses después de empezar a salir pudieron tener relaciones sexuales. Durante estos meses se enfrentaron a la dificultad de “consumar” su deseo puesto que los espacios que ella y su pareja disponían para este fin no eran sentidos como propicios para este tipo de encuentros (Alves 2010):

Después de varios meses saliendo llegó el día que dijimos: vamos a estar juntas. Empezamos a planear cómo estar íntimamente, pero no sabíamos cómo hacer, eso era un rollo ni el hijuemadre, era como la aventura más grande. No teníamos un espacio donde estar, entonces, ¿Qué tocaba? En un hotel porque a mí para este tipo de cosas me gusta más que el motel. Pero dijimos: no en Bogotá y nos fuimos para Mesitas del Colegio. Pero, no fuimos capaces de entrar al hotel porque nos sentíamos censuradas. No sabíamos qué putas hacer, eso era muy

jodido. Era todo, era el miedo a que nos descubrieran, el miedo a que la gente nos conociera, el miedo a estar en pecado. Un día dijimos: bueno, ¿Qué hacemos? Entonces, nos fuimos a Fusagasugá y ese día llegamos tardísimo al hotel porque fuimos a rumbear para quemar tiempo. Llegamos al hotel y armamos toda una película: que veníamos de Ibagué y que íbamos para Bucaramanga, una cantidad de mentiras y nos tocó en la misma habitación, pero en camas individuales. Yo creo que a nosotras se nos notó esa maricada. Pero bueno, finalmente nos quedamos esa noche y por fin pudimos estar juntas (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

En el capítulo 3 mencioné que el estigma y el tabú configuraron la socialización lésbica en diferentes espacios. El miedo a ser vistas, los prejuicios a los que se enfrentaban, el temor a que eso afectara sus trabajos y sus relaciones familiares incidían no solo en la decisión de ir a un bar u otro espacio lésbico, sino en los cuidados que debían tener para ingresar a los mismos. Retomando el testimonio de Cristina se aprecia que la censura que circundaba al lesbianismo condicionó no solo su socialización sino el libre ejercicio de su sexualidad. De ahí que como cuenta Cristina poder “estar íntimamente” con su pareja constituyó toda una “aventura”. Lo anterior, en la medida en que tuvieron que diseñar estrategias para encontrar el lugar propicio para su “primera vez”.

Para comprender los primeros encuentros sexuales de Cristina retomo a Alves (2010) quien plantea que hay algunos elementos recurrentes en las historias de vida de aquellas lesbianas adultas mayores que después de haber tenido matrimonios heterosexuales iniciaron una relación con una mujer y es precisamente que estas mujeres tienden a hacer “un corte entre “sexo con hombres” y “hacer el amor con una mujer” (...) [acompañado de un] sentimiento de plenitud y de autorrealización” (Alves 2010, 223, Traducción propia). Precisamente, dichos elementos estuvieron presentes en los relatos de Cristina:

Esa fue una experiencia realmente maravillosa. Yo lo único que decía era: ¡Hijuemadre!, ¿Yo por qué he perdido tantos años de mi vida al lado de un man que no me da ni cinco de lo que me acaba de dar esta vieja? Y ella pensaba lo mismo. Y eso que sin experiencia solamente el sentir y la vaina. Entonces claro nos pegamos muchísimo (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Después de “Mechas”, con quien duró aproximadamente quince años, Cristina entabló una relación con “Chela”, relación que permaneció desde 2008 hasta 2015 año en que fallece esta

última. Al hablar de su sexualidad Cristina hace hincapié en las relaciones sexuales como tal puesto que para ella los encuentros sexuales con “Mechas”, con “Chela” y con otras mujeres con las que ha tenido relaciones esporádicas han tenido gran importancia en su trayectoria sexual. Afirma que desde la muerte de “Chela” no ha entablado algún tipo de relación estable y/o duradera, pero que esto no ha impedido que ella siga gestionando su sexualidad. Más bien, narra que a sus sesenta y dos años sigue viviendo el deseo y la masturbación de manera similar a etapas pasadas de su vida:

A esta edad eso sigue funcionando, eso está programado para que funcione hasta los 130 años (...), eso funciona las 24 horas, 7 días a la semana. El deseo y la masturbación lo vivo igual a cuando tenía 30 años. Las relaciones así que se tienen o el hecho de masturbarse, desfogar un poco ese deseo porque eso sigue vigente. Eso sigue funcionando, por lo menos en mi caso todo el tiempo. Y las personas lo perciben a uno sexualmente activo, muy interesante todavía. Pero no es normal en personas de mi edad, más en mujeres. Las mujeres se relegan más rápido en el tema sexual. Y eso que nosotras tenemos esa gran ventaja que no la tienen los hombres, los hombres desafortunadamente todo su sistema empieza a enredarse a los 45 años, a los 50 porque sus órganos empiezan a funcionar como no debe ser. En cambio, nosotras no. Nuestros órganos siguen funcionando. No sé, llegará el día en que se apaguen, no creo, 130 fue que me dijeron que me servirían y todavía me faltan más o menos 70 años (risas) (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Según la gerontóloga feminista Anna Freixas el cuerpo es el centro del envejecer (Freixas 2008). Por tal razón, hablar de envejecer es también hablar del cuerpo. En el relato de Cristina se observa una importancia significativa que es atribuida al cuerpo. En efecto, esta mujer entrecruza el deseo, el placer, la masturbación y las relaciones sexuales a través de un cuerpo que sigue manteniéndose dispuesto para la gestión de su sexualidad. Cristina ubica la vivencia de su sexualidad en un cuerpo que mantiene vivo el deseo, un cuerpo que conserva su capacidad de excitarse y de sentir placer, en últimas, un cuerpo “sexualmente activo”. Como se apreciará más adelante, el caso de Cristina resulta un tanto excepcional en comparación con las demás entrevistadas porque es la única que hace mayor énfasis en la sexualidad como deseo sexual, como una intimidad referida a las relaciones sexuales y a la masturbación (Freixas y Luque 2009). Pero ¿Qué aspectos median esta forma de vivir la sexualidad en la vejez?

Releyendo su historia de vida pude apreciar que algunas de las claves para entender por qué Cristina vive su sexualidad de esta manera no se encuentran únicamente en las experiencias sexuales de su juventud y/o adultez, sino que responden a aspectos más amplios de su trayectoria vital y de su percepción sobre sí misma. Cristina se sale de los estándares de socialización de una mujer nacida a finales de los años cincuenta. Según cuenta, durante su juventud y adultez rompió los esquemas de lo que se esperaba de una mujer, de una esposa y de una madre:

Yo no fui una mamá abnegada, yo fui muy práctica. Como yo a veces veía a las mamás y yo decía: ¿Será que yo soy malvada, perversa o qué? Porque yo no era esa mamá abnegada con el niño y siempre tuve una postura respecto a los niños y hasta hoy la tengo: es que uno por los hijos no debe dejar nada. Uno no debe dejar de hacer nada por nadie, incluyendo la mamá, incluyendo el marido, por nadie. Entonces, eso ha sido como una filosofía mía, yo siempre he sido muy independiente, yo tengo mis ideas, yo soy fiel a mis convicciones (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 29 de enero 2020).

Para De Almeida y Lourenço (2007) la sociedad normalmente clasifica la vejez como un periodo de asexualidad, como un periodo en que las mujeres se ven obligadas a asumir el papel de la “abuelita”. Estos autores agregan que estas falsas creencias anulan la capacidad de las mujeres mayores de experimentar plenamente su sexualidad en la vejez e influyen negativamente en su autoconfianza y autoestima.

Dado que para Cristina su “filosofía” la ha llevado a lo largo de su vida a situarse en los márgenes de los mandatos de feminidad y de maternidad, en la actualidad dicha “filosofía” también la lleva a ubicarse fuera de los preceptos de “la abuelita” como aquella mujer que está al cuidado de sus nietos, como la que se queda en casa. Por tal motivo, al situarse fuera de las falsas creencias de las que hablan De Almeida y Lourenço (2007) su perspectiva sobre su sexualidad en la vejez difiere de la noción de asexualidad optando por una concepción más activa de la misma, concepción que se aprecia claramente en el testimonio arriba presentado. En la “filosofía” de Cristina se vislumbra tanto una postura feminista como la experiencia adquirida a lo largo de su vida y en los diversos cursos en que ha participado. Respecto al primer punto, Cristina reconoce los múltiples aprendizajes obtenidos durante los años que se ha dedicado al activismo lesbo-feminista. Para ella, el feminismo “le ha abierto aún más los ojos” y le ha “aportado nuevas perspectivas sobre la vida”.

De igual modo, para esta mujer la lectura y la participación constante en seminarios, talleres y demás constituye una parte central de su cotidianidad, incluso, comenta que al año participa en tres o cuatro seminarios sobre diversos temas: “me gusta estudiar, voy a cuanto seminario se me atraviesa. Siempre he sido una persona de conocimiento, me gusta leer, manejar un tema, siempre he sido muy inquieta en eso y con el feminismo se te abren unos campos inmensos” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020). Además, su perspectiva sobre la sexualidad en la vejez también está influenciada por el hecho que desde hace dos años ha venido dictando charlas sobre libido en mujeres adultas mayores, espacio en el que no solo ha compartido sus experiencias, sino que se ha nutrido de los relatos y vivencias de las participantes.

Retomando el tema de la masturbación, para Freixas y Luque (2009) la sexualidad de las mujeres está marcada por la ausencia de una educación sexual en la que se nos enseñe a tener iniciativa sexual y a masturbarnos. Más aún, poco o nada se nos habla respecto a los beneficios de la masturbación a lo largo de nuestras vidas como una fuente de intimidad personal, como un medio para explorar y conocer nuestros cuerpos, como un mecanismo para liberar tensiones y estrés y para gestionar nuestro propio placer (Freixas y Luque 2009). Entonces, para estas autoras la masturbación como una práctica instaurada en la gestión cotidiana del deseo constituye un recurso interesante en cualquier etapa de nuestras vidas y especialmente en la vejez.

En uno de los testimonios compartidos en párrafos anteriores Cristina manifiesta que la masturbación es y ha sido de gran importancia en su vida. Lo anterior, en la medida en que le ha ayudado a “desfogar un poco ese deseo” garantizándole la continuidad de la vivencia de su sexualidad en la vejez (Freixas, Luque y Reina 2010), en especial, después de la muerte de “Chela” puesto que ha habido periodos en los que no ha tenido ninguna pareja.

De acuerdo con Freixas, Luque y Reina (2010) pese a la importancia y los beneficios que tiene la masturbación para las mujeres en cualquier momento de la vida y principalmente en la vejez, la idea de que esta práctica es reprochable desincentiva a sus posibles practicantes. Por ello, resulta necesario (y un imperativo) brindarles a las lesbianas adultas mayores (y en general, a las mujeres de cualquier edad) una mejor educación sexual en la que se brinde mayor información sobre el tema (Freixas y Luque 2009).

Continuando con el análisis de la relación entre vejez y sexualidad, para Cristina la edad no constituye un obstáculo en sí mismo para experimentar su sexualidad en esta etapa de su vida (Alves 2010) aunque reconoce que a veces puede ser un limitante al momento de buscar una pareja potencial (Heaphy 2009). Sobre el primer punto, en sus relatos ella enfatiza en los aprendizajes que le ha otorgado llegar a ser adulta mayor en el ejercicio más libre de su sexualidad. Específicamente, afirma que le ha conferido un cúmulo de experiencia, de conocimientos sobre sí misma y sobre lo que le gusta- o no- en relación a la gestión de su propio placer. Así lo describe:

Quando ya te conoces, a veces mira que pasan cosas. En la parte sexual asumiría uno que las chicas son, digamos, que tienen un conocimiento pues... que te van a enseñar cosas o, no sé, te van a hacer, pero, no siempre. Ellas tienen unos... ¿Cómo te digo yo? Todo es a una velocidad que no se permiten ciertos disfrutes. Y yo a esta edad he aprendido que eso despacio también se disfruta. Y les digo: hazlo así o ven y yo te lo hago así; y ahí es donde se pegan de la pobre viejita (risas) (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Para Cristina la vejez es sinónimo de experiencia. Tal experiencia es vista como un elemento que contribuye a una vivencia de la sexualidad más placentera puesto que ahora se permite pensar en relaciones sexuales más sentidas, más pausadas, sin las prisas que pudiera haber tenido tiempo atrás (Freixas, Luque y Reina 2010). Esta percepción se relaciona, por un lado, con una sensación de mayor autonomía personal, una “madurez” que la ayuda a vivir una sexualidad sin roles (Alves 2010). Por el otro, dicha percepción también se ve favorecida por el hecho de que para ella su etapa actual de vida se ha traducido en la posibilidad de gestionar sus propios tiempos, de no estar atada a responsabilidades, de dedicarse tiempo para sí y para su sexualidad:

¿A esta edad qué? ¡A esta es que es! siempre les digo a mis amigas: háganle tranquilas que ya ustedes tienen la puerta para irse a hacer lo que quieran, a la hora que quieran, para estar con quien quieran. Si tiene hijos, ya estos, seguro están grandes. Puede que ya no estén al cuidado de sus padres, bueno, total que eso ya es diferente como yo lo veo (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Algunas autoras han planteado que gran parte de las adultas mayores manifiestan cierta renuencia a tener encuentros sexuales esporádicos lo que se vuelve problemático puesto que termina impidiéndoles disponer de una sexualidad libre de compromisos (Freixas, Luque y

Reina 2010; Faus-Bertomeu y Osborne 2019). Dichas autoras sostienen que uno de los argumentos en contra de este tipo de encuentros se relaciona con la idea de que las relaciones sexuales esporádicas son percibidas como una práctica más asociada a la juventud. No obstante, en el caso de Cristina esta libertad es sentida como un aspecto positivo para el ejercicio de su sexualidad ya que le ofrece la posibilidad de no tener “tantas prevenciones” ni compromisos:

A esta edad se puede tener una perspectiva más libre con relación a los compromisos, desde mi punto de vista. Estas en una relación más relajada, sin tanta prevención de cosas, y hoy en día la juventud anda así, no les gustan los compromisos. Entonces, ese tema de libertad es favorable. Uno se va volviendo más libre en cosas, ya no le presta atención a cosas que antes eran súper importantes, y lo vives, lo vives sin darte tanta mala vida (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Este testimonio de Cristina da cuenta de un proceso reflexivo en donde ella ha considerado que para dar continuidad a su sexualidad en la vejez resulta necesario “adaptarse” al contexto actual. Ello implica entender, en cierta manera, las dinámicas de las relaciones actuales, en particular, cuando la relación que se entabla es con una mujer joven. Y es esta reflexión la que le ha permitido “volverse más libre” en la manera en la que actualmente se relaciona sexualmente con otras mujeres.

Además de los condicionantes mencionados, el siguiente relato sugiere que sus expectativas sobre su futuro, la percepción que tiene de ella misma, su salud y su estilo de vida también influyen en su forma de vivir la sexualidad en la vejez:

La parte sexual no cambia, con la edad es la misma. Digamos que los años que he estado sola y no he tenido relaciones sexuales ha sido porque yo he querido, ha sido una decisión personal, pero cuando digo voy a hacerle a esto, lo hago, no tengo problema. No te baja ni el deseo, nada de eso, eso sigue igualito. Mira tú que eso de las relaciones y del deseo no tiene fecha de caducidad,²¹ con letra mayúscula, eso no acaba. Eso es un poquito mental, eso es cómo te percibas en el mundo, la construcción que te has hecho de tu amor por ti misma, de

²¹ De esta frase que Cristina mencionó en una entrevista realizada para un trabajo de una asignatura de la maestría, es que surge el título de mi tesis. Para mí fue tan sentida esa frase que me quedé varios días reflexionándola y consideré que era pertinente para cuestionar las valoraciones negativas que circundaban la sexualidad en la vejez. Y hoy, después de haber compartido con estas maravillosas mujeres ratifico que definitivamente las relaciones sexo-afectivas y la misma vivencia de la sexualidad no tienen fecha de caducidad.

las expectativas con respecto a lo que va a ser de tu vida cuando ya tienes todo ese tiempo para ti, qué vas a hacer con ese tiempo. Bueno, una cosa también importantísima en esto, es la salud. Si tú vas a mirar a las mujeres de 60 años no se parecen en nada a mí, algunas parecen una droguería ambulante, ya no se cuidan. Yo si procuro mantenerme activa, hago ejercicio, nunca estoy acostada, siempre ando en función de algo y eso se refleja en toda mi vida (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 4 de mayo 2019).

Ya para finalizar quiero señalar que, aunque de manera general los testimonios de Cristina dan cuenta de una relación positiva entre vejez y sexualidad, en dichos testimonios también tienen lugar otros elementos que apuntan al hecho de que en ocasiones dicha relación puede no ser tan favorable. Para De Almeida y Lourenço (2007) los prejuicios que recaen sobre la sexualidad en la vejez ocasionan que las adultas mayores no tengan socialmente permitido tener una (o varias) parejas, y menos, tener deseos sexuales, masturbarse u otras manifestaciones de su sexualidad. Al respecto, me cuestionaba: ¿Qué pasa en el caso particular de las lesbianas adultas mayores? Para Cristina:

Ser lesbiana es un agravante. Una mujer heterosexual parece que lo puede hacer con menos problemas. Ellas parecen que, si tienen derecho, pero cuando una lesbiana de sesenta y más años quiere vivir su sexualidad y está en busca de una pareja, el tema es súper complicado. La presión que la sociedad ejerce es terrible porque pareciera que prácticamente uno está condenado a la muerte. Ya no hay nada que hacer. Entonces, las personas como que no ven una posibilidad pues ahí en una relación lésbica. Como si uno no tuviera deseo, como si eso estuviera anulado. Las mujeres lesbianas de 60 años no tienen casi posibilidades para tener una relación. Lo tratan a uno como si fuera el pervertido que está dañando a las chicas con las que se mete (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 4 de mayo 2019).

Entonces, desde la experiencia de Cristina ser lesbiana y ser adulta mayor son agravantes. Y lo son, en la medida en que en el ejercicio de su sexualidad debe afrontar censuras y señalamientos por el hecho de ser una lesbiana adulta mayor. Para ella esto incide no solo en la gestión de su sexualidad sino, en general, en la construcción de sus relaciones sexo-afectivas en la vejez. De tal forma que, como señala, cuando una mujer lesbiana de sesenta y más años quiere vivir su sexualidad y está en busca de pareja corre el riesgo de recibir calificativos despectivos (pervertida, por ejemplo) olvidando que el deseo y la sexualidad no tienen edad (De Almeida y Lourenço 2007).

1.2. Patricia: Sexo como equivalente al amor

Al recordar la vivencia de su sexualidad durante su juventud y su adultez Patricia menciona que en aquellos tiempos tuvo una vida sexual “despreocupada” con innumerables encuentros sexuales dentro y fuera de una relación de pareja. Para esta mujer haber tenido un bar lésbico durante doce años fue un factor que propició dichos encuentros. Por un lado, porque el bar Bella Noche congregaba a un sinnúmero de lesbianas en un mismo espacio en un momento en donde no era frecuente que esto ocurriera. Por el otro, porque a su juicio para muchas mujeres ser la amante de la dueña de un bar era un “caché”. Así lo describe Patricia:

Durante muchos años fui muy despreocupada, yo he tenido innumerables parejas, ¡Uy! durante mi juventud fui tan prostituta, yo me comía una mano de mujeres. Durante casi doce años fui la dueña de Bella Noche y para muchas era un caché ser la amante de la dueña del bar. En ese instante no me importaba, ahorita si ya me importa pues ya tengo otro pensamiento ¿no? En ese entonces no tenía esos sentimientos bonitos, yo era una loca que entre más viejas tenía, más caché me daba. Pero vine a hacerle daño a una persona que no lo merecía que era Celia. Pero yo la quería mucho, yo le decía: ¿Qué importan las capillas si tú eres mi iglesia? Y ella me decía: no, es que ese cuentecito no va conmigo y ella sabía de todas mis andanzas, de todos mis romances. Ella era un ser maravilloso, increíble, pero se cansó. Yo la quería a mi manera, pero nunca la respeté. En este momento me arrepiento porque fue una gran mujer. Si yo pudiera devolver el tiempo yo volvería a esa etapa y sería la mujer más feliz, ella sería la mujer más feliz conmigo porque esa mujer me adoraba. Y yo creo que en parte uno paga como las cosas, como que todo eso que uno hace se le devuelve porque yo estoy aterrada de la forma en que después de eso no pude tener una pareja estable, he salido con la una y con la otra, pero nada serio. Yo creo que soy una persona demasiado especial con las mujeres, yo me desvivo por ellas, pero nunca funciona (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 4 de febrero 2020).

Freixas y Luque (2009) afirman que “la aceptabilidad social de la sexualidad es diferente para hombres y mujeres. Se ofrece permisividad a los varones para actuar como agentes sexuales, pero se estigmatiza a las mujeres que responden a sus deseos sexuales, colmándolas de términos denigrantes” (Freixas y Luque 2009, 193). Para estas autoras esta diferenciación en cuanto a la aceptabilidad social de la sexualidad entre hombres y mujeres se relaciona con una serie de ideas entre las cuales se destaca la presunción de que las mujeres solo debemos tener sexo por amor.

Estas ideas en conjunto constituyen un “sistema de creencias” (Freixas y Luque 2009) que dotan a la sexualidad de las mujeres en cualquier etapa de su vida de una serie de valoraciones morales con las cuales la sociedad regula y norma nuestras experiencias sexuales.

Valoraciones que incluso se reflejan en la forma como entendemos y evaluamos nuestras propias experiencias, como se aprecia en el relato de Patricia quien al analizar su trayectoria sexual emplea calificativos como “prostituta” para definir los múltiples encuentros sexuales con mujeres sostenidos durante su juventud y adultez.

Ahora bien, esta idea de que las mujeres solo debemos tener sexo por amor constituye uno de los “mitos –convertidos en mandatos culturales– que han configurado el pasado y el presente de las mujeres, y que interfieren de manera clara en la sexualidad de las mujeres mayores” (Freixas y Luque 2009, 192). Retomando el relato de Patricia se entrevistó que sus experiencias sexuales del pasado se situaron al margen de este mito del sexo por amor puesto que ella habla de una vida sexual “despreocupada”. Considero importante retomar las afirmaciones de estas autoras para pensar que en el caso analizado este mito configura principalmente la forma en la Patricia a sus sesenta y ocho años piensa y reflexiona sobre su pasado. Y lo configura en la medida en que la lleva a cuestionarse la forma en que vivió su sexualidad en otras etapas de su vida, a descalificar sus experiencias sexuales pasadas y a asumir que estas constituyen uno de los motivos por los cuales hasta el presente no ha logrado sostener relaciones estables y duraderas. En este sentido, para Patricia este último aspecto es asumido como el “precio que paga” por haber vivido su sexualidad de esa manera.

De estas reflexiones que Patricia hace sobre su pasado se desprende, en cierto modo, la manera en la que actualmente vive y piensa su sexualidad y cómo la proyecta. Así pues, Patricia al pensarse su sexualidad en la vejez sostiene que “ahora tiene otro pensamiento” en el que establece un vínculo estrecho entre sexo y amor procurando dar un viraje a su trayectoria. Entonces, al referirse a su sexualidad en la vejez Patricia señala que:

La sexualidad es algo hermoso si estás con la persona indicada, con la persona que te ame, te comprenda. Es eso ¿sabes? No solo tener relaciones porque sí, porque uno ya no está solo para eso, como cuando eras joven y estabas con la una y con la otra. No, ahora pienso más en el amor y es hermoso cuando lo haces con la indicada (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 5 de febrero 2020).

El mito del sexo por amor constituye un limitante para las experiencias sexuales de Patricia en su vejez. En primer lugar, para ella la “práctica lúdica” (Freixas y Luque 2009, 36) de su sexualidad: “estar con la una y con la otra” es sentida como algo más asociado a la juventud. Por el otro, para esta mujer la continuidad de la gestión de su sexualidad en la vejez va aunada con la posibilidad de encontrar a esa “persona indicada” con quien, además, pueda compartir su cotidianidad. Posibilidad que ve limitada por varios aspectos. Por un lado, la falta de espacios donde pueda socializar con otras lesbianas que sean de su edad o unos años menor a ella.

Por otro lado, por la dificultad que para ella representa entablar y sostener una relación donde el respeto, la sinceridad y el amor sean la base de la misma. Respecto a este último punto comenta que últimamente ha tenido algunas experiencias decepcionantes en gran medida porque algunas de las mujeres con las que intentó iniciar o sostuvo una relación no habían logrado superar a sus exparejas, otras le ocultaron el hecho de que convivían con sus esposos e hijos y unas más iniciaron otra relación a la par de que salían con ella.

1.3. Eugenia: La sexualidad es un cruce entre lo político, los afectos y el cuerpo

“A los cincuenta años yo era una adolescente descubriendo el sexo, el amor y todas esas cosas” fue una de las frases que me mencionó Eugenia con cierta picardía en uno de nuestros encuentros. Con esta expresión inició nuestra conversación sobre sus primeras experiencias sexo-afectivas con mujeres. “Como una adolescente”, me repetía constantemente como diciéndome lo increíble que era que una mujer de su edad quedara perdidamente enamorada y deslumbrada de esa manera. ¿Y antes de eso qué? Le pregunté. “antes de eso como que no tenía tiempo para el deseo, a mí me tragó el activismo político porque en ese entonces pasaba de todo en el mundo. Pero bueno, ese activismo me juntó a esta mujer”, me respondió. Para Eugenia, estar con esta mujer significó todo un descubrimiento no solo de la sexualidad lésbica, sino en general, del deseo, de la pasión y de su sexualidad, aspectos que hasta ese entonces no se había dado la oportunidad de experimentar ni con hombres ni con mujeres. Así lo relata:

Ese mundo adolescente con Ivonne me iba descuadrando la vida ya siendo una mujer tan grande y pensando que ya había pasado por todo y resulta que no había pasado por todo, por muchas cosas que también eran vitales y que tienen que ver conmigo, no con el mundo que me rodeaba porque yo siempre estuve en función del mundo que me rodeaba, pero no del mío. Yo

era la activista siempre con un aire serio, de disciplina, no había tenido otras experiencias de este tipo ni con hombres y el estar con ella sexualmente, físicamente, me abrió la puerta a otras cosas. Con ella descubrí el deseo, la pasión, la sexualidad y muchas sensaciones que nunca habían pasado por mi vida: el poder tocar, palpar, sentir... yo de verdad me enamoré. Yo amaba a esa mujer, amaba su cuerpo, amaba su sexo, amaba todo. Yo creo que ese fue mi primer amor (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Eugenia, toda su vida se ha desenvuelto en el mundo del activismo político, de lo antisistema, de las movilizaciones, de la lucha social, de la calle y del feminismo. Precisamente fueron estos escenarios los que la “juntaron” no solo con su “primer amor”, sino que fueron los que propiciaron sus encuentros sexo-afectivos posteriores:

En el trabajo con las mujeres en la Región Caribe yo tuve una relación. Cuando yo llegué a Cartagena, te estoy hablando como en el 2002, tenía que hacer un ejercicio de memoria porque iba a trabajar con madres comunitarias. Y llegó una mujer, además que era una mujer hermosa, era una mujer casada y tenía una hija, pero eso fue bonito (risas). Ella hacía parte del grupo que estaba fortaleciendo políticamente. Y pasó, en una ocasión que tuvimos una actividad, además muy fuerte, nos subimos a un carro y entonces, yo le acaricié el brazo, más bien, le puse el brazo. Esa noche empezamos a hablarnos, en todo caso, ella en su casa y yo en el hotel y me dijo que había sentido una sensación y le dije: yo también y ¡uy! bueno, tú sabes esas cosas como pasan (risas). Que se te empieza a mover el estómago, que se te empieza a mover toda... y poco a poco hasta que un día hicimos el amor. Esa relación se mantuvo por un tiempo, muy clandestino, es decir, nadie lo supo. Ella venía aquí entonces nos encontrábamos en algún sitio y fue bonito también eso me reivindicó y reafirmó mi gusto por las mujeres (risas). En ese camino se atravesó otra, una samaria y se me acercó y me dijo: usted me gusta... yo siempre las conocía en el mundo del trabajo, yo nunca frecuenté bares. También tuve otra relación muy bonita con Sandra. Con Sandra nos conocimos en el activismo porque todas estas mujeres que han pasado por mi vida han sido activistas, han sido mujeres políticas, políticas en el sentido que sintonizamos en lo que queremos sobre todo sintonizamos en lo que queremos en este país para las mujeres (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

La trayectoria sexo-afectiva de Eugenia ha estado fuertemente influenciada por su vida laboral, por sus posturas políticas y por “descubrimientos tardíos” de los afectos, del amor y del deseo. Al hablar respecto a su etapa actual de vida Eugenia comenta que no tiene una pareja, pero que durante aproximadamente veinte años ha ido tejiendo afectos y cuidados con

Sandra a quien considera su compañera del camino. Respecto a la vivencia de su sexualidad afirma que hoy en día a sus sesenta y nueve años la sexualidad representa un entrecruzamiento entre el cuerpo, el placer, lo sexual (como práctica sexual) y la lucha social:

Para mí es que todo se cruza por lo político. Es decir, creo que para mí tiene un valor fundamental digamos lo sexual, el cuerpo que se atraviesa por los deseos, por el placer, pero si eso no va acompañado de las luchas, no tiene relevancia para mí. No es que lo haya buscado, no sé si me encuentre con alguien en la vida que solamente esté en función de quedarse en su casa, de hacer cosas bonitas, que también son valiosas, pero lo mío está asociado a la calle, a las luchas, esa es mi motivación y creo que fue mi motivación desde el comienzo hasta hoy. Yo en eso me reivindico. Quien no, y quien no comparte sueños, porque yo sí, a estas alturas de mi vida sigo creyendo que hay cosas posibles de hacer, ya no vamos a hacer la revolución, en eso la cagamos, eso no es posible, pero me encanta lo antisistema, entonces eso, sigo conspirando. Me dolió mucho la verdad la entrega de las armas y lo reconozco, también lo que implicó el proceso de negociación. Entonces, si esa relación del cuerpo, de los afectos, del placer, de lo sexual no pasa también por unos vínculos de lucha social, no tiene sentido para mí (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

¿Qué elementos explican y moldean la forma en la que Eugenia vive su sexualidad en la vejez? En primer lugar, como se puede apreciar en su relato para Eugenia todo se cruza por lo político incluida su sexualidad, pero ella no habla de politizar su sexualidad, no es en esta vía en la que se sitúa su testimonio. Más bien, desde su perspectiva la sexualidad no solo implica el encuentro de dos o más cuerpos en un plano físico-sexual, sino que, además, abarca estar con alguien con quien se compartan ideales y luchas. Parafraseando el poema de Mario Benedetti podría comprenderse que para Eugenia la vivencia de su sexualidad implica que: si me acuesto contigo es porque sos, mi amor, mi cómplice y todo. Y en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos.

Resulta interesante cómo Eugenia sitúa en un mismo plano la lucha social, el placer, el cuerpo, los afectos, lo antisistema y las emociones que le produjo la entrega de las armas. Es evidente el nivel trascendental que tienen estos aspectos para ella y cómo incluso dotan de sentido la vivencia de su sexualidad en esta etapa de su vida, aunque debo apuntar que no constituye un atributo exclusivo de la misma. De hecho, en su relato menciona “creo que fue mi motivación desde el comienzo hasta hoy”, lo que deja entrever que su trayectoria sexual ha girado en torno a su cuerpo, al placer, a los afectos y a “lo político”; y que la vivencia de su

sexualidad en la vejez es una continuidad de cómo la ha vivido en otros tiempos (Freixas, Luque y Reina 2010).

En segundo lugar, para comprender la forma en que Eugenia vive su sexualidad a sus sesenta y nueve años resulta necesario poner sobre la mesa sus cuestionamientos respecto a la noción de pareja institucionalizada (Falquet 2006). En efecto, Eugenia no se identifica con dicha noción y por ende prefiere que sus relacionamientos sexo-afectivos no solo no se enuncien bajo el rótulo de pareja (Vespucchi 2015) sino que, además, no adquieran las características que usualmente tienen este tipo de vínculos. Lo anterior, en la medida de que para esta mujer una relación sexo-afectiva no se reduce a la idea de pareja, sino que, puede emerger una multiplicidad de formas de relacionamientos que incluso escapan a esa visión heteronormativa de pareja institucionalizada como “la única forma de vida para los seres humanos” (Falquet 2006, 78). Para ilustrar este punto comparto el relato de Eugenia en el que describe su vínculo con Sandra:

Con ella ha sido una relación sincera, de pareja no, pero andamos en la vida. Nos peleamos, nos odiamos a veces, algunas veces tiramos, no es que sea el propósito, pero cuando tiramos, tiramos. Yo conozco sus parejas, almuerzo con ellas. (...). Nosotras hablamos de compañeras porque además a mi ese tema de pareja siempre me crea unos vínculos que no me gustan y nunca hemos pensado en irnos a vivir juntas. Incluso en las situaciones más complicadas para ella siempre hemos optado por eso de que tú vas y vienes, esta es tu casa, pero no para vivir juntas. Y no por ella sino porque eso ha sido mi visión. Yo en mi vida he ido asociando dos cosas: la posibilidad de tener una relación independiente, de que no fuera como lo formal, es que a mí todo lo formal, eso de que se institucionalizan las relaciones, que tiene que ser así y así, no me gusta. Además, siempre para mí ha sido importante que compartamos lo político. Lo político para mí es como un ingrediente en una relación afectiva (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

Esta construcción que hace Eugenia de sus relaciones sexo-afectivas y de su sexualidad se sitúa dentro de la propuesta de Falquet (2006) quien insta sobre “la necesidad del “amor político” entre mujeres, significando con ello entretejer complicidades, amores, afectos y vínculos políticos- y hasta productivos cada vez más amplios, fuera del modelo de pareja dominante” (Falquet 2006, 11). Retomando los planteamientos de Freixas y Luque (2009) puedo agregar que esta pluralidad de arreglos sexo-afectivos y de vida dan cuenta de que las prácticas de la sexualidad han ido evolucionando con el tiempo.

El hecho de que mujeres como Eugenia puedan vivir su sexualidad al margen de los mandatos sociales cuestionándose incluso la noción de pareja institucionalizada indica que paulatinamente las mujeres hemos ido creando espacios de sexualidad satisfactoria que no se reducen a la idea de un matrimonio heterosexual ni a una unión monógama como las únicas formas válidas para gestionar nuestra sexualidad (Freixas y Luque 2009).

Para ir cerrando este apartado quiero enunciar un tercer elemento que identifiqué en las historias de vida de Eugenia y que contribuyen a seguir hilvanando argumentos que expliquen por qué esta mujer vive su sexualidad en la vejez de determinada manera. Al inicio de esta sección anuncié que la trayectoria sexual de Eugenia inició cuando esta tenía cincuenta años y que antes de eso su vida había girado exclusivamente en torno al activismo político. Para Eugenia este inicio de su sexualidad “siendo una mujer tan grande” no es un aspecto menor. De ese entonces para acá ella siempre ha salido con mujeres menores que ella, en algunos casos la diferencia de edad ha sido mayor que en otros.

El punto es que a juicio de Eugenia los relacionamientos sexo-afectivos con mujeres que se encuentran en una etapa de vida diferente a la de ella ocasionan que los vínculos que establece puedan verse truncados porque, como menciona, una mujer joven tiene un proyecto de vida diferente del que pueda tener ella hoy en día. Así se refirió a su relación con Vivian:

Vivi era una chica de veintiún años y yo de sesenta y seis años más o menos. Creo que sí lo disfrutamos o yo por lo menos lo disfruté y lo recuerdo como una experiencia bonita. Pero son cosas que con el tiempo te das cuenta que no era real la manera en la que... no sé, todo pasa. No, si era real lo que viví, pero pensando en que yo estoy consciente de eso, es decir, yo estoy terminando mi vida y una chica como Vivian o como la misma Sandra pues están empezando la vida y creo que eso es complicado, y no ni siquiera por lo sexual, yo creo que... yo intento que con quién esté mis experiencias sexuales las disfruto, me gustan y creo que no lo hago tan mal, que no lo hago nada mal (risas) (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020).

En últimas, para Eugenia su sexualidad en la vejez representa una continuidad de cómo la ha experimentado en su pasado. Esta vivencia está atravesada por sus perspectivas respecto a las luchas sociales, o a “lo político” como ella lo llama, aspecto que para ella es un “ingrediente principal” de sus relaciones sexo-afectivas. Su postura crítica frente a la noción de pareja

institucionalizada le ha permitido tejer “múltiples vínculos sin pertenecer” posibilitándole a su vez una vivencia, en cierto modo, más abierta de su sexualidad sin las formalidades e implicaciones de una relación de pareja.

Aunque para esta mujer la vejez no constituye un limitante para seguir gestionando su sexualidad como bien lo expresó en su último relato, el disímil momento de la vida en el que por lo general se encuentran ella y sus compañeras sí inciden en la manera en que establece sus vínculos, en la mayoría de casos transitorios. Teniendo en cuenta estas consideraciones, Eugenia menciona que la masturbación constituye un recurso importante en su vejez tenga o no algún tipo de vínculo con alguna otra mujer puesto que le permite gestionar sus deseos y además la ayuda a aliviar el estrés que a veces le genera su trabajo. Para ello, como mencioné en otros apartados, considera que la soledad de su casa es una gran aliada.

1.4. Matáfora: La sexualidad como un “encuentro” en lo cotidiano

La trayectoria sexual de Matáfora está atravesada por experiencias dolorosas de violaciones y abusos. Cuando en nuestro encuentro abordamos este tema su voz se entrecortó y se le escaparon algunas lágrimas. Hicimos una pausa para que ella tomara agua y le pregunté si quería seguir hablando al respecto o si prefería que nos detuviéramos. Me dijo que para ella estos ejercicios, al igual que escribir sus libros, eran liberadores y le permitían reconciliarse con su pasado. Después de un rato retomó el hilo de la conversación y me narró cómo su padre las obligaba a ella y a su hermana a tener relaciones con él y con otros hombres:

En mi infancia sufrí violaciones. El primero que abusó de mí fue mi papá porque él decía que iba a aprender a ser una mujer y cuando llegaba borracho decía que nos iba a castigar. Mi hermana también sufrió mucho con ese tipo. No solamente nos violó él, sino que llevaba a otros tipos para que nos violaran, esas son cosas horribles. Pero yo afor... yo no sé si fue afortunada o desafortunadamente, pero a mí solo me violaron mi papá y mis hermanos. A mi hermana él le llevó tipos para que la violaran. Para mí fue una cosa atroz y traumática porque fue con dos hombres y yo estaba chiquita como de cuatro o cinco años (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Pasó el tiempo y Matáfora fue creciendo. Vivió su adolescencia en medio de peleas al interior de su hogar y de constantes situaciones de carestía. Desde muy temprana edad empezó a trabajar en los chircales o lavando platos y ropa para aportar un ingreso a su hogar. A los

veinte años se fue a vivir con quien después sería el padre de sus tres hijos. Según recuerda los treinta años que vivió con él fueron un infierno: “viví el infierno en vida, por eso el infierno no está después de que me muera, el infierno ya lo viví. Eran terrible las relaciones con él, no me gustaba que me tocara. Él se llenó de celos, de rabia” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020). Estando por cumplir cincuenta años conoció a LuzPi. Para Matáfora haber conocido a esta mujer fue su “tabla de salvación en ese oasis de inconsistencias en el que vivía” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Matáfora narra que encontrarse sexualmente por primera vez con Luzpi le permitió descubrir algo que ella siempre sintió que estaba ahí y que nunca se había atrevido a experimentar. De tal suerte que las primeras relaciones sexuales con una mujer la condujeron a sus cincuenta años a explorar “un universo de sentidos que son, al mismo tiempo, extraños y familiares” (Alves 2010, 222-223, Traducción propia):

Para mí es como la primera vez de descubrirme como mujer, no solamente reconozco mi cuerpo porque no lo reconocía, escasamente conocía mis senos, no me había mirado por ninguna otra parte, me daba vergüenza mirarlo, aprendí a verme, a tocarme, a saber, qué es lo que es el cuerpo realmente. Y a tocar a otra persona que mirara mi cuerpo, aunque para mi ella es mucho más bella. Explorar un cuerpo de mujer es la cosa más maravillosa que ha pasado en mi vida. A me gustan tres cosas en la vida: el vino, la poesía y el futbol, para mí haber estado con ella era tener las tres cosas en una sola. Esa maravilla no sé cómo describirlo, yo lo tengo aquí en un poema. Para descubrirme a mí y luego descubrirla a ella, me descubrí tocándome, sintiéndome, palpándome, ¿Qué es lo que hay? ¿qué es lo que tengo? ¿qué es lo que siento? Y luego descubrir esa otredad que es similar y a la vez tan diferente a mí. Descubrir ese cuerpo desnudo que me permite inmiscuirme, tocarlo, dormirme, despertarme abrazada (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Para Audre Lorde la poesía tenía gran significación, tanto así que en sus escritos plasmaba la importancia que esta tenía en tanto un instrumento para nombrar aquello que no tiene nombre (Lorde 2003). Para esta autora la poesía es “una reveladora destilación de la experiencia y no un estéril juego de palabras” (Lorde 2003, 14). De tal suerte que para Lorde la poesía está labrada por las experiencias cotidianas, por nuestros miedos y esperanzas. Estos planteamientos de Lorde se hacen evidentes en la historia de vida de Matáfora pues para ella han sido justamente sus experiencias de vida, sus miedos y esperanzas las que han gestado sus

tres libros de poemas. Uno de estos poemas se titula “La exploradora” y hace parte de su primer libro “El escándalo de mi alma” publicado en 2014. Aquí Matáfora plasmó e inmortalizó el (re)descubrimiento de su sexualidad y su reconciliación con su cuerpo, con su ser mujer:

Anduve viajando por los secretos
Que la antigua educación mancilló.

Exploré el sendero secreto de la sombra húmeda,
Me deslicé por las montañas lácteas
Y las sorprendí flácidas con la mirada ocre.

Recorrí pulgada a pulgada
Lo que antes fuera una extensa llanura
Y hallé tres montañas
Que desembocaban en el mismo valle.

Esforcé las astas para explorar la encorvada espalda
Y descendí por los atractivos montículos apetecidos por ellos,
Descendí lenta y sin permitir que el cansancio aflorara en esta expedición.

Con mis diez ayudantes ávidos e inquietos
Continué explorándome
Descubrí corrientes extrañas y perfumes viscosos.

Fui a secretos malvados y desaté torrentes salados.
Regresando hallé el camino secreto
Que jamás conduce al olvido
Lo recorrí palmo a palmo
Me sorprendí al encontrar lo que siempre estuvo allí.

Al terminar...
Ya no más invisible,
Ya no más mancillada,
Sigue allí dispuesta y serena
A enfrentar mancilladores y culturas sagradas

Matáfora: “La exploradora”.

Rich (1999) plantea que una de las características del poder masculino sobre las mujeres es negarnos nuestra sexualidad, incluidas en esta forma de poder las restricciones contra la masturbación, la anulación de la sensualidad erótica entre mujeres y la negación de nuestros propios cuerpos. Estas formas de poder se ven reflejadas en los testimonios y en el poema de Matáfora en la medida en que vinculan la “primera vez lésbica” y las percepciones de “descubrimiento” y “reconocimiento” no solo del ser mujer, sino de su cuerpo y de las potencialidades de su sexualidad, incluido el placer y la masturbación.

Matáfora durante muchos años sintió que su sexualidad le fue negada no solo por estar inmersa en un matrimonio heterosexual sino porque, además, las constantes situaciones de violación que vivió en su infancia le impusieron y le reforzaron la heterosexualidad y la llevaron a anular su sensualidad y su sexualidad (Rich 1999). Ella percibe que fue solo gracias a sus encuentros lésbicos que pudo empezar a desligarse de una vida de limitaciones a la vivencia libre de su sexualidad.

Pero ¿Qué otros elementos entran en juego en la percepción de “descubrimiento” y de “reconocimiento” de la que habla Matáfora? Releyendo sus testimonios y su poema se aprecia que además de lo arriba expuesto, en estas percepciones la igualdad de identificación corporal ocupa un lugar central (Alves 2010). Por ejemplo, ella mencionó que solo explorando el cuerpo de otra mujer pudo descubrir, reconocer e incluso, aceptar su propio cuerpo. En últimas, la vivencia sexual con Luzpi contribuyó a romper, de cierto modo, esa carga heteronormativa que durante años reprimió su sexualidad y que la ató a una única forma de relacionamiento sexo-afectivo, y con ello, a la reproducción, al cuidado y a la maternidad (Vespucci 2015). Este último punto queda más claro en otro de los poemas de Matáfora denominado “Sexualidad en tinieblas”:

En momentos andróginos de estos tiempos
El cuerpo se prueba posibilidades del espectro
Donde la cultura lo ha instalado
Bajo la rúbrica de lo perverso para vaciar el alma.

Las soledades se disfrazan de nailon, sedas o perfume
Se adornan con plumón o cuero
Sin dejar paso al gusto.

¿Dónde queda la piel?
La esencia misma de la humana
La cultura impartida por seres raramente complacidos
Inyectan una culpabilidad compleja
Sobre posibilidades humanas.

¿Qué pasó con la libido libertaria?
Aprendí del destrozo del amor
Desertando sobre el cuerpo enamorado
Que ocasionalmente desarrolla el erotismo.

¿Dónde queda la libertad?
El argumento de la escritura propia
Cuando se castra la emotividad del cuerpo en lo familiar.

¿Dónde queda la historia personal?
Cuando se vive al vaivén de la sociedad
Lejos de la realidad reproducimos la escritura trivial
Sin aproximaciones sensuales.

El cuerpo individual recapitula historia
Reproduciendo especie constreñida
Abandonada a la oscilación de la libido socialmente aceptada.

No entiendo cómo podemos vivir enajenados
Mintiéndonos en el advenimiento de la hipocresía
En el reinado de la frustración sexual y la negación personal.

Matáfora: “Sexualidad en tinieblas”

Lopes (2000) plantea que “las posibilidades de la sexualidad- las formas de expresar los deseos y placeres- son socialmente establecidas y codificadas” (Lopes 2000, 6, Traducción

propia). Este planteamiento de Lopes (2000) se ve reflejado en los poemas de Matáfora. En ellos se cuestiona la manera en que la sexualidad de las mujeres es limitada a determinados parámetros socialmente aceptables: la unión entre un hombre y una mujer y la circunscripción de la mujer en el ámbito familiar en la que la maternidad se prioriza antes que el goce, el erotismo y la libertad misma.

Para Matáfora, la sociedad ha procurado garantizar dicho orden, por ejemplo: “instalando bajo la rúbrica de lo perverso” todo aquello que escapa de la heteronorma, “inyectando una culpabilidad compleja sobre las posibilidades humanas” y “castrando la emotividad del cuerpo en lo familiar”. En este sentido, “Sexualidad en tinieblas” esboza la percepción de Matáfora respecto a cómo la heterosexualidad obligatoria, como “institución política” (Rich 1999) ha regulado la vida social a través de la sexualidad representada aquí como “la libido socialmente aceptada”, determinando así los límites de las posibilidades de la sexualidad que oscilan entre lo que es permitido (heterosexualidad) y lo que no (lesbianismo).

Ahora bien, Freixas y Luque (2009) afirman que la sexualidad y sus múltiples expresiones no son estáticas, sino que van cambiando con el paso del tiempo en función de múltiples factores personales, emocionales, físicos, entre otros. Asimismo, sugieren que con los años se aprende a disfrutar de otros elementos como la cercanía, las caricias, los abrazos, entre otros.

El caso de Matáfora y LuzPi resulta muy ilustrativo al respecto. En efecto, a partir de sus relatos se logra apreciar que a lo largo de los once años que llevan juntas han aprendido a negociar su sexualidad. Mientras que en sus inicios el encuentro sexual, la exploración corporal y la masturbación ocuparon un lugar central en el modo de experimentar su sexualidad, hoy en día estos aspectos no hacen parte de su “lista de prioridades” sino que más bien sienten que hay otros elementos que en cierto modo sustituyen las relaciones sexuales y que también son significativos. Matáfora al hablar sobre cómo vive su sexualidad con su pareja refiere que le confieren mayor importancia al compartir su cotidianidad que a las experiencias estrictamente de tipo físico-sexual:

Nosotras hemos aprendido a convivir. Y el tema de lo sexual, para nosotras lo sexual... como diría Eugenia: un buen polvo. No es que somos muy activas en el sexo, más bien no somos tan activas. De vez en cuando sí llegamos a un momento bonito, a un clímax, a ser efusivas, y si no, no nos frustra, no nos afecta. Nos hemos encontrado mucho... juntas nos gusta el arte.

Entonces, yo creo que nuestra energía se va más detrás del arte que de otras cosas. Entonces, escribo, pinto, tejo, coso y le he enseñado algunas cositas a ella, y a ella le fascina lo que yo hago, entonces siempre está buscando cómo me mantiene contenta haciendo cosas (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Según Freixas y Luque (2009) siguiendo los planteamientos de Wood, Mansfield y Kock (2007) la sexualidad involucra tanto aspectos físicos como emocionales. Dicho de otro modo, para estas autoras la sexualidad puede estar asociada tanto con el sentimiento de cercanía con la pareja y el compromiso afectivo como con el placer físico y la experimentación de la intimidad mediante relaciones sexuales (Freixas y Luque 2009). Teniendo en cuenta estas consideraciones se logra apreciar que para Matáfora la vivencia de su sexualidad en la vejez está mayormente asociada con aspectos emocionales como el hecho de compartir el día a día con su pareja. En sintonía con lo expresado por Matáfora, LuzPi comenta que:

Nuestra relación se fue cimentando, digamos que no solamente basada en el sexo, pero si era muy importante. Yo sentía que se trataban de sublimar muchas cosas, por ejemplo: todo el tema de los libros, de pintar, de hacer muchas cosas, era como sacar a la luz esa libido, pero no por la parte de la libido como tal del relacionamiento físico, sino por estas cosas. Por ejemplo, esa es una cosa para mi clarísima, cuando yo tuve mi relación con Marcela²², lo que era las relaciones sexuales era algo al 100%, con Adriana²³ era al 80%, pero con Matáfora, no ha sido tanto. Sin embargo, yo siento que ha sido como en una profundidad tan bonita que como que siento que no necesito montones de experiencias de tipo físico, erótico, sexual, para sentirme infinitamente compenetrada con ella. Nuestra sexualidad se basa más en el compartir, en los libros en otras cosas que llenan. Siento que le damos muchísima importancia a esas cosas. Ella pintaba y dejó de pintar y yo: no amor, vamos otra vez a pintar, entonces yo siento que no está exclusivamente centrada en esa relación sexual de que tiene que ser cada cuanto y en no sé qué cuantas formas, ni ponernos para un lado o ponernos para el otro, sino más bien en el compartir (LuzPi, 60 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

¿Acaso podría pensarse que compartir un buen libro o pintar podría ser una manifestación de la sexualidad? o ¿que estas actividades podrían “sacar a la luz esa libido”? Esta forma en la que Matáfora y su pareja viven su sexualidad en la vejez va más allá de la intimidad experimentada a través de una relación sexual, circunscribiéndose entonces a “una

²² Pseudónimo.

²³ Pseudónimo.

satisfacción referida más a la vida cotidiana y a la relación con su pareja, por ejemplo, al haber aprendido a envejecer la una al lado de la otra” (Faus-Bertomeu y Osborne 2019, 14) orientándose más a mantener ese vínculo que se ha creado.

Anna Freixas en una entrevista realizada por Faus-Bertomeu y Osborne en 2019 afirmaba que la vivencia de la sexualidad en la vejez depende, entre otros factores, de la dinámica de pareja, de lo que cada una busque en ese momento y de las negociaciones que han hecho respecto a su vida. En su testimonio Matáfora comentó que ellas han aprendido a “encontrarse” en aquellos intereses comunes. Este “encontrarse” va muy de la mano con el “aprender a convivir”. Estos aprendizajes en los que hace tanto énfasis Matáfora ponen de manifiesto una transformación y una negociación de la vivencia de la sexualidad en esta etapa de vida en la que ambas se encuentran. Considero importante comprender que estas negociaciones no se dan en el aire, sino que responden a diversos factores, por ejemplo: el estado de salud, las condiciones económicas, la dinámica de la pareja, los intereses de cada una, el tiempo que lleven juntas, entre otros.

El hecho de que Matáfora y LuzPi comenten que hoy en día su sexualidad se centra más en compartir su día a día, en “encontrarse” en múltiples aspectos no implica, necesariamente, que prescindan de tener relaciones sexuales porque en ocasiones si intentan tenerlas solo que las dolencias musculares y el cansancio que les producen sus rutinas de trabajo las obligan a postergar dichos intentos:

Hace un tiempo para acá yo sentía que para que pudiéramos compartir nuestra intimidad yo tenía que hacer demasiados esfuerzos, como que yo no lograba, no tenía las suficientes energías para seguir (...) También hemos sentido últimamente que ha habido días, cuando aparecen los dolores, las famosas molestias, que me duelen las piernas, que a ella le dolió la cabeza, pues incluso yo siento que no es el dolor de cabeza que aparece cuando uno dice vamos a empezar, no, sino es un dolor de cabeza que empezó en el transcurso del día.

Entonces eso lo hace más difícil, lo complica (LuzPi, 60 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Yo comparto la idea de que no se debe pensar la vejez como sinónimo de enfermedad porque claramente la enfermedad no es un atributo exclusivo de esta, sino que está presente en cualquier otra etapa de la vida (Rada Schultze 2016). Sin embargo, la conversación con LuzPi

y Matáfora me llevó a pensar que no se debe desconocer cómo las dolencias físicas pueden mediar la vivencia de la sexualidad. Entonces, resulta importante reconocer que, “cuando aparecen los dolores, las famosas molestias” o cuando “no se tienen las suficientes energías para seguir”, gestionar una relación sexual puede constituir todo un desafío.

Esto no debe contribuir a que la sexualidad en la vejez lésbica se estigmatice, se menoscabe, ni se cargue de consideraciones negativas, y menos, a que se generalice que todas las lesbianas adultas mayores tienen problemas de salud o afecciones físicas que les impiden experimentar plenamente su sexualidad. Por el contrario, debe permitir el reconocimiento del papel que ocupa el cuerpo y el estado de salud en la vivencia plena de la sexualidad en la vejez. No obstante, como señala Anna Freixas, psicóloga y pionera de la gerontología feminista, “las parejas que renegocian la sexualidad están mucho más contentas” (Faus-Bertomeu y Osborne 2019, 15) y pueden encontrar alternativas para seguir gestionando su sexualidad en la vejez, como bien lo evidencian Matáfora y LuzPi.

En otro orden de ideas, es importante apuntar que la forma en la que Matáfora y su pareja viven su sexualidad en la vejez también está mediada por el hecho de que Matáfora siente que hoy en día está viviendo lo que antes no pudo: publicar varios libros, dedicar tiempo a pintar, a hacer mandalas y a escribir. Según narra estos aspectos la “llenen mucho” y contribuyen a su autorrealización como mujer diversa y como poeta. Cuenta que durante los treinta años que vivió con el padre de sus hijos no pudo dedicarse a estas actividades porque esa relación no propiciaba el despliegue de su creatividad, por el contrario, la coartaba. Así lo expresa:

Yo ya venía escribiendo antes porque al papá de mis hijos le escribí cuadernos completos y ese hombre era, al fin el que no sabe, no sabe, y escribirle a un campesino que creció entre el barro y los bueyes, lo único que sabe es de plata, de barro y de bueyes. Entonces le escribía y un día me dijo: ¿Usted por qué no me dice lo que está pensando en vez de estarme escribiendo papelitos pendejos? Me dio vergüenza. Le escribía en un cuaderno y le decía cuánto me gustaba, cómo me gustaba que fuera, que cuando se bañaba era más agradable, que cuando era decente era más agradable, que cuando no gritaba y tiraba las cosas era más agradable. Le escribía cosas bonitas pero el tipo nunca se dio cuenta ni se enteró. Con LuzPi ha sido diferente, ella me motiva a escribir, me ha apoyado a publicar, que si ve que dejo de pintar ella me alienta a hacerlo, me involucró en muchos espacios y me hizo sentir que yo tenía un gran valor (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Entonces, la historia de vida de Matáfora, su trayectoria sexo-afectiva, el deseo de LuzPi de brindarle un espacio seguro en el que Matáfora se sienta realizada y en el que pueda sanar todo el dolor de su pasado, en últimas, el deseo de conservar el vínculo que han construido durante los once años que han estado juntas lleva a que ambas propendan por una vivencia de su sexualidad en la que los “encuentros”, la cercanía y el vínculo ocupen un lugar central. Para cerrar este apartado quiero compartir que al analizar la experiencia de LuzPi y Matáfora evidenció que además de los aspectos ya mencionados, se deben poner en consideración otros elementos que también median la vivencia de su sexualidad en la vejez. Por ejemplo, comprender cómo las situaciones materiales juegan a favor- o en contra- de dicha vivencia. Dicho de otro modo, es necesario reconocer cómo disponer –o no- de una pensión, cómo el tener que trabajar (el número de horas dedicadas al trabajo, el tipo de trabajo que se desempeñe, entre otros), en general, cómo tener una estabilidad económica en la vejez –o no-, pueden ser factores que incidan en que mujeres como Luzpi y Matáfora, “no tengan las suficientes energías para seguir”.

Hay que recordar que ambas sobreviven del rebusque diario, de la venta de sus libros y de otros artículos: “normalmente me levanto a revisar las redes sociales para mirar qué espacios hay para irnos. Andamos con un tenderete a la espalda, llevamos aretes, bufandas, gorros y mis libros. A veces vendemos alguna cosa. Cuando estamos de buenas vendemos todo” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020). Por lo que es adecuado afirmar que no es exclusivamente por causa de sus cuerpos sexagenarios que estas mujeres no tengan la energía requerida para el despliegue de sus relaciones sexuales, sino que el agotamiento físico por sus trabajos, el estrés de la vida cotidiana y la falta de seguridad económica también influyen en la manera en cómo ellas viven su sexualidad en esta etapa de sus vidas (Freixas y Luque 2009).

1.5. Pilar y Lilia: No gestionar el deseo sexual, una forma activa de sexualidad

De acuerdo con Freixas y Luque (2009) en la vejez, así como en cualquier otro momento de la vida, algunas mujeres se replantean la forma en la que han vivido y desean vivir su sexualidad. Como presenté en apartados anteriores la sexualidad en la vejez lésbica tiene diversas manifestaciones dependiendo de las experiencias personales y las negociaciones que cada mujer haya hecho de su vida en concreto. A juicio de estas autoras dentro de las múltiples manifestaciones de la sexualidad en la vejez optar por prescindir de la gestión del deseo sexual también debe ser considerado como “una opción activa de sexualidad, similar a

desearla o buscarla; opción que debe entenderse como una legítima y voluntaria puesta en práctica de un deseo, una opción perfectamente válida” (Freixas y Luque 2009, 200).

Tomando en cuenta las historias de vida de Pilar y de Lilia en esta sección ejemplifico esta otra forma de vivir la sexualidad en la vejez lésbica.

Si bien las narraciones de Pilar y de Lilia coinciden en el hecho de que ambas dan cuenta de una voluntad de prescindir de tener relaciones sexuales, de masturbarse y en general, de dejar de gestionar sus deseos sexuales en la vejez, los elementos que dan forma a esta elección y a esta manera de vivir su sexualidad en esta etapa de sus vidas son diferentes. En primer lugar, para entender la forma en la que Lilia vive hoy en día su sexualidad hay que retroceder en el tiempo y comprender sus experiencias sexuales y relacionales en etapas pasadas de su vida. Al conversar con esta mujer de setenta y un años salen a la luz dolorosos recuerdos de experiencias sexuales negativas en donde el abuso y la violación fueron reiterados. Lilia comenta que a los siete años fue abusada sexualmente por el hijo de su padrino:

Quando tenía siete años mi mamá me llevó a vivir donde mis padrinos, que allá me cuidaban, que allá no sé qué. Resulta que esos padrinos tenían un hijo y ese hijo pues ya era volantón. Un día cualquiera nos dijo mi padrino: vayan y traigan a los toros que los alimentaban por allá lejos. Entonces, el chino como ya era volantón me cogió a las malas, prácticamente a las malas porque me amarró las manos, los pies y me violó. Cuando mi mamá fue yo le dije: vea que Rubén, se llama, si todavía vive, Rubén me... me... yo no sabía bien las cosas, imagínese. Entonces, le dije: Rubén me metió esa cosa que tenía y me hizo salir sangre. Y mi mamá ¿Cómo así? ¿usted por qué dice eso? Esas son mentiras, yo no le creo nada y pin, me dio una cachetada (Lilia, 72 años, en conversación con la autora, 3 de febrero 2020).

A esta experiencia traumática se le sumaron algunas otras. Según recuerda a los catorce años fue “reclutada” por una mujer que era dueña de un “café” en el que ofrecían los servicios sexuales de jovencitas. Esta mujer como parte del “entrenamiento” obligó a Lilia a estar sexualmente con ella. Para Lilia esta experiencia fue aterradora no solo por el hecho de que había sido llevada con engaños a ese trabajo sino porque además era su primer encuentro sexual con una mujer:

Entonces de ahí pues yo ya desilusionada de la vida de ver que mi mamá nunca me creyó, a los catorce años me fui de la casa y conseguí trabajo en un restaurante. Ahí en ese restaurante conocí a la señora Gilmosa que me ofreció un trabajo dizque en un café. Pero la señora no me

quería para bien, sino me quería para una cosa esa de blancas ... de trata de blancas y con ella fue que yo aprendí lo que era con una mujer. Ella cualquier noche me dijo: camine pa la casa y nos tomamos un roncito. Me llevó pa la casa y estando allá en la casa me empezó a besar y a tocar y yo estaba aterrada porque una mujer besándome, ¡ay no! Me tuvo unos días así y pues yo aterrada porque yo nunca con una mujer nada, nada, asustada y de todo. Eso era que me estaba preparando para ese trabajo que ella quería que yo hiciera en el café (Lilia, 72 años, en conversación con la autora, 3 de febrero 2020).

Para Lilia estas experiencias fueron tan traumáticas que condicionaron las vivencias subsecuentes de su sexualidad. En efecto, esta mujer comenta que sus relaciones sexuales con sus parejas nunca fueron placenteras porque nunca logró desconectarse del dolor causado por las violaciones a las que fue expuesta durante su infancia y adolescencia. Además, afirma que para ella su sexualidad quedó en un segundo plano y sus relaciones de pareja tendieron a centrarse más en compartir otros aspectos de la vida cotidiana como el trabajo y los cuidados. Según Freixas y Luque (2009) las experiencias previas de abuso y violencia ocasionan aversión sexual, misma que incide en que muchas mujeres a lo largo de sus vidas tengan trayectorias sexuales insatisfactorias.

Estas experiencias previas también condicionaron su vivencia de la sexualidad en la vejez. Al respecto, Freixas y Luque (2009) señalan que “algunas mujeres han vivido penosas vidas sexuales, así que la edad mayor se presenta como una oportunidad para dar por clausurada esta parte de su vida. Nunca han gozado, nunca han explorado su cuerpo con placer y tranquilidad” (Freixas y Luque 2009, 200). Conversando con Lilia pude apreciar que para ella la vejez representa una oportunidad para librarse de vivir la sexualidad como un mandato. De tal manera que, para esta mujer prescindir de gestionar su sexualidad supone una “liberación” (Freixas y Luque 2009).

En el caso de Pilar, sus experiencias sexuales con sus exparejas son sentidas como satisfactorias. A lo largo de su vida esta mujer tuvo dos relaciones de pareja: la primera con Esperanza y la segunda con Shaday, con cada una duró más de diez años. Al recordar su trayectoria sexual Pilar afirma que:

Tener sexo, eso me gustaba, eso yo lo disfruté. Aunque con Esperanza y Shaday no lo viví igual por eso yo digo que cuando uno se enamora, se enamora. Digamos, en cuanto a las

relaciones sexuales, con Esperanza yo tenía todo lo que quisiera, no había límites, ella me ofrecía más, con Shaday no. Con Shaday era menos, no era como... yo a ratos digo que no era tan expresiva, tan fogosa, pero a mí lo poquito que tenía me fascinaba. O sea, yo no pedía nada (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

Como se aprecia en este testimonio, Pilar hace una distinción entre sus vivencias sexuales con Esperanza y con Shaday. Para ella las relaciones sexuales con la primera tuvieron más apertura para la exploración y el despliegue de diversas posturas y experiencias mientras que con la segunda no estuvo tan presente esa “fogosidad”, ni esa apertura. Sin embargo, desde su percepción las relaciones con Shaday fueron más sentidas y significativas pese a que sexualmente Esperanza “le ofrecía más”. No obstante, aunque hace énfasis en estas diferencias entre sus experiencias sexuales con Esperanza y con Shaday se aprecia que Pilar recuerda positivamente su trayectoria sexual.

En este testimonio también se evidencia que Pilar percibe la sexualidad como un asunto del pasado, por eso al referirse al hecho de tener sexo ella señala que era algo que “le gustaba” y que “disfrutó”. Así pues, al ser un asunto del pasado la sexualidad no constituye un tema del que ella sienta que deba ocuparse hoy en día. En efecto, esta mujer manifiesta que “no piensa en el sexo” y que “difícilmente vuelve a tener una relación” y que ella ya “no está en esas” sino que más bien sostiene que hoy en día su sexualidad pasó a ocupar un segundo plano en su vida y se subsumió en otros aspectos de mayor significación como compartir con su familia:

En este momento pienso que el hecho de que esté compartiendo con mi familia, yo estoy muy contenta porque Adriana²⁴ llega mañana. El hecho de que yo viva con Alberto²⁵ a mí eso me hace ser feliz. Entonces yo eso cambiarlo... tendría que ser algo, mejor dicho, del otro mundo para yo perder esa alegría que tengo ahora, entonces si pienso que no es mi interés. A mí tan pronto me echan un piropo yo ya pongo barreras. Entonces interesada en una relación así y en el tema de mi sexualidad, en estos momentos sinceramente no (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 1 de febrero 2020).

²⁴ Pseudónimo

²⁵ Pseudónimo

Pese a que Pilar, al igual que Lilia, optó por prescindir de la gestión de su deseo sexual en la vejez las motivaciones que la llevaron a tomar esta decisión no se circunscriben a experiencias de abuso o violencia sexual previas. Entonces, ¿Qué elementos dan forma a la manera en que esta mujer vive su sexualidad en la vejez? Sus relatos sugieren que esta decisión se centra más bien en una sensación de “culminación” de su vida sexual una vez llegada la vejez, la cual coincide con su percepción sobre lo que debe ser y hacer (Rada Schultze 2016) adulta mayor, es decir, los medidores que emplea para entender su propia vejez se asocian con un conjunto de ideas, creencias y/o pautas sociales de lo que se supone que “debe ser y hacer” (o no) una persona que ha llegado a esta etapa de la vida. De tal suerte que, las actitudes y percepciones que tiene Pilar sobre su sexualidad están configuradas por prejuicios sociales sobre la vejez, en particular, sobre la presunción de asexualidad de las mujeres mayores (De Almeida y Lourenço 2007).

Pilar se percibe a sí misma como una mujer que “acepta su edad”, que “ya ha quemado” ciertas etapas de su vida y que hoy en día se encuentra inmersa en otro momento de dicha trayectoria el cual conlleva cambios en las actividades que “debe” o “puede” realizar, por ejemplo: “ya no soy de las que anda por la calle en la noche”, “mis actividades ya son diurnas”. Esa percepción que tiene Pilar del deber ser y hacer incide en la forma en la que se piensa su propia sexualidad como algo ajeno a su experiencia de adulta mayor, como algo que “ya disfrutó” en etapas pasadas que para ella se relacionan más con una vivencia activa de la sexualidad: la juventud y la adultez. A esta sensación de “disfrute” se le adiciona la percepción de “saciedad”, misma que la lleva a pensar que “ya vivió (y disfrutó) lo que tenía que vivir” en relación a su sexualidad.

Para finalizar este subapartado quiero retomar un fragmento de la entrevista de Anna Freixas en el que esta comenta que si bien en los últimos tiempos se ha problematizado la idea de que la vejez es una etapa de asexualidad y se ha propendido por hacer espacio a lo que ella denomina como “las viejas sexuales”, es necesario que esta nueva perspectiva no se convierta en un mandato para todas las mujeres adultas mayores. Así lo expresa:

Resulta que ahora todas las viejas tenemos que ser sexis y estar en el mercado sexual, cuando para muchas mujeres la menopausia es una liberación de la sexualidad y no quieren saber nada después; simple y llanamente deciden dedicar su energía a otras cosas. Entonces creo que este nuevo paradigma tiene el valor de hacer espacio a las mujeres que desean ser sujetos sexuales,

pero también puede tener el problema de convertirse en un mandato para las mujeres que no desean estar en el mercado sexual en la vejez (Faus-Bertomeu y Osborne 2019, 9).

Este planteamiento contribuye a que se piense la decisión de Pilar y Lilia de no seguir gestionando su sexualidad en su etapa actual de vida como una opción activa de sexualidad igualmente válida que las de aquellas mujeres que optan por seguir manteniendo relaciones sexuales o por gestionar su autoerotismo en la vejez. De hecho, ambos casos constituyen una elección respecto a cómo estas mujeres quieren vivir su sexualidad en la vejez, tanto en el caso de Lilia para quien la vejez brinda la oportunidad de prescindir de gestionar sus deseos sexuales y supone una “liberación”, como para Pilar quien siente que la sexualidad es cosa del pasado y ahora sobrepone y prioriza su vida familiar procurando “ajustarse” a lo que ella supone que debe hacer una mujer de su edad.

2. ¿A esta edad qué?: Expectativas de entablar relaciones sexo-afectivas

Rada Schultze (2016) contrariamente a lo que proponen las doctrinas del desapego y la desvinculación²⁶, sostiene que la capacidad de las adultas mayores de elaborar nuevos vínculos relacionales no se desvanece con el pasar de los años. En efecto, para este autor, la posibilidad de tejer nuevas relaciones sexo-afectivas y de vincularse con nuevas amistades sigue latente en la vejez y resultan de gran importancia en la medida en que sirven de apoyo y contención en la vejez.

Teniendo en cuenta los planteamientos de Rada Schultze (2016), en este apartado problematizo que si la vejez no constituye una limitación en sí misma para la gestión sexo-afectiva de las lesbianas adultas mayores ¿Qué ocasiona que las prácticas amorosas y sexuales sean ubicadas fuera de la experiencia de este segmento poblacional? Para De Almeida y Lourenço (2007) aceptar las prácticas amorosas y sexuales en adultas mayores representa en sí un problema en nuestra sociedad. Los prejuicios que circundan a las relaciones sexo-afectivas en la vejez y las pautas socio-culturales que designan el “deber ser y hacer” de una adulta mayor terminan privando a estas mujeres de la posibilidad de gestionar sus vínculos afectivos y sexuales (De Almeida y Lourenço 2007).

²⁶ “La teoría del desapego o la desvinculación de Cummings y Henry postula que a medida que las personas envejecen se va perdiendo interés por las cosas de su entorno (personas, actividades y objetos), cerrándose sobre sí mismos y apartándose del ambiente” (López Gómez 2006 citado por Rada Schultze 2016, 90)

En este sentido, analizar las expectativas de entablar una relación sexo-afectiva en la vejez lésbica no implica solamente hablar de si desean o no tener una pareja o un vínculo sexo-afectivo de cualquier tipo. ¡No! Hablar de expectativas sexo-afectivas involucra reconocer que existen factores que limitan que estas mujeres, aun deseando iniciar una relación, vean frustrado dicho deseo. Gracias a las historias de vida de las entrevistadas, en este apartado ilustro estos puntos esperando contribuir a la comprensión de la gestión sexo-afectiva en la vejez lésbica, a problematizar la importancia de disponer de una pareja en la vejez y a poner sobre la mesa algunos limitantes a los que se enfrentan aquellas lesbianas adultas mayores que desean dar continuidad a su vida sexo-afectiva.

2.1. Leonor: “¿Yo tan vieja ya qué? (...) No creo que haya una mujer que se vaya a enamorar de mí”

Leonor es una mujer de setenta años que solo hasta sus casi sesenta y cinco años “descubrió” que le gustaban las mujeres. En ese entonces inició una relación con Liliana con quien estuvo durante aproximadamente dos años. Según cuenta su experiencia con Liliana no fue satisfactoria ya que esta última le fue infiel en varias ocasiones y estuvo con ella por “sacarle plata”. Han pasado tres años desde que estas terminaron y pese a los malos recuerdos que le genera dicha relación, Leonor comenta que uno de sus deseos es “conocer a una mujer que la quiera”. Así lo expresó en una de nuestras conversaciones:

Yo quisiera conocer a una mujer que me quiera, que no me vaya a tener por recocha, es que me da miedo porque yo sufrí mucho con Liliana, yo la quise mucho, yo la amé mucho, pero ella se portó muy mal conmigo. (...) Vea yo si quisiera a una señora pero que sea elegante, chévere (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020).

Leonor se describe como una “mujer vanidosa”, que le “gusta estar arreglada”: “a mí me encanta arreglarme las uñas, el cabello, colocarme mis aretes, mi labial para verme bella. A la edad que tengo siempre me gusta estar arreglada, así como tú me ves. Me pongo lentes, collares, piercings, soy muy vanidosa” (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020). Sin embargo, pese a que ella se percibe como una “mujer vanidosa”, que “le encanta estar arreglada” siente que a su edad es imposible retomar su vida sexo-afectiva con otra mujer: “¿Yo tan vieja ya qué? Yo no creo que pueda volver a enamorarme. No creo que haya una persona que se vaya a enamorar de mí. Además, no creo que haya personas iguales a mí, de la edad mía” (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020).

Socialmente la vejez está cargada de innumerables prejuicios, uno de ellos se relaciona con la creencia de que las mujeres adultas mayores no son atractivas sexualmente, mientras que en el caso de los hombres la vejez es percibida como un momento de madurez y de experiencia que incrementa su atractivo (Freixas y Luque 2009; De Beauvoir 2013). Esta creencia de que en la vejez las mujeres dejan de ser atractivas ocasiona que aquellas que desean seguir gestionando su vida sexo-afectiva se enfrenten a la dificultad de encontrar una persona con quien entablar algún vínculo sexo-afectivo (Freixas y Luque 2009; Heaphy 2009).

Asimismo, el testimonio de Leonor antes compartido da cuenta del denominado “viejismo implícito” (Rada Schultze 2016), en la medida en que su percepción de si está configurada por los prejuicios circundantes a la vejez. Esto ocasiona que sus posibilidades de sentir que puede llegar a ser atractiva para otras mujeres o que pueda encontrar un posible vínculo sexo-afectivo en esta etapa de su vida se vean limitadas y que incluso sean consideradas como algo impensable e improbable (Heaphy 2009).

En este mismo orden de ideas, las expectativas de Leonor de “conocer a una mujer que la quiera” se enfrentan a otra limitante: la falta de recursos económicos y sociales. Como sugerí en el capítulo 3 los recursos económicos y sociales limitan (o posibilitan) las opciones de encuentro de las lesbianas adultas mayores. Esto debido a que la movilidad, el acceso y la participación en redes y espacios de socialización lésbica a menudo dependen de la disponibilidad de dichos recursos (Heaphy 2009).

Para Leonor los bares lésbicos constituyen el principal espacio en el que “se consigue viejas [mujeres]” pero pese a saber que en dichos espacios tiene mayores posibilidades de encontrar una pareja potencial, afirma que no puede asistir con la frecuencia que quisiera porque no cuenta con los recursos necesarios para este fin: “no ve que pa venirme a media noche por acá tan lejos es difícil, además, se necesita plata para eso” (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020). Así pues, se aprecia que en el caso de Leonor “la falta de recursos económicos disminuye los recursos sociales, limitando de esta forma las posibilidades íntimas y relacionales” (Heaphy 2009, 133, Traducción propia).

2.2. Matáfora: “Yo pienso en hoy (...) hoy amo, mañana yo no sé. Mañana no existe”

Matáfora es una mujer que afirma no estar de acuerdo con andar planeando el futuro ni preocupándose por el mañana, de ahí su renuencia de tener una visión prospectiva sobre su

vida o sobre su relación de pareja. Más bien, a su juicio, es importante enfocarse en cómo vivir el día a día:

Yo aspiro a vivir hasta los setenta años, no quiero vivir más. En este momento yo le he enseñado a esta maravillosa compañera que tengo que debemos vivir un día a la vez sin pensar en el ayer, ni en el mañana porque si pensamos en el ayer nos duele el alma porque no hicimos lo que teníamos que haber hecho. Y si pensamos en el mañana nos angustiamos porque se nos vienen las hijueputas cuentas y no vamos a poder pagarlas. Entonces, mi expectativa vital es la cotidianidad, un día a la vez. Yo digo que no pienso a diez años, ni a tres, ni a uno, yo pienso en hoy, mañana no sé qué vaya a pasar. Mañana lo pienso mañana. Yo pienso: hoy vivo, hoy como, hoy duermo, hoy amo, mañana yo no sé. Mañana no existe y el ayer no lo puedo transformar. Entonces así he aprendido a pensar (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

En el relato de Matáfora se evidencia que para ella su expectativa vital es la cotidianidad. Y lo es, en la medida en que esta perspectiva le contribuye a librarse de las angustias que pueda generarle pensar en el mañana, por ejemplo: la urgencia de conseguir los recursos necesarios para cubrir sus obligaciones económicas. No obstante, pese a que ella plantea que no se proyecta respecto a cómo serán los años venideros, si se observa un deseo manifiesto de no vivir más allá de los setenta años.

Pero, aunque Matáfora afirma que no se piensa su futuro, si tiene expectativas respecto a su relación con LuzPi. Como he presentado en apartados anteriores Matáfora fue la única de las lesbianas adultas mayores que al momento de las entrevistas se encontraba en una relación. En su testimonio y en el de su pareja se observa que sus expectativas sexo-afectivas se orientan a mantener en el futuro ese vínculo que han forjado durante casi once años:

Nosotras estamos juntas y en este momento puede haber mujeres lindas, pero yo adoro en ella lo que veo en ella. Ella me trae a mi vida, a mi memoria, a mi historia una cantidad de cosas bonitas que si me preguntan en este momento si estoy dispuesta a no seguir con ella les diría: no, en este momento yo estoy tranquila con ella. Yo no si ella conmigo, eso ya sería otra cuestión, eso ya sería preguntarle a ella. Yo la consiento, tal vez yo soy poco efusiva pero entonces yo le escribo, o la peino, o le digo cosas... tonterías, y a ella le llama la atención que yo le diga tonterías (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Digamos que en esa parte Matáfora ha tenido momentos en los cuales ha querido decirme: me voy, me quisiera como largar de aquí, pero yo siento que no es porque esté chocada o sofocada conmigo sino más como con la economía que hay, que aprieta, de sentirse como presionada por todo ese tipo de cosas. Y una cosa que ella si no acepta es que si la vida se va volviendo muy rutinaria ella se desespera. Entonces, yo le digo: salgamos de la rutina, camine vamos a una cosa, vamos a la otra, y a veces ella es resistente. Yo he sido una mujer tranquila y ella tiene momentos en los que se estresa y no sé qué, y la que está mirando cómo hacer para que las cosas vuelvan a su sitio, soy yo. Entonces ella me dice: si no fuera porque tú haces todo para no chocar conmigo, para no agarrarte a pelear conmigo, quién sabe hace cuánto se hubiera terminado esto (LuzPi, 60 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

En las relaciones de larga duración la cotidianidad puede ser un aspecto que juega a favor o en contra de la continuidad de la misma. El caso de Matáfora y LuzPi no es la excepción.

Ambas, aunque en mayor medida LuzPi, hablaron del peso de la convivencia diaria en las expectativas de continuar-o no- con su vínculo actual. En el caso de Matáfora, la tranquilidad y las múltiples “cosas bonitas” que le otorgan el compartir su vida con LuzPi, la llevan a asentir que está dispuesta a seguir con ella. Por su parte, el relato de LuzPi habla más del disentir, de las presiones, de la angustia y de la monotonía que puede tener lugar en una relación de varios años. Se aprecia que LuzPi introduce estos elementos para señalar que en ocasiones ha percibido un deseo de distanciamiento por parte de Matáfora. Pero reflexiona que dicha acción no responde a un problema entre ambas: “no es porque esté chocada o sofocada conmigo”, sino que, para ella los eventuales deseos de Matáfora de huir de la relación se deben más a las urgencias económicas que reiteradamente han aparecido en los relatos de esta pareja.

Este último punto lleva a comprender que las expectativas de entablar relaciones sexo-afectivas –o de mantener los vínculos que tienen en la actualidad- que tienen algunas lesbianas adultas mayores como Matáfora, están influidas por el flujo de recursos económicos (Heaphy 2009). Recursos que, como sostiene Heaphy (2009), no son al azar, sino que tienen sus raíces en la forma en la que estas mujeres están ubicadas socio-económicamente.

Entonces, en el caso de Matáfora, según comentó su pareja, la falta de recursos económicos constituye el principal detonante para que esta en ocasiones desee abandonar su relación.

A partir del caso analizado se entiende que la influencia de los recursos económicos no solo se refleja en las presiones cotidianas y el efecto que estas tienen en la continuidad (o no) del lazo forjado, sino que además incide en la concepción misma de una relación de pareja y en

su importancia. Por ejemplo, Matáfora enmarca una relación de pareja en la idea de compartir. Y este compartir no se limita únicamente a momentos y tiempo, sino también se relaciona con compartir proyectos, e incluso gastos: “para mí una relación de pareja significa que mi proyecto, es tu proyecto, mi ilusión es tu ilusión. Es poder compartir, mire aquí compartimos gastos, hasta compartimos la camisa” (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020). De tal suerte que para Matáfora una relación sexo-afectiva constituye una fuente de apoyo para gestionar los recursos necesarios para la subsistencia:

Tenemos dificultades por los recursos porque a veces llegan los recibos, que hay que pagar el arriendo y la plata no aparece. Entonces, ella al principio casi no me acompañaba a vender. Ella es muy buena para venderme como poeta. Ella tiene un buen discurso para venderme como poeta, es decir, yo muchas veces voy y leo mis poemas y vendo el libro, pero realmente la que ha abierto la puerta es ella. Entonces, ella me ayuda en eso. Pero, al principio no se veía vendiendo mis cacharros como digo yo, pero ha aprendido a venderlos. Y ha aprendido a cargar las maletas. Entonces, carga entre sus maletas también y yo cargo y ya juntas cargamos. Antes ella no cargaba y yo sentía que ella sentía vergüenza, ella toda la vida ha sido la doctora, la profesora universitaria, la catedrática, y verse en un puesto vendiendo unos aretes, pues ¡carajo!, eso debe ser tenaz. Pero eso es lo que nos ha dado de comer los últimos cuatro o cinco años. Eso nos da de comer, nos paga impuestos y con eso hemos publicado tres libros (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Este relato saca a la luz la importancia que tienen las relaciones en la gestión de los ingresos necesarios para cubrir gastos de arriendo, de alimentación, entre otros. Y es que parafraseando a Falquet (2006) los arreglos amorosos y sexuales que se construyen están estrechamente relacionados con la situación material en la que cada una de las lesbianas adultas mayores se encuentra. Y esto se hace evidente en los testimonios de las entrevistadas. Por ejemplo, Matáfora al no disponer de una seguridad económica en la vejez debe procurarse ese sustento diario, y en esta búsqueda su pareja constituye un gran soporte.

Adicionalmente, la historia de vida de Matáfora también introduce otro aspecto de gran significación para comprender la importancia de las relaciones sexo-afectivas en la vejez y para problematizar las expectativas que esta tiene respecto a la continuidad de su relación con LuzPi. Este aspecto tiene que ver con el apoyo y el cuidado mutuo en la vejez. Algunos autores han apuntado que “el cuidado mutuo con las parejas es la fuente preferida de apoyo en caso de que fuera necesario ante una enfermedad, discapacidad o en la misma vejez, incluso

entre aquellas que actualmente no estaban en parejas establecidas” (Heaphy 2009, 129, Traducción propia). Las narraciones de Matáfora dan cuenta de la relevancia que tienen las relaciones sexo-afectivas como una fuente de apoyo ante la enfermedad:

Pues a rato me asusto porque no sé si ella se me llegara a enfermar ¿Qué me diría su familia? O ¿Qué harían? Claro que cuando ella se me enferma yo soy quien la cuido, yo soy quien está pendiente de ella. Pero si fuera algo grave no sé qué me diría la familia, no sé, a veces más que por mi o por ella, pienso es que la familia si nos puede separar (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Como señala Heaphy (2009) las preocupaciones respecto a quién proveerá los respectivos cuidados en la vejez no son exclusivas de aquellas lesbianas adultas mayores que no tienen una pareja o cualquier otro vínculo cercano. Este autor menciona que incluso aquellas que se encuentran en pareja no escapan por completo de las ansiedades que genera el tema de la atención en la vejez. La historia de vida de Matáfora es un ejemplo de este punto. En efecto, sus relatos llevan a comprender que en el caso de las lesbianas adultas mayores el hecho de disponer de una relación estable y duradera no garantiza la provisión de cuidados ante la enfermedad y/o la vejez, ya que en este aspecto no interviene exclusivamente la voluntad de la pareja, sino que también depende de la familia, como ella bien mencionó.

En el relato de Matáfora se logra apreciar que, pese a que lleva más de diez años viviendo en casa de los padres de Luzpi y compartiendo cotidianamente con ellos, tiene una preocupación manifiesta respecto a si podrá- o no- hacerse cargo de LuzPi en el dado caso que esta llegue a tener una enfermedad grave. Aquí no se trata entonces de buscar una forma de suplir una carencia de cuidados y/o compañía en la vejez, sino más bien de las consecuencias que puede tener la falta de reconocimiento y de legitimidad de las relaciones sexo-afectivas lésbicas, incluso las de larga duración. En efecto, al no darse dicho reconocimiento ni la legitimidad, las lesbianas adultas mayores que conviven con sus parejas se enfrentan al riesgo latente de que ante un suceso grave como una discapacidad, una enfermedad o la muerte, la familia de su pareja le impida hacerse cargo de la situación. Caso contrario a lo que podría esperarse si se tratara de una pareja heterosexual.

2.3. Pilar: “Yo ya no estoy para nada de esas pendejadas”

Según la gerontología feminista, la búsqueda de significado para el tiempo que se espera vivir constituye un objetivo importante en la vejez (Freixas 2008) porque dota de sentido las experiencias de las mujeres adultas mayores y favorece sus expectativas de vida. Algunos autores argumentan que una percepción positiva respecto a su propia vejez, acompañado de un sentimiento de adhesión a la vida contribuyen a la supervivencia de la gestión de los vínculos sexo-afectivos en la vejez (De Almeida y Lourenço 2007; De Beauvoir 2013). En algunos de los encuentros que tuve con Pilar esta manifestó cierto temor a la dependencia. Para ella los años venideros son sentidos como más cercanos a la imposibilidad de “valerse por sí misma”. Por lo anterior, al hablar de sus expectativas de vida ella señaló que solo quería vivir hasta que pudiera seguir siendo activa, conservara su independencia y no representara una carga para nadie. Así lo relató:

Primero que todo yo no quiero ser viejita, viejita. No, yo quiero estar viva mientras yo esté activa. Pero sentirme como vieja, como que no me pueda mover, que me ayuden, uy no, prefiero morirme. Yo pienso que, por mí, ojalá la vida no me permitiera ser vieja, pero yo veo a mi mamá de 80 años, activa y todo eso, pero yo, uy no 80 años todavía viviendo, uy no que perezca. Entonces, ¿qué le pido a la vida? Que no llegue a ser así. Lo otro que pienso es que, de aquí a mañana el día que yo no me pueda valer por mí misma, que me lleven a una de esas casas asilos y que me ayuden, y no ser una carga para la familia. Yo el día en que no me pueda valer, allá es que voy a terminar, que tenga un espacio mío, mi cama, que pueda pararme, tomar el sol, perfecto (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 1 de febrero 2020).

Para Pilar la independencia ha sido un aspecto clave en su vida. Por ello, imaginarse la factibilidad de perderla conforme transcurren los años ocasiona que ella se incline por la idea de no tener una vida tan prolongada. Sin embargo, en el dado caso de que su vida se prolongue por mucho tiempo ella ha previsto vivir en un asilo donde le provean los cuidados necesarios.

En apartados anteriores he insistido en que Pilar evalúa cualquier aspecto de su vida teniendo en cuenta aquello que ella considera que debe ser y hacer una adulta mayor. Por ejemplo, en el capítulo tres mencioné que Pilar no va a bares porque considera que es algo que no va acorde con su edad, que ella a sus sesenta y tres años solo realiza actividades diurnas. Asimismo, en el apartado anterior señalé que Pilar optó por no seguir gestionando su deseo

sexual debido a que ella considera que fue algo que “se disfrutó” lo suficiente durante su juventud. De modo similar al que Pilar percibe que estos aspectos no son constitutivos de la vida de una mujer sexagenaria, sino que corresponden a otras etapas pasadas de su vida, también considera que su vida sexo-afectiva es una dimensión que no hace parte de su lista de prioridades y necesidades hoy en día:

Yo ya no estoy para nada de esas pendejadas por eso actualmente no salgo con nadie. En este momento difícilmente vuelvo a tener una relación. No digo que nunca, pero no como ese compromiso, de estar atento, pendiente, no estoy en esas. A mi tener sexo me gustaba, enamorarme también, eso yo lo disfruté. Entonces no es que necesite eso ahora. En este momento pienso que el hecho de que esté compartiendo con mi familia a mí me hace ser feliz. Entonces, para yo cambiarlo tendría que ser algo mejor dicho del otro mundo. Entonces, si pienso que no es mi interés. A mi tan pronto me echan un piropo yo ya pongo barreras. Entonces, interesada en una relación en estos momentos no. Si me implica que voy a tener muchos beneficios más que los que tengo, sí, si no, no cambio mi vida (Pilar, 64 años, en conversación con la autora, 25 de enero 2020).

En este fragmento se aprecia que Pilar al momento de hablar sobre sus expectativas sexo-afectivas sopesa su situación actual frente a los beneficios que pueda percibir de posibles relaciones. Pilar considera que una relación no compensa totalmente el hecho de perder su vínculo familiar y la sensación de felicidad que este le ofrece. Y es que durante parte de su juventud y de su adultez Pilar se distanció, en cierto modo, de sus familiares para que estos no tuvieran conocimiento de que ella se relacionaba sexo-afectivamente con mujeres. Desde hace varios años Pilar retomó el vínculo con su familia, con su sobrino y la hija de este, e incluso se dedicó al cuidado de su madre de ochenta años. Para ella retomar sus lazos familiares ha tenido una gran significación. Por lo anterior, afirma que salvo que una relación le signifique que “va a tener muchos beneficios más que los que tiene”, ella manifiesta no estar dispuesta a “cambiar su vida”.

2.4. Patricia: “Necesito una persona que me acompañe (...) el mundo es para dos”

La expectativa de Patricia de entablar una relación sexo-afectiva a sus sesenta y ocho años se asocia con su necesidad de compañía y de apoyo en las actividades diarias. Al ser una mujer con mucha energía y vitalidad, que está al cuidado de sus chivitas, de sus gallinas, una mujer que siempre está activa, siente que lo único que le falta es tener a una persona con quien

compartir su cotidianidad, alguien que esté con ella, que también sea su apoyo diario. Así lo narra:

Mire, yo, a diferencia de muchas mujeres de mi edad, e incluso menores, me sigo manteniendo activa. Yo voy y arreglo las tablas de allá abajo, pinto, cuadro las tejas, cerco el terreno, cuido las chivitas, a las gallinas, recojo los huevitos, siembro algunas plantas, hago viajes al pueblo. Tú viste a doña Caro²⁷, ella es una mujer creo que menor que yo, pero ya no puede caminar, toca ayudarla a bajarse del carro. A eso me refiero, yo tengo mucha energía y vitalidad para mis sesenta y ocho años. (...) Y es que cuando estoy en la casa algo me sale: pinto la casa, armo corrales para las gallinas, pongo a pastar a las chivitas. A veces no hago las cosas porque me siento como sola, necesito una persona que me tenga, que me sostenga, que me alcance alguna cosa, que me haga conversación, que me acompañe. Yo siempre he dicho que el mundo es para dos y es de dos (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 4 de febrero 2020).

Patricia actualmente vive en una zona rural alejada de sus amistades, de sus conocidos y de su familia. Con estos últimos mantiene una relación distante porque estos viven en otra ciudad. Dada esta situación Patricia percibe que una relación sexo-afectiva es una “solución” a esta carestía de compañía. De tal suerte que disponer de una pareja es interpretado por esta mujer como un paliativo frente a la marcada soledad que atraviesa hoy en día (Heaphy 2009, García 2015).

Pese a esta necesidad latente de encontrar a una mujer con quien compartir su día a día, Patricia comenta que en ocasiones ha tenido el deseo de desistir de su búsqueda. Esto debido a que ha tenido algunas malas experiencias con mujeres, las cuales en su mayoría han sido jóvenes. Algunas de estas se le han acercado porque van detrás de algún interés de tipo económico. Estas situaciones la desmotivan y la persuaden para no querer iniciar un nuevo vínculo sexo-afectivo:

A la edad que yo tengo es difícil entender. No sé, a veces digo: ya voy a dejar esto, ya voy a olvidar esto, que soy gay, que soy esto porque una joven que se le acerque a uno se le va a acercar quien sabe por qué, para sacar provecho posiblemente. Lo que pasa es que por lo general las jóvenes vienen detrás de uno por muchas cosas. A veces digo me voy a quedar quieta, pero sé que hay personas jóvenes, no voy a decir que, de veinte, pero si personas de

²⁷ Pseudónimo

cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta que también están buscando a alguien. Entonces, yo quisiera tener una persona que esté como en el mismo proceso mío, en el sentido de que son personas que ya han tenido un recorrido de vida donde uno puede empatar en muchas cosas. Por eso pienso que la diferencia de edad no debe ser tan grande (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 4 de febrero 2020).

Para Patricia la mayor diferencia de edad entre ella y sus posibles parejas es percibida negativamente. Esto ocasiona que ella intente relacionarse principalmente con mujeres con quienes la “diferencia de edad no sea tan grande”. Entonces, sus expectativas de entablar una relación con una mujer se rigen por el establecimiento de un rango etario permitido: mujeres de cuarenta, cuarenta y cinco o cincuenta. Pero, como se aprecia en su testimonio en esta delimitación que hace Patricia del rango de edad de las mujeres con las que espera relacionarse afectiva y sexualmente no solo incide el temor que tiene de que las más jóvenes puedan “sacarle provecho”, sino que además influye el hecho de que ella considera que con una mujer más cercana a su edad puede compartir aspectos comunes.

En otro orden de ideas, al hablar de sus expectativas de entablar una relación en esta etapa de su vida Patricia comentó que la exclusión y el rechazo al que mujeres como ella se enfrentan por envejecer siendo lesbianas en una ciudad como Bogotá también incide en la situación de soledad a la que se enfrentan una vez llegada la vejez:

Es que es una vida pesada Annie, es pesado. Quizá tu ahoritica por lo que estás muy joven, pero esta es una vida pesada. Ante la sociedad en Colombia y en Bogotá no han aceptado de frente, mucha gente dice: ay esa vieja alcaldesa lesbiana, ¿Qué voy a votar yo por esa mujer? La mayoría de gente que la subió al poder era del cuento, pero mucha gente hetero no votó por ella. Entonces no aceptan. La misma sociedad rechaza, yo no sé. Y por eso, con Carlitos hablamos que uno siendo así, en la vejez está muy solo (Patricia, 69 años, en conversación con la autora, 5 de febrero 2020).

En definitiva, la importancia que tienen las relaciones sexo-afectivas para Patricia y sus expectativas de iniciar una nueva relación están centradas en su anhelo de encontrar a una mujer que la acompañe, que comparta las actividades que ella realiza en su finca, alguien que le ayude a mitigar su soledad. Patricia me contó que en diciembre de 2019 terminó una relación de seis meses con una mujer de un municipio cercano al que ella vive y que esta ruptura la deprimió. Sin embargo, a pesar de estar acompañada a ratos por sus vecinas, no

pudo compartir con estas lo que le estaba ocurriendo y le tocó lidiar con su tristeza a ella sola y hacer frente al desánimo con el que a veces se levantaba debido a que ella mantiene su lesbianismo discretamente.

Digo esto para considerar que en los intentos de “salir” con una mujer, también nos enfrentamos a desilusiones, a desamores, mismos que en casos como el de Patricia ni siquiera pueden ser afrontados y superados con el apoyo de personas cercanas, como sí podría pasar en el caso de mujeres heterosexuales. De ahí la importancia de disponer de redes de apoyo lésbicas en la vejez que no solo contribuyan en este tipo de situaciones, sino que además ayuden a mitigar la soledad ante la ausencia de una pareja o ante una relación familiar distante.

2.5. Cristina: “No basta solo con desear tener una pareja (...)”

La historia de vida Cristina evidencia una vinculación entre sus expectativas sexo-afectivas, la manera en que se percibe a sí misma y cómo proyecta sus años venideros. Asimismo, da cuenta de algunas de las limitaciones a las que se ha enfrentado en su búsqueda de una nueva pareja. En este apartado desarrollo cada uno de estos puntos.

En primer lugar, Cristina al evaluar su etapa actual de vida no se identifica con las personas de su misma edad. Por el contrario, afirma que su experiencia se aleja del estilo de vida, del estado de salud, de la apariencia física y de muchos otros aspectos que para ella son evidentes en personas de sesenta años con las que ha interactuado:

Yo no me percibo como las personas de sesenta años. Yo soy una persona muy diferente y es al punto que todavía no se me notan los sesentas. Pero, creo que es por la actitud, tú no encuentras personas de sesenta con el vigor que yo tengo (...). Tú me puedes parar al lado de mucha gente que ya tiene un bastón, que ya está totalmente, digamos, deteriorada su parte física, su parte mental. A los sesenta y tres que ya voy a cumplir, muchas ya ni salen, ya son las abuelitas, pero en el caso mío no, yo tengo una vitalidad que no la tiene un chino de veinte. Yo soy todo el tiempo activa. Pues estudio, me hago tres y cuatro diplomados en el año, y sigo aprendiendo. El día que me coja la pelona pues me coge estudiando y trabajando (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

El relato de Cristina introduce algunos puntos importantes sobre la vejez. Por un lado, que la percepción de la vejez posee un carácter relacional. Por el otro, que para muchas personas esta etapa de la vida es entendida como sinónimo de enfermedad e inactividad (Rada Schultze 2016). Efectivamente, ella narra sus percepciones respecto a su propia vejez comparándose con otras personas o con la idea que tiene de cómo son los(as) sujetos(as) de su mismo rango etario: “a los sesenta y tres que voy a cumplir, muchas ya ni salen”. De tal suerte que, al asumir que existen “signos de decadencia y declive que se asocian a la vejez” (Freixas 2008, 53) Cristina procura ubicar estos aspectos fuera de su experiencia personal (Freixas 2008, 53). Para De Beauvoir (2013: 364), “la negativa misma es una manera de asumirla [a la vejez]” ya que nada obliga a las personas a reconocerse en esas imágenes despectivas de la vejez que les han sido dadas (De Beauvoir 2013).

De acuerdo con Ramos (2013) los cambios que trae consigo la vejez no son necesariamente negativos. Para esta autora, “la pérdida de algunos roles puede llevar al alivio y no a la angustia o pérdida, sino que puede ser una oportunidad de reengancharse con actividades previas o encontrarse con otras nuevas” (Ramos 2013, 107). Esta situación se refleja en las expectativas de vida que tiene Cristina. Ella comenta que ella espera trabajar unos cinco años más y luego retirarse, irse a vivir a una finca y dedicar tiempo a las cosas que le gustan, por ejemplo: pintar. Así lo relata:

Yo quiero dejar de trabajar por ahí en unos cinco años, es lo que calculo. Mi vida económicamente es muy tranquila. Si hay que cerrar la empresa, la cierro, antes me preocupaba mucho del tema de la empresa y de todo lo que yo había hecho, pero no, si se cierra, se cierra. Entre más edad tienes es una realidad más cercana, estás más cerca de un hecho que es inminente. A medida que avanza la edad estás más cerquita del final del proceso. Entonces, en esa conciencia uno dice: yo tengo que aprovechar todo el tiempo de mi vida para lo que me gusta, entonces eso hago con mi vida, yo me gozo todo. No me estreso por nada, hay cosas que me afectan, pero así pasajero. Ojalá mi vejez no sea tan dolorosa en el tema de la salud, yo pienso que eso es en lo que más uno se preocupa. El tema del activismo hasta que el cuerpo aguante seguiré ahí. Pienso que no será tan activo para pensar un poco en hacer otras cosas. Yo pienso digamos, tener una finquita, una casita por allá en una loma en donde se vean los atardeceres, y una cosa que quiero volver a hacer es pintar. Entonces, me imagino por allá en una finquita chiquitica pintando, haciendo cuadros. No sé con quién, pero ojalá no sola, yo quisiera que no fuera sola (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Para Cristina, a diferencia de las prisas y afanes de otros tiempos, la vejez constituye el momento idóneo para dedicarse tiempo para sí, para realizar aquellos planes que durante mucho tiempo tuvo que postergar. Para ella al llegar a esta etapa de su vida el tiempo se ha convertido en el recurso más valioso que tiene. Es por ello que desde su perspectiva una relación sexo-afectiva implica contar con una persona con quien poder compartir y disfrutar de ese tiempo que se dispone:

Las cosas cambian, ya una no busca lo mismo. Es que ya las relaciones a esta edad son distintas. Nosotros a esta edad ya hemos cumplido muchos proyectos de vida, quedarán algunos. Pero ya son diferentes porque las responsabilidades son distintas, ya hemos vivido, ya fracasamos, ya tuvimos éxitos, ya te aseguraste económicamente, entonces la perspectiva es distinta. Uno empieza a vivir muchas cosas que cuando joven no hiciste porque no tenías tiempo. Entonces, aquí el factor tiempo es lo más valioso que tú tienes, tienes tiempo para ti, el 100% es mío. Y la persona que yo tenga, que venga y lo comparta y disfrute conmigo (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Como se aprecia Cristina le atribuye a la vejez ese cambio de perspectiva de las relaciones sexo-afectivas: “las relaciones a esta edad son distintas (...) la perspectiva es distinta”. Dicha perspectiva va acompañada del cambio que para ella representa convertirse en una mujer adulta mayor que ya ha cumplido muchos de sus proyectos de vida y que hoy en día goza de ciertas posibilidades que en su pasado estuvieron más limitadas: tener más tiempo libre, contar con mayores recursos económicos, no estar al cargo de tantas responsabilidades (ya no está a cargo de sus hijos ni de su hogar, por ejemplo).

Entonces, la conjunción de estos aspectos aunados con la percepción que Cristina tiene respecto a sí misma como una mujer con mucha vitalidad y con muchos años por vivir contribuyen a una visión positiva respecto a sus expectativas sexo-afectivas (De Beauvoir 2013). Lo anterior, en la medida en que su búsqueda de significado (Freixas 2008) del tiempo que espera vivir está circunscrita a la posibilidad de finalizar su vida laboral y de aprovechar el tiempo para hacer aquello que desea, incluida la gestión de su vida afectiva y sexual.

Pese al deseo manifiesto de Cristina de poder encontrar a una mujer que “comparta el tiempo con ella”, afirma que “no basta solo con desear una pareja” puesto que hay múltiples aspectos

que limitan su gestión sexo-afectiva en el momento de la vida en el que se encuentra. El primer aspecto se relaciona con su trayectoria de vida. En efecto, en la historia de vida de Cristina se puede evidenciar un punto de inflexión (Blanco 2011; Rada Schultze 2016; Rada Schultze 2018) que representó un viraje en la dirección de su “historia afectivo-sexual” (Alves 2010), el cual generó transformaciones significativas en el largo plazo: la viudez. Así lo expresó:

En estos momentos hay alguien ahí que me llama la atención. Pero, pues lo que pasa es que después de una circunstancia de quedarte viuda, todo ese tema del duelo a mí personalmente me ha costado muchísimo trabajo y a veces me parece difícil soltarlo y relacionarme. Hay días que amanezco con depresión y no quiero ni levantarme de la cama (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 4 de mayo 2019).

Con la muerte de Chela yo manejaba una soledad y a mí todo se me quedó, todo se rompió y yo decía: ¿ahora yo qué hago? ¿a qué me dedico? ¿pa dónde voy? Había dejado por ella muchísimas amistades, de ir a bares porque a ella no le gustaba nada de eso, entonces yo me dediqué a ella, a su familia y a su mundo. Me salí del mío y me metí en el de ella. Entonces cuando ella no está yo me quedo totalmente desvinculada de todo (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Los dos testimonios de Cristina dan cuenta de cómo sus expectativas de entablar una relación también están moldeadas por sucesos acaecidos en el pasado en la medida en que estos siguen configurando su realidad actual (Lacombe 2016). La pareja de Cristina murió en el 2015 y como ella comenta cargar con ese duelo ha condicionado sus intentos por volver a iniciar una relación no solo porque ha hecho más complejo su relacionamiento con otras mujeres sino porque en ocasiones la ha llevado a encerrarse en su casa y a no querer tener contacto con otras personas.

Asimismo, Cristina menciona otros factores externos que también limitan sus expectativas de entablar una relación sexo-afectiva. Por un lado, se ubica la discriminación, la invisibilización y la censura a la que se ven expuestas las lesbianas adultas mayores. Por el otro, el estigma que recae sobre las mujeres adultas mayores que desean iniciar una relación. Sobre el primer punto Cristina afirma que la censura, la invisibilización y la discriminación no solo provienen de personas heterosexuales, sino que también la observa dentro de la comunidad LGBT:

Dentro de la comunidad que nosotras manejamos no se nombra la gente de tercera edad y menos las mujeres. Los programas de los Estados, por ejemplo, todos los programas que vienen de afuera y de acá mismo, vienen para gente joven y ¿qué? ¿los adultos no tenemos experiencia? ¿no tenemos conocimiento? ¿no podemos también incidir? Claro. Todo viene para los jóvenes, todo lo que están haciendo ahorita es para menores de 29. Entonces, los ancianos están discriminados en todo, en todo, en toda la sociedad y más en esta comunidad, más porque todos son chicos, son jóvenes, son sardinos... y estos son los que manejan los hilos del activismo. Digamos que la censura de una persona mayor con la orientación de nosotros es bien complicada, es muy censurable (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

Para Cristina envejecer en una “comunidad” que no solo rinde culto a la juventud, sino que, además, está liderada por activistas jóvenes, ocasiona que la vejez lésbica pase totalmente desapercibida y que mujeres como ella que se han venido desempeñando en el mundo del activismo vean limitadas sus posibilidades de participar e incidir. Para ella, en este caso, el agravante no es solo ser lesbiana, sino ser una “lesbiana vieja” en un mundo diseñado para los y las jóvenes. El “viejismo” o “edadismo”²⁸ presente en su entorno no solo la discrimina al momento de querer participar en diferentes espacios del activismo sino que ese “edadismo” también le censura cualquier intento de rehacer su vida afectivo-sexual:

Es complejo pensar en tener una pareja a esta edad. Depende de los rangos de edad que manejes en relación a la persona con la que te vas a meter. Si es una persona súper joven es muy complicado para ambas porque siempre hay bullying porque la gente no se piensa o no comprende que puede haber una estabilidad digamos emocional, sexual, de vida con una persona de mayor edad. Es un tema complicado a nivel de familia. Por ejemplo, para la familia de la chica es complejo verla saliendo con alguien tan mayor. Entonces, como te digo cuando llegas a esta edad y buscas pareja eso es muy mal visto. Hay unas presiones sociales brutales en ese aspecto porque es como si uno no tuviera el derecho de rehacer su vida. La gente piensa: una señora de sesenta y dos años cómo va a empezar un proyecto con alguien. No lo conciben, no lo entienden, es muy duro. Es como si uno fuera un bien de uso que va perdiendo

²⁸ El viejismo o edadismo se trata de un conjunto de prenociones estigmatizadoras que recaen sobre la vejez y el sujeto envejecido. El mismo consiste en una generalización de rasgos excepcionales en algunas personas mayores y su extrapolación a toda la cohorte etaria. Asimismo, el prejuicio y el estereotipo resultante ignorarán, a partir de la generalización en gran medida infundada, la heterogeneidad de la categoría viejo. Estos estereotipos suelen ser utilizados con frecuencia para sobrevalorar a la juventud en detrimento del envejecer. De esta manera, la vejez queda presentada como una etapa de la vida plagada de limitaciones e imposibilidades físicas, motrices, intelectuales y sociales (como el quedarse aislados y en soledad) (Rada Schultze 2016, 88-89).

valía con el tiempo. Pareciera que ser lesbiana a los sesenta es terrible, pero ser lesbiana a los veinte es divino (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 4 de mayo 2019).

Entonces, para Cristina el hecho de que ella es mujer, adulta mayor y lesbiana son factores tienden a conjugarse y a acentuarse obstaculizando sus posibilidades de retomar su vida de pareja (Heaphy 2009). Asimismo, considera que todos estos factores contribuyen en gran medida a que las personas adultas mayores LGBT, en general, y las lesbianas adultas mayores, en particular, “enfrentes marcadas situaciones de soledad y abandono” (Cristina, 63 años, en conversación con la autora, 18 de febrero 2020).

A modo de conclusión

El despliegue de este capítulo y los relatos aquí compartidos llevan a reflexionar que el análisis de la construcción de las relaciones sexo-afectivas en lesbianas adulta mayores requiere tomar en cuenta sus situaciones particulares, sus percepciones de sí, sus expectativas vitales y cómo éstas pueden relacionarse con el ejercicio libre de sus afectos y de sus sexualidades. Como señalan Freixas y Luque (2009) contar con una sexualidad satisfactoria en la vejez no es un tema que se dé por sí solo, sino que como se apreció en el relato de las entrevistadas depende de una multiplicidad de factores entre ellos: si disponen o no de una pareja, sus actitudes frente a la continuidad de la gestión de su sexualidad, el estado de salud, los espacios que dispongan para socializar con otras lesbianas, sus condiciones socio-económicas, entre otras.

Algunos de los relatos presentados dieron cuenta de la importancia de los espacios de socialización en vivencia de la sexualidad en la vejez lésbica ¿Por qué? Porque, aunque el ejercicio de la sexualidad no requiera, necesariamente, de una segunda (o tercera o cuarta) persona, ya que como he procurado exponer, el autoerotismo es también una opción importante en la gestión del deseo y del placer en la vejez, no se debe desconocer que para muchas de las entrevistadas es importante socializar con otras mujeres o conocer a esa “persona indicada”. Entonces, al no disponer de espacios de socialización que posibiliten el encuentro con parejas potenciales algunas ven frustrados sus deseos de iniciar nuevas relaciones y/o vivir plenamente su sexualidad (Baker 2016).

Hay que añadir que no solo la escasez de espacios de socialización para lesbianas adultas mayores es un problema a la hora de llevar a la práctica su sexualidad. También, conseguir

una pareja o cualquier tipo de vínculo sexo-afectivo es una dificultad en sí que además constituye un freno en la vivencia de sus sexualidades (Freixas y Luque 2009; Freixas, Luque y Reina 2010; Faus-Bertomeu y Osborne 2019), como bien lo mencionó Leonor en su testimonio: “yo no creo que, a esta edad, alguna mujer se fije en mí” (Leonor, 71 años, en conversación con la autora, 12 de febrero 2020).

En otra vía, el análisis de las construcciones sexo-afectivas en lesbianas adultas mayores también demanda entender tanto el papel que ocupan los afectos y la sexualidad en sus vidas, como la manera en que una relación (de pareja o similar) puede llegar a suplir una necesidad de compañía, cuidado y protección en la vejez y ante la enfermedad. Lo anterior, en la medida en que “los “arreglos” amorosos y sexuales que estamos construyendo (...) están íntimamente vinculados a la situación material en la que nos hallamos” (Falquet 2016, 55). Y es que, si se busca comprender el significado y la importancia que tiene la sexualidad y en general, las relaciones sexo-afectivas para las lesbianas adultas mayores entrevistadas se debe tener en cuenta el contexto particular en el que vive cada una (Faus-Bertomeu y Osborne 2019) y sus situaciones materiales, las cuales han sido moldeadas de acuerdo a sus trayectorias de vida individuales.

Lo aquí expuesto pone sobre la mesa no solo la importancia de reconocer la diversidad de formas de vivir la sexualidad en la vejez lésbica, sino que, además, invita a comprender la importancia de las relaciones sexo-afectivas para las adultas mayores no solo porque les proporcionan la posibilidad de seguir gestionando sus afectos y su sexualidad sino porque también constituyen una “solución” a algunas problemáticas a las que se enfrenta este segmento poblacional. Por ejemplo, la desconexión social, la falta de acceso a seguridad social, las condiciones precarias de vida, la falta de provisión de cuidados y de apoyo ante una enfermedad, discapacidad y ante la muerte. Mismos que están escasamente abordados no solo a nivel académico sino en el activismo y en las políticas públicas LGBT.

Por lo anterior, considero que como futuras líneas de investigación se generen reflexiones en esta vía, se aborden las condiciones socio-económicas de las lesbianas adultas mayores y se brinden soluciones prácticas que contribuyan a mejorar las realidades de muchas lesbianas adultas mayores, incluidas, sus posibilidades de gestionar su vida sexo-afectiva.

Conclusiones

Vivimos en una sociedad donde históricamente las mujeres hemos tenido que luchar por nuestro reconocimiento como sujetas de derechos. En esa misma sociedad, las lesbianas hemos sido discriminadas a razón de nuestros relacionamientos sexo-afectivos y nos hemos enfrentado al hecho de que nuestras existencias sean invisibilizadas. Asimismo, estamos ante una sociedad que le rinde culto al cuerpo joven y en la cual se ha situado a la vejez como la etapa más repudiable de la vida (Heaphy 2009; De Beauvoir 2013; Rada Schultze 2016). En este contexto, ser mujer, ser lesbiana y ser adulta mayor constituyen tres dimensiones de discriminación y desigualdad que relegan a estas mujeres a un rincón apartado de la sociedad donde su aparente ausencia en diferentes espacios da la sensación de que son inexistentes.

Fue justamente este aparente efecto de “inexistencia” el que dio lugar a esta investigación. Me preguntaba, si estas mujeres no son visibles ni siquiera en espacios de socialización lésbica en los que se podría esperar que estuvieran, si la vejez lésbica pasa desapercibida incluso en la misma comunidad LGBT la cual ha estado centrada, principalmente, en personas jóvenes, ocasionando que los “ancianos y ancianas pertenecientes a minorías sexuales sean un grupo olvidado, poco visibilizado y estigmatizado” (O’loughlin 2005 citado en Gracia 2011, 2), entonces, ¿Cómo y dónde socializan estas mujeres? ¿cómo hacen para gestionar su vida sexo-afectiva? Por ello, en esta investigación me propuse analizar la manera en que las lesbianas adultas mayores de Bogotá construyen sus relaciones sexo-afectivas en esta etapa de sus vidas en el marco de sus modos de socialización. Esto, como una apuesta por reivindicar su derecho al amor y a la sexualidad en la vejez lésbica.

Al plantear que las relaciones sexo-afectivas no tienen fecha de caducidad no solo quise poner en evidencia que en la vejez las lesbianas siguen gestionando sus emparejamientos, sino que además estos también están sujetos a transformaciones. Se transforman en relación a la forma en la que éstas viven su sexualidad y los afectos. Se transforman en cuanto al significado y a la importancia que atribuyen a las relaciones sexo-afectivas. Y se transforman en cuanto a cómo gestionan sus vínculos sexo-afectivos y más aún en cuanto a las posibilidades y/o limitaciones a las que se enfrentan al momento de buscar una pareja potencial en la vejez.

Al establecer una relación entre vejez, sexualidad y lesbianismo no pretendí en ningún momento crear tipologías sobre la vejez de las lesbianas porque entiendo que uno de los

mayores atributos de la vejez es la diversidad la cual se evidencia en las historias de vida de las mujeres entrevistadas para esta investigación. Como señala Alves (2010), la vejez “no adquiere marcas únicas porque los ancianos en cuestión son gays o lesbianas. Son las trayectorias de la vida, marcadas por las experiencias comunes de ciertas cohortes de edad, las que pueden dar señales distintivas al envejecimiento” (Alves 2010, 231, Traducción propia). De tal manera que, como parte del entramado teórico derivado de la gerontología feminista y del paradigma del curso de la vida me propuse comprender cómo la experiencia del estigma continúa moldeando la forma en la que las lesbianas adultas mayores socializan y la manera en que estas construyen sus relacionamientos afectivo-sexuales (Traies 2015).

Previo a desarrollar los hallazgos respecto a cómo las trayectorias de vida de las lesbianas adultas mayores configuran la manera en que estas construyen sus relaciones sexo-afectivas en la vejez quiero exponer un hallazgo que se relaciona con la percepción que tienen estas mujeres respecto a su etapa actual de vida. Como explicité en el apartado metodológico para llevar a cabo esta investigación tuve que hacer una delimitación de las participantes a razón de su edad cronológica. En ese sentido, trabajé con lesbianas entre 60 y 72 años tomando en cuenta que las edades de las mujeres que pude contactar oscilaban en ese rango. Pese a esta delimitación de tipo cronológico, siguiendo los planteamientos de la gerontología feminista, en las conversaciones sostenidas con estas mujeres procuré enfatizar en la vivencia subjetiva del tiempo para comprender cómo ellas hablan de sí mismas y cómo entienden esta etapa.

Como primer hallazgo resalto que “adulta mayor” no es precisamente una categoría con la que ellas asocien su etapa actual de vida. En términos generales, estas mujeres se definen a sí mismas como “mujeres jóvenes”. El relato de Matáfora es un ejemplo de ello:

En términos de edad me defino como una mujer joven. Yo el término de adulta mayor ni lo uso. Yo no digo que soy adulta mayor, si la gente me dice que soy adulta mayor y se para y me cede el asiento será por mis canas, pero a nadie le digo que soy adulta mayor (...). Pero, yo no tengo problema por la categorización porque sé que estás estudiando un record de población definida entonces ahí no hay problema que lo digas (Matáfora, 62 años, en conversación con la autora, 26 de febrero 2020).

Para algunas, esa percepción de sí mismas como “mujeres jóvenes” viene dada por la manera en la que observan que aún con el paso de los años no han perdido el “vigor” ni se ha

“deteriorado su parte física”. Asimismo, la lectura que ellas hacen sobre su etapa actual de vida se relaciona tanto con la forma en la que se ven a sí mismas como con la comparación que hacen respecto a la manera de envejecer de otras(os) personas coetáneas y es que para la mayoría de ellas la vejez es entendida como sinónimo de enfermedad e inactividad (Rada Schultze 2016). De tal suerte que, al asumir que existen “signos de decadencia y declive que se asocian a la vejez” (Freixas 2008, 53), procuran situarse fuera de la noción que tienen del deber ser y hacer adulta mayor, percibiéndose a sí mismas como fuera de la “norma”. Para De Beauvoir (2013: 364), “la negativa misma es una manera de asumirla [a la vejez]” ya que nada obliga a las personas a reconocerse en esas imágenes despectivas de la vejez que les han sido dadas (De Beauvoir 2013).

Lo anteriormente expuesto da cuenta de cierto viejismo implícito (Levy y Banaji 2002 citados por Rada Schultze 2016, 88) en la medida en que “las construcciones peyorativas que existen en torno a la vejez impactan las subjetividades no solo de aquellos que segregan y discriminan a los viejos y viejas, sino también en los mismos adultos” (Rada Schultze 2016, 88). De ahí que muchas de las entrevistadas procuran evitar cualquier tipo de relación con la misma e intenten revalorizar su propia experiencia de envejecer (Rada Schultze 2016).

La percepción que las lesbianas adultas mayores entrevistadas tienen respecto a su edad no solo está relacionada con los discursos normativos sobre la vejez, sino que también se ven condicionadas por sus situaciones materiales (Falquet 2016), por ejemplo, de sus posibilidades de acceso a los recursos económicos y sociales requeridos para su subsistencia: “en relación a la edad estoy tranquila (...). Voy a cumplir setenta y no me pesa (...). Me pesa cuando no tengo un trabajo ni percibo ingresos, cuando hace falta la pensión porque en mi lucha antisistema yo no coticé” (Eugenia, 70 años, en conversación con la autora, 11 de febrero 2020). Al respecto, autores como Rada Schultze (2016) apuntan que al ser la vejez un proceso dinámico que se va construyendo a lo largo de la vida es justamente en esta etapa “donde con mayor énfasis se ponen de manifiesto las diferencias acarreadas a lo largo de la vida” (Rada Schultze 2016, 84).

Por lo ya expuesto, uno de los aprendizajes de esta investigación se relaciona con el hecho de que al intentar definir una “población” de lesbianas adultas mayores no debe tenerse en cuenta únicamente la edad cronológica que estas mujeres tengan debido a que hay una carga subjetiva sobre la vivencia del tiempo que tiene mayor peso para estas mujeres al momento de

referirse a sí mismas y de pensar la etapa de la vida que están atravesando. Si bien metodológicamente resulta perentorio definir un rango etario, al momento de llevar a cabo las historias de vida, la observación participante e incluso, en los mismos análisis, es fundamental tomar en cuenta esa subjetividad porque como quedó evidenciado en los capítulos tres y cuatro, esa vivencia subjetiva del tiempo va dando pautas no solo de la manera en que se piensan su vejez, sino de la forma como socializan y cómo se relacionan sexo-afectivamente. De igual manera, resulta imperativo plantear nuevas conceptualizaciones más acordes a “esas vivencias subjetivas del tiempo”. También es apremiante empezar a revalorizar socialmente la vejez. En efecto, es necesario desmitificar la asociación que se hace socialmente respecto a la vejez como una etapa de decrepitud, de asexualidad, de improductividad, como un punto cercano a la muerte y romper con todos esos estigmas que recaen sobre la vejez para que las personas no sientan que deben procurar alejarse de esa categoría, alejarse de lo viejo, de lo desechable, de lo inútil. Porque en sí el problema no es la vejez, son los estigmas que recaen sobre las personas que envejecen y sobre las viejas, en este caso las viejas lesbianas. Considero que es una tarea importante que como sociedad se tiene que hacer.

Entonces, ¿Cómo las lesbianas adultas mayores de Bogotá construyen sus relaciones sexo-afectivas en esta etapa de sus vidas? Quiero acotar que no es por tener sesenta, sesenta y cinco o setenta años que estas mujeres gestionan su vida sexo-afectiva de una u otra manera. Si bien para algunas la edad es un factor que incide al momento de pensarse la posibilidad de iniciar una relación de pareja (o de cualquier tipo), la edad en sí no es, necesariamente, el factor principal que configura la manera en que estas construyen su vida sexo-afectiva en esta etapa de sus vidas. En realidad, su deseo de seguir gestionando o no sus emparejamientos (y la manera en que lo hacen) depende de un conjunto de aspectos que se relacionan con el paradigma del curso de la vida. Entre las variables que logré identificar en esta investigación resalto las siguientes: sus trayectorias de vida, la forma en que se perciben a sí mismas y sus expectativas sobre el tiempo que esperan vivir. También se aprecian algunos factores externos que pueden limitar la posibilidad de conseguir una pareja en esta etapa de sus vidas, por ejemplo, los prejuicios sobre la vejez y la censura que recae sobre la sexualidad en mujeres adultas mayores y la falta de espacios pensados en aquellas.

Respecto a las trayectorias de vida, las lesbianas adultas mayores de Bogotá que hicieron parte de esta investigación constituyen un grupo heterogéneo. Y es que, cada una de ellas posee una trayectoria de vida individual que dio lugar a un tipo de vejez diferencial. Estas

particularidades se logran apreciar en sus realidades actuales. Al ser el ámbito sexo-afectivo una parte inherente a estas realidades evidenció que la gestión de los relacionamientos sexo-afectivos en la vejez lésbica también se ve configurada por dichas trayectorias. De los diversos elementos que conforman sus trayectorias vitales enfatizó en cuatro aspectos puntuales: el contexto hostil y discriminatorio en el que ha transcurrido gran parte de sus vidas, en sus trayectorias sexo-afectivas, en la manera en que han socializado en sus cursos vitales cuyo aspecto característico ha sido la discreción y en sus situaciones materiales actuales que están definidas en gran medida por sus trayectorias laborales.

Las trayectorias de vida de las lesbianas adultas mayores de Bogotá han estado fuertemente marcadas por el contexto en el que vivieron su infancia, su adolescencia y gran parte de su adultez. Por un lado, en aquel entonces (aunque persiste actualmente) como parte de su socialización de género se les inculcaba la idea de que como mujeres debían ser pasivas, no debían causar problemas, debían estar más orientadas al hogar y a la familia y debían ser recatadas. Estos controles sociales informales (Osborne, 2008) incidieron, en cierta medida, en su mayor propensión a vivir una vida discreta, procurando pasar desapercibidas en su entorno.

Por otro lado, esta generación de lesbianas nacidas entre 1949 y 1960 fueron testigos del estigma y el rechazo que recaía sobre las personas que no eran heterosexuales. Aunque en ese momento en Bogotá el lesbianismo no era objeto de tanta censura social como en el caso de los gays, ellas se socializaron bajo la idea de que los homosexuales eran enfermos, desviados e individuos peligrosos que atentaban contra la buena moral (Aparicio, 2009). Asimismo, las representaciones negativas sobre las lesbianas como “mujeres masculinizadas, malvadas o infelices” (Osborne, 2008, p. 46) ocasionaron que muchas de ellas evitaran ser identificadas como lesbianas y relacionadas con estos estereotipos. Si bien, a diferencia de las experiencias relacionales de gays documentadas ampliamente en diversas investigaciones y tesis de pregrado y postgrado, las lesbianas entrevistadas no manifestaron una persecución tan directa hacia sus existencias como si lo vivieron los gays, la conjunción de estos controles sociales informales de los que habla Raquel Osborne han contribuido a su invisibilización y han moldeado la manera en que han construido sus trayectorias sexo-afectivas y su socialización de manera discreta.

En ese sentido, acorde a la literatura y a las historias de vida de las ocho lesbianas adultas mayores que participaron en esta investigación pude constatar que para ellas la discreción no consiste en ocultar un secreto sino más bien en una manera de librar sus relacionamientos sexo-afectivos de una visibilidad que para la mayoría de estas mujeres es sentida como innecesaria puesto que su lesbianismo es vivido como algo que les atañe únicamente a ellas. Y es que, de acuerdo con sus testimonios, manifestar su lesbianismo implicaba asumir un “costo” mayor (discriminación, censura, distanciamiento familiar) en comparación con el “costo” de vivir discretamente²⁹. Este plus de la invisibilidad se justifica en cierta medida “por la paradoja que hace de la invisibilidad una suerte de aislamiento benigno al amparo del cual muchas lesbianas siguen su vida sin que se sepa la naturaleza real de sus relaciones” (Monleón, 2002 citada por Osborne, 2008, p. 47).

La discreción en últimas ha sido la estrategia que les ha permitido tener una fluidez de movimiento en sus vínculos relacionales y en sus espacios de socialización. Para mujeres como Lilia, Patricia, Pilar y Matáfora, esta discreción se asocia con el “derecho a la indiferencia”, es decir, tener la posibilidad de “participar en ambientes y redes de socialización donde la cuestión de la homosexualidad [lesbianismo] no sea puesta en escena, en fin, un derecho a cierta invisibilidad, a ser como los otros” (Paiva 2007, 40, Traducción propia). Debo recalcar el carácter dinámico y situado de la modulación de la visibilidad y la invisibilidad dependiendo de las interacciones y los contextos en los que se desenvuelven estas mujeres. En otras palabras, ese “juego entre palabra y evidencia” no ha sido siempre el mismo ni en todo momento, ni en todo lugar, ni con todos los familiares y menos con todas las parejas. Incluso, sus relatos también hacen eco en que no eran las mismas estrategias de discreción desplegadas cuando estas tenían veinte años o cuando tenían cincuenta, no solo porque con el tiempo ellas fueron cambiando sino porque sus condiciones socio-económicas también se fueron transformando brindándoles mayor independencia y autonomía para tomar decisiones respecto a cómo, ante quien y en qué medida se visibilizan (o no). Salvo casos como el de Lilia para quien ser una “vieja lesbiana” y empobrecida agudiza su situación de vulnerabilidad y con ello su mayor propensión por guardar discreción respecto a su lesbianismo en la actualidad.

²⁹ Se refieren a los “costos” de estar desplegando estrategias para poder mantener su lesbianismo de manera discreta. Estar siempre cuidando cada detalle, evitando ser vistas públicamente con sus parejas o “disfrazando” la naturaleza real de sus relacionamientos con mujeres.

Sus experiencias de vida dan cuenta de la tensión constante entre resistencia y reproducción de la heteronorma. En efecto, ellas a la vez que reproducen un orden de sexo-género, lo resignifican. De ahí el carácter ambivalente y paradójico de sus prácticas. Hay que reconocer que sus trayectorias de vida no han acaecido en el vacío, sino que están imbuidas en estructuras de sexo-género y en medio de procesos sociales que las han condicionado. Por ejemplo, el silencio y la invisibilización han sido recursos sociales (Osborne, 2008) que, junto a otros dispositivos heteronormativos, han llevado a que estas mujeres vivan discretamente su lesbianismo. En ese sentido, la permanencia en el orden social ha requerido de cierta subordinación a dicho orden. Visto de este modo, la discreción puede representar una “rendición” en tanto reproduce la heteronorma. Además, se podría aseverar que, aunque los dispositivos heteronormativos no lograron “erradicar” el lesbianismo, si lo mantuvieron recluido en lo privado, permitiendo conservar, a simple vista, el orden social. No obstante, retomando a Albarracín (2008) las estrategias creativas empleadas por estas mujeres también son manifestaciones de resistencia en tanto subvierten, en cierto modo, la norma heterosexual. De hecho, la reiteración de estrategias de discreción ha producido fisuras, “espacios de fuga” que les han posibilitado gestionar sus vidas sexo-afectivas y construir sus identidades en contextos donde el lesbianismo ha sido y sigue siendo sancionado como una desviación de la norma.

En otro orden de ideas, respecto a sus trayectorias sexo-afectivas, tres de las entrevistadas mencionaron que se casaron y tuvieron hijos en el marco de un matrimonio heterosexual. Una de ellas señaló que a sus veinte años se fue a vivir con el que después fue el padre de sus hijas, en parte, huyendo de la situación de carestía y violencia en la que vivía en casa de sus padres, en parte, “huyendo del deseo” que sentía por las mujeres. Este grupo de mujeres “iniciaron su vida lésbica” a los treinta y ocho años, a los cincuenta y a los sesenta y cinco años. Para esta última, haber empezado a salir con mujeres siendo adulta mayor le ha suscitado grandes desafíos, no solo porque percibe que a su “avanzada edad” le es complejo “conseguirse una mujer”; sino, porque dado que no se ha desenvuelto en muchos espacios lésbicos no dispone de vínculos con otras lesbianas que le posibiliten estar en contacto con parejas potenciales.

En el caso de otras entrevistadas, se evidencia que durante su juventud y adultez tuvieron diversas relaciones sexo-afectivas con mujeres, pero todas estas de corta duración. Solo algunas entablaron relaciones de pareja estables las cuales duraron entre diez y doce años.

Para estas últimas, tanto la viudez como la finalización de estas relaciones de larga duración constituyeron puntos de inflexión en sus trayectorias sexo-afectivas, en especial, porque dichos acontecimientos ocurrieron cuando estas habían sobrepasado los cincuenta años. En relación a la viudez, una de las entrevistadas mencionó que la pérdida de su pareja ha tenido grandes repercusiones en su vida sexo-afectiva porque la ha sumido en situaciones de profunda depresión que incluso le han imposibilitado entablar nuevamente una relación de pareja. En cuanto a la ruptura de relaciones de larga duración algunas afirmaron que este acontecimiento les ha limitado sus posibilidades de disponer de una relación estable en su vejez repercutiendo en las situaciones de soledad en las que algunas de ellas viven hoy en día. Por otro lado, otro de los hallazgos relacionados con la socialización en espacios lésbicos a lo largo de sus trayectorias de vida da cuenta que dada la censura y la discriminación a la que indirectamente estaba expuesto el lesbianismo a finales del siglo pasado y dado el temor de estas mujeres de ser vistas en estos espacios, la mayoría de las entrevistadas procuró relacionarse de manera discreta e incluso, optaron por mantener distancia de los bares lésbicos que eran los principales escenarios (por no decir los únicos) de encuentros lésbicos en aquel entonces. Estas decisiones y/o posibilidades de socialización lésbica estuvieron marcadas por diferencias de clase (Baker, 2016).

De tal suerte que, aquellas que contaron con mayores recursos económicos pudieron procurarse más espacios para socializar y con ello, disponer de una amplia red relacional lésbica y vivir con cierta “libertad” su lesbianismo (Albarracín 2008). Llegada la vejez estas diferencias de clase se han hecho más notorias. Si bien aquellas que dispusieron de vínculos lésbicos amplios y con mayores espacios para interactuar han sentido que con el paso del tiempo estos se han tendido a reducirse, afirman que aún conservan la posibilidad de relacionarse con amigas y/o parejas potenciales. Por su parte, aquellas que a lo largo de sus vidas no tuvieron acceso a espacios y/o vínculos relacionales lésbicos, o que procuraron evitar relacionarse frecuentemente con estos, en la actualidad evidencian mayores dificultades para encontrar pareja.

Otro de los hallazgos se relaciona con la influencia de sus situaciones materiales en la construcción de sus relaciones sexo-afectivas en la vejez. Dichas situaciones materiales se relacionan principalmente con la disposición o con la carencia de recursos económicos. En efecto, durante el trabajo de campo pude apreciar que la situación material en la que se encuentran estas mujeres también incide en la manera en que construyen sus relaciones sexo-

afectivas en la vejez y en la importancia y los significados que le atribuyen a las mismas (Falquet, 2006). Como he venido sosteniendo esta situación material no es resultado exclusivo del momento actual en el que viven, sino que, además guarda estrecha relación con sus cursos de vida.

Para la gerontología feminista las trayectorias laborales definen el acceso a salud y pensión en la vejez. De acuerdo con Hooyman et al. (2002) el acceso al mercado laboral, y, por ende, a una pensión en la vejez es uno de los aspectos en los que mayormente se evidencia la desigualdad y la opresión que experimentan las mujeres en el curso de vida. Para estas autoras, “el resultado de las oportunidades educativas limitadas, las barreras para la igualdad de empleo y los salarios bajos es que las mujeres como grupo pasan sus vidas más pobres que los hombres, independientemente de su edad” (Hooyman et al., 2002, p. 7, Traducción propia). Agregan que esta desigualdad es más sorprendente si se toman en cuenta los niveles de pobreza de las mujeres lesbianas, muchas de las cuales se enfrentan a una vida de bajos salarios y de discriminación laboral.

En ese sentido, las trayectorias laborales de las entrevistadas influyen en sus situaciones materiales actuales y en sus gestiones sexo-afectivas en la vejez. Esto, en la medida en que dichas trayectorias les posibilitaron (o no) asegurarse cierta estabilidad económica en la vejez. Quienes tuvieron trayectorias laborales estables, con empleos bien remunerados, gozan de mayor estabilidad económica en la actualidad, lo cual les otorga cierta “libertad” en su gestión sexo-afectiva. Contrariamente, quienes contaron con empleos intermitentes o de baja remuneración en la actualidad no disponen de recursos suficientes. Por ello, exhiben mayores limitaciones para acudir a espacios de socialización lésbica, viendo frustradas sus expectativas de conseguir pareja. Asimismo, quienes no disponen de una seguridad económica en la vejez deben continuar trabajando para procurarse el sustento diario dejando la gestión amoroso-sexual en un segundo plano. Salvo en el caso de Matáfora, para quien no poseer una pensión refuerza la importancia atribuida a su vínculo sexo-afectivo como un soporte para conseguir el dinero requerido para cubrir sus gastos.

En este orden de ideas, quiero resaltar otro hallazgo de esta investigación el cual versa sobre la importancia y los significados que tienen las relaciones sexo-afectivas en la vejez lésbica. En efecto, las lesbianas adultas mayores entrevistadas no atribuyen los mismos significados ni la misma importancia a sus relaciones sexo-afectivas en esta etapa de sus vidas. Estas

diferencias están asociadas principalmente a sus situaciones materiales y a sus condiciones concretas de existencia (Falquet, 2006). Para algunas una relación sexo-afectiva representa la posibilidad de disponer de compañía. Para otras, constituye un medio de procurarse los cuidados requeridos en la vejez. Asimismo, como expuse arriba para algunas una pareja es un soporte para conseguir los recursos económicos necesarios para cubrir los gastos diarios. Sus relatos también dieron cuenta de la importancia de disponer de un vínculo sexo-afectivo para suplir sus necesidades de afecto y para dar continuidad a su sexualidad. Así pues, no es exclusivamente el “amor” o el deseo de pasar sus días al lado de alguna mujer lo que las motiva a tener o no una pareja, sino que como señala Falquet (2006) los arreglos amorosos que hacen estas mujeres dependen de si tienen o no una pensión, de si están solas o en compañía, del nivel de cercanía o distancia de sus familias, de si su estado de salud es bueno o no, de si en la actualidad trabajan o no; en fin, de una multiplicidad de factores que no son al azar sino que se relacionan con la manera en que estas mujeres están ubicadas socio-económicamente (Heaphy 2009).

Otra entrada interesante que me brindó el engranaje teórico entre el paradigma del curso de la vida y la literatura sobre vejez y sobre sexualidad, tiene que ver con el hecho de entrecruzar sus relacionamientos sexo-afectivos, sus trayectorias de vida, sus expectativas vitales y las percepciones que estas lesbianas tienen sobre sí mismas. Esto me permitió entender cómo la manera en que se perciben estas mujeres en esta etapa de sus vidas configura cómo piensan que “debe ser” su vida sexo-afectiva y cómo perciben lo que “pueden o no hacer” respecto a la gestión de sus sexualidades. Así pues, quienes se percibían como “mujeres jóvenes” con mucha vitalidad manifestaron mayor disposición a buscar una pareja en esta etapa de sus vidas. Mientras que aquellas que percibían su vejez como una antítesis a la juventud y con ello a un cúmulo de actividades que asociaban a esta última, afirmaron que la sexualidad y los vínculos amorosos eran aspectos más relacionados con etapas pasadas de sus vidas por lo que no tenían deseos ni sentían la necesidad de dar continuidad a este aspecto de sus vidas que ya habían dado por clausurado. Estos hallazgos coinciden con los planteamientos de De Almeida y Lourenço (2007) y De Beauvoir (2013) en la medida en que estos autores sostienen que una percepción positiva respecto a su propia vejez (y a su cuerpo), acompañado de un sentimiento de adhesión a la vida contribuyen a la supervivencia de la gestión de los vínculos sexo-afectivos en la vejez.

A nivel metodológico, debo señalar que la literatura existente sobre lesbianas adultas mayores es reiterativa sobre la dificultad que representa metodológicamente investigar sobre este segmento poblacional (Albarracín 2008, Albarracín 2012, Traies 2015, Traies 2016, Baker 2016, Rada Schultze 2018). Tantos años viviendo de manera discreta, procurando pasar desapercibidas coadyuvaron a su aparente invisibilidad y, por ende, ocasionaron que fuera complejo seguirles el rastro (Westwood 2013; Traies 2015, Traies 2016). Pero, estas advertencias se quedan cortas frente al desafío real que constituye desplegar una investigación con lesbianas mayores de sesenta años. Durante mi trabajo de campo pude sortear este desafío gracias al apoyo de Cristina y de una amplia red de contactos que después de muchos intentos (la mayoría infructuosos) me condujeron a este pequeño pero nutrido grupo de mujeres gracias a las cuales esta investigación fue posible. Por ende, una recomendación que se desprende de esta investigación versa sobre la importancia de entender y familiarizarse con los vínculos relacionales de las lesbianas mayores como una manera idónea de acceder a estas.

Si bien dada las características propias de este segmento poblacional la bola de nieve constituye una de las técnicas más utilizadas en investigaciones de este tipo quiero mencionar que no se debe obviar que el uso de dicha técnica puede generar sesgos (Fish, 2008; Westwood, 2013). En efecto, si bien partir de los vínculos relacionales de las lesbianas adultas mayores me permitió acceder a aquellas que están de alguna forma conectadas, también excluyó a aquellas que no lo están, es decir, aquellas que no participan en redes o comunidades lésbicas y/o aquellas que viven en mayor aislamiento (Westwood, 2013). Es importante que se diseñen estrategias para sortear estos sesgos y permitan comprender las realidades de estas otras mujeres.

Por su parte, si encontrar a estas lesbianas adultas mayores fue todo un desafío, hallar información sobre lesbianismo en el siglo XX en Bogotá y en Colombia constituye un reto aún mayor. La documentación que hay sobre la historia LGBT ha privilegiado en su discurso a los gays por encima de las lesbianas y ni qué decir de las personas trans y bisexuales (Esguerra 2002). Esto ocasiona que quienes nos interesamos en reconstruir la historia de esta generación de lesbianas nacidas antes de 1960 nos enfrentemos a la carencia de datos que permitan ofrecer un contexto más explícito sobre el lesbianismo en ese entonces. A razón de ello, en algunos países se han empezado a crear archivos lésbicos en los que se han recopilado revistas, artículos personales, fotos, literatura, casetes, entre otros para ilustrar cómo era ser

lesbiana en el siglo pasado. Se me vienen a la cabeza por ejemplo el archivo Histórico del Movimiento de Lesbianas feministas en México y el *Lesbian Herstory Archives* en Nueva York. De tal suerte, que en Colombia y en Bogotá resulta perentorio reconstruir la historia del lesbianismo, pero no únicamente la historia del movimiento lésbico, sino que se recuperen las voces de mujeres comunes y corrientes, que también estuvieron ahí, que desplegaron estrategias para procurarse un lugar en el mundo y cuyas existencias son aún más invisibilizadas que las de las lesbianas que dieron la cara y se politizaron de alguna manera. Para ir cerrando este apartado de conclusiones quiero compartir algunos de los puntos pendientes que se derivan de este trabajo investigativo y que sin duda alguna constituyen perentorias líneas futuras de investigación. Uno de estos puntos tiene que ver con entender el papel que ocupa la tecnología en la construcción de las relaciones sexo-afectivas de lesbianas adultas mayores. En el caso de lesbianas jóvenes, la influencia del internet en la gestión sexo-afectiva y en la socialización está ligeramente analizado, sin embargo, hay muchos vacíos en relación a la importancia que estos nuevos espacios tienen para las lesbianas adultas mayores como medios para encontrar potenciales parejas.

Por otra parte, uno de los puntos que mayor interrogantes y deseos de indagación me ha suscitado tiene que ver con la comprensión de manera profunda de sus condiciones socio-económicas. Creo que esta es una deuda enorme con este segmento poblacional del que poco o nada se conoce. No hay datos sobre cómo viven, sobre si gozan de una vejez digna, sobre si cuentan con el apoyo necesario para suplir sus requerimientos de cuidados y de compañía. Y este punto en particular es importante no solo como un interés académico, sino como línea base para el diseño de políticas públicas pensadas en la vejez lésbica, en los que no solo se contemplen el acceso a salud y a pensión, sino en los que se promuevan espacios propios para estas mujeres. Y al hablar de crear espacios para lesbianas adultas mayores, no hablo precisamente de espacios de politización porque al menos para gran parte de las mujeres con las que tuve el privilegio de trabajar la politización nunca representó una prioridad debido a que procuraron vivir de manera discreta y que para ellas el lesbianismo ha sido entendido principalmente como la forma en que viven su sexualidad. En ese sentido, cuando se referían a la necesidad de promover espacios lésbicos el interés de muchas se orientaba a disponer de un espacio para encontrarse (para jugar bingo, rana, parqueés, para escuchar música), para conocer a otras lesbianas de su generación e incluso, para tener un lugar donde poder disponer del alimento y de los cuidados necesarios en su día a día.

Por otro lado, resultaría interesante profundizar sobre las violencias, la soledad y la vulnerabilidad a las que se enfrentan las lesbianas adultas mayores, que en sí representa una deuda con las lesbianas de cualquier edad. Esta investigación no es más que una invitación para seguir “rompiendo la conspiración del silencio” (De Beauvoir 2013) que circunda la vejez lésbica. La puerta queda abierta para que más lesbianas inquietas propendan por seguir contando las historias de otras lesbianas adultas mayores, que también son nuestras historias y representan una parte significativa de lo que hemos sido y de lo que somos como lesbianas.

Anexo 1. Informe especial sobre lesbianas en Colombia publicado por la Revista Semana 1996

INFORME ESPECIAL

Juego de damas

Las lesbianas colombianas quieren salir del closet. ¿Está la sociedad preparada para recibir las?

SILA DE LOS 80 FUE la década del destape de los hombres homosexuales en Colombia, las lesbianas aspiran a que la de los 90 sea la suya. Así como hace unos años los hombres *gay* empezaron a dar la cara para abrirse un espacio y pelear por sus derechos, hoy hay en el país miles de mujeres que quieren hacer lo mismo. Cada vez es más frecuente encontrar mujeres que se reconocen a sí mismas como

mo *gay* y que lo confiesan dentro de su grupo más íntimo. Verlas en la calle o en los bares que ahora proliferan ha dejado de ser escandaloso y hablar sobre ellas es cada vez menos tabú.

Aunque es difícil saber a ciencia cierta cuántas lesbianas hay en Colombia, estudios y sondeos sobre el tema calculan que son alrededor del 1.5 por ciento de la población. Es decir, más de medio millón de mujeres. Esta cifra, que a primera vista no parece tan impactante, equivaldría a algo así como si todos los habitantes de Cartagena fueran lesbianas. De ellas, según la última encuesta, contratada por SEMANA, el 58 por ciento reconoce su condición. Es decir que hoy hay en Colombia cerca de 300.000 mujeres homosexuales en busca de espacio dentro de una sociedad tradicionalmente machista que todavía no tiene claro que tanto está dispuesto a aceptarlas (ver encuesta).

Usualmente salir del closet implica un largo y muchas veces doloroso proceso. Es por esto que todavía muchas mujeres prefieren mantenerse en la clandestinidad, viviendo una doble vida y una doble moral. Para quienes deciden intentar reconocerse como lesbianas y buscar una apertura hacia sus familias y la sociedad, el paso inicial y el más importante del proceso es el del reconocimiento propio. Las primeras preguntas que muchas de estas mujeres se han hecho al descubrirse a sí mismas como diferentes a las demás es, ¿por qué soy así? ¿Seré anormal?

Aunque se han realizado numerosos estudios sobre el origen de la homosexualidad, la verdad es que aún la ciencia no tiene una respuesta. Investigaciones como la del neurocientífico inglés Simon Le Vay en 1991 sobre el mayor tamaño del 'lugar del sexo' en los cerebros de los homosexuales hicieron pensar a muchos que la razón era definitivamente genética. Así parecieron corroborarlo meses más tarde los hallazgos de otros dos científicos, Michael Bailey y Richard Pillard, quienes llegaron a la conclusión de que si uno de los miembros en una pareja de mellizos idénticos es *gay* el otro es tres veces más propenso a ser homosexual que si no fueran gemelos. Pero pronto aparecieron los críticos de la investigación de Pillard, quienes adujeron que la causa de que los mellizos tuvieran la misma tendencia podría originarse más bien en la similitud del ambiente social.

Según la sicóloga Marta Lucía Palacio, quien realizó uno de los pocos estudios que hay sobre lesbianas en Colombia, "aunque seguimos llenos de interrogantes sobre las causas de la homosexualidad, actualmente la tendencia más generalizada es a creer que *el comportamiento homosexual puede o no desarrollarse dependiendo de si se dan las condiciones para ello*".

50 ABRIL 9, 1996 Semana

INFORME ESPECIAL

51 SEMANA ABRIL 9, 1996

Fuente: Revista Semana 1996. Encontrada en la Hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango- Bogotá.

Anexo 2. Artículo sobre el lesbianismo en Colombia a inicios de los noventa

MODERNA

Juego de damas

Las mujeres homosexuales han decidido dar la batalla por sus derechos. SEMANA conversó con 10 de ellas, algunas de las cuales dejaron a sus esposos por amor a otra mujer...

APESAR DE LOS LOGROS DEL MOVIMIENTO gay, el lesbianismo sigue siendo un tema prohibido y repudiado. Al parecer en la homosexualidad existe también una discriminación sexual: mientras la masculina ha conseguido en los últimos años cierta tolerancia social, la femenina sigue siendo duramente censurada e incluso considerada un tabú del que poco se habla.

En gran parte, los movimientos reivindicativos de las mujeres homosexuales han estado vinculados a las luchas feministas. De hecho en los primeros tiempos del movimiento de liberación de la mujer, a sus líderes, Betty Friedman y Gloria Stein, se les tildó de lesbianas. Lo cierto es que mientras los homosexuales han salido a la calle a pelear por sus derechos, las lesbianas han permanecido por años al amparo de las buesfemistas. SEMANA conversó con 10 mujeres que vi-

gamos estudios señalan que el 10 por ciento de la población tiene tendencias homosexuales. Sin embargo, estos son datos estimativos puesto que el tabú que rodea el tema no permite un análisis de fondo. Aunque las causas de la homosexualidad son inciertas, el famoso Informe Hite, que realizó miles de encuestas con mujeres homosexuales, encontró que el 46 por ciento de las mujeres homosexuales que respondieron afirman que lo eran por su "propia elección". Así mismo descubrió que el 24 por ciento de las mujeres homosexuales se habían iniciado después de los 40 años. Y mientras sólo el ocho por ciento de las mujeres manifestó inconformidad con sus conductas homosexuales, el 92 por ciento afirmó que sus relaciones

amorosas con otras mujeres eran más satisfactorias e igualitarias que las que habían tenido con hombres.

Encontrar la causa de la homosexualidad ha sido objeto de numerosos y serios estudios científicos. Desde hace décadas la ciencia ha buscado explicaciones biológicas, ambientales, psicológicas o genéticas pero nunca se ha llegado a conclusiones definitivas. El mismo Freud, en 1920, señalaba que "también la sexualidad normal reposa en una limitación de la elección de objetos y la empresa de convertir en heterosexual a un homosexual llegado a su completo desarrollo no tiene una probabilidad de éxito que sea labor contraria, sólo que ésta última no se intenta". Independientemente de las causas, la homosexualidad ha sido un comportamiento controvertido, que ha tenido distintas connotaciones y significaciones a través de los siglos. En algunas culturas como Grecia antigua no sólo se permitía sino que incluso se fomentaba. No obstante, se cree que el lesbianismo no existe suficiente evidencia histórica al parecer, la tradicional falta social de la mujer ha influido en que este sea un tema que ni siquiera se menciona.

grano, más que nada, una relación igualitaria de pareja. Ellas se ven reflejadas en sus compañeras como en un espejo, pues la diferencia lo que les atrae de la pareja es no la identificación total. Generalmente buscan parejas que no se les imponga un rol, que sean como ellas y la mayoría de ellas son madres. Frente al hecho de ser madres como en el caso de los hombres homosexuales, la conducta de las mujeres entre "masculino" agresivo dominante o, un tiempo dócil, dulce y "femenino" femenino.

En el aspecto estas mujeres aseguran una satisfacción mayor que en sus relaciones con el hombre. "El recuerdo de su propio cuerpo y la posibilidad de expresarse a través de sus miembros, lleva al desarrollo de zonas erógenas diferentes a los genitales", explica Alicia. Aunque algunas de las mujeres entrevistadas rechazan la sexualidad con el hombre, consideran que las relaciones heterosexuales son más seguras y menos comunicativas.

"Es como si el hombre y la mujer no hubieran aprendido a compartir la sexualidad", explica una de ellas. "Cada cual busca su propia intimidad, así como un instrumento para el cambio". Y refieren que las relaciones heterosexuales no generan ni la calidez ni la ansiedad que les produce el contacto con otra mujer.

La otra revolución sexual

LOS ACTIVISTAS GAY ESTUVIERON a punto de sabotear la entrega de los Oscars con sus protestas en contra de la negativa imagen que él hace de ellos. Señalan que así como el estereotipo de Hollywood sobre los negros es el drogadicto, los árabes el de terroristas, los latinos el de narcotraficantes, el de los homosexuales es de solapados asesinos. Según voceros de la Alianza de Gays y Lesbianas contra la Difamación, películas nominadas este año están libres de referencias tendenciosas sobre la comunidad gay. "El silencio de los inocentes", describe a

un loco travestista quien mata y desuella mujeres. "JK" tiene una escena de homosexuales armando la conspiración para matar al presidente Kennedy.

Pero lo que más airadas protestas ha provocado es "Basic Instinct" en la cual un detective se enamora de una escritora, quien hace parte de un grupo de lesbianas acusadas de asesinar a un hombre con un picador de hielo. El movimiento gay busca convencer a los productores de mejorar su imagen ante el gran público para evitar lo que ellos llaman "la homofobia", describe a

VIDA MODERNA

ción clandestina y sin ruidos. El respaldo legal les proporciona una gran inseguridad. Los celos se manifiestan continuamente. Estoy segura que en cualquier momento mi pareja me dejará sola. Lo cierto es que mientras los homosexuales han salido a la calle a pelear por sus derechos, las lesbianas han permanecido por años al amparo de las buesfemistas. SEMANA conversó con 10 mujeres que vi-

gamos estudios señalan que el 10 por ciento de la población tiene tendencias homosexuales. Sin embargo, estos son datos estimativos puesto que el tabú que rodea el tema no permite un análisis de fondo. Aunque las causas de la homosexualidad son inciertas, el famoso Informe Hite, que realizó miles de encuestas con mujeres homosexuales, encontró que el 46 por ciento de las mujeres homosexuales que respondieron afirman que lo eran por su "propia elección". Así mismo descubrió que el 24 por ciento de las mujeres homosexuales se habían iniciado después de los 40 años. Y mientras sólo el ocho por ciento de las mujeres manifestó inconformidad con sus conductas homosexuales, el 92 por ciento afirmó que sus relaciones

amorosas con otras mujeres eran más satisfactorias e igualitarias que las que habían tenido con hombres.

Encontrar la causa de la homosexualidad ha sido objeto de numerosos y serios estudios científicos. Desde hace décadas la ciencia ha buscado explicaciones biológicas, ambientales, psicológicas o genéticas pero nunca se ha llegado a conclusiones definitivas. El mismo Freud, en 1920, señalaba que "también la sexualidad normal reposa en una limitación de la elección de objetos y la empresa de convertir en heterosexual a un homosexual llegado a su completo desarrollo no tiene una probabilidad de éxito que sea labor contraria, sólo que ésta última no se intenta". Independientemente de las causas, la homosexualidad ha sido un comportamiento controvertido, que ha tenido distintas connotaciones y significaciones a través de los siglos. En algunas culturas como Grecia antigua no sólo se permitía sino que incluso se fomentaba. No obstante, se cree que el lesbianismo no existe suficiente evidencia histórica al parecer, la tradicional falta social de la mujer ha influido en que este sea un tema que ni siquiera se menciona.

grano, más que nada, una relación igualitaria de pareja. Ellas se ven reflejadas en sus compañeras como en un espejo, pues la diferencia lo que les atrae de la pareja es no la identificación total. Generalmente buscan parejas que no se les imponga un rol, que sean como ellas y la mayoría de ellas son madres. Frente al hecho de ser madres como en el caso de los hombres homosexuales, la conducta de las mujeres entre "masculino" agresivo dominante o, un tiempo dócil, dulce y "femenino" femenino.

En el aspecto estas mujeres aseguran una satisfacción mayor que en sus relaciones con el hombre. "El recuerdo de su propio cuerpo y la posibilidad de expresarse a través de sus miembros, lleva al desarrollo de zonas erógenas diferentes a los genitales", explica Alicia. Aunque algunas de las mujeres entrevistadas rechazan la sexualidad con el hombre, consideran que las relaciones heterosexuales son más seguras y menos comunicativas.

"Es como si el hombre y la mujer no hubieran aprendido a compartir la sexualidad", explica una de ellas. "Cada cual busca su propia intimidad, así como un instrumento para el cambio". Y refieren que las relaciones heterosexuales no generan ni la calidez ni la ansiedad que les produce el contacto con otra mujer.

El homosexual ¿nace o se hace?

¿SIEMPRE HACE DECENAS de años que se habla de la homosexualidad? ¿Se ha hablado de diferencias anatómicas, disgenesias hormonales, factores ambientales, pero la tesis más probada es que diferentes factores anatómicos, sociales y personales influyen en la orientación sexual.

Lo cierto es que independientemente de las causas, la homosexualidad ha sido siempre una conducta controvertida. Mientras en algunas culturas se ha permitido e incluso fomentado, en otras se ha condenado, perseguido y castigado. Sin embargo, desde cuando la ciencia ha buscado explicaciones biológicas, ambientales, psicológicas o genéticas pero nunca se ha llegado a conclusiones definitivas. El mismo Freud, en 1920, señalaba que "también la sexualidad normal reposa en una limitación de la elección de objetos y la empresa de convertir en heterosexual a un homosexual llegado a su completo desarrollo no tiene una probabilidad de éxito que sea labor contraria, sólo que ésta última no se intenta". Independientemente de las causas, la homosexualidad ha sido un comportamiento controvertido, que ha tenido distintas connotaciones y significaciones a través de los siglos. En algunas culturas como Grecia antigua no sólo se permitía sino que incluso se fomentaba. No obstante, se cree que el lesbianismo no existe suficiente evidencia histórica al parecer, la tradicional falta social de la mujer ha influido en que este sea un tema que ni siquiera se menciona.

tiene un promedio de veintidós años. Pero los pocos años, donde se reúnen los homosexuales, prefieren la promiscuidad. Estos hombres son el único lugar público donde, al menos, pueden expresarse sus tendencias sin sentirse juzgados. Aunque las causas de la homosexualidad son inciertas, el famoso Informe Hite, que realizó miles de encuestas con mujeres homosexuales, encontró que el 46 por ciento de las mujeres homosexuales que respondieron afirman que lo eran por su "propia elección". Así mismo descubrió que el 24 por ciento de las mujeres homosexuales se habían iniciado después de los 40 años. Y mientras sólo el ocho por ciento de las mujeres manifestó inconformidad con sus conductas homosexuales, el 92 por ciento afirmó que sus relaciones

amorosas con otras mujeres eran más satisfactorias e igualitarias que las que habían tenido con hombres.

Encontrar la causa de la homosexualidad ha sido objeto de numerosos y serios estudios científicos. Desde hace décadas la ciencia ha buscado explicaciones biológicas, ambientales, psicológicas o genéticas pero nunca se ha llegado a conclusiones definitivas. El mismo Freud, en 1920, señalaba que "también la sexualidad normal reposa en una limitación de la elección de objetos y la empresa de convertir en heterosexual a un homosexual llegado a su completo desarrollo no tiene una probabilidad de éxito que sea labor contraria, sólo que ésta última no se intenta". Independientemente de las causas, la homosexualidad ha sido un comportamiento controvertido, que ha tenido distintas connotaciones y significaciones a través de los siglos. En algunas culturas como Grecia antigua no sólo se permitía sino que incluso se fomentaba. No obstante, se cree que el lesbianismo no existe suficiente evidencia histórica al parecer, la tradicional falta social de la mujer ha influido en que este sea un tema que ni siquiera se menciona.

grano, más que nada, una relación igualitaria de pareja. Ellas se ven reflejadas en sus compañeras como en un espejo, pues la diferencia lo que les atrae de la pareja es no la identificación total. Generalmente buscan parejas que no se les imponga un rol, que sean como ellas y la mayoría de ellas son madres. Frente al hecho de ser madres como en el caso de los hombres homosexuales, la conducta de las mujeres entre "masculino" agresivo dominante o, un tiempo dócil, dulce y "femenino" femenino.

En el aspecto estas mujeres aseguran una satisfacción mayor que en sus relaciones con el hombre. "El recuerdo de su propio cuerpo y la posibilidad de expresarse a través de sus miembros, lleva al desarrollo de zonas erógenas diferentes a los genitales", explica Alicia. Aunque algunas de las mujeres entrevistadas rechazan la sexualidad con el hombre, consideran que las relaciones heterosexuales son más seguras y menos comunicativas.

"Es como si el hombre y la mujer no hubieran aprendido a compartir la sexualidad", explica una de ellas. "Cada cual busca su propia intimidad, así como un instrumento para el cambio". Y refieren que las relaciones heterosexuales no generan ni la calidez ni la ansiedad que les produce el contacto con otra mujer.

Fuente: Revista Semana 1992. Encontrada en la Hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango- Bogotá.

Sólo para mujeres

EL SUÑO de Rosario siempre fue abrir un bar para mujeres. La idea surgió porque Bogotá no tiene lugares exclusivos para ellas. Arrendó un local en la Avenida Caracas hace cuatro años y las primeras mesas y decoraciones las trajo de su casa. Los techos son bajitos. *"Todo se hizo a mi medida —dice Rosario—, así a las muchachas altas les toca bailar bien abrazaditas para que no rayen el techo con sus cabezas"*.

Valeria es una de las meseras. Lleva dos meses atendiendo a las clientas, ofrece bebidas y algunas veces sirve de paño de lágrimas. Terminó trabajando ahí porque es amiga de Rosario y el ambiente le encanta. La acogida entre las lesbianas es grande. Según ella, *"aquí permitimos de todo. Las que quieran bailar, bailan; las que quieran conversar, conversan, y las que quieran hacer el amor, también tienen campo para eso"*.

Valeria cuenta que no tienen problemas con la Policía. *"A veces entran, piden la licencia y se van"*. Sin embargo no faltan los hombres que intentan entrar por pura curiosidad. *"Si son groseros, apagamos la música y decimos que es una fiesta privada o*



que la rumba ya se acabó". Los bares de lesbianas no son iguales a los otros bares gays. Cuando las mujeres entran no tienen en mente la conquista inmediata que generalmente culminaría en la relación sexual. En un bar de mujeres, ellas esperan conocer a alguien. Esto significa, para su imaginación y su cuerpo, más que un encuentro sexual. El acercamiento entre ellas en un bar es más sutil. *"Lo casual no lo buscan aquí —agrega Valeria—. Este ambiente no es el perfecto para comenzar una relación de amor pero es el mejor preámbulo que tenemos"*.

Anexo 4. Artículo del periódico El Tiempo, en el que Liliana aparece públicamente como lesbiana.

verte", le dijo Menem a Sarnari con la pezuca con la mano, se fue...

Desembarcó la polémica 'gay'

Mientras 700 llegaban a Cartagena, el Parlamento Europeo aprobaba el matrimonio entre ellos. A la Iglesia no le gustó. Hablan los colombianos.

De Miami vino un barco cargado de... gays. Los 762 homosexuales -incluidas seis parejas de mujeres- desembarcaron, pasaron por las murallas de Cartagena y se marcharon para continuar en el cruce del amor. Horas después, otro barco llegó cargado de... polémica.

• Ese segundo barco partió de la Iglesia, pero no llegó solo. Se vino acompañado de enérgicos pronunciamientos del Vaticano sobre el amor homosexual y de otras noticias internacionales que le dieron la vuelta al mundo y avivaron la polémica: ¿se debe permitir que los gays y lesbianas se casen y adopten hijos?

• Ellos y ellas llegaron felices a Cartagena para hablar del Movimiento Gay en América, de sus derechos y, claro, de su amor. Pero tenían otras razones para estar contentos. Una resolución del Parlamento Europeo -que no obliga a los estados miembros de la Comunidad Europea- acababa de dar el visto bueno para que los homosexuales se casaran y, además, se les reconociera el derecho a adoptar niños.

El Vaticano reaccionó. Sobre el matrimonio homosexual, el Papa Juan Pablo II dijo que "El Parlamento Europeo se equivocó al conferir de manera impropia valor institucional a una conducta desviada" y acerca de la adopción sostuvo que "grandes peligros y grandes daños acechan a estos niños porque no tendrán un padre y una madre sino dos padres y dos madres".

"Esto es monstruoso, es absurdo. Es monstruoso también la llegada de cruceros con homosexuales. Es como una invitación a seguir con esa moda", según el presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia, monseñor Pedro Rubiano Sáenz.



Llegaron para hablar del movimiento 'gay' en América. En Europa se debatía el matrimonio entre ellos.

Para las lesbianas y gays colombianos, las noticias llegadas de tan lejos no fueron una sorpresa, sino el resultado de la forma como deben defenderse los derechos de los homosexuales en el país. No comparten el pronunciamiento de la Iglesia porque coinciden en afirmar que va en contra de los derechos fundamentales de un ser humano.

Ellos, ¿qué dicen?

Gonzalo Echeverry aún recuerda el día que se casó con su compañero, Humberto Quevedo, y aquella ocasión, meses después, cuando los dos decidieron 'adoptar' a un hijo. Hace 20 años, en Londres, la pareja entró a una notaría acompañada de dos padrinos de matrimonio. Firmaron unos documentos y se convirtieron en marido y... marido. "El me regaló una argolla y yo le regalé otra. Nos pasamos 14 años dándonos regalos de bodas. Hace cinco nos separamos".

La pareja regresó a Colombia y tiempo después un amigo, que no sabía cómo sostener a su hijo, se los entregó. Tenía un año y

medio de edad. Gonzalo y Humberto lo educaron como sus padres, pero visitadoras del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar llegaron al hogar para "quitémoslo".

"Nuestras madres y familias nos ayudaron durante dos años para que el Instituto nos dejara a Nicolás. Lo criamos y hoy tiene 18 años. Es un hombre sano y heterosexual. Nada le ocultamos ni a él ni a la gente. En el colegio sabían que Nicolás tenía unos padres homosexuales. El problema es que hay mucho tabú, machismo y una mentalidad muy cerrada", dice.

Humberto Quevedo, su ex compañero, opina lo mismo. "Yo tengo dos hijos, Nicolás y la niña de 17 meses de Alex, mi nuevo compañero. Cuando empezamos a educar a Nicolás, teníamos dudas, pero la vida demostró que los homosexuales también podemos tener un hijo".

Manuel Velandía, miembro de Equilátero, organización de minorías sexuales que lucha por la promoción y defensa de

los derechos humanos y sexuales, considera que los homosexuales deben tener la posibilidad de adoptar "siempre y cuando cumplan con normas éticas y morales, las mismas reglas que deben respetar los heterosexuales".

El se siente casado con su compañero, aunque no lo esté legalmente. Todo lo comparten, pero "al no ser oficializado el matrimonio homosexual en una notaría, por ejemplo, enfrentamos problemas. Es difícil heredar lo del compañero si pasa algo, al pagar impuestos no es posible demostrar que uno depende del otro y, además, si uno trabaja en una empresa no puede inscribirse al conyugue en el seguro".

Liliana Gómez Angel siempre supo que prefería a las mujeres que a los hombres y, por eso, no le importaba que en Calarcá dijieran "Liliana es lesbiana". Para ella "la adopción debería permitirse porque se puede forjar un hogar entre dos mujeres con un hijo que alguno de las dos tenga o con uno adoptado. Al niño se

¿Adopción a homosexuales?

Según el Código del Menor, pueden adoptar a un menor las personas plenamente capaces, quienes hayan cumplido 25 años de edad y tengan al menos 15 más que el adoptado y quienes garanticen idoneidad física, mental, social, económica y moral.

Aunque la nueva Constitución contempla los derechos a la igualdad, intimidad personal, a la libertad personal, a no ser discriminado y al libre desarrollo de la personalidad, entre otros, el comportamiento homosexual es catalogado como un acto in-moral.

Para la sicóloga Angela Mila de Arango, dar en adopción un niño a unos homosexuales es un alto riesgo para el menor porque además de vivir un traumatismo por ser adoptado, sufrirá otro por tener padres gays o lesbianas.

"Pueden ser unos excelentes padres, pero el problema es para el niño. El necesita figuras paternas claras. Sin ellas, tendrá problemas de identidad sexual y en el desarrollo de su personalidad", dice.

Sin embargo, Germán López, director nacional del centro para jóvenes de Profamilia, considera lo contrario. La adopción es un derecho de homosexuales porque "quienes han educado hijos no necesariamente adoptan la orientación o la identidad homosexual. Esa tendencia no se presenta según la tendencia de los padres".

le puede enseñar qué es el amor y cuáles son sus posibilidades. La homosexualidad no se pega. Es una opción".

Fuente: Periódico El Tiempo 27 de febrero 1994. Encontrado en la Hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango- Bogotá.

Lista de referencias

- Albarracín, Matilde. 2012. "Identidad(es) lésbica(s) en el primer franquismo". En *Mujeres bajo sospecha. Memoria y sexualidad 1930-1980*, editado por Raque Osborne, 69-87. Madrid-España: Editorial Fundamentos.
- Albarracín, Matilde. 2008. "Libreras y tebeos: las voces de las lesbianas mayores". En *Lesbianas: discursos y representaciones*, coordinado por Raquel Platero, 191-212. Barcelona: Melusina.
- Alcántara, Eva y Ana Amuchástegi. 2018. "Sexualidad". En *Conceptos clave en los estudios de género, Vol. 2*, editado por Hortensia Moreno y Eva Alcántara, 321-338. México: CIEG-UNAM.
- Alves, Andrea. 2010. "Envelhecimento, trajetórias e homossexualidade feminina". *Horizontes antropológicos* 34: 213-233.
- Aparicio, Jorge. 2009. "Homosexualidades mediáticas: la emergencia de las «otras» sexualidades en los discursos periodísticos en Colombia". *Revista Nexus Comunicación* 6: 30-47.
- Averett, Paige; Pylant, Jordan Craft, Katelyn y Ricks, Imani. 2018. "I would do it again: Past and present experiences of older lesbians". *Journal of Women & Aging* 1-15. <https://doi.org/10.1080/08952841.2018.1549435>.
- Baker, Nancy. 2016. "Lesbian Elders: Riding the Tsunami of Change". *Women and Therapy* 39 (3-4): 322-336.
- Bertaux, Daniel. 1999. "El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades". *Preposiciones* (29): 1-23.
- Blanco, Mercedes. 2011. "El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo". *Revista Latinoamericana de Población* 5 (8): 5-31.
- Califano, Bernadette. 2015. "Los medios de comunicación, las noticias y su influencia sobre el sistema político". *Revista Mexicana de Opinión Pública* 61-78.
- Castillo, Elizabeth. 2018. *No somos etcétera. Veinte años de historia del movimiento LGBT en Colombia*. Bogotá: Penguin Random House.
- Cotrina, Yamid. 2018. "Diversidad sexual en la historia jurídica colombiana". *Pensamiento Jurídico* (47): 149-165.
- Da Silva, Ana; Sousa, Adriana; Furtado, Josinaldo y Paiva, Francisco. 2017. "A vozinha de Perrault e Grimm: o imaginário na formação da sexualidade feminina na velhice". En

- Género e sexualidade: interface e discursos, editado por Katemari Diogo, Marcio Caetano, Paula Almeida, 57-68. Campina grande: Realize editora.
- De Almeida, Thiago y Lourenço, María Luiza. 2009. “Reflexões: conceitos, estereótipos e mitos acerca da velhice”. *Revista Brasileira de Ciências do Envelhecimento Humano-Passo Fundo* 6 (2): 233-244.
- De Almeida, Thiago y Lourenço, María Luiza. 2007. “Envelhecimento, amor e sexualidade: ¿utopia ou realidade?”. *Revista Brasileira de Geriatria e Gerontologia* 10 (1): 101-114.
- De Beauvoir, Simone. 2013. *La Vejez*. Bogotá: Penguin Random House.
- De Lauretis, Teresa. 1995. La práctica del amor: deseo perverso y sexualidad lesbiana. *Debate feminista* 34-45.
- Drumm, Kris. 2005. “An examination of group work with old lesbians struggling with a lack of intimacy by using a record of service”. *Journal of Gerontological Social Work* 44(1-2): 25-52.
- Esguerra, Camila. 2002. “Del peccatum mutum al orgullo de ser lesbiana. Grupo Triángulo Negro de Bogotá (1996 - 1999)”. Tesis de pregrado, Universidad Nacional de Colombia.
- Facchini, Regina. 2008. “Entre umas e outras. Mulheres (homo)sexualidades e diferenças na cidade de São Paulo”. Tesis de doctorado. Universidad Estatal de Campinas.
- Falquet, Jules. 2006. *De la cama a la calle: perspectivas teóricas lésbico-feministas*. Bogotá: Brecha Lésbica.
- Faus-Bertomeu, Aina y Osborne, Raquel. 2019. “La revolución de las canas: sexualidades, género y envejecimiento Conversación con Anna Freixas”. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales* 17: 1-16.
- Ferraroti, Franco. 2007. “Las historias de vida como método”. *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales* (44): 15-40.
- Figari, Carlos y Gemetro, Florencia. 2009. “Escritas en silencio. Mujeres que deseaban a otras mujeres en la Argentina del Siglo XX”. *Sexualidad, Salud y Sociedad - Revista Latinoamericana* (3): 33-53.
- Fish, Julie. 2008. “Navigating queer street: Researching the intersections of lesbian, gay, bisexual and trans (LGBT) identities in health research”. *Sociological Research Online* 13(1): 1-12.
- Freixas, Anna; Luque, Bárbara y Reina, Amalia. 2010. “Secretos y silencios en torno a la sexualidad de mujeres mayores”. *Debate feminista* 42: 35- 51.

- Freixas, Anna y Luque, Bárbara. 2009. "El secreto mejor guardado: la sexualidad de las mujeres mayores". *Política y Sociedad* 46(1-2):191-203.
- Freixas, Anna. 2008. "La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista". *Anuario de psicología* 39 (1): 41-57.
- Freixas, Anna. 1997. "Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias". *Anuario de psicología* (73), 31-42.
- García, Marina. 2018. "Mayores y diversidad sexual: Entre la visibilidad y el derecho a la indiferencia". *Revista Prisma Social* 21: 123-148.
- García, Marina. 2015. "Vejez y homosexualidad". Tesis de doctorado, Universidad de Murcia.
- Garnets, Linda y Peplau, Letitia. 2006. "Sexuality in the lives of aging lesbian and bisexual women". En *Lesbian, gay, bisexual and transgender aging. Research and clinical perspectives*, editado por Douglas Kimmel; Tara Rose y Steven David, 70-90. Nueva York: Columbia University Press.
- Gimeno, Beatriz. 2004. Vejez y orientación sexual. Federación Estatal de Lesbianas, Gays, Trans y Bisexuales. Informe sobre la invisibilidad de la orientación sexual en las personas mayores y sus consecuencias. Recuperado de <https://beatrizgimeno.files.wordpress.com/2009/09/informe-mayores-lgtb1.pdf>.
- Gimeno, Beatriz. 2003. "El amor que no osa decir su nombre...La invisibilidad de las lesbianas". *Revista de la UNED* 21(3), 131-136.
- González, José y González, Jazmín. 2005. "Estudio descriptivo de la sexualidad de personas mayores de 60 años en el Caribe colombiano". *Revista psicogente* (13): 17-27.
- Gracia, Jorge. 2011. "Los derechos humanos y la posición social de las personas mayores LGBT. Un supuesto específico: los malos tratos". *Papeles. El tiempo de los derechos* (12):1-48.
- Guasch, Oscar. 1997. *Cuadernos metodológicos 20. Observación participante*. Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas.
- Güércio, Nayara. 2018. "Grace and Frankie e a sexualidade feminina na Velhice". *Comunicologia - Revista de Comunicação da Universidade Católica de Brasília* 1-21.
- Heaphy, Brian. 2009. "Choice and its limits in older lesbian and gay narratives of relational life". *Journal of GLBT Family Studies* 5 (1-2): 119-138.
- Heaphy, Brian, Yip, Andrew, y Thompson, Debbie. 2003. *Lesbian, gay and bisexual lives over 50*. Nottingham-Inglaterra: York House Publications.

- Henning, Carlos. 2017. Gerontologia lgbt: velhice, gênero, sexualidade e a constituição dos “idosos lgbt”. *Revista Horizontes Antropológicos* (47): 283-323.
- Henning, Carlos y Debert, Guita Grin. 2015. “Velhice, gênero e sexualidade: revisando debates e apresentando tendencias contemporâneas”. *Revista MAIS 60. Estudos sobre Envelhecimento* 26 (63): 8-31.
- Hernández Sampieri, Roberto. 2006. *Metodología de la Investigación*. México: McGraw-Hill.
- Hooyman, Nancy; Browne, Colette; Ray, Ruth y Richardson, Virginia. 2002. “Feminist Gerontology and the Life Course”, *Gerontology & Geriatrics Education* 22(4): 3-26.
- Kawulich, Bárbara. 2005. “La observación participante como método de recolección de datos”. *Forum: Qualitative Social Research* 6(2): 1-32.
- Kehoe, Monika. 1989. *Lesbian over 60 speak for themselves*. New York: The Haworth Press.
- Lacombe, Andrea. 2016. “Negociaciones posibles: visibilidad, vejez y parentesco entre mujeres que mantienen relaciones sexo-afectivas con otras mujeres”. *Vibrant: Virtual Brazilian Anthropology* 13(1): 102-114.
- Lacub, Ricardo. 2009. “Deconstrucción de la erótica en la vejez en occidente”. *Kairos gerontología* 12: 23-43.
- Lopes, Guaeira. 2000. Pedagogias da sexualidade. En *O corpo educado. Pedagogias da sexualidade*, compilado por Guacira Lopes Louro, 4-24. Belo Horizonte: Auténtica.
- Lorde, Audre. 2003. “La poesía no es un lujo”. En *La hermana, la extranjera*, 13-18. Madrid: Horas y horas.
- Mahmood, Saba. 2008. “Teoría feminista y el agente social dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico en Egipto.” En *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*, editado por Liliana Suárez y Aída Hernández, 162-214. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Miño, Andrea. 2012. “El bar Tantra: ¿Un lugar para la formación de identidades lésbicas?” Tesis de maestría, FLACSO - Sede Ecuador.
- Osborne, Raquel. 2008. “Un espeso muro de silencio: de la relación entre una «identidad débil» y la invisibilización de las lesbianas en el espacio público”. *Asparkía, Investigación feminista* 19: 39-55.
- Paine, Emily; Umberson, Debra y Reczek, Corinne. 2019. “Sex in midlife: women’s sexual experiences in lesbian and straight marriages”. *Journal of Marriage and Family* 81: 7-23.
- Paiva, Antonio. 2007. “Reserva e invisibilidade: a construção da homoconjugalidade numa perspectiva micropolítica”. En *Conjugalidades, parentalidades e identidades lésbicas*,

- gays e travestis*, editado por Miriam Grossi, Paula Uziel y Luiz Mello, 23-46. Rio de Janeiro: Editora Garamond Ltda.
- Piñeiro, Eleder. 2015. "Observación participante: Una introducción". *Revista San Gregorio*, Número especial 1: 81-89.
- Portillo, David. 2015. "¿Eres de ambiente? Historia de los espacios de homosocialización en Bogotá 1980-2015". Tesis de pregrado, Universidad de los Andes- Colombia.
- Pujadas, Juan. 1992. *Cuadernos metodológicos 5. El método biográfico: El uso de las historias de vida en las ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas.
- Puyana, Yolanda y Barreto, Juanita. 1994. "La historia de vida: Recurso en la investigación cualitativa. Reflexiones metodológicas". *Maguaré* (10): 185-196.
- Rada Schultze, Fernando. 2018. *La diversidad en el curso de la vida: Cambios y continuidades en el envejecimiento de gays, lesbianas y trans*. Buenos Aires: Teseo- Universidad de Buenos Aires (UBA).
- Rada Schultze, Fernando. 2016. "El paradigma del curso de la vida y el método biográfico en la investigación social sobre envejecimiento". *Revista de investigación interdisciplinaria en métodos experimentales 1*: 80-107.
- Ramos, Gabriela. 2013. "Antropología de la vejez en el Perú: Un vacío etnográfico". *Revista Anthropía*, 11: 104-112.
- Ramos Padilla, Miguel. 2014. "La masculinidad en el envejecimiento: vivencias de la vejez de varones de una zona popular de Lima". En *¿Y si hablas desde tu ser hombre? Violencia, paternidad, homoerotismo y envejecimiento en la experiencia de algunos varones*, editado por Figueroa, Juan Guillermo y Alejandra Salguero, 429- 460. Ciudad de México: El Colegio de México, México.
- Ramos, Mónica. 2018. Estudio etnográfico sobre el envejecer de las mujeres mayores desde una perspectiva de género y de curso vital. *Revista Prisma Social* (21), 75-107.
- Raphael, Sharon y Cruikshank, Margaret. 2015. "Introduction: special issue on old lesbians: exploring community, relationships, friendship, and well being". *Journal of Lesbian Studies* 19(1), 1-6.
- Revista Acento. 1997. "Tras el velo del anonimato" *Revista Acento* (diciembre): 24-29.
- Revista Arcadia. 2017. "La conquista del territorio" *Revista Arcadia* (agosto 11). Recuperado en www.revistaarcadia.com/contenidos-editoriales/especial-lgbti2017/articulo/espacios-lgbti-en-bogota/65096.
- Revista Semana. 1996. "Juego de damas". *Revista Semana* (abril 9): 50-62.

- Revista Semana. 1992. "Juego de damas". *Revista Semana* (abril 7): 84-87.
- Rich, Adrienne. 1999. "La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana". En *Sexualidad, género y roles sexuales*, editado por Marysa Navarro y Catherine Stimpson, 159-211. México: FCE.
- Rich, Adrienne. 1983. "Sobre mentiras, secretos y silencios". Nueva York: Icaria Editorial.
- Sánchez, Rolando. 2013. "La observación participante como escenario y configuración de la diversidad de significados". En, *Observar, escuchar y comprender: Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, coordinado por Maria Luisa Tarrés, 97- 131. México: Flacso México.
- Secretaría Distrital de Integración Social. 2019. Estudio cualitativo sobre la situación de derechos de las personas de los sectores sociales de Lesbianas, Gay, Bisexuales, Transgeneristas e Intersexuales en envejecimiento y vejez del Distrito Capital.
- Secretaría Distrital de Planeación. 2019. Salud sexual y salud reproductiva de mujeres lesbianas en Bogotá: un acercamiento a sus Derechos. Recuperado de http://www.sdp.gov.co/sites/default/files/informe_final_investigacio_mujeres_lesbianas.pdf
- Secretaría Distrital de Planeación. 2019. *Perspectiva de Envejecimiento y Vejez en Personas Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transgénero e Intersexuales*. Recuperado de http://sdp.gov.co/sites/default/files/perspectiva_envejecimiento_y_vejez.pdf
- Traies, Jane. 2016. *The live of older lesbian: Sexuality, identity and the life course*. Londres-Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- Traies, Jane. 2015. "Old Lesbians in the UK: Community and friendship". *Journal of Lesbian Studies* 19 (1): 35-49, <https://doi.org/10.1080/10894160.2015.959872>
- Vespucci, Guido. 2015. "Identificaciones sexuales politizadas y modos de vidalésbicos: un análisis sobre Cuadernos de Existencia Lesbiana (Buenos Aires, 1987-1996)". *Questión, Revista especializada en periodismo y comunicación* 1(47): 432-448.
- Weeks, Jeffrey. 2000. O corpo e a sexualidade. En *O corpo educado. Pedagogias da sexualidade*, compilado por Guacira Lopes Louro, 24-61. Belo Horizonte: Auténtica.
- Westwood, Sue. 2013. "Researching Older Lesbians: Problems and Partial Solutions", *Journal of Lesbian Studies* 17 (3-4), 380-392.
- Wilkins, Jill. 2015. "Loneliness and belongingness in older lesbians: The Role of Social Groups as Community". *Journal of Lesbian Studies* 19(1): 90-101.
- Winterich, Julie. 2003. "Sex, menopause, and culture. Sexual orientation and the meaning of menopause for women's sex lives". *Gender and society* 17 (4): 627- 642.

Woody, Imani. 2015. "Lift every voice: voices of african-american lesbian elders". *Journal of Lesbian Studies* 19(1): 50-58.

Woody, Imani. 2014. "Aging Out: A qualitative exploration of ageism and heterosexism among aging african american lesbians and gay men". *Journal of Homosexuality* 61(1): 145-165.

Entrevistas

Cristina (63 años), 4 de mayo 2019.

Cristina (63 años), 29 de enero 2020.

Cristina (63 años), 18 de febrero 2020.

Eugenia (70 años), 24 de enero 2020.

Eugenia (70 años), 11 de febrero 2020.

Leonor (71 años), 12 de febrero 2020.

Lilia (72 años), 3 de febrero 2020.

Lilia (72 años), 11 de febrero 2020.

Liliana (61 años), 28 de enero 2020.

Liliana (61 años), 13 de febrero 2020.

LuzPi (60 años), 26 de febrero 2020.

Martha, (dueña del bar Noche de luz), 21 de febrero 2020.

Martha, (dueña del bar Noche de luz), 25 de febrero 2020.

Matáfora (62 años), 26 de febrero 2020.

Patricia (69 años), 4 de febrero 2020.

Patricia (69 años), 5 de febrero 2020.

Patricia (69 años), 6 de febrero 2020.

Pilar (64 años), 25 de enero 2020.

Pilar (64 años), 1 de febrero 2020